
Lo siento,
preciosa
2
Serie época
Sophie Saint Rose

Lo siento, preciosa 2

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Capítulo 1

Serine cogió el bajo de su simple vestido gris y corrió escaleras arriba llevando en su otra mano una jarra de agua fresca. Fue hasta la habitación de su prima y abrió la puerta suavemente para no despertarla. Apretó los labios al ver su frente perlada de sudor y se acercó casi de puntillas porque por nada del mundo quería que se despertara. Llevaba días sin dormir del dolor y ya ni el láudano la ayudaba.

Angustiada por ella, se pasó distraída un mechón de su cabello rubio platino tras la oreja antes de echar el agua en el aguamanil procurando no hacer ruido. Pálida del cansancio que la acompañaba porque se negaba a que las doncellas la asistieran, dejó la jarra sobre la mesilla y cogió un paño para mojarlo en el agua fresca. Lo escurrió y con delicadeza se lo colocó sobre la frente intentando reprimir las lágrimas. Su prima suspiró de gusto como si eso le aliviara y Serine sonrió mientras evitaba que un sollozo saliera de su garganta. Su amiga del alma, su cómplice, su protectora se moría y no podía hacer nada por evitarlo.

Catherine abrió sus preciosos ojos azules y sonrió agotada. —Estás aquí…

—Claro que sí. Descansa, no me separaré de tu lado —susurró.

—Es una pena, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó sentándose en la cama.

—Estaba soñando con mi presentación —dijo casi sin aliento.

—Tendrás la mejor presentación de todo Londres. Todos te admirarán y serás la más

hermosa de todas. —Acarició un mechón de su cabello tan parecido al suyo que todos los que no las conocían las creían hermanas. —Y será la mejor noche de nuestras vidas, como siempre hemos soñado.

—Para mí serán solo sueños. —Su mirada se entristeció. —No lo veré nunca.

Agarró su mano. —No digas eso. Puede que este año no, pero el año que viene…

—No llegaré al año que viene. No llegaré ni al mes que viene, prima.

—No, no por favor —dijo angustiada—. No puedes dejarme.

Catherine sonrió apretando su mano con las pocas fuerzas que tenía. —Mis dolores no tienen cura. Cada vez me duele más la barriga y a cada minuto es más insoportable. Si tuviera el valor me tomaría todo ese frasco y acabaría con todo.

—Se pasará.

—Solo pasará con la muerte y lo sabes tan bien como yo. Aunque todo el mundo me lo oculta, ese es mi destino. —Miró al techo y una lágrima recorrió su sien. —¿Sabes? Si siento abandonar este mundo es por ti. Porque no estarás a mi lado como siempre. Te voy a echar mucho de menos.

—Estoy aquí y tú no irás a ningún sitio. —Sollozó. —No me dejarás. Me lo prometiste cuando murieron mis padres, ¿recuerdas? Siempre estarías conmigo, me cuidarías… Me lo juraste.

La miró con pena. —No podré cumplir esa promesa.

—No. —Lloró besando su mano. —No es justo.

—Tampoco fue justo que perdieras a tus padres y ocurrió. La vida es así. Ahora me toca a mí, pero antes de irme quiero vivirlo todo a través de tus ojos. —Serine ni era capaz de hablar y la miró sin entender. —Siempre hemos soñado con la noche de mi presentación y quiero que tú vivas esa noche, aunque yo no pueda.

—¿Pero qué dices?

—Quiero que te pongas mi vestido de presentación y asistas a una fiesta. Y que me lo cuentes todo. Será como si estuviera allí contigo.

La miró horrorizada. —¿Estás loca? Me echarán a patadas, tu madre me despediría si se enterara.

—No se enterará. —Sus ojos brillaron por primera vez en días. —Solo tienes que coger el vestido y guardarlo en una bolsa. Dices que te vas a dormir y sales por la ventana de tu habitación. —De repente frunció el ceño. —No, así no podrás vestirte sola, se abrocha por detrás y no tendrás quien te ayude…

—Deja de pensar en esas cosas. ¿Qué iba a hacer yo en una fiesta sin ti?

Sin hacerle caso susurró —Ya pensaremos en algo. —La miró a los ojos. —Madre tiene un montón de invitaciones cada día. Elegiremos la fiesta e irás en un carruaje de alquiler, yo te daré el dinero.

Era evidente que hablaba muy en serio. —¿Y cómo voy a entrar? ¿Sola? ¿Sin acompañante?

—En esas fiestas hay mucha gente. Solo tienes que decir alguna excusa y nadie del servicio se atreverá a negarte el paso vestida de dama.

Asustada por lo que podría pasar negó con la cabeza. —No, no puedo hacerlo.

Su prima apretó su mano. —¿Has pensado en lo que ocurrirá cuando yo falte? Sabes que mi madre te odia. Odiaba a tu madre por casarse el mismo año con un partido mucho mejor y solo permitió que crecieras a mi lado por lo que diría la gente si te enviaba al hospicio. Siempre le tuvo envidia a la tía Serenity.

—No digas esas cosas. Habla el dolor.

—Siempre tan buena, siempre tan agradecida por haberte acogido cuando te han tratado como a una criada. Hasta yo lo he hecho.

—Eso no es cierto.

Sonrió con tristeza. —Claro que sí. Tenía que haber luchado para que te educaras como yo, para que fueras como yo, pero dejé que te trataran como una sirvienta.

—Nunca me has tratado así —dijo desesperada por convencerla de que ella no había hecho nada malo.

—No hice suficiente. Pero aún estamos a tiempo de darte tu lugar. Es hora de que te espabiles, prima. Mi madre te echará en cuanto entierren mi cuerpo.

Sollozó. —No hables de eso.

—Al menos ya no niegas que ocurrirá. Como ocurrirá que te quedarás desamparada y mi padre no hará nada para ayudarte porque es un pelele en sus manos. Jamás la replica y así nos va…

—Te vas a poner bien —dijo rota de dolor.

—Ese es tu deseo, pero no se cumplirá. Hazme caso, aún tenemos tiempo. Tienes que atrapar a un soltero y esa fiesta es la mejor ocasión de encontrar un lord que esté a tu altura.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Pero qué dices? ¿Atrapar a un soltero?

—Asistirás a esa fiesta y elegirás a uno. Tienes que enamorarle. Tienes una sola noche para conseguir tus propósitos.

—¿Crees de veras que algún soltero decente va a quererme por esposa? Si no tengo dote ni posición.

—Si no lo consigues al menos habrás vivido una noche maravillosa, prima. ¿Qué tienes que perder? Te van a echar igual. —Se le cortó el aliento y Catherine sonrió. —Veo que lo has entendido. Una última aventura que viviremos juntas. Irás y me lo contarás todo. Y si consigues marido mucho mejor. Moriré mucho más tranquila porque sé que no te quedarás sola. Tienes que intentarlo.

Serine ni sabía qué decir.

—¿Lo harás por mí?

Una aventura, la última que vivirían juntas. Su prima se moría y debía aceptarlo, debía hacer lo posible por complacerla en sus últimos días y si quería que fuera a ese baile iría, se lo contaría todo y si no encontraba marido se lo inventaría para que fuera feliz. —Sabes que por ti haría cualquier cosa —dijo con un nudo en la garganta. Su prima sonrió y vio en su rostro que se quedaba más tranquila—. Iré a ese baile y encontraré el marido de nuestros sueños.

Con el chal en la mano enderezó la espalda recorriendo el paso empedrado del jardín y subió los escalones pasando entre los nobles que esperaban saludar a sus anfitriones. Un lacayo levantó una ceja y Serine sonrió. —Mi tía se ha dejado el chal en el carruaje.

—No tiene que darme explicaciones, milady.

Se sonrojó. —Pues tiene razón. —Siguió a una pareja de edad avanzada por un pasillo simulando que iba con ellos. Pues no había sido tan difícil. Al pasar por delante de un espejo se miró distraída y se detuvo en seco porque jamás se había visto tan hermosa. Su largo cabello estaba recogido en la nuca y varios tirabuzones que se había hecho a la luz de una vela reposaban sobre su hombro. El corsé enfatizaba su cintura y el hermoso vestido blanco que decía a gritos que era debutante, se ajustaba en el pecho elevándolo y mostrando un escote que la sonrojó porque no estaba acostumbrada a enseñar tanto. Pero era un vestido tan hermoso… Y era como si fuera suyo, porque había ayudado a elegir cada piedra cosida al intrincado bordado en forma de lluvia. El vestido más hermoso que se pondría jamás. Acarició la suave tela y entonces empezó a sonar la música. Fascinada siguió el sonido hasta llegar a una puerta doble que estaba abierta de par en par y como en un sueño la cruzó para acercarse a la balaustrada de piedra. Abajo en la pista de baile, las parejas giraban al son del vals que la orquesta tocaba en ese

momento. La sala estaba atestada de gente y separó los labios de la impresión por los maravillosos vestidos que lucían las damas, las joyas y lo atractivos que estaban los hombres con sus impecables trajes negros con sus pañuelos blancos. Su mirada recorrió el salón, vio como un joven se acercaba a una morena y hacía una reverencia besando su mano. La joven se sonrojó y él le dirigió unas palabras. Ella miró a la mujer que tenía al lado y esta asintió antes de que la joven sonriera y siguiera al caballero hasta la pista de baile. Y como si todos los bailarines fueran uno se unieron al baile girando como los demás. Era realmente precioso y fascinada empezó a bajar los escalones que daban a la pista de baile. Un joven levantó la vista hacia ella antes de mirar a su alrededor como si buscara algo. Se sonrojó porque como debutante no era lógico que estuviera sola en el baile. Pasó ante él mirando a un lado y a otro como si buscara a alguien y pasó de largo a toda prisa como si llevara el chal a alguna conocida. Suspiró del alivio porque no le había dicho nada. ¿Cómo va a decirte nada, tonta? No os han presentado. Rayos, tenían que haber pensado en eso. ¿Cómo iba a conocer a un pretendiente si no conocía a nadie? Rodeó la pista de baile sin saber muy bien qué hacer. Al pasar ante las chaperonas que vigilaban a sus debutantes varias la miraron antes de cuchichear. Escuchó que una preguntaba —¿Sabéis quién es?

Ay, madre. Muy nerviosa porque la descubrieran se alejó a toda prisa y cuando miró hacia atrás suspiró del alivio porque ya no la miraban. Se acercó a una planta y al ver que aún llevaba el chal en la mano miró a su alrededor antes de meterlo en la maceta a toda prisa. Como si nada siguió paseando y un lacayo pasó ante ella con una bandeja llena de copas. Estaba muerta de sed, pero no se atrevió a coger nada. Se mordió su grueso labio inferior y miró hacia la pista. Una mujer preciosa con unos gruesos tirabuzones morenos reía mirando enamorada a un hombre tan apuesto que la hizo suspirar, porque era evidente por la expresión de su rostro que la amaba muchísimo. ¿Cómo sería que alguien te amara así? Sintió un vacío en la boca del estómago porque en cuanto su adorada prima falleciera se quedaría sola en el mundo y nadie la querría. Desde que sus padres habían fallecido solo la había querido Catherine. ¿Cómo iba a superar su

muerte? Sus preciosos ojos azules se entristecieron sin darse cuenta de que casi se escondía tras otra planta observando a las parejas que pasaban bailando ante ella. Parecían tan felices… Como si no tuvieran preocupaciones. Dos chicas vestidas de blanco pasaron ante ella y dos caballeros las interceptaron impacientes por pedirles un baile. Ellas abrieron sus carnets de baile y apuntaron sus nombres. Cuando se alejaron soltaron unas risitas cómplices antes de ponerse serias cuando otros jóvenes se acercaron para reclamar el baile. Las observó ir hacia la pista y ambas sonrieron a sus parejas antes de iniciar la polka. Hizo una mueca porque aunque ella quisiera bailar eso no sabía. Jamás había aprendido porque no había sido instruida. Aquello era ridículo. Bueno, ya lo había visto y sabía lo que era. Mejor largarse antes de meterse en un lío y que su tía la echara de casa antes de que Catherine… Al pensar en la muerte de su prima agachó la mirada. Vamos, tienes que ser fuerte por ella. Elevó la barbilla y la mujer morena pasó ante ella con una mujer rubia que reía. Al verla tras la planta se detuvieron en seco y ambas levantaron sus cejas. Se sonrojó intensamente y dio un paso al lado saliendo de detrás de la planta. La rubia se acercó a ella y levantó su barbilla. —¿No bailas?

Como un tomate susurró —No me lo han pedido.

—¿Con lo bella que eres? Eso es imposible.

—Pues…

La mujer cogió su mano y tiró de ella hacia la pista de baile. —¡No, no!

—Hazme caso que soy duquesa. Y a las duquesas siempre hay que decirles sí a todo.

—¿De veras?

Esta se echó a reír y cogió su mano poniéndosela en el hombro antes de empezar a bailar como si fuera el hombre e ignorando que era una polka empezó a bailar como si fuera un vals, lo que fue un alivio, la verdad. No pudo evitar sonreír dejándose llevar.

—¿Cómo te llamas?

—Lady Serine Cadwell.

—¿Conozco a tu familia?

—No lo creo.

—Yo soy Lady Ingrid. Duquesa de Wimergton.

—Mucho gusto.

—Y mi amiga es la marquesa de Thirenwood. Se llama Felicity, pero sus amigos la llaman Fely.

Vio como sonreía a dos caballeros y en menos que cantaba un gallo allí tenía a su esposo que era evidente que estaba algo celoso. Lady Ingrid se echó a reír. —Le gusta sacarle de sus casillas.

—Ah, ¿sí?

—Tácticas femeninas.

Vio que se acercaban a ella dos mujeres de edad madura y el marqués se alejó para hablar con alguien como si se quedara tranquilo porque estuviera acompañada. La verdad es que la mujer era muy hermosa y muchos la observaban fijamente. No le extrañaba que su marido se pusiera así. Como miraban hacia ella Ingrid continuó hablando. —Esas son nuestras madrinas. —Las tres las observaban con una sonrisa en los labios ignorando los comentarios de la gente que cuchicheaba a su alrededor. —Uy, que estas quieren echarte el lazo…

—¿Qué?

—Así que buscas marido —dijo como si nada.

—Bueno… —farfulló.

—Vamos, vamos… Eres debutante.

—No, si yo no…

—Oh, ¿estás comprometida?

—No —respondió vehemente.

—Entonces buscas marido.

Gimió por dentro porque parecía muy agradable, pero no podía decirle la verdad, así que respondió —Pues sí.

—Claro. Y necesitas ayuda, eso es evidente si te escondes detrás de una planta. Te voy a dar un consejo.

—¿De veras? —preguntó emocionada.

—Si quieres algo sé directa. A mí me funcionó.

—¿Sin presentarme ni nada?

Hizo una mueca. —No tan directa.

Dejó caer los hombros. —Entiendo.

—¿Quieres que te presente a alguien?

Sus ojos brillaron. —¿Lo haría?

—Claro. Mi marido conoce a todo el mundo. Y mis madrinas también. Esas sí que conocen gente. —Al mirar sobre su hombro dijo —Oh, me hacen una seña, quieren conocerte.

—Pero…

Ingrid tiró de ella hasta el borde de la pista y la plantó ante las mujeres. —¿Quién es tu nueva amiga, niña? —preguntó una mujer cargada de joyas.

—Condesa, quiero presentarte a Lady Serine Cadwell. Serine, ella es la condesa de Arnfield. —Serine hizo una reverencia. —A la baronesa de Petworth… —La mujer mayor que tenía al lado inclinó la cabeza mientras hacía otra reverencia. —Y la marquesa de Thirenwood…

—¿Qué opinas, amiga? —preguntó la marquesa.

—Es algo tímida, pero tiene algo…

Las miró sin comprender e Ingrid hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Cosas nuestras.

—Ah… —Forzó una sonrisa no queriendo ser indiscreta.

—Cadwell, Cadwell… —dijo la baronesa—. ¿Quién es tu padre, niña?

Vaya, ¿y ahora qué decía? Si mentía todo el que le presentaran creería que su nombre era ese, lo que anularía cualquier posibilidad de matrimonio empezando con una mentira. Y se lo había prometido a su prima. Había insistido mucho en que buscara marido y había pensado en mentir sobre que lo había encontrado, pero si había la posibilidad debía intentarlo, ¿no? Pero si decía la verdad puede que su tía lo descubriera todo. Al ver que estaban impacientes por su respuesta dijo —Oh… Mi padre era el conde de Perrington. —Hala, ya lo había dicho, la suerte estaba echada.

—Oh, qué fatalidad. Sentí mucho la pérdida de tus padres.

—Ifi, ¿les conocías? —preguntó Fely interesada.

—Sí —contestó mirándola fijamente—. Unas bellísimas personas. Tu madre hacía las mejores meriendas de Londres, todo el mundo quería asistir porque era muy divertida.

—Gracias, milady —dijo ella agachando la mirada.

—Tú eras muy pequeña cuando murieron, ¿verdad? —preguntó la condesa de Arnfield —. Creo recordar que tenías cinco años y que te fuiste a vivir con una hermana de tu madre.

—Así es, condesa. Tenía cinco años y los barones de Mirtown me cuidaron.

La condesa apretó los labios e Ingrid forzó una sonrisa. —Pero hablemos de cosas más amables. Esta es una noche maravillosa como para hablar de cosas tristes. ¿Tienes algún candidato en mente para perder tu soltería?

Se sonrojó. —No conozco a mucha gente.

—Pero te habrán presentado…

—Ingrid —dijo la baronesa cortándola—. La niña ha venido sola, ¿no ves que no tiene carabina?

Se puso como un tomate mientras la duquesa reía. —¿Cómo va a venir sola? Eso no se hace.

Fely viendo su cara de culpabilidad levantó una de sus cejas morenas e Ingrid la miró con los ojos como platos. Angustiada se apretó las manos. —Por favor, no digan nada. Tengo una buena razón para estar aquí.

—De eso estoy segura, querida —dijo la condesa—. Pero este no es sitio apropiado para que nos la cuentes. Niñas, al jardín que hace una noche preciosa.

Fely al ver que estaba a punto de salir corriendo la cogió del brazo para empezar a caminar hacia la puerta del jardín siguiendo a Mary Anne y a Ifi que hablaban como si nada del maravilloso vestido de una de las damas. —Tranquila, con nosotras estás segura —susurró la marquesa.

—¿De veras?

—Claro que sí —dijo Ingrid—. Eres nuestra protegida.

—¿Lo soy? —preguntó sorprendida.

—Te hemos elegido, lo eres.

—Ah… —No entendía una palabra, pero increíblemente confió en ellas, así que sonrió. —Pues gracias.

Ambas sonrieron y en cuanto llegaron al jardín caminaron hacia la fuente. Mary Anne e Ifi se sentaron en un banco de piedra. —Ven, niña. Aquí podremos hablar sin que ninguna de esas cotillas nos escuche.

Al ver el banco se preocupó por la tela de su vestido y susurró —¿Puedo quedarme de pie? No quiero estropearlo.

—Por supuesto, querida. —dijo Ifi—. Supongo que es de tu prima.

Sus bonitos ojos azules se llenaron de lágrimas y asintió.

—Ifi, ¿cómo lo sabes? —preguntó Ingrid.

—Porque es el vestido que había hecho Madame Blanchard para su presentación. Estuve en la modista para que me arreglaran un vestido y vi salir de uno de los cuartos de pruebas a su prima con su madre, la baronesa. El vestido salió tras ellas y era el mismo. No me había dado cuenta hasta que has dicho que tenías razones para estar aquí. Tu prima está muy mal, ¿no es cierto? Lleva tiempo rumoreándose que está enferma y de hecho el día que la vi no tenía buen aspecto.

Negó con la cabeza. —Se muere.

Las mujeres se llevaron una mano al pecho de la impresión. —Pobrecita, ¿qué le ocurre? ¿Podemos hacer algo? —preguntó Fely.

—No, los doctores que la han visto dicen que no se puede hacer nada. Esperaba un milagro, pero… —Sollozó tapándose el rostro y Fely la abrazó por los hombros. —Ese milagro no llega.

—Lo sentimos muchísimo, es evidente que la quieres mucho.

—Es como mi hermana. Es lo único que tengo.

Las mujeres se miraron y la condesa apretó los labios. —Tengo entendido que no has sido criada como te mereces, ¿no es cierto? —dijo Mary Anne—. Más bien eres una especie de acompañante de tu prima. Como una dama de compañía.

Ifi separó los labios de la impresión. —Dios mío, eras la chica de gris que las seguía como una sirvienta.

—¿Pero qué dices, Ifi? —preguntó Ingrid—. No la ofendas.

—Es cierto, iba tras ellas e iba vestida de sirvienta.

La condesa la miró asombrada. —Esto es inaudito, es hija de un conde. Tenía entendido que no había ido al mismo colegio que su prima, pero de ahí a ser sirvienta… ¿Cómo se atreven? —La miró fijamente. —¿Es eso cierto?

—Ayudo a Catherine y la acompaño.

—Dios mío… —dijo Ingrid sin poder creérselo—. ¿Pero qué clase de persona es esa tía tuya?

—Me acogieron, no son malas personas. —Las cuatro se miraron mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos. —Me han tratado bien.

—No tan bien como te merecías, es evidente —dijo la condesa muy molesta—. ¿Quién es tu tutor?

—El padre de Catherine.

—Increíble. ¿Y la herencia de tus padres?

Negó con la cabeza. —Se lo quedó todo el heredero de mi padre. Un primo suyo. Mi padre estaba haciendo una casa en el campo que era muy cara y no había dinero para mí cuando falleció. El dinero que debían legarme había desaparecido por las obras.

—Por Dios, es cierto, no lo recordaba. Era una finca en Bath que terminó el heredero de tu padre. Dicen que es la más hermosa de los alrededores.

—Sí.

—¿Todo se lo quedó el heredero al título? —Fely no salía de su asombro. —¿Y su hija? Al menos tendría que haberse quedado con esa casa que no estaba ligada al título.

—En este país si algo no está testamentado va a parar al legítimo heredero que en este caso es el dueño del título. Seguro que su padre no había incluido la casa en testamento todavía porque no estaba acabada. Una tragedia, pero es así. Si su tutor hubiera litigado por sus derechos seguramente algo habría recibido, pero eso no ocurrió —dijo la baronesa antes de mirarla—. Así que no tienes dote y es evidente que te has escapado de casa para venir esta noche. Ahora cuéntanos la razón.

—Catherine, esa es la razón.

—¿Tu prima te ha obligado a venir?

Asintió. —Una última aventura juntas. Y si puedo conseguir marido… Teme que me quede desamparada cuando ella ya no esté.

—¿Tu tía va a echarte de casa? —Ingrid cada vez estaba más cabreada. —Bueno, esto es el colmo.

—¿Tu prima creía que vas a encontrar marido en una sola noche? —preguntó Ifi pasmada —. Porque es evidente que esta oportunidad no se repetirá. En cuanto se entere tu tía de que has estado aquí y se enterará si te presentamos a alguien, no se lo tomará muy bien y más viniendo con el vestido de su hija.

—Me echará —dijo angustiada—. Y no veré más a Catherine.

—Dios mío… —Fely estaba a punto de soltar cuatro gritos.

—Amiga, aquí tenemos un reto —dijo la condesa antes de sonreír de oreja a oreja.

—Y de los gordos. —Ambas se echaron a reír dejándola pasmada.

—No se ríen de ti —dijo Ingrid divertida—. Es un entretenimiento que tienen. Bueno, que tenemos, porque te he elegido yo.

—¿Elegido para qué?

—Para casarte con el mejor candidato posible. Esta noche cambiará tu vida.

Veinte minutos después todas miraban a Ifi que con el ceño fruncido pensaba en el mejor pretendiente para ella. Serine bufó. —Es imposible.

—Déjame pensar…

—Ifi alguien tiene que haber —protestó Fely agitando sus rizos morenos—. Rico para que no le importe la dote, buena persona… Venga, hay hombres a patadas.

—Y si es guapo… —Todas la miraron. —Por pedir que no quede.

De repente Ifi sonrió. —Ya le tengo.

Todas chillaron de la alegría. —¿De veras? —preguntó la condesa—. ¿Y quién es? —Ifi volvió la vista hacia su amiga y levantó una ceja. —Le conozco, ¿no?

—Le conoces muy bien.

—¿De veras? Déjame pensar… —Dio golpecitos con el índice en su labio inferior. —Rico, atractivo…

—Y buena persona. A tu heredero no le importará la dote.

Mary Anne dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Hablas de George? ¿Mi hijo George?

—Ya va siendo hora de casarle.

—Pero si está en Escocia.

—¿Y?

Serine dejó caer los hombros desmoralizada. —¿En Escocia? Me da que no llega para esta noche.

—Y no lo necesitas —dijo Fely—. Lo que necesitabas esta noche era conocernos a nosotras y lo demás ya vendrá. ¿Verdad chicas? —Todas asintieron.

—Pero Catherine…

—Esperaremos… —Ingrid cogió su mano con cariño. —Esperaremos a que llegue el momento. Y cuando estés preparada te ayudaremos a conquistarle.

—Sí, porque con mi hijo vamos a tener que poner toda la carne en el asador. —Miró a su amiga. —¿Estás segura de esto?

—Cada vez me gusta más la idea. Le conozco desde niño, y es lo que necesita. Una mujer fuerte pero dulce. Con cicatrices de las heridas que le ha provocado la vida. En cuanto George la conozca un poco no podrá evitarlo. Cuando era niño siempre rescataba animales heridos.

Acudirá a su rescate, no podrá resistirse. Además, es rubia y hermosa, como le gustan a tu hijo.

Mary Anne se sonrojó. —A George le gustan todas.

—¿Es un conquistador? —preguntó Fely asombrada—. A ver si estáis exagerando… Siendo hijo de tu marido no puede haber salido muy conquistador.

Mary Anne jadeó asombrada. —¡Oye niña, que mi marido era un picaflor hasta que me conoció!

—¿De veras? —preguntaron las jóvenes asombradas.

—¿Y por qué nunca hemos conocido a tu hijo? —preguntó Ingrid frunciendo el ceño.

—Porque odia Londres. Solo viene en Navidades y porque le obligo. Tú las pasaste en el campo con tu suegra y Fely se fue a España con el marqués, así que no tuvisteis ocasión de conocerle. Se fue antes de que regresarais.

—Pero ese tiempo que estuvo en Londres lo aprovechó para llevarse al lecho a unas cuantas —dijo Ifi soltando una risita.

—¿A cuántas? —preguntó Serine con interés.

—A seis y eso que solo estuvo una semana. —Se echó a reír a carcajadas por la cara que puso Mary Anne.

—No tiene gracia —siseó esta—. Está soltero.

—Pues ya va siendo hora de que deje de estarlo —dijo Fely—. George se muere por un nieto, que se le cae la baba con mi niño.

Mary Anne suspiró soñadora. —Un heredero… Sería maravilloso.

—Pues arreglado.

—¿Arreglado? —preguntó Serine incrédula—. ¡Es un disoluto! ¡A seis!

—Estaban casadas —le defendió su madre ofendida.

—¡Encima!

—Es que si hubieran sido solteras tendría que comprometerse, ¿entiendes? —dijo Ingrid como si fuera lenta.

Se puso como un tomate. —¿No estaréis pensando...? —Todas levantaron las cejas. —¡Queréis que le seduzca!

—Claro —dijeron tan panchas.

—Yo me largo. —Se dio la vuelta, pero Ingrid la cogió del brazo. —Yo este plan no lo veo.

—Pues es muy sencillo. ¿Quieres un marido que te proteja? No tienes herencia y dentro de poco ni tendrás un techo bajo el que dormir. ¡Necesitas casarte y cuanto antes! Pues te estamos dando un noble rico y atractivo con el que compartir tu vida.

—¿Y si luego no quiere casarse qué? Que tiene pinta de no querer comprometerse y la vamos a liar…

—Mi hijo cumplirá con su deber.

—¿Seguro?

—Uy, que no me cree.

—Algo raro debe tener para ser un disoluto y preferir Escocia. Si tanto le gustan las mujeres aquí las hay a puñados.

Todas miraron a Mary Anne que se sonrojó. —Bueno, digamos que mi esposo le aconsejó que se fuera porque le habían retado a duelo unas cuantas veces.

—¿Cuántas veces? —preguntó Ingrid divertida.

—Veintidós. —Se echaron a reír dejando a Serine de piedra. —¿Qué pasa? ¡Es que llegó un punto en que ni podía mirar a otra mujer sin que le retaran a duelo! ¡Se obsesionaron con él! Así que mi hombre le dijo que se fuera de la ciudad. Dijimos que se había cansado de Londres, pero en realidad…

—En realidad le ordenaron que se fuera porque ya se había librado muchas veces de un tiro y no era plan tentar tanto al destino —dijo Ifi.

—¡Uy, ese no se casa ni muerto! —Miró a Ifi. —Piense en otro, baronesa.

—Que no, que es perfecto.

—Tienes que creerla que siempre acierta—dijo Ingrid dándole un codazo. Serine la miró incrédula—. Que sí. Nosotras somos felicísimas.

—¡Mujer, qué haces ahí fuera! ¡Te vas a helar de frío!

Todas miraron hacia atrás para ver al marqués de Thirenwood furioso en la puerta al jardín. Fely gritó —¡Ahora vamos, no nos interrumpas!

—¿Qué has dicho? ¡Entra ahora mismo!

En ese momento salió un rubio con cara de pocos amigos. —¡Ingrid, acabas de parir! ¿Quieres enfermar?

Esta puso los ojos en blanco antes de sonreírle como una loca. —Sí, somos felicísimas.

—¿Seguro?

—¿Acaso no parecemos felices? —preguntó ofendida.

—Oh, claro que sí —dijo antes de forzar una sonrisa —. Bueno, bueno… Mejor me voy que se hace tarde.

—Búscanos cuando estés preparada —dijo la condesa con dulzura—. Oh, a mi hijo le vas a encantar.

—Claro, condesa. —Hizo una reverencia. —Ha sido un gusto conocerlas.

—Lo mismo digo, niña.

Se alejó y a los pocos pasos miró sobre su hombro para ver a las cuatro sonriendo como locas. Forzó aún más su sonrisa y aceleró el paso.

Fely entrecerró los ojos. —Parece que huye de nosotras.

Ingrid soltó una risita. —Sí.

—Esa niña nos necesita —dijo Ifi—. Nos necesita de verdad.

—Cierto amiga, ¿pero con George? Que rescatara un pájaro siendo niño no implica que vaya a recibirla con los brazos abiertos. Sabes que desde que murió mi hijo pequeño está intratable. No estoy segura de que sea lo que necesita Serine.

—Claro que sí.

—¿Tiene mal carácter? —preguntó Fely.

—Uff, tu marido no le llega ni a la suela de los zapatos.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Eso es imposible.

—¡Mujer, no te lo digo más! —Fely se volvió mirándole furiosa y el marqués carraspeó. —Te doy dos minutos.

Ifi soltó una risita. —Eso es lo que va a conseguir Serine, aplacarle solo con una mirada.

—¿A mi George? —preguntó Mary Anne incrédula—. Es evidente que no tiene el carácter de Ingrid o Fely. —Ambas negaron con la cabeza. —Si se ha dejado pisar por su propia familia.

—Pero tenemos tiempo para instruirla. Durante el viaje a Escocia…

—¿Cómo que viaje a Escocia? —preguntó Fely—. Si estoy preñada, mi marido no permitirá que vaya a ningún sitio. ¡Tiene que venir él!

—No, porque allí tendrá la guardia baja para el primer encuentro. No nos espera, le tomaremos por sorpresa.

—Yo voy —dijo Ingrid.

—Ya veremos lo que dice tu marido de eso pues acabas de dar a luz. ¿Y el bebé? ¿Te lo llevas contigo? —preguntó Fely con burla.

—Ay no, niños no, que mi George entonces sale espantado viendo la que se le cae

encima.

Ingrid gruñó. —No quiero perdérmelo. ¡Tiene que venir él!

—No os necesitamos, niñas. Hemos hecho esto solas durante años —dijo la condesa.

Ambas jadearon indignadas. —¡Nos la quieren robar!

—Eso ya lo veo, amiga —dijo Fely entrecerrando los ojos—. ¿Queréis viaje a Escocia? ¡Pues nos vamos a Escocia!

—¡Eso!

—¿Ingrid? ¡Nos vamos!

Gimió volviéndose hacia su marido para decir por lo bajo —A ver cómo le convenzo.

—Venga amiga, tú puedes —la animó antes de que se alejara.

—¡Fely!

Gruñó volviéndose. —Sí, ya voy…

Mary Anne e Ifi sonrieron viendo como iba hacia él, pero de repente se volvió. —¿Cómo hicisteis para que vuestros maridos comprendieran tan bien vuestro trabajo?

—También les divierte. Si lo ven como una diversión y les das algo que hacer dirán que sí a todo —respondió Mary Anne.

Los preciosos ojos de Fely brillaron. —Sois muy listas.

—Gracias —dijeron a la vez.

Fely se volvió resuelta. —Esto está chupado.

Riendo vieron cómo se acercaba a su esposo y ella debió decir algo porque él se la comió con la mirada cogiéndola por la cintura.

Cuando desaparecieron Ifi miró a su amiga del alma que la estaba observando atentamente y la condesa dijo —Es una causa perdida. Ni te atreviste a sugerirlo con Fely ni Ingrid, ¿por qué con Serine?

—Porque a ella no podrá hacerle daño.

Se le cortó el aliento. —Crees que porque ha sufrido no se atreverá.

—No. Con otras mujeres puede ser un Don Juan, puede no tomarlas en serio, pero con alguien tan magullado por la vida se sentirá un miserable. Esa será nuestra baza, amiga. Nos encargaremos de que sepa su vida al completo antes de que la chica se lance a la carga.

—¿Crees que lo hará? —preguntó sorprendida—. ¿Serine? Si se escondía detrás de una planta.

—Es lady y por varios de sus comentarios es evidente que tiene un carácter que intenta ocultar. Seguramente por los castigos de su tía. En cuanto se relacione con nuestras niñas su rebeldía saldrá a la luz, pero nunca perderá ese aura de dulzura que la rodea. Es perfecta.

—Te veo muy convencida y sabes que confío en ti, pero no me gustaría que la niña sufriera con todo lo que ha debido sufrir ya.

—Esa bruja de la baronesa de Mirtown… —dijo Ifi rabiosa.

—La haremos pagar.

—Por supuesto que sí. Tratar de esa manera a una niña que ha perdido a sus padres. Vaya si va a pagar. Tendrá que mudarse del país cuando acabemos con ella. —Se levantó del banco. —Pero todo a su tiempo. Primero tenemos que hacer que tu hijo se enamore de ella y le dé la posición que merece. ¿Te importa que no tenga dote?

—Si consigue llevar a mi hijo ante el altar le pongo un monumento.

Ifi se echó a reír. —¿Y a mí?

—A ti dos.

Se echaron a reír y vieron como sus maridos salían al jardín. Ambas sonrieron. —¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —preguntó Ifi.

—No se lo va a creer de todas maneras… Ha perdido las esperanzas de tener un nieto.

Haría ese viaje a Escocia caminando si con eso consiguiera que nuestro hijo se casase.

—Entonces se va a llevar una alegría.

George y Charles llegaron hasta sus esposas. —¿Qué estáis tramando ahora? —preguntó el marido de Ifi.

—¿Os apetece un viajecito al norte?

Capítulo 2

En la caballeriza se llevó las manos a la espalda para intentar desabrochar los botones, pero le estaba costando, la verdad. —Vamos Serine —dijo por lo bajo retorciéndose para intentar llegar.

La puerta del establo se abrió y se le cortó el aliento al escuchar unas voces. —Una pena —dijo William, el jefe de establo—. Una verdadera pena.

Frunció el ceño acercándose a la puerta donde Pegasus estaba encerrado. —Ya sabíamos que ocurriría, era un secreto a voces —dijo John.

—La baronesa está destrozada. Debía pensar que aún le quedaba algo de tiempo.

Serine palideció y salió a toda prisa sorprendiéndoles. —Pero niña, ¿qué haces ahí?

—¿Qué ha pasado?

William apretó los labios antes de decir —Su tortura ha terminado. Ahora está con Dios.

Se llevó una mano al cuello intentando contener el dolor. —No.

—Lo siento mucho, niña.

—¡No! —gritó antes de salir corriendo hacia la casa. Desesperada corrió como alma que lleva el diablo entrando por la puerta de la cocina y allí estaba todo el servicio que vieron asombrados como corría hacia las escaleras con el rostro desencajado de dolor. Al llegar arriba el médico salía de su habitación y ella gritó —¡Catherine!

—Ya es tarde.

—¡Catherine! —Corrió hasta su cama y al ver su placidez se detuvo a su lado. Sus labios temblaron porque parecía en paz. Ya no le dolía, al fin su sufrimiento había acabado. Sollozó tapándose el rostro con las manos. —No, Catherine.

—¿Cómo te atreves…?

Apartó las manos para ver a su tía ya vestida de negro sentada en una butaca. —¡Cómo te atreves! —gritó furibunda levantándose y dando un paso hacia ella. La luz del quinqué mostró su rostro retorcido por la pena y la rabia—. Maldita zorra, ¿qué haces con el vestido de mi hija?

—Ella me lo dio para que me lo pusiera esta noche… —Sollozó. —Quería que le contara lo que había pasado en la fiesta a la que he asistido. Quería vivirlo a través de mí.

—¡Mientes! ¡Has robado ese vestido! —Rodeó la cama mirándola como si fuera a matarla a golpes. —¡Quítatelo!

—Por Dios, baronesa —dijo el doctor escandalizado—. ¿Ante el cuerpo de su hija le importa esa estupidez?

Se volvió rabiosa. —¡Cierre la boca, viejo inútil! ¡No ha hecho nada por mi niña! ¡La ha dejado morir!

El barón entró en la habitación y se acercó a su esposa. —Ven, vas a tomar algo de láudano para que te calmes.

—¿Que me calme? —gritó desquiciada—. Mi hija ha muerto, ¿cómo voy a calmarme? —Se volvió de golpe y gritó en su cara —¿Por qué ella? ¿Por qué no tú?

Era lógico que hubiera preferido su muerte, pero algo en su interior se quebró con esas palabras. Ya no tenía que callarse, Catherine no estaba para verlo. —¿Por qué mis padres? ¿Por qué no vosotros? Al menos ellos hubieran tratado a vuestra hija con respeto.

El tortazo le volvió la cara y su tía gritó desquiciada agarrándola de los pelos.

—¡Cindy no! —gritó su marido intentando agarrarla, pero estaba incontrolable. —¡Doctor!

—¡Maldita zorra desagradecida, fuera de mi casa!

—¡No hasta que me despida de ella! —Levantó la mano y le arreó un tortazo a su tía que la detuvo en seco. Sorprendida la miró con los ojos como platos con la mano en la mejilla. —¡No hasta que me despida de ella! —La empujó por los hombros haciéndola caer al suelo sentada. Serine furiosa señaló la puerta. —Sal de la habitación.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves tú? —preguntó rabiosa—. He soportado todos estos años tus malos modos, tus castigos y tus horribles celos, pero esto no pienso soportarlo. Tienes un corazón negro. El más negro que he conocido nunca y he tenido la desgracia de que me criaras. Y porque te conozco bien dudo que la muerte de tu hija te haya dolido tanto como aparentas ante la galería. ¡Si te hubiera importado no te habrías separado de su cama como he hecho yo en los últimos seis meses! ¡He sido yo la que estado a su lado y me pienso despedir!

—¡Cristopher llama a la policía!

—No pienso hacer eso —dijo el barón muy tenso antes de agacharse para coger el brazo de su esposa—. Vamos a la habitación, necesitas descansar.

—¿No te pones de mi parte? —preguntó sorprendida.

—Después de tu comportamiento, en este caso no. Ya está bien esposa. —Miró a Serine. —Tienes diez minutos.

—Gracias.

—¡Sácala de aquí! —gritó rabiosa.

—¡Smith!

El mayordomo entró de inmediato en la habitación y entre los dos cogieron a la baronesa que gritaba como una loca. El médico les siguió con el maletín y cerró la puerta.

Serine miró hacia Catherine y sonrió con tristeza sentándose a su lado para coger su

mano. —Al fin me he enfrentado a ella. —Las lágrimas recorrieron sus mejillas. —Estarías orgullosa de mí. —Elevó su mano inerte y se la besó. —¿Por qué no me has esperado? —Sollozó. —No tenía que haber ido a ese estúpido baile. —Sorbió por la nariz escuchando su voz en su mente al preguntarle cómo había sido. —Todo era precioso. La música era hermosa y todos bailaban… Te hubiera encantado. Como supongo que lo habrás visto, sabrás que he conocido a unas locas que creen que pueden conseguirme marido. Han sido muy amables, pero no estoy muy convencida con el candidato que pretenden para mí. —Hizo una mueca. —Aunque no estoy para elegir, ¿verdad? Uff, no sé qué hacer. Y ahora no estás para aconsejarme. —Alargó la mano para colocar su cabello sobre su hombro cuando vio la esquina de una hoja bajo la almohada. Sin aliento tiró de la esquina para ver que era un sobre y al darle la vuelta vio su nombre en él. Lo abrió a toda prisa para ver al menos mil libras y una hoja de papel. —¿Qué es esto, Catherine?

Mi querida Serine:

Acabas de irte a la fiesta y sé que no volveré a verte. Pero no quería partir sin despedirme. —Serine se tapó la boca con la mano intentando no gritar de dolor. —*¿Lo has conseguido? ¿Le has enamorado? Si no es así porque todo ha sido algo precipitado, con este dinero puedes vivir en un hotel hasta que decida pedir tu mano. Espero que sea pronto y que la vida que comienza ahora sea tan feliz y maravillosa como mereces.*

Catherine

Postdata: ¿Me prometes algo? ¿El día de tu boda llevarás el camafeo con mi retrato para que esté allí? —Sollozó rota de dolor. —*Me gustaría estar contigo. Y si pones Catherine a tu primera hija no voy a protestar…* —Rio sin poder evitarlo dando la vuelta a la hoja. —*Eres la mejor hermana que nadie podría tener. Nos veremos de nuevo, estoy segura y te estaré esperando con los brazos abiertos dentro de muchos, muchos años. Un beso.*

Intentando reprimir las lágrimas susurró —Te quiero y te juro que haré lo necesario para ser feliz, para conseguir esa vida maravillosa que tanto deseas para mí. Siempre estarás en mis pensamientos. —Se agachó y la besó en la mejilla sabiendo que era el último beso que le daría. Metió la carta a toda prisa en el sobre y se levantó para abrir el joyero de su prima cogiendo el camafeo para metérselo en el escote con el sobre, porque si la veían saliendo con él se lo quitarían. Miró hacia Catherine por última vez y sintiendo ganas de gritar de la impotencia fue hasta la puerta asustada por lo que le depararía el futuro.

Con la maleta en la mano se mordió el labio inferior mientras el cochero de alquiler se alejaba. —Vamos, Serina, no tienes otra opción. —Miró hacia la verja de la gran casa y fue hasta allí para abrirla. El chirrido la hizo gemir y vio como una luz se acercaba a la ventana. Alguien apartó una cortina y ella caminó con su maleta hasta los escalones de la entrada. Subió los tres y en ese momento se abrió la puerta mostrando a un hombre con traje negro que sacó el quinqué para iluminarla. Con el vestido de fiesta y la maleta en la mano, los pelos revueltos y la mejilla hinchada debía ser todo un cuadro. —¿Está la condesa de Arnfield? ¿Ha regresado de la fiesta?

—Estas no son horas, milady. Mis señores están acostados.

Se sonrojó por el reproche. —Me dijo que viniera. Soy lady Serine Cadwell.

Él apretó los labios haciéndole un gesto con la cabeza para que pasara. —Espere ahí —dijo mostrándole una silla al lado de la puerta.

Se sentó sin rechistar dejando la maleta a su lado. La verdad es que para ser el mayordomo de noche se daba muchos humos. De la que subía las escaleras apareció un lacayo que no debía tener más de once años y le dijo —Quédate mientras voy a avisar.

Para vigilarla. Era evidente que no se fiaba de ella.

El hombre desapareció en el pasillo y se apretó las manos preocupada. Bueno, si no habían hablado en serio y la echaban, siempre podía ir a un hotel.

—Oh, Dios mío —dijo la voz de una mujer.

—Cielo, ¿es ella?

—Sí, George —dijo la voz más cerca. De repente apareció la condesa con el cabello suelto y se asomó a la barandilla obviamente preocupada—. Mi niña…

Sin poder evitarlo se echó a llorar. —Catherine ha muerto.

—Lo siento muchísimo. —Bajó los escalones lo más aprisa que pudo seguida de un hombre con batín de terciopelo y cuando llegó hasta ella la abrazó por los hombros pegándola a su pecho. —Es una tragedia y lo siento muchísimo por ti.

—No pude despedirme de ella.

Preocupada por su estado miró al mayordomo. —Que traigan un médico.

—Enseguida.

George se agachó ante ella y Serine le miró. —En cuanto llegue te dará algo que te hará descansar, pero mientras tanto tomarás una copa de coñac.

—Es muy amable.

—Ven, te llevaré a tu habitación. —Antes de que se diera cuenta la cogió en brazos como si fuera una niña y Serine sollozó porque no recordaba que nunca la hubieran tratado así. —Eso es niña, desahógate —dijo el conde—. Es evidente que necesitas hacerlo.

Mary Anne apretó los labios mientras su marido la subía por las escaleras antes de mirar el reloj del hall. Eran las seis de la mañana. Impotente apretó los puños por el aspecto que tenía, pues era evidente que la habían echado de inmediato después de propinarle unos golpes. —Malditos bastardos…

—¿Decía, condesa? —preguntó el mayordomo.

—Que manden aviso a la casa de la baronesa para que venga en cuanto se levante.

—Sí, condesa.

Fue hasta la escalera, pero cuando iba a subir se detuvo en seco volviéndose. —Y Lewis…

—¿Sí, condesa?

—No quiero que a mi invitada le falte de nada ya sea de día y mucho menos de noche en tu turno, ¿me has entendido? —Miró hacia la maleta. —Que la suban de inmediato y envíe una doncella. Y comunica a Jeffrey lo que te he dicho.

Él enderezó la espalda. —Por supuesto, condesa. Se lo comunicaré al mayordomo principal.

—Y que envíen aviso a Madame Blanchard para que venga en cuanto pueda. Es urgente.

—Ahora mismo envío un lacayo.

Empezó a subir los escalones a toda prisa y fue hacia la derecha que era donde había ido su marido. Al ver que la puerta de la habitación más próxima a la suya estaba abierta casi corrió hacia allí para ver que su esposo la había tumbado en la cama y se había sentado a su lado. —¿De veras? —preguntó ella sorbiendo por la nariz como si fuera una niña.

—Sí, es su habitación.

Con curiosidad miró a su alrededor. Era una estancia enorme y tenía dos ventanales a la calle que seguramente de día daban mucha luz. Había una estantería llena de libros de arriba abajo y los muebles eran sobrios de una madera oscura. Lo que le llamó algo la atención fue el escritorio porque tenía un tintero de oro. Nunca había visto uno así. Por lo demás apenas había objetos personales, pero era evidente que era la habitación de un varón. —¿Por qué me ha traído aquí?

George sonrió. —Porque será tu habitación cuando vengas a Londres.

Se sonrojó. —Será si me acepta.

—Ifi es muy buena en lo que hace. Si dice que sois perfectos el uno para el otro es que es así.

En ese momento llegó un lacayo con una bandeja y acercó al conde la copa de coñac. —Oh, aquí está. Tómatela entera que te sentará muy bien. —Se la acercó a los labios y ella bebió obediente. El conde sonrió. —Eso es, muy bien.

—Está bueno.

Rio por lo bajo. —Sí que lo está, es francés.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó su esposa.

—Sí, gracias. Son muy amables.

—Serás nuestra nuera, déjate de formalidades. Yo soy George y ella es Mary Anne.

—Yo soy Serine.

—Un nombre precioso.

—Mi madre se llamaba Serenity y por no ponerme el mismo me pusieron uno que derivaba de él.

—Una idea estupenda.

—Me contó la historia mi antigua niñera. Un día vino a visitarme a casa de mis tíos. Me tenía cariño.

—¿Y qué fue de esa mujer?

—No lo sé. No volví a verla, mi tía le dijo que no regresara.

Al conde se le congeló la sonrisa. —Seguro que hubiera querido visitarte.

—Querido, déjame que la ayude a acostarse.

—Oh sí, por supuesto. Esperaré al médico abajo.

—Estoy bien. No quiero que se molesten por mí.

—No es molestia. —Le guiñó un ojo antes de levantarse y le dio un beso a su mujer en la sien antes de alejarse.

Serine sonrió. —Se aman.

—Sí, he sido muy afortunada.

—El afortunado he sido yo, cielo —dijo George antes de salir cerrando la puerta.

—Déjame que te desabroche el vestido.

Se sentó en la cama y se levantó. Mary Anne la cogió por la barbilla. —Te ha pegado, ¿no?

—Ha sido por el vestido. Ha perdido los nervios. —Agachó la mirada. —Le he dicho cosas horribles.

—Seguro que ella no se ha quedado corta.

Negó con la cabeza levantando la vista hasta sus ojos castaños. —No me justifiques, acaba de perder a su hija. Debería haberme contenido.

—Tú también sufres por el fallecimiento de tu prima. —La cogió por la cintura para volverla y empezó a desabrocharle el vestido.

—Me ha escrito.

A Mary Anne se le cortó el aliento rodeándola. —¿Tu prima?

Sacó la carta de su escote y se la tendió. —Por eso me he decidido a venir.

La cogió asombrada por su confianza. —¿Quieres que la lea?

—Sí.

Se sentó en la cama para abrir el arrugado sobre. Ignoró el dinero y sacó la carta. La leyó en silencio para que no sufriera más de lo necesario por esas bellas palabras. Emocionada dobló el papel con cuidado. —Se nota que te quería mucho.

—Y yo a ella.

—Desea que te cases y por eso has venido, ¿no?

—Es mi única opción.

—No niña, no será tu única opción. Si no sale bien, si Ifi está equivocada no pararemos hasta que encontremos a ese hombre que te haga feliz.

Se le cortó el aliento. —¿Por qué? No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí, mi conciencia no me permitiría seguir con mi vida como si nada y dejarte desamparada. Te encontraremos ese futuro que tu prima deseaba para ti.

Emocionada susurró —No sé cómo agradeceros todo esto.

—Tú me lo devolverás todo con la alegría que me proporcionarás con mi primer nieto.

—¿No tiene más hijos?

—Desgraciadamente solo tuve dos y perdí al pequeño hace unos años en una riada cerca de la casa de campo.

—Lo siento mucho.

—Fue un golpe durísimo para todos, pero para mi hijo mayor… Nunca ha vuelto a ser el mismo. Se culpó por lo que ocurrió, ¿sabes? Tenía que haber ido a la finca ese fin de semana y no fue por asistir a la fiesta que un amigo daba en su casa. Su hermano falleció por ayudar a los aldeanos y esa era responsabilidad del heredero.

—Pero él no lo sabía. Fue el destino.

—Sí, pero él nunca lo ha visto así. Desde entonces trabaja como un maniaco y va de cama en cama. Mi George ya no tiene que hacer nada porque es nuestro hijo quien lleva prácticamente los negocios de la familia. Nuestro castillo de Escocia ha prosperado tanto en estos dos años que ahora es una de las haciendas más importantes de la zona.

—Es un hombre atormentado.

—Desgraciadamente sí —dijo apenada—. Y no sabemos qué hacer. Por eso la idea de Ifi me ilusiona y me aterra a la vez.

—Teme hacerle daño.

—Temo que te haga daño a ti.

Separó los labios entendiendo. —Mal genio, ¿eh?

—No me entiendas mal no te pegará, ni nada de eso. Mi hijo antes se arrancaría un brazo, pero su lengua es… ¿Por qué crees que ha tenido tantos duelos? No todos han sido por mujeres por mucho que diga la gente que sí. No reprime lo que piensa y a veces puede ser muy hiriente. Esa fue otra de las razones para que le enviáramos a Escocia porque se estaba ganando enemigos entre la alta sociedad y enemigos muy peligrosos. Antes de irse ofendió al mejor amigo del príncipe Alberto. Fue el propio príncipe quien le advirtió que debía cambiar de manera de ser si no quería que la corona le diera la espalda.

—Dios mío, ¿está loco?

—A veces pienso que sí. A veces pienso que quiere destruirse. Que quiere que le castiguen por no proteger a su hermano. Por eso ya casi no viene por aquí, para no perjudicar el título, pero en Escocia se comporta igual que aquí. ¿Entiendes mi dilema? ¿Y si Ifi se equivoca y te hace daño con sus hirientes palabras?

—Soy más dura de lo que parezco. No te preocupes.

Asombrada porque no parecía asustada por su advertencia vio cómo se quitaba el vestido y el camafeo cayó sobre la alfombra. —Oh… —A toda prisa lo cogió y acarició el retrato.

—Tranquila, no se ha dañado.

Lo puso con cuidado sobre la mesilla antes de empezar a desatarse los faldones. —¿Puedo verlo?

—Sí, claro.

Se lo entregó y la condesa lo miró. —Se parece mucho a ti.

—Podíamos haber sido hermanas, ¿verdad? —Lo cogió de su mano. —Es igual que un retrato suyo que hay sobre la chimenea del salón. Decía que hacer un camafeo era una ridiculez, pero…

—Al final servirá para algo.

—Sí.

Llamaron a la puerta y la condesa preguntó quién era. —Dora, condesa.

—Pasa.

Una doncella pasó con la maleta y al verla en ropa interior dijo —Enseguida le doy el camisón.

—No es necesario, puedo…

—Ahora eres lady Serine —dijo la condesa acallándola de inmediato—. ¿Entiendes?

Asintió y Mary Anne sonrió. —Mañana verás a la mejor modista de Londres. Quiero que llegues a Escocia radiante.

Se sintió abrumada. —No estás segura de esto y si sale mal como dices, me sentiré culpable.

—Estoy segura de algo. Tú te casarás y para eso necesitas un vestuario nuevo. Dame el capricho, no he tenido hijas y me voy a divertir.

Era evidente que tenía un corazón enorme y no quería defraudarla. —Como digas.

La condesa dejó la carta sobre la mesilla al lado del camafeo. —Rápido Dora, el médico estará al llegar.

—Enseguida condesa, pero es que…—La doncella revolvía entre su ropa y sacó algo cogiéndolo con dos dedos. —¿Esto es el camisón?

Se sonrojó porque lo viera Mary Anne, pensaría que era una pordiosera. —Madre mía —

dijo la condesa—. ¿Es que no te daban ropa?

—Mi prima quería darme la que ya no se ponía, pero su madre no lo permitía. Decía que el resto del servicio podía ponerse celoso.

—Tira esa ropa y tráele un camisón mío.

—Sí, condesa.

—¿Pero mañana con qué voy a vestirme?

—Con eso no. Tranquila, que algo encontraremos.

Dora decidida salió con maleta y todo cerrando la puerta. Mary Anne la miró elevando una ceja. —No tenía que haber dicho lo del servicio, ¿no? —preguntó angustiada.

—No. Pero tranquila que Dora es de confianza y no dirá nada.

—No volverá a pasar.

—Entiéndelo, no debemos darle a la alta sociedad más cotilleos de los que tendrán. Y tendrán bastantes después de que no supieran de ti en tantos años. Pedirán explicaciones y se enterarán de muchas cosas. Pero a eso nos enfrentaremos a la vuelta y si hay suerte tu marido te acompañará. —Viendo su ropa interior chasqueó la lengua. Era evidente que el corsé no era suyo por su calidad. Mientras se lo quitaba por delante miró el vestido en el suelo y vio como lo cogía con cariño. —Haremos que lo dejen impoluto y se guardará con mimo.

—Gracias.

—¿Te ayudó a vestirte tu prima?

—No tenía fuerzas. Su doncella me ayudó a vestirme y prometió cerrar el pico por una buena cantidad. Incluso me ayudó a salir de la casa sin que me viera nadie. Pero cuando llegué era muy tarde, ya estaba en la cama. No podía entrar así en la casa y no podía llamarla para desvestirme, así que intenté quitarme el vestido en el establo que es donde había escondido uno mío. Fue cuando me enteré de que Catherine… —Su voz se quebró.

—Y te presentaste así ante tu tía.

—No podré ir al funeral.

—Ella ya se ha despedido de ti en esa carta y si no estabas a su lado fue por su deseo. Y vas a seguir el camino que te ha indicado, así que estará orgullosa esté donde esté. No te apenes. Ahora intenta ser feliz como ella quería.

—Sí. —Dejó el vestido sobre una silla al lado de la chimenea. —Voy a poner todo de mi parte, te lo prometo.

La condesa sonrió y acarició su mejilla. —No tienes que prometerme nada, niña. Ya sea con mi hijo, ya sea con otro hombre, tu deber, tu obligación para contigo misma es ser feliz. Y procuraremos que lo seas.

Mary Anne cerró la puerta intentando no hacer ruido y miró a su esposo que ante su habitación la esperaba. Llegó hasta él y cogió su mano metiéndole en su alcoba. —Se ha quedado dormida con lo que le ha dado el doctor.

—Pobre niña…

La condesa se quitó la bata y George metiéndose en la cama vio la preocupación en su rostro. —¿No estás convencida? Ifi no suele fallar.

Se sentó a su lado y sonrió con tristeza. —¿Recuerdas cómo murieron sus padres?

George asintió. —En un viaje hacia la casa de campo pararon en una posada. Había varios enfermos y para no propagarlo ya no les dejaron salir. El conde de Perrington cayó enfermo dos días después. Su esposa no se separó de su lado y también enfermó. Jamás salieron de esa posada.

—Ni me imagino lo que esa niña tuvo que sentir siendo trasladada a esa casa donde no la

querían.

—Sí que la quisieron. Lady Catherine la quiso.

—Ha sufrido tanto…

—La vida es así, cielo. Pero ahora os ha conocido a vosotras y su destino cambiará.

—Viéndola dormirse he pensado que es una pena que no hubiéramos tenido una niña. —Sonrió con tristeza. —Teníamos tanto amor para dar.

—Y todavía lo tenemos. —Se acercó y la besó en la mejilla. —Está en buenas manos. No te preocupes por ella ni por George.

—¿Nunca te has preguntado por qué nunca le hemos propuesto a alguna de nuestras candidatas?

—Sí, me lo he preguntado muchas veces y la respuesta siempre ha sido que si Ifi no la consideraba adecuada era por algo.

—¿Y por qué Serine sí? ¿Por qué no Fely o Ingrid?

George sonrió. —Son fantásticas, pero Serine tiene algo que ellas no tienen.

Sorprendida preguntó —¿Qué?

—¿No te has dado cuenta, mi mariposa?

—Por mucho que lo pienso no sé qué la hace tan especial para George.

—Serine necesita amar.

Se le cortó el aliento.

—Necesita un amor desesperadamente. Se ve en sus ojos la soledad, la necesidad de afecto. Eso no les pasaba a las otras candidatas, cielo. Fely se sentía amada por su madre, era fuerte, independiente e Ingrid puede que necesitara ayuda, pero no estaba hambrienta de amor, de hecho empezó a buscar candidato por una posición. Ninguna de tus candidatas pasadas tenía en su interior esa necesidad de amor. No es posición, no es seguridad, Serine necesita que la amen.

Y ahora que ha perdido a la única persona que le importaba mucho más.

—¿Y si George no está preparado para ella?

—Tiene casi treinta años, ya es hora de que se prepare —dijo molesto.

—Ha sufrido…

—Y ella también. —De repente los ojos de su marido brillaron y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Ifi es muy lista. Mucho. No tendrá arrestos para hacerle daño después de ver el resultado de su primera estocada.

—Dice que es más dura de lo que parece.

—Y lo es. Tiene que ser dura para pasar por lo que ha pasado, pero en cuanto nuestro hijo vea el dolor en sus ojos se le retorcerán las tripas por haberle hecho daño.

—Os veo muy seguros.

George sonrió satisfecho. —Vamos a ser abuelos, mi mariposa.

Vio cómo se acomodaba dispuesto a dormir y preguntó —¿Te has arrepentido alguna vez?

—¿De qué, cielo?

—De haberte enfrentado a tu familia por mí. Sé que para ti fue duro tener que hacerles frente porque mi padre estaba lleno de deudas y no era aceptado en ninguna casa decente. ¿Te ha merecido la pena? ¿Te he hecho feliz?

El conde sonrió mirándola con amor. —Nada en esta vida ni en la siguiente me hará más feliz que tú. No, no me arrepiento de haberme enfrentado a ellos por ti. He sido muy dichoso a tu lado.

Sus ojos castaños se llenaron de lágrimas. —No me faltes nunca.

George la abrazó con fuerza. —Nunca, mi amor. Siempre estaré contigo. —Cuando ella

sollozó sobre su hombro él susurró —Eh… ¿No te das cuenta de que todavía nos queda lo mejor por vivir? ¡Al fin asistiremos a una boda en esta familia!

Mary Anne rio por lo bajo. —Y si hay suerte a un bautizo.

—O a siete u ocho.

—George, ni se te ocurra decirle algo así a tu hijo o se mudará al continente.

George rio apartándose y la besó suavemente en los labios. —¿Sabes lo que te pasa? Que con tus candidatas anteriores no te han dado ninguna pena los novios. Si había que machacarles para que claudicaran al amor que sentían, no teníais piedad. Pero ahora estamos hablando de tu hijo, y cielo, en este caso no puedes proteger su corazón como has hecho siempre. Tienes que ser despiadada. No debe darte ninguna pena, debes usar todas las tretas necesarias para que Serine le consiga. Solo funcionará si le ves como un candidato más. —La advirtió con la mirada. —No seas blanda.

—¿Yo blanda? —preguntó espantada—. Ni hablar. Además me gusta Serine y tendremos unos nietos preciosos.

—Pues perfecto, ya tenemos la mitad del camino hecho. Ahora falta la otra mitad.

Capítulo 3

Serine se acercó a la barandilla cerrándose el escote de la bata con la mano y empezó a bajar los escalones lentamente sintiéndose algo insegura. Un mayordomo que no era el de la noche anterior apareció como de la nada al pie de las escaleras. —Milady, soy Jeffrey. Estoy aquí para atenderla en todo.

—Gracias.

—Se ha levantado muy temprano.

Se sonrojó con fuerza. —Oh, me vuelvo a la cama. Perdone.

Él carraspeó cuando vio que se volvía. —Ni se le ocurra, milady. Si quiere desayunar va a desayunar. —Se volvió y él levantó la barbilla. —El conde ya se ha levantado. Le hará compañía.

Sonrió. —¿Ya se ha levantado?

—Le gusta madrugar. Venga conmigo, la acompañaré.

—Gracias, Jeffrey.

—Es un placer.

Bajó los escalones a toda prisa y él levantó una ceja cuando vio que iba descalza. —¿Y su doncella, milady?

—No iba a despertarla, es muy temprano.

—Entiendo. —Chasqueó los dedos y en ese momento se acercó una doncella. —Unas zapatillas para milady, no queremos que se enfríe.

—Enseguida —dijo antes de alejarse a toda prisa.

—Lleva esta casa como un reloj, ¿no es cierto Jeffrey?

—Me debo a mis señores. Es lo menos que puedo hacer.

—Seguro que están muy orgullosos de su trabajo. La casa está preciosa —dijo acompañándole hasta lo que debía ser el comedor.

—Creo que aprecian mi trabajo.

—Estoy segura de que es así. —Al ver al conde a la cabecera de la mesa leyendo un periódico sonrió. —Buenos días.

Levantó la vista sorprendido. —Pero por el amor de Dios, ¿ya estás despierta?

—Me levanto temprano desde siempre.

George sonrió encantado. —Perfecto. Al fin tengo alguien con quien hablar por las mañanas. Mi esposa siempre desayuna en la cama.

Jeffrey le apartó la silla a su izquierda y se sentó a toda prisa. —Gracias Jeffrey.

—De nada, milady. —Se volvió hacia un lacayo y le hizo un gesto con la cabeza para que le sirviera de inmediato.

—¿Sale a cabalgar, conde? ¿Por eso se levanta temprano?

—Llámame George, querida. Casi somos familia. —Le guiñó un ojo sonrojándola mientras doblaba el periódico poniéndolo aparte. —Montaba de joven, pero mis huesos no son lo que eran y me duele la cadera si me subo a un caballo. ¿Tú montas?

Apretó los labios. —No, nunca me he subido a un caballo.

Le miró sorprendido. —¿Y eso cómo es posible?

—Siempre he ido en carruaje a todos los sitios. —Sus ojos brillaron. —Pero mi prima

montaba maravillosamente. Aunque sus padres no tienen finca en el campo, una tía del barón sí y les invitaban a menudo. Allí Catherine tenía un caballo castaño que le regalaron en su catorce cumpleaños y era un gusto verla montar.

George asintió. —¿Y tú nunca lo montaste?

—Oh, no. Si me hubieran visto… —Miró al lacayo, un joven de su edad que le sirvió el té con eficiencia. —Gracias.

—De nada, milady. Un placer. —Se alejó de inmediato para que otros lacayos pusieran sobre las mesas varias bandejas de plata y levantaran las tapas mostrando beicon, riñones, huevos, tostadas y bollos de distintos sabores.

—No seas tímida, niña. Estás en tu casa. Come lo que más te guste.

Sonrió y cogió la cuchara. Se sirvió unos huevos con beicon, unas salchichas y riñones hasta llenar el plato.

El conde se echó a reír. —Estás hambrienta.

—Ayer solo desayuné un poco de pan con manteca —dijo cogiendo el tenedor antes de perder la sonrisa poco a poco—. Catherine no se encontraba bien y…

—Pues come lo que quieras. Así que no sabes montar —dijo pasando por alto el tema para que se relajara—. Pues eso hay que arreglarlo, niña. ¿Te gustaría aprender?

Sus preciosos ojos azules brillaron. —Sí, me encantaría.

—Eso está hecho. Jeffrey…

—Un instructor para milady, conde. Entendido. ¿Le importa que retiremos las bandejas para que el resto no se enfríe?

—No, por supuesto que no, puede retirarlas. —Miró al conde. —¿Un instructor? —preguntó sorprendida.

—Será mucho más rápido que si te enseño yo. Él sabrá darte los consejos adecuados para

corregirte lo antes posible y que aprendas cuanto antes.

—Pero si nos vamos a ir y…

—No te preocupes por eso. Y dime, ¿qué te gusta hacer?

Masticó los riñones que estaban deliciosos pensando en ello. —¿Hacer?

—¿Tienes alguna afición en tu tiempo libre? Tenías tiempo libre, ¿no?

—Bueno, mi tiempo libre lo pasaba con mi prima. A las dos nos gustaba leer y tocar el piano. —Soltó una risita. —En realidad lo tocaba solo yo y ella escuchaba.

—¿Te enseñaron a tocar el piano?

—No se lo digas a nadie, pero su profesor se exasperó un poco con ella y para seguir cobrando las clases me daba la lección a mí y Catherine vagueaba un rato.

Él se echó a reír. —Bien hecho. ¿Y tocas bien?

—El señor Parrot decía que sí, lo que tenía de los nervios a mi prima porque su madre que a veces escuchaba la melodía desde su salita decía que tocaba como los ángeles. Siempre temió el momento en que después de su presentación le pidieran tocar para los invitados. Yo le decía que se excusara diciendo que se había hecho daño en la mano o algo así.

El conde rio. —Así que erais cómplices.

—En todo. —Perdió algo la sonrisa y el conde cogió su mano apretándola para transmitirle su apoyo. —La voy a echar mucho de menos.

—Tienes los recuerdos y esos no te los quitarán nunca. A mí me costó mucho superar la muerte de mi Tommy, pero poco a poco el dolor se va haciendo menos profundo y ahora solo doy gracias por los momentos que pasé a su lado. Siento que volveré a verle, ¿sabes?

—Mi prima pensaba lo mismo.

—Y será así, ya verás. Desde donde estén nos estarán viendo y no querrían vernos sufrir. Mi Tommy no lo toleraría.

—Catherine tampoco —dijo emocionada. O cambiaban de tema o se iba a poner a llorar como una descosida así que preguntó lo primero que le vino a la mente—. ¿Cómo es George?

Se echó a reír antes de sonreír orgulloso. —¿Cómo es mi hijo? Todo un hombre. —Hizo una mueca. —Aunque algo excesivo en todos los aspectos. Cuando tiene un amigo es el mejor amigo, cuando se propone hacer algo no para hasta conseguirlo, es bueno en todos los deportes que ha practicado, es inteligente, cultivado y muy exigente con los que le rodean.

—Porque lo es con él mismo.

La miró sorprendido. —Exactamente. Muchos dirían que es malhumorado, intransigente y un déspota, pero yo sé que no exige más de lo que él mismo haría.

Asintió. —Eso no es malo.

—Yo opino lo mismo.

—¿Y vuestra relación con él?

—Nos ama con locura.

—Le echáis de menos.

—Han sido dos años duros sin tenerle por aquí, pero era necesario.

—Tu esposa me lo ha contado.

—Desde la muerte de Tommy… Le adoraba, ¿sabes? Tommy era todo alegría, siempre estaba metido en líos y como hermano mayor…

—Le sacaba de ellos. Siempre estuvo ahí para él y no lo estuvo cuando más le necesitó.

El conde asintió. —Se culpa de ello y ya han pasado casi doce años. ¿No es penitencia suficiente? Sé que nunca volverá a ser el de antes, que todo su pasado ha forjado el hombre que es, pero por escuchar otra vez su risa, su risa de verdad daría lo que fuera.

—Soy graciosa, ¿sabe? —Le guiñó un ojo.

Él sonrió. —¿De veras?

—A Catherine siempre la hacía reír. Conseguiré que se ría.

—Dios te oiga, niña. Dios te oiga…

Jeffrey se agachó a su lado. —Milady, las zapatillas.

—Oh, gracias.

Se las puso él mismo y se sonrojó porque ella era muy capaz de ponérselas, pero antes de darse cuenta ya las tenía puestas. —Gracias.

—Un honor, milady.

En ese momento un lacayo corrió por el hall y Jeffrey se tensó, se acercó a la ventana para apartar la cortina y se volvió con cara de susto. —Conde, su hijo. Su carruaje está aquí.

Él que estaba bebiendo su té se atragantó y a Serine se le cayó el tenedor de la impresión antes de mirar hacia el hall donde escuchó decir a una voz grave —¿Pero qué os pasa? —preguntó molesto—. He tenido que esperar.

—Lo siento milord, pero no le esperábamos —dijo Jeffrey caminando hacia la puerta—. Bienvenido a casa.

Un hombre muy alto entró en el hall tirándole una capa que Jeffrey cogió casi al vuelo antes de coger el sombrero por los pelos. El conde se levantó casi sin poder creérselo, pero Serine ni se dio cuenta estirando el cuello sobre la mesa para ver que detrás de Jeffrey, aparecía un hombre de cabello castaño vestido con una chaqueta de terciopelo azul que no podía disimular que no le temía al trabajo por el tamaño de sus brazos y su gran torso. Además, los pantalones de montar mostraban unas musculosas piernas que no dejaban ninguna duda. Cuando él miró hacia allí ella dejó caer la mandíbula del asombro al ver sus clarísimos ojos azules y su duro rostro. —¿Tenemos visitas, Jeffrey?

—Sí, milord —contestó a toda prisa pasándole sus cosas a un lacayo—. Lady Cadwell. Una protegida de sus padres —dijo mientras él se acercaba al comedor casi sin escucharle.

—Hijo, qué sorpresa. —George rodeó la mesa recorriéndola con los brazos abiertos.

—Sí que pareces sorprendido, padre. —El conde le dio un abrazo.

—Bienvenido a casa.

Sonrió con ironía. —Gracias.

Serine que aún no había reaccionado pues su corazón había dejado de latir les observaba y vio como su George estaba algo incómodo con el gesto afectuoso de su padre. Había creado una coraza a su alrededor, para no sufrir en el futuro seguramente, y eso no podía ser. Le dio pena con todo lo que habían sufrido sus padres, era casi como si hubieran perdido otro hijo.

—Qué alegría que estés en casa. Tu madre se volverá loca de la felicidad.

—No exageremos. —Miró hacia ella y levantó una ceja. —¿Lady Cadwell?

Se sonrojó reaccionando a toda prisa y al levantarse, la zapatilla que le quedaba demasiado grande se dobló en la punta haciéndola tropezar y al intentar no caer se agarró al aparador cogiendo el mantel, pero no aguantó su peso y se espatarró en la alfombra mientras todas las bandejas que había sobre el aparador caían sobre ella.

—Oh Dios, ¿te encuentras bien? —preguntó el conde acercándose a toda prisa—. Menos mal que los quemadores que mantienen la comida caliente se han apagado al caer y no te han quemado, querida.

Se agachó a su lado y ella gimió por lo bajo. Estupendo, seguro que le había impresionado. Levantó la cabeza forzando una sonrisa y varios riñones cayeron sobre su hombro. —Sí, estoy muy bien.

—Eso es evidente. —Unas botas aparecieron ante ella y levantó la vista hacia él que dijo —No había desayunado, milady.

—Lo siento. Puede desayunar lo que queda en mi plato.

—¿Me da las sobras?

Le daría hasta la luna y sonrió. —Mejor eso que nada.

—Creo que debería ir a vestirse, milady —dijo cortante—. Jeffrey, mi desayuno.

Su padre gruñó cogiendo su brazo. —Déjame que te ayude a levantarte.

Su hijo chasqueó la lengua y se agachó cogiéndola por debajo de las axilas como si fuera una niña y la levantó de golpe poniéndola de pie. Vaya, sí que era fuerte. Y le sacaba la cabeza. Fascinada suspiró. —Y recuerde vestirse como debe la próxima vez que salga de su habitación. —Como si nada se sentó a la mesa en su sitio y apartó el plato de Serine. —¿Jeffrey?

—Sí milord, de inmediato.

Serine suspiró de gusto mirando su cabello castaño y su supuesto suegro pasó la mano ante sus ojos. Sorprendida le miró y él negó con la cabeza. Ella negó con la suya haciendo que varios riñones cayeran al suelo y él negó más vehementemente. No entendía nada y él exasperado puso los ojos en blanco. ¿Qué? ¿Qué había hecho mal? Aparte de hacer el ridículo, claro. El conde se acercó y susurró —Más carácter, niña.

—Oh…—Sí, tenía que mostrar más carácter. Si iba a ser una futura condesa debía hacerlo. Decidida agarró la silla que estaba a su lado y se sentó.

Aquella maravilla de hombre giró la cabeza hacia ella y parpadeó. —No sé si se ha dado cuenta, milady, pero su espalda estaba llena de huevo y está dejando perdida la silla de seda de mi bisabuela.

Jadeó levantándose de golpe y gimió al ver el desastre que había organizado. —Dios mío, lo siento.

—No pasa nada —dijo el conde haciendo un gesto con la mano sin darle importancia—. Pero quizás deberías ir a cambiarte.

—Como yo había dicho —dijo él estirado antes de beber de la taza de té que Jeffrey en persona le acababa de servir.

—Sí, claro. —Hizo una media reverencia y un riñón voló hasta el hombro de su George. Gimió por dentro enderezándose y forzó una sonrisa. —Lo siento. —Estiró la mano y lo agarró

con dos dedos mientras él la miraba como si fuera una idiota de primera. —Sí, será mejor que me cambie.

—¿Jeffrey? Yo no quiero riñones.

—Entendido, milord.

Forzando una sonrisa se volvió lentamente y caminó hacia la puerta. En ese momento llegaba la condesa corriendo escaleras abajo y al verla se detuvo en seco. —¿Pero qué te ha pasado?

—Un accidente de nada —dijo llegando hasta ella que tenía los ojos como platos mirándola de arriba abajo—. Uy condesa, qué maravilla. ¿Seguro que es para mí?

Reaccionando la agarró del brazo. —¿Hablas de mi hijo?

—No voy a hablar de los riñones. —Frunció el ceño. —¿Es hijo del conde? Le saca medio metro.

Jadeó indignada. —Claro que sí, es igual que mi padre.

Sonrió como una tonta. —Tu madre estaría encantada.

—Pues sí, aunque tenía muchos defectos ella estaba encantada.

Soltó una risita. —No me extraña nada. Como tampoco me extraña que las tenga a puñados. Qué maravilla, sí señor. —Empezó a subir las escaleras y soltó una risita mientras Mary Anne la miraba asombrada. —Que ojos, que porte y que… que… ¡Qué todo! ¿Un nieto? Con ese hombre te daré veinte por lo menos. Uff, qué calores —dijo desapareciendo en el piso de arriba—. ¡Catherine esto no te lo creerías! ¡Espero que lo estés viendo!

Mary Anne sonrió satisfecha antes de mirar hacia el comedor y entrecerrar los ojos. ¿Veinte nietos? Por uno solo haría lo que fuera. Entrecerró los ojos yendo hacia allí. —Vamos allá. —Entró en el comedor e ignoró a los lacayos que intentaban limpiar aquel desastre. —Hijo, que maravillosa sorpresa.

—Madre… —Se levantó y dejó que ella le abrazara. —Te veo bien, madre.

—Y mejor que me vas a ver.

—¿Cómo?

—Cosas mías —dijo agarrándole por los brazos para mirarle bien—. ¿Estás más fuerte?

—Hemos tenido mucho trabajo en el castillo.

Se apartó. —¿Y cómo es que has venido a Londres?

—Ahora me lo estaba contando, querida. Le ha llamado el príncipe Alberto —dijo loco de la alegría.

Se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿Qué has hecho ahora?

—Madre, no he hecho nada. Me ha llamado porque quiere mi consejo respecto a cómo explotar las tierras de Balmoral.

—Oh, la residencia que el príncipe Alberto le compró a su esposa hace unos años —dijo ella aliviada.

—Sí, ha oído el éxito que he tenido en Reidwood y tienen muchas tierras por explotar. Quiere mi consejo para hacerlo de la manera adecuada.

—Qué maravilla, asesor de la corona.

—Madre no es para tanto —dijo sentándose.

—Claro que sí, eso es que te ha perdonado.

—Lo dudo. —Reprimió la risa. —¿Su amigo sigue cojo?

—No lo sé, pero si te ha mandado llamar es que ya no es tan amigo.

George hizo una mueca antes de beber de su té. —¿Y cómo van las cosas por aquí, madre? ¿Sigues con esa afición tan entretenida? Al parecer hasta has metido la afición en casa.

—Oh, pues lo he dejado. ¿Verdad querido?

El conde la miró como si le hubieran salido cuernos y ella le fulminó con la mirada haciéndole reaccionar. —Oh sí, se ha reformado. Hijo ni la reconocerías. Ahora ella e Ifi solo se dedican en las fiestas a cotillear como todo el mundo.

—¿Y esa chica tan patosa?

—Oh, ¿Serine? Pobrecita, ayer mismo perdió a su prima.

—¿La perdió?

—Murió, hijo —dijo su padre apenado—. Una pena, una auténtica pena. Aún está en shock.

—¿Y por qué os encargáis vosotros de ella? ¿Acaso no tiene a nadie?

—No hijo, no tiene a nadie. Su prima era su único ser querido.

Él apretó los labios. —Pero tendrá un tutor.

—No quiere hacerse cargo de ella. Está sola y desamparada. —Mary Anne sonrió. —Pero tenemos la solución, a partir de ahora será mi dama de compañía.

—Nos hará compañía a los dos. Estamos muy solos —dijo su marido apoyándola. Cuando George miró a su padre, Mary Anne levantó los pulgares.

—Madre decía que las damas de compañía eran para viejas.

—Nos estamos haciendo viejos, hijo. —Su padre cogió la taza y dio un trago al té que se le había quedado frío.

—No digas tonterías, padre. Aún estás hecho un chaval.

George sonrió. —Nos miras con buenos ojos. Por cierto, ahora ella ocupa tu habitación, pero Jeffrey conseguirá que estés cómodo en otra.

La condesa se sentó frente a su hijo. —Claro que estará cómodo. ¿Y cuánto tiempo crees que te quedarás?

—Una semana como mucho.

—Una semana…—dijo su madre pensativa—. Podrías quedarte un poco más.

Jeffrey entró en el comedor. —Condesa, la modista está aquí.

—Oh, ¿ya?

—Dijo que era urgente.

—Sí, por supuesto. —Se levantó de inmediato. —Enseguida vuelvo.

George miró a su padre levantando una ceja. —La niña tiene muy poca ropa y tu madre considera que es inaudito para su acompañante.

—¿No me digas? —dijo entre dientes.

—No es una aprovechada ni nada por el estilo.

—Claro que no, padre, solo está desamparada.

—Que no es poco.

—Qué suerte ha tenido con vosotros, ¿no?

—No —dijo pensativo—. Creo que hemos sido nosotros los que hemos tenido suerte. Sí, mucha suerte.

—¿Que me cree una aprovechada? —preguntó asombrada dejándose caer en el sofá aún en bata mirando a las cuatro que parecían encantadas de la vida. Se sonrojó—. Bueno, no me extraña que…

Las cuatro perdieron la sonrisa de golpe. —No eres una aprovechada. Nosotras te hemos ofrecido ayuda —dijo Fely.

Pues también tenían razón. —¿Y por qué estáis tan encantadas?

—Porque si se enfada contigo es más fácil para nosotras descubrir si le agradas, querida. En sus pullas mostrará mucho más que con su silencio.

—¿De veras?

Asintieron vehementes. —Lo decimos por experiencia —dijo Fely—. Mi hombre me ponía verde para alejarme, cuando en realidad estaba loco por mí, toma nota. La indiferencia es lo peor.

—Ahí demuestra que no le importas ni para bien ni para mal —añadió Ingrid.

—Pero si le agradas sus pullas serán hirientes, querida. —Mary Anne perdió algo la sonrisa. —¿Crees que podrás soportarlo?

—¿Por ese hombre? —preguntó pasmada—. Mi tía me ha enseñado bien, cualquier cosa que me diga será una tontería a su lado.

—No creas…

—Te he dicho que tengo la piel más dura de lo que parece, no te preocupes.

—Bueno, como se ha presentado por sorpresa y tenemos una semana aquí en Londres para que os vayáis conociendo, vamos a darte unas pautas de comportamiento. —dijo Ifi antes de dejar su taza de té sobre la mesa de centro.

Enderezó la espalda. —Estoy lista.

—Replícale siempre —dijo Ingrid—. Si él dice una pulla, tú suelta una burrada mucho más grande. Algo que le saque de sus casillas.

—Y si tienes que soltarle cuatro gritos no te reprimas. —Todas asintieron dándole la razón a Fely.

—Pero eso va en contra de todo lo que debe hacer una dama, ¿no? —preguntó confundida—. Debe ser sumisa, callada, obediente…

Fely chasqueó la lengua. —Como no te espabiles no te da ni la hora.

—Ah, ¿sí? —Pasmada miró a Mary Anne. —¿No le gustan las damas?

—Bueno…

—Mary Anne, sé sincera —dijo su mejor amiga

—No puedo asegurarlo.

—Ah, ¿no?

Gruñó. —Entre sus amantes hay damas, pero no damas como nosotras, querida.

—Son infieles a sus esposos —añadió Fely.

—Ya. Eso lo sabía, ¿pero son damas en su manera de comportarse?

—En realidad no las conoce. Les tira la caña y en cuanto pican el anzuelo y comparten su cama las olvida. No se detiene en conocerlas más allá del placer que pueden proporcionarle. Además, no solo se acuesta con damas, también con aldeanas, sirvientas, alguna modistilla… Vaya, que ha habido de todo.

—Oh, entonces igual no le gustan las damas. —Sonrió. —Y he sido casi una sirvienta, así que me será más fácil.

—Claro que sí. Tú suéltate y no te reprimas.

—Pero de vez en cuando hazle ojitos —dijo Ingrid.

—¿Ojitos?

—Alguna miradita seductora. Para dejarle claro que te agrada.

Se sonrojó. Eso iba a darle algo de vergüenza, pero si iba a conseguirle con esos consejos allá que iba. —A ver si lo he entendido. Debo replicarle, gritarle si lo veo necesario, hacerle ojitos y seducirle.

—No —dijo Mary Anne tajante.

—Ah, ¿no?

—Seducirle no. Hemos hablado mucho de ello y lo que debes hacer es resistirte a meterte en su lecho.

—Vaya.

—Mira, la que ayer se ofendía tanto cuando lo sugerimos —dijo Ingrid divertida.

—¡Es que ayer no lo había visto!

—¿Ves cómo le es facilísimo acostarse con quien le place? —preguntó su madre exasperada.

Empezó a comprender. —Queréis que me resista.

—Para que cuando te coja, lo haga con ganas.

Madre mía, que calores. Eso de que la cogiera con ganas le subía la temperatura de manera alarmante.

—Serine… —la advirtió Fely—. Si te lleva a la cama a la primera oportunidad pasará página a por la siguiente muesca en su cama.

—Uff, esto se pone difícil.

—Y eso que aún no la ha besado —dijo Ifi atónita.

Suspiró imaginándoselo y las cuatro parpadearon. —Anda, que como no lo consiga menudo chasco se va a llevar —dijo Ingrid por lo bajo.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Creéis que no lo conseguiré?

—Claro que sí —dijo Ifi—. Yo confío en ti.

—A ver… —Fely se levantó mostrando su precioso vestido azul. —¡Debes tener más confianza en ti! ¡Ser más resuelta y espabilada!

—¿Me estás llamando tonta? —Se levantó mostrando su bata gris. —¡Oye maja que serás marquesa, rica y tendrás un marido muy apuesto, pero no soy más tonta que tú!

Fely la miró sorprendida antes de volverse a sus amigas que tenían los ojos como platos. —Tiene carácter.

Ifi sonrió. —Sabía que lo tenía. Su fina ironía de ayer noche me lo demostró.

Las cuatro se echaron a reír y pasmada preguntó —¿Qué os pasa?

—Nada niña, que te creíamos más tímida y sumisa, pero es evidente que estábamos equivocadas. Lo de la planta nos despistó un poco. —Mary Anne sonrió. —Pues muy bien, empieza el juego. Ahora se ha ido al club con su padre, pero vendrán para la cena. Organizaré una cena entre amigos para ver cómo os desenvolvéis. Madame Blanchard me ha prometido que te enviará seis vestidos de tu talla que servirán mientras termina en tiempo récord tu vestuario. Esta noche Dora te dejará preciosa y nuestros ojos no se separarán de sus reacciones hacia a ti y según vayan las cosas tomaremos nuevas decisiones. De momento a replicarle, a sonreír a los demás y a ser educada con todos excepto con él y a ver cómo va.

—Te olvidas de algo, amiga.

—Ah, ¿sí?

—Lo de la admiración. Tiene que admirarla. Recuerda que Royden admiraba la valentía de nuestra Fely y Lucas admiró la sinceridad de nuestra Ingrid.

—Es cierto. Pero todavía no he encontrado algo que mi hijo pueda admirar de ella. Ya pensaré en ello.

—¿Ellas van a venir a la cena? —preguntó preocupada.

Fely e Ingrid dejaron caer la mandíbula del asombro. —¿Acaso no quieres que vengamos?

—¡Sois muy guapas! ¡Demasiado!

—¡Estamos casadas! —exclamaron ofendidas.

—Pues eso. Un aliciente para conquistaros. —Se cruzó de brazos mirando a la condesa. —Si vienen tendré competencia.

—Uy, es cierto —dijo Ifi.

—Oye, que la encontré yo. —Ingrid se levantó. —Además nuestros maridos le dejarán las cosas claras, lo sabéis de sobra.

—A ver si Royden le reta a duelo —dijo Ifi por lo bajo haciendo jadear a Fely—. Niña, no te enfurruñes, George es un caso especial.

—¿Y si hablamos con ellos? —Ingrid sonrió de oreja a oreja. —Si se pasa de la raya nuestros maridos se contendrán.

—Habla por el tuyo, maja. Como mi marqués vea algo raro le arranca la cabeza. —Fely se cruzó de brazos. —Pero George se contendrá. Seguro que solo persigue mujeres casadas con el cartel de disponibles, ¿para qué se va a complicar la vida cuando tiene tanta variedad?

Mary Anne se sonrojó e Ifi jadeó. —¿Ha seducido a alguna que no estuviera tan disponible? ¿Quién? Esa no la sabía yo.

—Lady Johnson.

Ifi no salía de su asombro. —¡Pero si estaba muy enamorada del conde!

—Pues… dudo que le amara mucho porque la vi salir del invernadero con él en la fiesta que di aquí hace tres años.

—Increíble. ¿Hemos fallado? ¡Nosotras nunca fallamos!

—¿Era una de vuestras chicas? —preguntó Fely asombrada—. Ya me parecía a mí que eso de no fallar nunca era imposible.

—¡Se amaban! —Ifi frunció el ceño. —De hecho, la última vez que la vi estaba loca por su marido. No lo entiendo.

—Un patinazo puede tenerlo cualquiera —dijo Ingrid haciendo que la miraran—. Yo no, claro, amo a mi Lucas con locura. Ni un George ni mil me harían patinar.

—Cómo se nota que no le conocéis —dijo Serine—. ¡A mí ya se me caían los pololos con una mirada de mala leche!

La miraron ofendidas. —¡Nosotras queremos a nuestros maridos!

Exasperada miró a la condesa que forzó una sonrisa. —Niña, compitas con ellas o con

otras, es cosa tuya mantener su interés.

—¡Son muy hermosas y acabo de conocerle! ¡Y no le he causado precisamente buena impresión!

—Pues será cosa tuya que sea a ti a quien mire —dijo Ifi—. Hermosas las hay en todos lados, tú incluida. Si quieres enamorarle tienes que ofrecerle más.

Levantó la barbilla pensando en lo que diría Catherine. Y se volvió para mirar por la ventana recordando cierta conversación sobre las virtudes que tenían cada una. Sentadas bajo un árbol en Hyde Park comían uvas y su prima se echó a reír. —Tú bordas mejor —dijo su prima—. Y tocas el piano.

—Tú recitas como los ángeles. Y pintas mejor que yo.

—Tú tienes más pecho.

La miró sorprendida y Catherine se echó a reír. —A los hombres les gusta.

Se puso como un tomate. —¡Cállate!

Catherine sonrió. —Cualquier marido que escojamos será muy afortunado —dijo amablemente, aunque sabía que ella no podía elegir a nadie. Pero le había brindado esa oportunidad y no pensaba desaprovecharla. Se emocionó mirando hacia la calle y supuso que en ese momento estarían en su velatorio. ¿Era egoísta no pensar en ello, no rezar por ella mientras intentaba atrapar a un hombre? Era lo que ella quería y pensaba conseguirlo, pensaba ser feliz. E increíblemente sabía por cómo latía su corazón a su lado, que George era el hombre que necesitaba para ser dichosa hasta la muerte.

Sus amigas la observaban y se volvió para mirarlas decidida. —Pues tienes razón, Ifi. Si quiero que se mantenga a mi lado, tengo que darle algo que no le den las demás.

—Bien dicho, niña.

Capítulo 4

Sujetando su voluminosa falda bajó los escalones esperando estar tan hermosa como se había visto al espejo antes de salir de la habitación. El vestido rosa con volantes blancos era un primor y Dora se había esforzado muchísimo en su peinado, haciéndole un recogido trenzado en la coronilla para dejar caer unos graciosos tirabuzones hasta la nuca. En ese momento Jeffrey abrió la puerta de entrada dejando pasar a la marquesa acompañada de su marido y al ver su vestido rojo con abalorios negros dejó caer los hombros desmoralizada. A su lado parecía una niña. —Diablos —dijo entre dientes.

Fely levantó la vista hacia ella con una sonrisa. —Serine estás preciosa.

—Y tú —dijo con ironía llegando hasta ella.

Se acercó besándola en la mejilla y susurró a su oído —He pensado que un poco de competencia no te vendría mal.

—Serás bruja.

Fely se echó a reír y su marido sonriendo llegó hasta ella. —Querido, te presento a Lady Serine Cadwell, seguro que ayer la viste en el jardín. Es la nueva protegida de la condesa y desde ya su dama de compañía.

Serine hizo una reverencia. —Marqués, es un placer.

—El placer es todo mío, milady. ¿Y quién es la víctima, esposa? —preguntó divertido.

—El heredero de los condes, mi amor. Al parecer ya es hora de que se case.

El marqués levantó una ceja antes de carraspear y ambas le miraron interrogantes. —George no tiene posibilidades. Cuando os empeñáis en algo…

—¿Sabe tu marido que confabulasteis para casaros? —preguntó sorprendida.

—Claro, fue un tira y afloja muy interesante que te contaré algún día sin entrar en los detalles escabrosos. Pero espera, que mi marido tiene algo que contarme… —Se cruzó de brazos mirándole fijamente.

—Preciosa, le conozco desde hace años. Casi sería deslealtad que hablara de él a sus espaldas.

—¿Y?

—Será interesante verle morder el polvo.

—Dudas de que podamos conseguirlo, ¿no es cierto?

—Digamos que George tiene un carácter algo especial.

—¿Cómo el tuyo?

—Me supera con creces.

—Eso es imposible, cielo.

—¿Recuerdas aquel malentendido con mi administrador cuando creí que me había robado y como le zarandeé un poco?

—Claro, Phillip estuvo todo un mes en la cama.

—El administrador de su castillo de Escocia cometió el error de pensar que podía hacer lo que le viniera en gana porque los condes nunca iban por allí. Según tengo entendido por el conde, ese hombre desapareció de la faz de la tierra.

Ambas parpadearon. Fely miró a Serine y dijo —Será una coincidencia.

—Pues no me da ninguna pena. Eso le pasa por meter la mano donde no debe.

Fely sonrió. —¿No son el uno para el otro, cielo?

Serine soltó una risita. —Cada vez me gusta más.

La condesa salió del salón. —¿Pero qué hacéis que no pasáis?

—Me estaba presentando al marqués, Mary Anne —dijo acercándose mientras su anfitriona la miraba de arriba abajo—. Sí, Fely me va a dejar fatal.

Suspiró antes de regañar a Fely con la mirada, pero esta se hizo la loca. —¿Ya ha llegado Ingrid?

La condesa no contestó. —¿Y Rose?

—Oh, mi madre no ha venido. Le dolía algo la cabeza. Dice que mañana se pondrá manos a la obra como las demás.

—¿También es una aliada? —preguntó Serine.

—Por supuesto —dijo el marqués cogiendo la mano de su esposa—. Reunámonos con los demás, estoy deseando ver a George.

—No ha llegado —dijo su madre molesta—. La primera noche que está en Londres y llega tarde a la cena.

—Pero vendrá, ¿no? —preguntó Serine ansiosa—. ¿El conde ha llegado?

—Hace dos horas ya. Mi hijo se encontró un amigo en el club y se quedó hablando con él.

Fely miró de reojo a su marido que gruñó tirando de ella. —Vamos preciosa, necesito un jerez.

Entraron en el salón y vio como Fely le susurraba algo a su marido. Este le respondió algo que preocupó a la marquesa, eso fue evidente. Y estaba segura que hablaban de ella porque la miró de reojo antes de sentarse. El marqués no la consideraba adecuada. Nerviosa se sentó al lado de la condesa y en ese momento llegó el conde. —No te enfades —dijo su esposa—. Seguro que está al llegar.

—Es inconcebible, sabía que teníamos invitados. Estaba presente cuando recibí tu nota en el club avisándome para que no llegáramos tarde.

El mayordomo se acercó a las damas con una bandeja de plata y se agachó para que la marquesa cogiera una copita de jerez. —Seguro que le ha surgido algo. No os preocupéis tanto, somos de la familia.

Sonó la campanilla de la puerta y Jeffrey le hizo un gesto con la cabeza a un lacayo que cogió la bandeja de inmediato para seguir sirviendo a la condesa. Dio un paso hacia Serine y esta sonrió cogiendo una copa. —Gracias.

—Un placer, milady —La miró a los ojos de una manera tan intensa que la confundió y él se enderezó antes de servir a los hombres. Cuando se alejó después de servir al marqués la miró de reojo. Se le cortó el aliento porque estaba interesado en ella y recordó como la había mirado esa mañana en el desayuno. Se sonrojó sin poder evitarlo apartando la mirada, pero sus ojos fueron a parar a él sin darse cuenta sintiéndose halagada. La marquesa era muy hermosa y él era un hombre al fin y al cabo, que se hubiera fijado en ella y no en Fely la hacía sentir estupendamente. Esperaba captar la atención de George de la misma manera.

En ese momento aparecieron los duques de Wimergton e Ingrid le sonrió mientras se levantaba. —Déjate de formalismos inútiles, Serine.

—Americanas —dijo el duque divertido acercándose a ella, que ignorando a su nueva amiga hizo una reverencia—. Milady, es un honor conocerla.

—El honor es todo mío, excelencia.

Ingrid puso los ojos en blanco haciéndoles reír. —¿Americana? —preguntó mirando a la duquesa.

—De pura cepa. Pero estaba destinada a casarme con un noble, ¿qué se le va a hacer? —dijo como si fuera una pesadez antes de guiñarle un ojo a su marido que parecía encantado con ella.

Serine sonrió sentándose de nuevo. —¿La baronesa no viene?

—No se lo perdería por nada del mundo —dijo Mary Anne—. Estará al caer.

El duque se acercó a Royden que dijo —¿Ya sabes quién es la víctima, amigo?

—Mi preciosa Ingrid me informó ayer noche.

—¿Y por qué no me dijiste nada a mí, mujer? —preguntó mirando a Fely.

—Porque estuvimos ocupados —dijo descarada.

El marqués sonrió divertido. —Cierto, muy ocupados.

Rieron por lo bajo mientras Serine se ponía como un tomate.

—Y esta mañana cuando me he levantado tú ya no estabas.

Royden gruñó. —Es cierto, había quedado con mi administrador para salir a cabalgar y ver unos terrenos que quiere que compre.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó Lucas.

—No me interesan. Además, el precio estaba inflado.

—Ese administrador no me gusta, cielo —dijo su esposa—. Él debía saber que ese precio no era el adecuado.

—Nunca me ha dado razones para desconfiar de él. Lo que ocurre es que quieres que traiga a Phillip de Boston.

La marquesa soltó una risita. —Es un genio. Le he dado cien mil libras y me las ha triplicado en un año.

—América es la tierra de las oportunidades —dijo el conde mirando hacia el hall porque llamaban en ese momento

—Los barones, conde —dijo Jeffrey antes de ir a abrir la puerta.

George apretó los labios antes de beber de su copa. Ifi entró en el salón en ese momento y por su cara estaba muy alterada. —Dios mío, Mary Anne…

Esta se levantó de inmediato. —¿Qué ocurre?

Se detuvo en seco sorprendida. —¿Acaso no lo sabéis?

—¿El qué? —preguntó la condesa poniéndose nerviosa.

Su esposo entregó el sombrero al mayordomo e Ifi miró hacia él angustiada. —No lo saben.

—Cielo, díselo antes de que les dé algo.

—Ifi, ¿qué ocurre?

—De la que veníamos nos hemos detenido en el joyero porque mi esposo tenía que recoger el reloj de bolsillo. Bueno, el hecho es que estábamos allí cuando llegó Lady Parkman y llevaba un anillo. ¡Quería estrecharlo!

—¿Y? —preguntaron todos ansiosos.

—¡Era tu anillo, Mary Anne! ¡El anillo!

La condesa parpadeó. —¿Qué anillo?

—¡El de la condesa de Arnfield! ¡Lo he visto mil veces y cuando se lo vi en la mano me quedé de piedra!

George muy incómodo sonrió. —Ifi debes estar perdiendo vista, ese anillo es de mi esposa y jamás se desharía de él. ¿Será una copia? Julianne es una envidiosa, seguro que su nuevo amante le ha hecho una réplica.

—Sí, esa bruja haría lo que sea por fastidiarnos, nos la tiene jurada —dijo Fely con rencor.

—Preciosa…—dijo el marqués.

—¿Qué? ¡Es cierto! ¡Siempre habla mal de nosotros a quien quiera escucharla! ¡Y lo peor es que la empiezan a creer por tu relación con ella! ¡Por Dios, si ha llegado a decir que me metí en tu cama para atraparte cuando estabas comprometido con ella! ¡Y nuestra boda de tapadillo le

ha dado la razón! Además… —Mary Anne se levantó interrumpiéndola. —¿A dónde vas?

—A buscar mi anillo.

—Cielo, que no es el tuyo —dijo su marido rápidamente antes de reír por lo bajo—. Es imposible que sea el tuyo.

Mary Anne se detuvo en seco en la puerta tensando la espalda y se volvió lentamente para mirar a George fijamente. —Marido…

—¿Qué? —preguntó haciéndose el tonto.

—¿Mi anillo está arriba?

Todos miraron al conde que carraspeó antes de reír como si nada. —No te vas a creer esto.

—¿De veras?

—La que se va a liar —dijo Ingrid por lo bajo antes de sentarse como si fuera un fardo al lado de Serine—. Aquí va a correr la sangre.

—George…

—Querida, ¿recuerdas qué celebramos la semana que viene?

Mary Anne parpadeó. —Nuestro aniversario de boda.

—¡Exacto! Treinta y dos años, los más felices de mi vida —dijo a la audiencia que asintió expectante—. Y quería darte una sorpresa. Una bien gorda que no olvidaras porque haría treinta y cinco años que nos conocimos. Por eso elegimos esa fecha para casarnos y…

—¡Al grano marido, que me estoy alterando!

Este gimió antes de forzar una sonrisa. —Quería hacerte un broche con una esmeralda que hiciera juego. Pero hay muchos tonos de esmeraldas y tuve que llevar el anillo al joyero.

—Leche, se masca la tragedia —dijo Ingrid haciendo que Serine la mirara.

—¿Y? —preguntó Mary Anne.

—Pues que cuando iba hacia el joyero no sé qué ocurrió que el anillo desapareció de mi bolsillo. Lo he buscado por todas partes, pero se esfumó.

—¿Has perdido mi anillo? —preguntó horrorizada—. ¿Con lo que me costó que tu madre me lo diera? ¡Ni se quería desprender de él después de muerta cuando tenía que habérmelo entregado cuando falleció tu padre! ¡Casi tuvimos que amputarle el dedo cuando la espichó!

Fely e Ingrid dejaron caer la mandíbula del asombro porque parecía que iba a darle un ataque de nervios cuando ella siempre los tenía de acero.

—Cielito…

—¿Cielito qué? Ese anillo es mío, ¿por qué lo tiene esa bruja?

George se encogió de hombros. —¿Lo encontraría?

—Esa choriza —dijo Fely antes de fulminar a su marido con la mirada—. ¡Mira lo que has hecho!

—¿Yo? —preguntó asombrado.

—¡Menos mal que me conociste, porque vaya mal gusto que tenías con las mujeres!

Ingrid le pegó un codazo. —Fueron amantes antes de que se casaran —le aclaró haciendo que Serine entendiera.

—Y la marquesa la odia.

—Se odian a muerte.

—¡Y la muerte va a encontrar como no me devuelva mi anillo! ¡Lo va a estrechar! —gritó la condesa al borde del colapso.

—Cielito, iré de inmediato a solucionarlo con el joyero.

Ifi carraspeó. —No te molestes, ya lo he aclarado yo.

Mary Anne suspiró del alivio. —¿Y te lo han dado?

—Pues no. Lady Parkman me ha dicho que el anillo era suyo. Que es un regalo de su

amante. Y lo dijo como si nada.

Mary Anne fulminó a su marido con la mirada. —¿Un regalo de su amante?

George negó con la cabeza. —¡Te juro por lo más sagrado que no he tocado a esa mujer en la vida!

Royden suspiró dejando su copa sobre la repisa de la chimenea. —Amigo, ¿denunciaste su desaparición? Si es el anillo que recuerdo, es realmente caro.

—¿Y que Mary Anne se disgustara al enterarse?

—¿Su valor es incalculable y no lo denunciaste? —dijo Mary Anne angustiada—. ¿Qué haces ahí parado? ¡Corre a recuperarlo! —Señaló el cuadro de la chimenea y Serine miró hacia allí para ver a su protectora sentada en una silla con las manos cruzadas donde se mostraba un anillo enorme con una piedra verde. —¡Tenemos pruebas de que es mío! ¡A por él!

—Amigo si quieres te acompaño —dijo Charles.

—Sí, sí, ve con él —dijo Ifi—. Y si se niegan a dártelo llamar a la policía.

—Eso pienso hacer. —Su marido se acercó a la puerta para coger la capa y el sombrero que el mayordomo le tendía.

—Un momento —dijo Fely deteniéndolos en seco—. Aquí hay algo que no me encaja.

Charles miró sobre su hombro a George que se tensó. Ifi jadeó. —¡Marido tú lo sabías!

—Claro que lo sabía, son inseparables —dijo Ingrid—, ¿cómo el conde no se lo iba a contar a su mejor amigo? Mira como el barón se calla lo que quiere.

—¿Lo sabías? —preguntó Ifi ofendida—. ¡Y no me lo dijiste!

—Porque tú se lo contarías a Mary Anne y no queríamos esto, que se disgustara.

—¿Y cómo ibais a evitar eso si puede saberse? ¡Me pongo el anillo en cada acto importante! ¡Me hubiera enterado tarde o temprano!

Su marido se sonrojó. —¿Una réplica?

Le miró pasmada. —¡Lo que me faltaba por oír! ¿Y crees que no me daría cuenta? —chilló de los nervios.

En ese momento George apareció en la puerta quitándose su abrigo. —¿Qué pasa aquí?

—¡Hijo, qué disgusto!

Ingrid le dio un codazo a Serine que mirando a su magnífico partido sonreía de oreja a oreja. ¡Al fin estaba allí!

George dio un paso hacia su madre. —¿Qué ocurre? ¿Se ha muerto alguien?

—Tu padre en cualquier momento —dijo furiosa—. ¡Porque le voy a matar yo! —Fulminó a su marido con la mirada. —¡Explícaselo a tu hijo! ¡Explícale que cuando sea conde no podrá darle la mayor reliquia de la familia a su esposa porque la has perdido y ahora la tiene esa mujerzuela!

—Uy, que se le está soltando la lengua —dijo Ingrid divertida.

George miró a su padre que suspiró con pesar. —Padre, ¿qué ocurre?

—He perdido el anillo de la familia. Quería darle una sorpresa a tu madre para nuestro aniversario y hacerle un broche…

—Pero lo perdió —dijo Serine sin poder evitarlo.

Él la fulminó con la mirada por la interrupción. —Está hablando mi padre, si no le importa, milady, quiero escucharle a él.

Se sonrojó. —Oh, sí claro.

Las chicas negaron con la cabeza, pero mejor cerrar el pico que no estaba el horno para bollos y ellas al ver que no le replicaba bufaron antes de mirar al conde que terminaba de explicárselo a su hijo —Ifi no ha conseguido recuperarlo.

—¿Y lo tiene esa mujer? —preguntó muy tenso—. ¿O se lo dejó al joyero?

—Iba a dejárselo, pero por mi insistencia a que se lo devolviera a su legítima dueña al

final se lo llevó.

—Jeffrey, que preparen mi traje de noche.

—¿Vas a salir? —preguntó su madre.

—Lo tiene esa mujer, pues voy a recuperarlo.

Aquello empezó a atufarle y preguntó sin pensar —¿Cómo?

—Eso a usted no le interesa, milady.

Abrió la boca para replicar, pero él le dio la espalda saliendo del salón.

—Mi hijo va a recuperarlo—dijo el conde muy aliviado.

Lucas y Royden sonrieron y por cómo lo hicieron como si supieran algo que ella no sabía se le puso la mosca tras la oreja. Pasmada miró a Ingrid. —¿Va a seducirla para conseguir el anillo?

—No, ¿cómo va a hacer eso? —Fely miró a su marido. —Uy, sí. Por la cara que pone mi hombre es exactamente lo que va a hacer.

Se levantó de repente. —Tenéis que impedirlo.

El conde hizo una mueca. —Cuando a mi hijo se le mete algo en la cabeza…

—Bueno, niña. Porque la seduzca un poco para conseguir lo que es su herencia…

Jadeó indignada volviéndose hacia Mary Anne. —¿Lo ves bien?

—¿No acabo de decir eso? ¡Es mi anillo, quiero recuperarlo! Y seguro que esa bruja ya tiene pensada una buena mentira que avale por qué tiene el anillo.

—¿Y yo? —preguntó pasmada.

—Eso cielo, ¿y ella?

Miró a su marido como si quisiera soltar cuatro gritos y este carraspeó. —Bueno, todavía se están conociendo.

—¡No! —gritó Serine sobresaltándoles.

—Uy, que esta piensa que ya es suyo —dijo Ingrid.

—Y lo es —dijo Fely para su alivio—. Nosotras le hemos dicho que lo es.

—No, le hemos dicho que lo será —dijo Ifi—. Y eso ocurrirá cuando él quiera y de momento no quiere.

—¿Y sabes lo que yo no quiero? —dijo Serine mirándola fijamente. —¡Qué le toque un pelo a esa bruja! ¡Así que ya lo estáis arreglando!

—La de la planta tiene carácter.

Se volvió hacia Ingrid. —Deja de hablar de la planta —siseó—. He pasado una mala racha de trece años y al fin tengo al alcance de la mano algo que realmente me ilusiona. ¡Y pienso conseguirlo! ¡Le he jurado a Catherine que sería feliz y él me hará feliz, así que para mí es mío!

—Le ha dado fuerte —dijo Lucas por lo bajo.

—Pues sí, duque, me ha dado muy fuerte. —Se cruzó de brazos. —¿Mary Anne? Tranquila, que el anillo tampoco es tan importante.

—¿Pero qué dice esta niña? —preguntó pasmada mirando a Fely.

—Que está enamorada y que el anillo le importa poco.

—Nunca he llevado anillos, así que no lo echaré de menos.

—¡Pero yo sí lo echaré de menos!

—Yo te apoyo —dijo Fely. Todas la miraron—. ¿Qué? Si mi Royden estuviera dispuesto a seducir a Ingrid por salir de un lío, la mataría. No te ofendas, amiga.

—Bah. Tranquila, yo te haría lo mismo si intentara seducirte mi marido.

—¿Pero de qué habláis? —preguntó Serine —. ¿Queréis que la mate? ¿Habláis en serio?

—Oye, para mí sería un alivio —dijo Fely—. Así me la quitas de en medio, que me tiene

harta desde que mi marido la metió en mi vida. ¡Y no se va! ¡Es como un grano en el trasero que sale una y otra y otra y otra vez!

—¡Pues cárgatela tú!

Fely entrecerró los ojos. —No creas que no se me ha pasado por la cabeza y más cuando dijo que mi hijo era el más feo que había visto en la vida. ¡Y no lo ha visto nunca!

Serine entrecerró los ojos como ella. —Esa es una razón poderosa para darle matarile. Si te das prisa puede que la pilles al salir de alguna fiesta. Un disparo desde el carruaje y listo. Tranquila, que te daremos una coartada, estabas cenando aquí, no te pillarán.

El marqués rio por lo bajo. —Muy lista, milady… —Al ver que su mujer entrecerraba los ojos se tensó. —¡Felicity ni se te ocurra!

—Querido nuestra vida sería mucho más tranquila.

—Eso no pasará nunca casado contigo.

Jadeó indignada. —Retira eso.

Él sonrió de medio lado y en ese momento apareció George guapísimo con su traje de noche. Que bien le sentaba el negro. Y el impecable pañuelo blanco anudado al cuello hacía resaltar el moreno de su rostro. Parecía un rebelde. ¡No habría mujer que se le resistiera!

—¿Cómo decíais que se llamaba esa mujer? —preguntó estirando los puños de la camisa bajo la manga con una elegancia que le secó la boca.

—Lady Parkman, hijo. Julianne. Si quieres encontrarla, solo está invitada a fiestas de segunda porque nadie de rango la quiere en su casa —dijo la condesa aún enfadada.

—¡Se me ha ocurrido algo! —exclamó ella haciendo que todos la miraran.

—¿De veras? —preguntó Fely adelantándose en su asiento—. Estoy impaciente por oírlo.

Rayos, tenía que pensar antes de hablar. —Pues…

George la miró como si no pudiera decir algo inteligente y eso la puso aún más nerviosa.

—Me voy, tardaré un rato en encontrarla.

—¡Puedo robárselo!

No pudieron disimular su sorpresa. —¿Cómo ha dicho, milady?

Se sonrojó. —Puedo robárselo. Puedo entrar en su casa y conseguir el anillo. —Hizo una mueca. —Si sabéis donde vive, claro.

—Claro que sí —dijo Fely con ironía mirando a su marido.

Este carraspeó. —Sí, si no se ha mudado.

—Lo dudo, era la casa de su difunto marido. Un viejo al que se lo sacó todo —dijo Ifi con desprecio.

—¿Y cómo va a entrar en la casa, milady? —preguntó George con burla.

—Fácil, por la carbonera. —Sus caras de incredulidad casi la hicieron reír. —¿Qué? Todas las casas tienen carbonera y leñera. Y la entrada está en el exterior para que no se manche nada de la casa cuando los suministran. Siempre están cerca de las cocinas para que los empleados puedan trasladarlo fácilmente a la hora de hacer las comidas. Como tanto la puerta de atrás como la de delante estarán cerradas con llave, solo queda la opción de abrir la trampilla de la carbonera, meterme y salir dentro de la casa. De noche y vestida de negro no se me verá. Si lady Parkman está en una fiesta solo tengo que subir a su habitación, abrir su joyero y salir por el mismo sitio por donde entré.

—¿Y si lo lleva puesto? —preguntó su George.

Sonrió. —¿Un anillo tan reconocible? ¿El anillo de la condesa de Arnfield? No se atreverá. Si lo ha mostrado en el joyero es porque sabía que Ifi estaba allí y quería provocaros con eso de que se lo dio su amante, como insinuando que el conde se lo había dado. Quería provocar el disgusto de la condesa y sacaros de quicio de paso, pero no se atreverá a mostrarlo en público y que la odien aún más. No la reciben en casas decentes, insinuar que tiene un affaire con el conde ante la buena sociedad sería su fin.

Ifi frunció el ceño. —Es cierto… Nadie le dirigiría la palabra. Nuestras amigas la hundirían aún más.

—¿Pero para qué provocarnos? —preguntó Fely—. Mary Anne podría denunciar la pérdida del anillo. O peor aún decir que lo ha robado. Eso sí que la hundiría.

—¿Tenéis pruebas de eso? Solo podéis decir que ella lo tiene, pero como bien habéis dicho antes ya lo tiene todo bien atado. Como ese cuento del amante. Si no se atreve a decir que es el conde, que no se atreverá, tendrá que decir otro nombre y seguro que ese hombre ya es un peón que dará la versión que ella quiera. Y si dice que lo encontró en la calle no se la podrá acusar de nada. —Miró a Fely. —Y sobre tu pregunta… ¿Para qué provocaros? ¿Acaso no lo lleva haciendo desde que le quitaste a su amante? Es obvio que sois buenas amigas y si las fastidia a ellas te fastidia a ti. Y si te ayudaron a conseguir al marqués con más razón.

—Sí, estábamos en Boston cuando la rechazó por ti —dijo Ifi—. De hecho, la despachó ante nosotras.

—Madre, te dije que tu afición algún día te traería problemas y los has metido en casa —dijo con segundas.

Serine jadeó. —¡Me buscaron ellas!

—Pues eso.

Gruñó por dentro porque era evidente que no le había caído en gracia y más cuando pensaba que era una aprovechada. —Bueno, ¿lo hago o no?

—¡Pues no, milady, porque ese plan suyo no solo es peligroso, sino que nos dejaría muchas dudas, como por qué tiene ella el anillo!

—¡Si la seduces sabrá que lo haces por el anillo! ¡Eres su hijo!

Sonrió como el gato que se comió el ratón. —Precisamente. Seré como un trofeo para ella. Creerá que podrá vencerme y divertirse burlándose de mí, pero le voy a demostrar que el único que me divertiré seré yo. Buenas noches a todos.

—¡Pues no lo veo bien!

Él se detuvo en la puerta volviéndose para mirarla sobre su hombro antes de mirar a su madre. —Ni se te habrá pasado por la cabeza…

La condesa carraspeó. —¿De qué hablas, hijo?

—¿No será para mí? —gritó furibundo.

—¿Serine? Oh, no… Claro que no.

—¡Madre, qué mal mientes!

—Ni sabíamos que llegabas, hijo. ¿Cómo puedes pensar eso? Íbamos a presentarla al Conde de Prestbud. Son el uno para el otro.

George la miró con desconfianza mientras Serine se ponía como un tomate. —Milady…

—¿Sí?

—Le aconsejo que se centre en el conde y que no meta la nariz en mi vida, ¿de acuerdo?

—Lo que no está bien no está bien y ese plan tuyo no lo está.

—Se toma muchas confianzas, milady.

—¡Oh, deja de llamarme milady! ¡Me llamo Serine!

—Y yo Ingrid y ella Fely.

—Miladies es un placer. —Miró atentamente a Fely antes de volver la vista a Ingrid que sonrió de oreja a oreja. —Amigos, seguís teniendo muy buen gusto.

—Gracias —contestaron a la vez.

Miró a Royden con una sonrisa irónica en el rostro. —Supongo que esa Julianne…

—No te va a defraudar.

Lo que le faltaba por oír y furiosa dijo —¡Conseguiré el anillo antes que tú!

La fulminó con la mirada. —¡Cómo entres en la casa de Lady Parkman, te denunciaré yo

mismo y asunto arreglado!

—¿Asunto arreglado? ¿Qué significa eso? —Él se volvió yendo hacia el hall y ella gritó —¡Yo sí que voy a solucionarlo! ¿Me oyes? ¡Y no soy una aprovechada!

El portazo en respuesta la hizo suspirar de gusto y sonrió. Al menos le hablaba. Empezaban a tener una relación y eso era estupendo. Miró a sus nuevas amigas y soltó una risita. —¿Qué tal?

—Perfecto —dijo el marqués sorprendiéndola.

—¿De veras?

—Me has impresionado —dijo el duque divertido.

—Perfecto, tú rebélate y déjale las cositas claras. —Fely se adelantó. —Ahora a por el anillo.

—Ah, ¿que lo hago? —preguntó pasmada—. Me estaba tirando un farol para que no la sedujera.

Todas gimieron. —Pues vas a tener que hacerlo —dijo Ifi—. Tiene que darse cuenta de que hablabas en serio.

¿Ella entrando en una casa desconocida? ¡Si ni sabía dónde estaba la habitación de esa mujer! Sin darse cuenta sus ojos fueron a parar al marqués. —Voy a necesitar indicaciones, marqués.

Este carraspeó mirando de reojo a su mujer que estaba que se la llevaban los demonios. —¿Qué tal si vamos al despacho?

Sonrió radiante. —Perfecto.

Capítulo 5

De rodillas en el suelo del carruaje apretujada entre los enormes vestidos de las damas, Serine miraba la fachada de la casa al igual que sus amigas mientras el duque, el marqués, el conde y el barón iban en el carruaje de atrás.

—Es ahí… —dijo la condesa con ganas de quemarla hasta los cimientos.

Ella observó la fachada. La casa tenía otras dos que la flanqueaban, así que la carbonera estaría en el patio trasero que es donde estaría el establo y donde guardaban el carruaje. La casa de una amiga de su tía era así y aunque las visitas y los señores siempre entraban por delante, conocía esa parte de la casa porque de niñas Catherine y ella habían jugado al escondite en el patio mientras su tía se entretenía jugando a las cartas. Si la casa era igual que esa lo tendría muy fácil porque la carbonera estaba justo debajo de la cocina. Se accedía por una trampilla exterior por donde dejaban caer el carbón a una especie de sótano y una escalera subía a la cocina. Pan comido si no había mucha gente despierta en la casa. No había luces en las ventanas, pero no había que fiarse. Su señora estaba en una fiesta, así que la estaría esperando parte del servicio. En casa de su tía el mayordomo de noche, un lacayo, el valet de su tío y la doncella principal para atender a su señora en cuanto llegara. Allí, que era una casa mucho más modesta, puede que solo la esperara su doncella. Un lacayo como mucho, dudaba que tuviera mayordomo de noche.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Ifi.

Asintió intentando darse confianza. —Está hecho.

—¿Y si la trampilla está cerrada? —Miró a Ingrid como si fuera gafe. —¿Qué? Puede ser. Mi marido me ha dicho que la nuestra está cerrada con un candado muy fuerte para evitar que nos roben la leña y que la puerta que da acceso a la cocina está cerrada con llave.

La miró asombrada. —¡Me lo podrías haber dicho antes de que me vistiera de negro y os trajera a todos hasta aquí!

—¿Y perdernos esto? —preguntó a punto de reírse.

Miró asombrada a Fely sentada a su lado. —La de mi tía no se cierra. ¿Y la tuya?

—Pues ni idea. Pero dudo que mi eficiente mayordomo y su entregado ayudante Ramón dejen una brecha así en la seguridad de sus señores. Nos adoran, harían lo que fuera para que no nos robaran y lo lógico es poner un candado.

—Rayos.

—Mi carbonera no se cierra —dijo la condesa—. Jeffrey no te ha contradicho, niña. Si hubieras dicho algo extraño en tu plan, él lo hubiera advertido.

—Necesitas un candado —dijo Ifi.

—Lo estará poniendo en este mismo momento por si las moscas.

—Bueno, sí está cerrado encontraré otra manera de entrar.

—¿Entonces vas a hacerlo? —preguntó Ingrid sin creerse una palabra.

—Por supuesto. —Levantó la barbilla. —¿Acaso no me crees capaz?

—Pues no, la verdad. Tú misma has reconocido que tus palabras eran un farol.

—Tengo que conseguirlo antes que él. Ya es por orgullo.

—Claro que sí —dijo Ifi mirando hacia la casa, pero como ella no se movió volvió la cabeza hacia ella—. Niña, es para hoy.

—Oh, sí…Claro. —Estiró la mano para abrir la puerta.

—Suerte —dijo Ingrid.

—Hala, ya me has gafado. —Cerró la puerta de golpe sentándose de nuevo.

—¿Yo? ¿Pero qué dices?

—Esta no lo hace —dijo Fely con burla.

La miró como si quisiera soltarle cuatro gritos. —Claro que sí, pero no se desea suerte cuando vas a cometer un delito, lo sabe todo el mundo.

—Lo que va a saber todo el mundo es que no tienes los arrestos para conseguir a tu hombre.

—¿Y cómo lo van a saber? —preguntó pasmada.

—Porque te vas a quedar solterona. ¿Quieres conseguirle? Sal ahí fuera y demuéstrale la clase de mujer que eres. El tipo de mujer que no se esconde tras una planta.

—Qué pesaditas estáis con la planta de las narices. Lo que no quería era que se enterara mi tía, ya os lo he dicho.

La condesa soltó una risita. —Te lo van a recordar de por vida, así que vete acostumbrándote.

—Como también te recordaremos esto como no lo hagas, así que hala, a recuperar el anillo.

Gruñó abriendo la puerta. —Lo que tengo que hacer por un hombre.

Todas se echaron a reír. —Pues esto no es nada —dijo Fely—. Acabas de empezar, que lo bueno no se consigue porque sí. Hay que trabajar, hermosa. Y te juro que vas a dejarte la piel por conseguirle. Como si tengo que arrancártela a tiras yo misma.

Puso los ojos en blanco cerrando la puerta y escuchó un silbido. Miró hacia atrás para ver que el cochero le hacía un gesto con la cabeza para que se acercara. A ver qué pasaba ahora. Corrió hacia la ventanilla y el conde dijo —Cúbrete la cabeza.

—Oh… —Se puso la media de lana sobre la cabeza y ajustó las ranuras a sus ojos. Con

aquello no veía ni torta.

La vieron ir hacia el final de la calle y se tropezó dos veces.

—Madre mía, que desastre —dijo George—. La van a pillar.

Cuando casi se choca contra la verja de entrada gimieron y Lucas soltó una risita. —Esto va a ser interesante.

—Prepárate por si tenemos que entrar en acción para distraer a los de la casa —dijo Royden.

—Ah, ¿que te vas a meter en esto?

—Ya estamos metidos, amigo. Somos cómplices.

Los cuatro estiraron el cuello para ver que saltaba la verja por no abrirla seguramente para que no se la oyera chirriar. Pero no lo hizo con mucha agilidad y sus pantalones negros se enganchaban en una de las puntas haciéndola caer sobre un rosal. —Dios, qué desastre. —George se pasó el pañuelo por la nuca. —La van a pillar.

Lucas y Royden hicieron una mueca porque no tenía muy buena pinta.

—Démosle un voto de confianza —dijo Charles.

Los tres le miraron incrédulos y él rio por lo bajo. —Este caso es mucho más interesante que el de vosotros.

—No la pueden detener, no la pueden detener —dijo el conde empezando a sudar y todo —. ¡Es perfecta para ser madre de mis nietos!

—¿Y tu hijo no tiene nada que decir? —preguntó Royden divertido.

—Pues no —respondió sin dejar de mirar por la ventanilla mientras los demás se reían por lo bajo—. No han encendido ninguna luz, eso es buena señal.

—Esperemos que sigan sin percatarse del ratoncito que va a entrar en su casa.

Serine rodeó la casa y exasperada con la dichosa media la elevó hasta la frente para ver por dónde iba. Menos mal que había una luna bien grande que iluminaba la parte de atrás. Cuando llegó a la carbonera miró hacia el establo que tenía la puerta abierta. Seguramente porque tenían previsto meter el carruaje de su señora, pero no había ningún lacayo a la vista, así que se giró hacia la pequeña puerta de madera y al ver el candado juró por lo bajo. Se agachó para tirar de él, pero estaba cerrado. —Rayos… —Entrecerró los ojos y metió la mano bajo la media para sacarse una horquilla de su cabello. La abrió y la metió por la ranura girándola de un lado a otro. —Vamos, vamos… —En ese momento se abrió la puerta de atrás y se le cortó el aliento quedándose muy quieta para ver como un hombre desde los escalones decía —Sí, he perdido dos libras a las cartas, ya verás cuando se entere la parienta.

—Te va a matar —dijo la voz de una mujer.

El hombre sacó un cubo y lo tiró sin mirar dándole de pleno en la cara antes de entrar y cerrar la puerta. Serine gimió empapada y se pasó la mano por los ojos antes de olerse. Bueno, al menos no era orín. Mierda, estaban en la cocina. ¿Qué hacían allí? Era tardísimo. Esperar a su señora, estúpida. Entrecerró los ojos y miró hacia el primer piso. Entonces elevó una ceja por el tejadillo de la carbonera que iba a dar a una de las ventanas superiores. Elevó más la vista para ver la tercera planta que era la zona en la que dormiría el servicio seguramente, así que la ventana de encima del tejadillo era de una de las habitaciones principales de la casa. Rezaba porque fuera la de Julianne. Miró a su alrededor y no vio nada para llegar al tejadillo. El establo. Si se subía a un caballo llegaría perfectamente poniéndose de pie. Entre las sombras corrió hacia el establo e hizo una mueca porque lo único que había allí era una mula que el servicio debía utilizar para hacer los recados. Se acercó a ella y esta la miró de reojo. —No me mires así, te necesito —susurró. Cogió una cuerda que había allí y rodeó su cuello con ella. La muy bruta intentó morderla y Serine jadeó—. Pórtate bien —dijo con autoridad.

La mula mostró los dientes antes de bufar. —Bien, vamos. Acabaremos enseguida y

podrás dormir. —Tiró de la cuerda, pero el bicho no se movía del sitio. —Vamos…—Tiró con más fuerza y la mula movió la cabeza de golpe haciéndola caer al suelo lleno de paja. Gimió levantando una mano para ver algo oscuro que olía fatal. —No… ¡Qué asco! No, no… —Pasó la mano por la paja y miró al bicho como si quisiera matarle. —¿Sabes que la carne de mula sabe estupendamente? —Esta dio un paso atrás. —Pues ándate con ojo, hermosa. —Se levantó y cogió la cuerda con decisión. —Mueve el culo, no te lo digo más. —Dio un tirón y para su sorpresa la siguió. Serine sonrió. —Eso es, buena chica.

La sacó del establo y preocupada por si las oían desde la cocina intentó ir lo más rápido posible pero el bicho se tomaba su tiempo. Cuando llegaron al lado de la carbonera suspiró del alivio. —Bien, ahora voy a subirme. —Sin perder de vista al bicho se agarró a sus crines y subió de un salto. Sonrió porque ni se había movido. —Buena chica. —Agarrándose en su cuello elevó una pierna para posarla sobre su lomo. Esperaba no hacerle daño con los botines, pero es que en la casa no había zapatos de su talla aparte de los que Madame Blanchard le había enviado y no había tenido otro remedio que calzarse con ellos. Se elevó lentamente intentando sostenerse pon las puntas de los pies, pero la mula se movió y sin querer calcó los talones sobre el pobre animal que intentando quitársela de encima saltó sobre sus cuartos traseros. Serine chilló siendo lanzada al vuelo y al caer lo hizo sobre el inclinado tejadillo. Consiguió agarrarse a duras penas y suspiró del alivio cuando escuchó —Otra vez la mula se ha salido del establo.

—Qué pesada —dijo la mujer.

Serine se quedó muy quieta y escuchó como rebuznaba la mula antes de ver que el hombre agarrándola por la cuerda tiraba de ella de nuevo hacia el establo. —¡Milly no te pongas rebelde! —gritó él antes de darle un fuerte manotazo en el hocico. Serine entrecerró los ojos. Sería cabrito. Cuando el hombre desapareció dentro del establo se puso de pie a toda prisa volviéndose hacia la ventana. Al tirar de ella hacia arriba casi chilla del alivio porque no estaba cerrada con pestillo y la elevó todo lo que pudo metiendo una pierna para pasar al otro lado. Cuando entró decidió dejar la ventana abierta por si tenía que escapar a toda pastilla y miró a su

alrededor. Qué curioso, la habitación estaba vacía. No había un solo mueble. Fue hasta la puerta de puntillas y la abrió. El pasillo estaba oscuro y sacó la cabeza para ver que no había nadie. En las casas grandes podía haber un lacayo sentado en el pasillo por si sus señores necesitaban algo, pero no, no había quien pudiera pillarla. Observando las puertas a las habitaciones contó la tercera puerta a la derecha como le había dicho Royden y a toda prisa fue hasta allí procurando no hacer ruido. Abrió la puerta en apenas una rendija y suspiró del alivio porque allí no había ninguna doncella esperando a su señora. Entró tan aprisa como podía cerrando la puerta y fue directamente hasta el tocador. Abrió el joyero y parpadeó porque apenas había joyas. Qué raro… Tres pares de pendientes muy caros, eso sí y cuatro anillos. Ni una pulsera, ni un camafeo, nada. Uy, uy que sus amantes no eran tan generosos como deberían. Sacó los anillos para verlos bien pero no, no se parecían en nada al de la condesa. Mierda, no lo tenía en el joyero. Dejó los anillos y cerró el joyero para empezar a abrir cajones. Revolvió su interior, pero no lo encontraba. ¡Empezó a ponerse realmente nerviosa, no podía irse de allí sin el puñetero anillo! Revisó las mesillas y el escritorio, pero nada. Incluso revisó el armario, que por cierto no tenía muchos vestidos. No como su tía que tenía dos armarios llenos. Para alguien que se había quedado con todo en la herencia de su esposo no parecía que tuviera mucho dinero. En el centro de la habitación miró a su alrededor. —¿Dónde lo habrá metido? —A no ser… A no ser que lo lleve puesto. No, no se atrevería, tendría que dar muchas explicaciones. —Tiene que estar aquí, Serine. ¿Dónde lo esconderías tú?

Miró a su alrededor de nuevo y sus ojos cayeron sobre la repisa de la chimenea donde había un reloj. Sonrió caminando hacia él y abrió la puertecita donde debería estar la llave que le daba cuerda. Premio. La piedra brilló por la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Lo cogió a toda prisa y se aseguró que había dejado la habitación como la había encontrado. Fue hasta la puerta en silencio y la abrió cuando vio que una luz iluminaba el piso de abajo acercándose a la puerta principal. Estiró el cuello acercándose a la barandilla agachada para ver como el hombre abría la puerta y una mujer rubia preciosa con un vestido rojo con abalorios negros entraba en la

casa riendo. —Que cosas tiene, milord.

Serine al ver el sombrero de copa entrecerró los ojos, pero cuando el lord se lo quitó gruñó por dentro al ver la cara de su futuro marido. ¡Aquello era el colmo! ¿Cómo se atrevía…? Es que de verdad… Ya le había dicho que lo robaba ella. Al escuchar la risa cantarina de aquella bruja se le revolvieron las tripas.

—Matthew, sírvanos coñac en el salón y después puede retirarse.

—Como diga la baronesa —dijo cogiendo la capa de George a toda prisa.

—Ven por aquí, querido.

Él la cogió por la cintura. —Te sigo. —Seductor sonrió de una manera que a Serine le alteró el corazón. ¡A ella no le sonreía así! ¡Por qué a ella no le sonreía así! ¡La conocía más que a esa! Uy, uy que te estás alterando. Vio como George miraba a su alrededor y Serine se levantó provocando que sus ojos fueran a parar a ella. Este asombrado se detuvo en seco.

—¿Ocurre algo? —La baronesa miró hacia la escalera y Serine se agachó de golpe casi tirándose al suelo para que no la viera.

—Oh, no. Es que me ha llamado la atención ese cuadro de la escalera.

Soltó una risita. —Es mi fallecido esposo, ¿no le conocías?

—No tuve el gusto. —La cogió por la cintura casi tirando de ella hacia el salón.

—Uy, que impetuoso.

—Ese soy yo, el impetuoso.

Julianne se echó a reír. —Muy bien, milord. Pues hablemos de negocios.

¿Hablemos de negocios? Entrecerró los ojos estirando la cabeza para ver como el mayordomo salía del salón a toda prisa y su hombre cerraba las puertas dobles mirando hacia ella. Se señaló la mano asintiendo con la cabeza y él fulminándola con la mirada le hizo un gesto con la suya para que se fuera. No la entendía. Se llevó la mano al pantalón para sacar el anillo del

bolsillo y enseñárselo, pero él terminó de cerrar. Mierda. No podía dejar que se acostara con ella sin ningún motivo. Ya tenía el anillo, allí no pintaba nada. Con ganas de pegar cuatro gritos miró hacia el otro lado del pasillo. Tenía que salir para avisar al marqués o al duque, que se presentaran allí y le sacaran a rastras si eso era posible. ¿Negocios? Miró hacia la puerta del salón antes de echar un ojo al hall que estaba desierto. ¿Qué negocios? Antes de darse cuenta empezó a bajar los escalones muy lentamente. El mayordomo había dejado una lámpara de aceite en la mesa que estaba en el centro del hall y de puntillas fue hasta ella para bajar la llama para que se la viera lo menos posible si alguien entraba de repente. Aunque eso no pasaría porque la señora le había ordenado que se fuera. Se acercó a la puerta del salón y pegó la oreja. Leches, que puerta más buena casi no se oía nada. Apenas susurros. Mordiéndose el labio inferior cogió el asa y tiró de ella apenas para dejar una rendijita de nada. Fue a pegar el ojo allí de inmediato y jadeó al verles tumbados en el sofá comiéndose a besos. ¡Lo que le faltaba por ver! ¡Cómo iba a oír nada, es que no hablaban! Cuando George tumbado sobre ella bajó la mano hasta su cadera y la deslizó por su muslo la baronesa gimió de placer. ¡De placer! ¡Con su hombre! ¡Porque era suyo, su madre se lo había dado! ¡Cómo se atrevía a tocar lo que era suyo! ¡Y sin permiso, además! Era como para despellejarla, desmembrarla y después quemar los restos. ¿Quemar? Sonrió maliciosa mirando sobre su hombro para ver la lámpara. Sí, George no tardaría en salir. Fue hasta la lámpara de aceite y la tiró al suelo provocando que la llama se extendiera por la alfombra y tan pancha fue hasta la puerta principal y la abrió. Eso por bruja. A ver si así dejaba a sus amigas en paz. Salió dejando la puerta abierta y los que estaban observando desde los coches dejaron caer la mandíbula del asombro al ver las llamas en el hall.

Ingrid asombrada miró a Fely. —¡Esta es peor que tú!

—¡Qué va! No hay nadie peor que yo, ¿qué disparates dices?

Ambas miraron de nuevo hacia ella que como si nada se acercó al carruaje. —¡Uy, que nuera tengo! —dijo Mary Anne emocionada—. ¡Es la mejor de nuestras candidatas!

Las chicas jadearon indignadas. —Oye, maja ¿ya nos relegas? Que aún tenemos mucha

cuerda, ¿sabes?

—¡Mírala, mírala! Tiene nervios de acero. —Abrió la puerta en cuanto llegó y preguntó ansiosa —¿Lo tienes?

—Suegra, por supuesto. —Le mostró el anillo y la condesa chilló de la alegría haciéndola sonreír radiante.

—Vamos sube. —Ingrid la cogió del brazo tirando de ella. —No queremos perdernos el espectáculo.

Entró a toda prisa y todas se pegaron a la ventanilla para escuchar los gritos. En apenas dos segundos salía Julianne toda despeinada pidiendo ayuda.

—Anda, que ya estaban… —Ingrid levantó una ceja.

—Al parecer tu hijo no pierde el tiempo —dijo Fely divertida mientras Julianne corría hacia la casa del vecino y aporreaba la puerta gritando como una descosida.

Una mujer abrió la ventana superior y al ver quien era cerró de golpe. —Hay que llevarse bien con los vecinos…—dijo Serine haciéndolas reír—. ¿Dónde está mi futuro marido?

—Niña, es un caballero —contestó Ifi—. Estará ayudando a apagar el fuego.

—¡Ah, no! ¡Mary Anne ve a por él!

—¿Yo? —preguntó con los ojos como platos—. ¿Estás loca?

—¿Tengo que hacerlo yo todo?

Las cuatro asintieron y si no llegan a cogerla dispuesta estaba a entrar de nuevo. —Ya saldrá solo —dijo Ifi—. Es mejor que no te vea nadie y con esa pinta aún menos.

—Yo creo que está buscando el anillo —dijo Fely provocando que todas la miraran—. Es lo que yo haría. Le has proporcionado una distracción que seguro que está aprovechando.

—¿No le has dicho que lo tenías? —preguntó Mary Anne horrorizada.

—¿Crees que he tenido la oportunidad? Intenté que se diera cuenta, pero me da que no se

ha enterado de nada.

—¿Sabía que estabas ahí?

—Sí, me ha visto.

—Este niño es tonto.

Fely soltó una risita. —No te cree capaz de encontrarlo.

—Pues es evidente que no si lo está buscando. Este no sabe con quién se va a casar —dijo molesta.

—Es obvio que no, querida —dijo Ifi—. Pero tú se lo dejarás bien clarito.

—Claro que sí, baronesa.

Un grito les hizo mirar hacia afuera y las cinco hicieron una mueca al ver que el humo que salía por la puerta principal cada vez era más fuerte. Julianne se echó a llorar cayendo de rodillas y las cinco perdieron la sonrisa poco a poco. —Si no fuera por todo lo que ha hecho, me daría hasta pena —dijo Fely—. Y eso que me ha puesto verde por toda la ciudad.

—Sí, pobrecita —dijo Ifi.

—Está desesperada porque no tiene dinero. ¿Sabéis que había muy pocos muebles en la casa? —Todas la miraron. —Yo entré por una habitación vacía.

—Pero eso no puede ser, el barón tenía posibles. Era un tacaño de primera —le explicó Ifi—. Siempre iba de invitado a todos los sitios y él nunca invitaba a nada, ni siquiera en el club. Su fama le precedía. Pero su casa estaba bien decorada. De hecho, antes de que muriera su anterior esposa no hacía más que poner el grito en el cielo por todo lo que su mujer no dejaba de gastar en muebles que no servirían de nada porque sus hijos ya tenían casa propia en la ciudad. Así que había muebles, vaya si los había.

—Pues ahora ya no los hay, lo que significa…

—Que los ha vendido —dijo Mary Anne sorprendida—, pero si se quedó con toda la

herencia del barón.

—Sí, pero si no hay más ingresos el dinero se termina acabando —dijo Fely antes de mirar por la ventanilla de nuevo. Una doncella fue hasta Julianne y la cogió por los brazos para levantarla.

—Ifi, ¿no tienes un marido para ella? —preguntó Ingrid.

—¿Estás loca? ¡Es una bruja! —Fely negó con la cabeza. —No dejes que te ablande. Que se busque otro amante.

—Con la fama que tiene no habrá hombre decente en esta ciudad que la quiera por esposa a no ser que se enamore de ella locamente. —Ifi apretó los labios. —Sí, otro amante con posibles sería una solución para su situación

En ese momento salió George corriendo y la cogió en brazos dejándolas a todas con la boca abierta. —¡Lo que me faltaba por ver! —exclamó Mary Anne—. ¡Hijo no!

—¿No querías que la sedujera? —Serine no podía disimular su mala leche.

—¡Con un fin!

Julianne le abrazó por el cuello llorando y él le dijo algo antes de meterla en la casa pues ya no salía humo. Al parecer el incendio se había controlado. Serine apretó los labios antes de mirar a Ingrid que hizo una mueca. —Estupendo. ¡No ha servido de nada que le queme la casa!

—Oye, que lo dices como si hubiera sido idea mía.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándolas y el conde siseó —¿Qué está pasando, esposa?

—No lo sé.

—Nos vamos a casa.

Serine se quedó con la boca abierta. —Ah, no… ¡Tengo el anillo! ¡Tu hijo no tiene por qué estar ahí!

George suspiró. —No podemos ir a sacarle sin llamar más la atención. Nos vamos. —Miró a su mujer. —Esto no me gusta. ¿Has visto su cara?

—Le ha dado pena.

—Exacto. —Juró por lo bajo cerrando la puerta y le dijo al cochero que las llevara a su casa.

—No, no… —Serine al ver que el carruaje se movía intentó abrir la puerta, pero Ingrid la cogió por el hombro. —Déjame.

—No puedes hacer nada sin exponerte. Piensa en tu reputación.

—¿Qué reputación? ¡No tengo ninguna!

—Mejor no tener ninguna que tener una mala —dijo Ifi—. Niña, lo solucionaremos.

—¡Va a pasar la noche con ella!

—Has intentado evitarlo y no has podido. No puedes hacer más.

Las más jóvenes apretaron los labios mientras la condesa se mantenía pensativa. —¿Qué ha querido decir el conde con eso de que le ha dado pena? —preguntó Serine desde el suelo.

—¿Qué ha querido decir? Que tienes competencia, niña. Si le ha enternecido tienes competencia.

Capítulo 6

En la casa de la condesa y ya cambiada con su vestido nuevo para no llamar la atención del servicio, se sentó en el sofá con cara de pasmo. Todos en el salón se mantenían en silencio esperando su reacción. —¿Creíais que dándole pena iba a conquistar su corazón?

—Bueno, temíamos que te hiciera daño con su lengua que es bastante afilada, pero precisamente al ver el daño que te hacía se enternecería por tu triste vida —dijo el conde dejándola de piedra—. Y ahora estará enterneciéndole la historia de esa.

—Dudo que estén hablando mucho —dijo Ingrid haciendo que la fulminara con la mirada —. ¿Qué? Es lo que piensan todos.

—¿Qué triste historia? —Fely miró a su marido levantando una de sus cejas morenas. —Cielo, estamos esperando.

Royden suspiró. —Sus padres le pegaban de pequeña y la obligaron a casarse con el barón. Eso forjó su carácter. La hizo rebelde y odiosa en ocasiones. Pero conmigo… Creo que a mí me quería, conmigo era dulce y solícita. Como si estuviera deseando que la amara.

Serine separó los labios de la impresión al igual que los demás. —Ahora sí que tengo pena por ella —dijo Ingrid.

—Dios, el paralelismo entre las dos es apabullante —dijo Ifi—. Y si Julianne y George comparten intimidad…

Serine se levantó. —¡Vamos a ver, si se fuera a enamorar de todas las que tengan una

vida triste, ya se hubiera casado! Estáis menospreciando su resistencia al matrimonio cuando ha demostrado en estos años que no le importa ninguna.

—Eso es cierto —dijo Lucas—. Seguro que no es la primera vez que su amante le cuenta su triste historia.

—Sí, pero la mayoría estaban casadas. —Royden apretó los labios. —Y Julianne puede ser muy convincente y sibilina cuando quiere algo. Si ha visto un punto débil en George, lo explotará para no perderle.

—¿Cómo hizo contigo, mi amor? —preguntó Fely con ironía.

—Preciosa, por algo fue mi amante diez años.

—¿Diez años? —preguntó Serine asombrada.

El marqués hizo una mueca. —Llegó un punto que era lo cómodo.

Fely gruñó y su marido carraspeó. —Bueno, lo que quiero decir es que si Julianne se da cuenta de que George puede convertirse en su benefactor y si hay suerte casarse con él, hará lo que sea para conseguirlo.

—Pero mi hijo no es tonto —dijo Mary Anne asombrada—. ¡Es más, es muy listo! ¡Y esa mujer tenía mi anillo!

—¡Eso, que por algo fue a seducirla! —exclamó Serine—. Fue por el anillo.

—Y para averiguar por qué lo tenía ella. —Royden sonrió con ironía. —Y no dudo que tendrá una buena excusa para ello. Esto ya lo hemos hablado. Le contará la historia que tiene preparada y George la creerá. Y más aún después de ver cómo estaba destrozada por el incendio en su casa.

—Sí, pero allí ya no hay anillo —dijo Lucas—. Si da una justificación para tener el anillo tendrá que devolvérselo a su legítimo dueño si quiere congraciarse con él.

—Cuando vea que no está el anillo, George no se lo tomará en cuenta porque sabe que la

joya la cogió Serine. Le dirá que no se preocupe. —El marqués fue a servirse un coñac. —Lo que a ella la animará en empeñarse en esa relación porque George no se enfadará y pensará que es gracias a su embrujo. —Bebió de su vaso. —Julianne olvidará convenientemente la animadversión que siente por vosotras si con eso consigue o puede conseguir la mano de George.

—Yo jamás toleraría ese matrimonio —dijo el conde.

—Ya, pero George es lo bastante mayor como para tomar sus propias decisiones. ¿O piensas que tu hijo se echaría atrás si quisiera realmente casarse? Nada como Gretna Green en una escapada clandestina. Es tu único heredero, al final le perdonarías. Y seamos serios, en el pasado George se creó mala fama en Londres por lo que su reputación no es inmaculada, así que a nadie le sorprendería un matrimonio con Julianne. Al fin y al cabo, son dos parias sociales.

—¡Mi hijo no es un paria social! —exclamó Mary Anne.

Lucas suspiró. —Condesa, si no hubiera sido porque le ha llamado el príncipe Alberto, no hubiera vuelto a la corte. Cuando estaba aquí ya no era invitado a ninguna fiesta importante por los posibles conflictos que pudiera crear y no había marido en Londres que no estuviera bien atento cuando él estaba cerca para que no le pusieran la cornamenta.

Serine se levantó. —¡Bueno, ya está bien, dejad de hablar de ellos como si estuvieran a punto de fugarse! No se va a fugar con esa mujer, iba a por el anillo y averiguar cómo lo había…

En ese momento escucharon como llamaban a la puerta y Serine siguió a Jeffrey hasta el hall para ver como abría. George entró en la casa dándole el sombrero de copa al mayordomo. —Sus padres están en el salón, milord.

Se volvió tendiéndole la capa y cuando la vio entrecerró los ojos. —Al parecer lo has conseguido.

Levantó la barbilla. —Te dije que lo haría. Tu visita ha sido totalmente innecesaria.

—Menos mal que estaba allí. ¡Le has quemado el hall de la casa!

—Oh, que pena… —Puso los brazos en jarras. —¿Es eso lo que sientes por ella? ¿Pena?

—¿Pero de qué hablas? —Dio un paso hacia ella. —¿Dónde está el anillo?

—Aquí, hijo. En mi dedo. Y hasta que no muera tu padre, aquí se va a quedar.

Entraron en el salón donde Mary Anne le mostró su mano y escuchó como su George suspiraba del alivio.

—¿Has averiguado cómo esa mujer lo consiguió? —preguntó Ingrid intrigada.

—Dice que se lo dio un amigo.

—Miente —dijo Serine tras él haciendo que se volviera—. Miente y te lo has tragado.

La miró furioso. —¿Me estás llamando estúpido?

—No, eso te lo has llamado tú, yo te llamaría ingenuo. ¡Esa quiere pillarte y estás entrando en su juego!

—Muy discreta no es —dijo Ingrid por lo bajo—. A esta le gusta ir al grano.

—Como a mí —dijo Fely divertida—. Vamos a ver milord… ¿No te ha dicho el nombre de ese amigo?

—No. Simplemente ha dicho que era su cumpleaños y que como quería agradarla para meterse en su cama le regaló el anillo. Que por supuesto ella lo reconoció y que quiso divertirse un poco por vuestro trato hacia ella. Que fue a la joyería porque vio entrar a Ifi y que entró tras ella para hacerla de rabiar cuando viera el anillo. Pero que sabía que así mi madre se quedaría tranquila porque de esa manera sabría que estaba a salvo.

—Cómo miente —dijo Ifi con asombro—. Como una bellaca.

—Claro que miente —dijo George para su alivio—. No sé cómo lo consiguió, pero lo que es evidente es que iba a pedir dinero por él. No tiene liquidez, su modo de vida lo demuestra claramente.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó Serine provocando que la mirara como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra—. ¡Qué no te he llamado estúpido! —Entrecerró los ojos

como él. —Pero estoy a punto de hacerlo para que me mires así con razón.

Él iba a decir algo, pero el duque le interrumpió. —Así que quería una compensación por devolver el anillo. Necesita dinero.

—No dejaba de llorar diciendo que ahora no podría invitar a nadie. Casi no tiene servicio en la casa porque solo ayudaron dos personas a apagar el fuego y sus caballos se pueden morir de viejos en cualquier momento. Además, casi no tiene joyas.

Royden levantó una ceja y Fely miró a su marido como si quisiera matarle. —Cielo, ¿tienes algo que decir?

—¿Tengo que hablar de esto?

—¡Sí!

—Durante el tiempo que estuvimos juntos le regalé alguna cosilla.

—¿Has estado en su habitación? —preguntó Serine indignada—. Para saber si tiene joyas has visto su joyero y estaba en su habitación.

—Muy lista, milady. ¡Claro que he estado en su habitación!

—Oh… —Se tapó la boca con la mano mirándole con los ojos como platos. Miró a sus amigas que esperaban que dijera algo, pero ella volvió a mirar a George y a entrecerrar los ojos antes de apartar la mano elevando la barbilla. —No pienso preguntar lo que has hecho allí.

—¡Y aunque lo preguntes no pienso contestarlo! —Atónito se volvió hacia sus padres. —¿Pero esta mujer por qué pregunta tanto? Este es un tema familiar.

—¡Ellos también están aquí preguntando! —protestó ella.

—Nada, que no se calla.

Jadeó indignada. —¿Quieres que me calle?

—¡Pues sí! ¿Acaso no lo he dicho ya, milady?

—Uy, encima que he conseguido el anillo. —Elevó más la barbilla. —Te he ganado, y

eso te escuece. Tienes que aprender a perder.

Él gruñó. —Te aseguro que yo no pierdo el tiempo y que el que he pasado con Julianne, ha sido tiempo muy bien empleado.

Intentó que no le doliera, pero la rabia la recorrió de arriba abajo. —Teniendo en cuenta que ese tiempo no ha servido para nada en la recuperación del anillo, me alegro de que le hayas sacado partido. Una satisfacción vacía y sin ningún fin, pero felicidades, ya puedes poner otra muesca en tu cama. Volviendo al tema de ese amigo inventado de la baronesa, ¿no has conseguido ni una pista de como consiguió el anillo? —Casi podía escuchar como sus dientes rechinaban y eso le dio una satisfacción enorme porque sus palabras le habían dolido. —¿No?

—No, milady.

—Vaya… —Le dio un golpecito en el hombro. —Ánimo que igual me entero antes que tú y no tienes que sacrificarte tanto. —Se volvió hacia los demás y sus amigas sonrieron orgullosas, condesa incluida. —¿Siguiente paso?

Fely entrecerró los ojos antes de mirar al conde. —Lo llevabas en el bolsillo e ibas hacia el joyero.

George padre asintió. —Y fui directamente desde casa sin detenerme.

—Me parece que tendremos que hacer guardia ante esa joyería, ¿no amiga? —preguntó Ingrid.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Mujer que estás esperando un hijo. —Todos miraron a Royden con una ceja levantada. —Como marido debo decirlo.

La duquesa se levantó. —¿Os recogemos mañana a las tres?

Las demás asintieron y George entrecerró los ojos. —¿Por qué a las tres?

—Porque nadie de la buena sociedad sale de casa antes —le replicó Serine—. Los que

interesan, están agotados de las fiestas de la noche anterior y se levantan tarde. Solo salen para las visitas, para ir a tomar el té si tienen esa obligación.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces para qué lo preguntas?

La miró como si quisiera pegarle cuatro gritos —¿Y eso qué tiene que ver con el anillo?

—Pues todo, si buscamos a la persona que encontró o robó el anillo del bolsillo del conde.

Este entrecerró los ojos. —No me topé con na… —Se detuvo en seco. —Diablos —dijo asombrado.

—¿Qué? —preguntaron todos a la vez.

—Lord Hoswell, me encontré con lord Hoswell —respondió mirando con pasmo a su mujer—. Me abrazó palmeándome la espalda alegrándose muchísimo de verme.

—Querido, pero eso no puede ser. ¿Hablas de ese anciano tan agradable que nos regaló las acuarelas del comedor? —Se volvió hacia los demás. —Es un acuarelista magnífico, le conocimos hace unos años en la fiesta de unos amigos y durante una temporada tratamos mucho con él, pero se tuvo que ir a Europa por la muerte de una hermana y... —Asombrada miró a su marido. —El día en que nos regaló las acuarelas… Una semana después me di cuenta de que me faltaba una pulsera, ¿lo recuerdas?

—Un ladrón reincidente —dijo Serine emocionada dándole un codazo a George que la miró como si fuera un insecto. Esta chasqueó la lengua dirigiéndose a la condesa—. Y cuando te lo vuelves a encontrar te roba el anillo.

—Sí, ¿pero cómo no lo robó en aquella ocasión? —preguntó Ifi—. También estaría en tu joyero. Era mucho más valioso que la pulsera.

—En aquella época apenas me lo quitaba. Empecé a hacerlo después porque a veces me aprieta.

—Vamos a ver…—dijo su George mirando a su madre—. ¿Ese hombre te robó una pulsera?

—¿Eso es lo que preguntas? ¿Por qué no se te ha ocurrido preguntar cómo sabía que tu padre llevaba el anillo encima?

—No lo sabía, no lo sabía nadie —contestó el conde.

Alguien carraspeó y el barón rojo como un tomate forzó una sonrisa. —Bueno yo lo sabía. Y recuerda, amigo, que la tarde anterior me enviaste a hablar con el joyero sobre el tema de la esmeralda.

—Oh, es cierto.

Ifi miró fijamente a su marido. —¿Y?

—Pues que había una dama en la tienda cuando hablé con él. Una dama muy hermosa.

—¿No me digas? —preguntó su mujer molesta.

—Querida, tengo ojos.

—¡Y una lengua demasiado larga!

Charles se sonrojó. —Era un favor.

Serine se frotó las manos. —Esto se anima, ya tenemos más sospechosos. Una dama hermosa, un ladrón y lady Julianne.

—¿Quieres dejar de interrumpir? —siseó George.

—Estaba resumiendo.

—Pues deja de hacerlo. ¿Cómo era esa dama?

Charles respondió —Morena, sus ojos eran de un increíble color ámbar e iba muy bien vestida. Tenía acento francés, creo recordar. Muy ligero, pero lo tenía.

—Una francesa morena. —Serine sonrió. —¿Qué opinas George, un cómplice? Sí, yo creo que sí, ¿pero cómo llegó después el anillo a lady Julianne?

—Eso es lo que vamos a averiguar —contestaron los dos a la vez.

Ella miró a uno y luego al otro. —Vamos a tener un problema con vuestros nombres. ¿Dos iguales? Es un lío.

—Eso llevo diciendo yo toda la vida —dijo su futura suegra exasperada—. Pero el niño se niega a que le llamemos por su segundo nombre.

—Que es…

Su futuro marido se envaró. —Madre, ni se te ocurra.

—¿Por qué si es un nombre muy bonito? —Sonrió. —Se llama Virgilio.

Todos reprimieron la risa, pero las chicas no pudieron evitarlo y rieron sin disimulo. —Gracias madre, no me ocurría esto desde el colegio.

—¿Qué pasa? —preguntó Serine ofendida—. ¡Es el nombre de uno de los poetas romanos más importantes de la historia de la humanidad! ¡A mí me encanta la Eneida!

Incrédulo preguntó —¿Te has leído la Eneida?

—Claro, ¿tú no? Pues te la recomiendo. —Sus preciosos ojos brillaron. —Te llamaré Eneas.

—¿Qué?

—Era un héroe y…

—¡Ya sé quién era Eneas!

—Como no te has leído la Eneida…

—¡Sí que me la he leído!

—Pues creo que te pega.

—¡Me llamo George! ¡Pero si quieres llamarme algo, llámame milord!

—Que formal eres cuando te interesa, porque bien que dejas de ser formal cuando te conviene.

—¿Qué?

—Nada, Georgi.

Todos intentaban disimular la risa, pero era casi imposible. Su George intentaba contenerse. —Milady…

—¿Sí, Georgi?

—¿Eres sorda?

—No, oigo muy bien. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Ya veo.

La miró sin entender nada. —¿Qué es lo que ves?

—Nada. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

Las chicas se echaron a reír a carcajadas y Serine reprimió la risa mientras él parecía que quería estrangularla. —Bueno, yo voy a acostarme que estoy muy cansada y mañana hay mucho que hacer como buscar a la morena. —Bostezó dejándole con la boca abierta. —Buenas noches, Georgi. —Se volvió hacia los demás e hizo una impecable reverencia. —Duque, marqués, conde, chicas…

—Que descanses pequeña, y gracias por recuperar mi anillo —dijo la condesa con cariño.

—Ha sido un placer. —Se volvió y le guiñó un ojo a su futuro marido. —Que sueñes con lo que te haga feliz, Georgi. —Con desparpajo se alejó hacia la puerta haciendo volar las voluminosas faldas.

—A las doce del mediodía entierran a tu prima —dijo él con ironía—. ¿No piensas ir al funeral? Al parecer te interesan más otras cosas ahora que ella ya no está.

Se detuvo en seco sin volverse intentando encajar el golpe. Al recordar a su prima sintió

que el suelo temblaba bajo sus pies y perdió todo el color de la cara porque durante las últimas horas apenas había pensado en ella. Con lo que la quería, ni la habían enterrado y ya la estaba olvidando. Se sintió miserable. Pero lo que le sentó aún peor es que él había sacado ese tema para intentar hacerle daño.

El silencio se podía cortar y Serine se volvió lentamente para mirarle a los ojos sin poder disimular el dolor en los suyos. —No, Georgi. No iré al funeral porque no seré bien recibida y porque mi prima ya se despidió de mí en su momento. Cumpliré sus deseos porque también son los míos. Pero a veces hay deseos que es mejor que no se cumplan, ¿no crees?

—¿Qué? ¿Pero esta mujer de qué habla?

—Hablo de corazón como deberían hacer otros. —Apretó los labios antes de volverse y salir del salón dejando el silencio tras ella.

George se quedó mirando pensativo la puerta y cuando se volvió al cabo de unos segundos se encontró la cara de malas pulgas de todos los presentes. —¿Qué? ¡Alguien tenía que decírselo! ¡En Londres no se habla de otra cosa!

—No te hagas el inocente conmigo, hijo. —Su padre dejó la copa que tenía en la mano sobre la mesa auxiliar de al lado. —Querías hacerle daño y no se lo merece.

—Es evidente que no la quería tanto, padre —dijo con ironía—. Murió ayer noche y está contenta como unas castañuelas.

—¿Crees que no la quería? ¿A la única familia que tenía? —preguntó su madre apenada —. Si ya nos tiene cariño a nosotros, imagínate lo que sentía por ella.

—¿Os tiene cariño? —Rio por lo bajo. —Qué ingenuos sois. Lo que busca es un protector con dinero que sienta pena por ella y la acoja con los brazos abiertos. Es como Julianne, pero al menos ella da algo a cambio.

—¿Cómo te atreves? —Fely se levantó furiosa. —¿Comparas a Serine con esa bruja sin sentimientos?

—¿Acaso no son iguales? Ambas buscan protección.

La duquesa jadeó indignada. —Yo buscaba protección en mi matrimonio. ¿Me acaba de comparar con esa mujer que es poco menos que una prostituta?

Lucas se tensó. —No cielo, porque si lo hubiera hecho tendría que partirle la cara.

George carraspeó. —No me ha entendido bien, duquesa. Lo que quería decir…

—¡George ya está bien! —gritó su padre furioso—. ¡Sabes de sobra lo que está bien y lo que está mal y esa mujer es una aprovechada que se quedó con todo lo que tenía el barón! ¡Robó a sus hijos y ha pasado de cama en cama buscando al siguiente que le dé esa vida de despilfarro que ha llevado hasta ahora, mientras se burlaba de tu madre y de sus amigas soltando falsos rumores para perjudicarlas! ¿Cómo puedes compararla con una dama que ha sufrido la pérdida de sus padres a edad muy temprana, el maltrato de su propia familia y la desgarradora experiencia de cuidar a una moribunda seis meses? ¡A la única persona que la ha amado en los últimos años hasta quedarse sola de nuevo y totalmente desamparada! —Furioso dio un paso hacia él. —¡En la calle, así la dejaron! ¿Y la comparas con Julianne? ¡Serine es una dama y a pesar de la vida tan dura que ha llevado tiene un corazón enorme, es valiente y entregada! ¡Y nos ha cogido cariño porque ha arriesgado su reputación por hacer feliz a tu madre!

—Padre, por tu manera de hablar, parece más un perro apaleado que se muere por lamerte la mano que una dama en apuros —dijo con ironía antes de beber de su coñac.

Pálida apretó la barandilla de la escalera hasta que sus dedos se quedaron blancos y subió los dos últimos escalones intentando que sus palabras no dolieran porque hablaba el hombre cínico que intentaba hacerle daño. Lentamente fue hacia la puerta de su habitación y cogió el pomo para girarlo. Aprovechada, desamparada, la única persona que la ha amado… Perro apaleado. Empezó a faltarle el aire y la imagen de su prima diciéndole que se quedaría sola le rompió el corazón.

Jeffrey subió las escaleras y al ver como caía de rodillas ante la puerta gritó —¡Milord, a

lady Serine le ocurre algo! —Corrió hacia ella y la cogió por los brazos.

—Estoy bien —dijo casi sin aliento.

—Milady, déjeme ayudarla. —Dora llegó corriendo. —¡Qué vayan por el médico!

—¿Qué ocurre, Jeffrey? —preguntó el conde subiendo la escalera tan aprisa como podía.

Royden le adelantó y corrió hacia ella. —Serine, ¿qué te ocurre?

Pálida no sintió como su labio superior empezaba a sudar porque se concentraba en respirar. El marqués no perdió el tiempo y la cogió en brazos metiéndola en la habitación. —¡Fely!

—Ya estoy aquí —dijo su esposa tras él.

—Estoy bien —dijo casi sin respiración mientras la tumbaba sobre la cama.

—Dios mío, ¿qué ocurre? —Mary Anne entró con las demás. —¿Te encuentras mal?

Fely se sentó a su lado. —Cielo, sal de la habitación voy a desabrocharle el vestido y el corsé para que respire mejor. ¡Rápido!

El marqués no perdió el tiempo y en lugar de salir cogió el escote de su vestido y lo desgarró hasta la cintura mostrando que no llevaba corsé. —¿Qué hacemos?

—¿A qué viene tanto escándalo? —preguntó George entrando en su antigua habitación. Al ver su palidez frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

Nadie le contestó mientras Fely gritaba —¡Serine respira! ¡Te vas a desmayar!

Angustiada porque parecía que no le llegaba el aire empezó a respirar mucho más deprisa. Entonces George fue hasta la cama y le dio un tortazo que le volvió la cara cortándole el aliento.

—¡Serás cabrón! —El marqués le agarró por las solapas del traje empujándole para alejarle de la cama.

—¡Es un ataque de histeria! —gritó furioso—. ¿Ves cómo ahora respira mejor?

Todos miraron hacia ella que sin volver la cara tenía mejor color y su respiración se había normalizado. Ingrid miró incrédula a su marido. —Como algún día hagas algo así, te despellejo vivo.

—Pues con ella ha funcionado.

Fely apartó un rizo de su sien. —¿Te encuentras mejor?

Una lágrima recorrió su nariz rompiéndoles el corazón a todos. Era la imagen de la desolación.

El conde apretó los labios. —Creo que es mejor que la dejemos sola con las mujeres. Aquí ya no somos necesarios. Jeffrey…

—Sí milord, en cuanto llegue el médico subirá de inmediato.

Ingrid dio un paso hacia la cama mientras los hombres salían de la habitación y escucharon decir a Lucas —Es evidente que lo ha escuchado todo y eso la ha afectado.

—Eso me temo, duque —dijo el conde fulminando a su hijo con la mirada mientras Jeffrey cerraba la puerta.

—Padre…

—No puedo entender qué satisfacción sientes haciendo daño a alguien tan herido por la vida —dijo con rabia—. ¿No la crees? No la conoces, no has querido conocerla.

—Tú tampoco la conoces.

—¿Pero acaso estás ciego? Solo tienes que mirarla a los ojos para ver alguien tan puro como el agua de rocío.

—Creo que este no es el mejor momento ni el lugar para tener esta conversación —dijo Royden—. Bajemos, enseguida la atenderá el médico.

El conde fue furioso hasta la escalera y George apretó los labios antes de seguirle.

Royden levantó una ceja porque no iba hacia su habitación y susurró a Lucas —Parece

que le interesa su estado.

Lucas sonrió de medio lado. —¿Cuánto tiempo le das?

—¿Dos semanas?

—Venga, ¿tanto? Esas mujeres son letales cuando quieren algo. Si no hubiera sido por tus circunstancias…

—Ellas no tuvieron nada que ver, ya le había echado el ojo a mi esposa.

—Sí, pero como decía ellas allanaron que fueras libre para poder disfrutar de su compañía. Yo no tardé ni cuatro días en darme cuenta de que mi Ingrid era perfecta para mí. ¿Dos semanas? Yo le doy una.

Ambos se miraron con una sonrisa en los labios. —¿Quieres apostar, duque?

—Por supuesto.

—Ni se te ocurra pedir un caballo, mi mujer me despellejaría.

—Estoy muy satisfecho con la pareja de pura sangre que me regaló en mi boda, gracias.

—¿Entonces?

—Si gano yo y el domingo que viene ya bebe los vientos por ella me regalarás tu carruaje.

Le miró asombrado. —¿Estás loco? Es nuevo. Solo la seda de su interior ha costado una fortuna.

—Ya, por eso lo quiero. Me ha gustado como ha quedado.

Royden entrecerró los ojos. —Si gano yo y se enamora durante la segunda semana, me cederás las tierras del norte de tu finca. Las que llegan hasta el río.

—¿Para qué las quieres?

—Voy a sorprender a mi esposa construyéndole un pazo. Y no estará mal que esté cerca de su mejor amiga.

—¿Y tu casa de campo? —preguntó pasmado.

—Llevo mucho tiempo sin ir, no la echaré de menos —dijo como si nada—. Mi suegra me ha dicho que la venda y me lo estoy pensando.

Lucas alargó la mano. —Casi estoy deseando que ganes, así os tendremos más cerca cuando no estéis en Londres.

—Y yo estoy deseando ganar. Mi Fely se va a poner como loca de la alegría cuando lo vea. Hasta he contratado a un hombre que los construye en Galicia para que venga a encargarse del trabajo. Toda la piedra, todo el material vendrá de allí. He hablado con mi suegra y trasladaremos la tumba de su padre.

Le miró impresionado. —Ya habías pensado en mis tierras, ¿verdad?

—Por supuesto, tienen que ser esas.

—¿Cuánto pensabas darme por ellas?

—Ahora nada porque voy a ganar —dijo yendo hacia las escaleras—. Veamos cómo se encuentra después de la estocada que acaba de recibir por idiota.

Cuando entraron en el salón Charles y su amigo hablaban ante la chimenea mientras George miraba por la ventana con una copa en la mano. —Ahí le tienes esperando impaciente al médico —susurró Lucas divertido.

—No te fíes, George es de dar sorpresas cuando menos te lo esperas.

En la habitación las mujeres desvestían a Serine con ternura. Y ella se dejó hacer porque no tenía fuerzas ni para protestar.

—Ya verás, en cuanto llegue el médico te encontrarás mejor —dijo Fely preocupada—. No sé lo que has oído, pero nadie de nosotros pone en duda el amor que sentías por tu prima.

—Dije que le haría daño —dijo la condesa angustiada—. No sé lo que le pasa a mi hijo. Va dando coces a diestro y siniestro sin motivo. Cielo, pero está arrepentido, le conozco muy bien y sé que lo está.

—Lo sé —dijo para sorpresa de todas.

—¿Lo sabes? —preguntó Ingrid asombrada.

—Cuando murieron mis padres gritaba y pataleaba pidiéndoles que volvieran —susurró con la mirada perdida—. Pero no volvían, nunca volvían. Por mucho que llorara, por mucho que me gritaba mi tía que me callara yo insistía hasta que un día la niñera de mi prima me dijo que como siguiera insistiendo me llevarían a la inclusa. —A las mujeres se les cortó el aliento. —Que no volverían y que estaba empeñándome en un imposible que traería mi ruina. Que debía pensar en mí, en lo que dirían mis padres. Eso me hizo recapacitar y desde aquel momento no volví a pedir que vinieran a buscarme.

—Es increíble que lo entendieras con lo pequeña que eras —dijo Ifi con pena.

—Lo entendí. El dolor, el miedo seguía ahí, en mi interior, pero no conseguiría nada con ese comportamiento. —Levantó la vista hacia la condesa. —Él no se ha dado cuenta todavía.

—Eso me temo. Y lo que temo aún más es que termine arruinando su vida.

Fely sonrió maliciosa. —Entonces como esa niñera, deberíamos mostrarle lo que puede llegar a ocurrir si mantiene ese comportamiento, ¿no creéis?

Capítulo 7

El médico llegó al salón con la condesa detrás. —Una pena, una auténtica pena lo que le ha ocurrido a milady, condesa.

—Lo sé, doctor Stevenson.

—Y usted tiene un corazón de oro al acogerla. Seguro que el destino se lo recompensará con creces.

—Nos lo recompensará a las dos. Yo me doy por compensada con buscarle un futuro prometedor al lado de un hombre que la trate como se merece. Lo único que quiero es que sea feliz.

—Pues si alguien se empeña en algo esa es usted, milady, y lo conseguirá.

—Claro que sí. Y no me costará casarla.

—Ciertamente, es hermosa y muy dulce. —George levantó una ceja. —No le costará, no señor. Le aporrearán la puerta solicitando verla.

Mary Anne sonrió. —Eso espero. Gracias por venir.

—Un placer como siempre, condesa. —Inclinó la cabeza hacia los demás. —Buenas noches a todos.

—Buenas noches —dijeron a la vez.

En cuanto se fue la miraron expectantes. —No es nada, es por el disgusto de la muerte de su prima. Que se lo recordara mi hijo le ha provocado lo que el médico ha llamado un ataque de

ansiedad.

—Lo que yo decía —dijo George satisfecho haciendo que todos le miraran levantando una ceja, porque si alguien le había provocado el ataque, ese había sido él—. Será mejor que me retire.

—Sí, hijo… —dijo su padre con segundas—. Vete a descansar, que estarás agotado.

—Sobre lo de mañana, supongo que no iréis al joyero.

—Como bien nos acabas de recordar, tenemos un funeral.

Miró sorprendido a su madre. —¿No pensaréis ir?

—Por supuesto que iremos —dijo Ingrid—. A ver quién tiene los arrestos de impedirnos el paso. Pensamos ir a presentar nuestros respetos a la prima de Serine y aunque ella no pueda ir, se lo contaremos.

—Pero eso la afectará más.

—¿Ahora te importa lo que le afecte? —La duquesa sonrió con desprecio. —Eres muy voluble.

—No me importa en absoluto.

—Pues entonces no tienes nada que decir al respecto —dijo como toda una duquesa antes de levantarse y alargar la mano hacia su marido—. Cielo, ¿nos vamos? Estoy agotada.

—Claro que sí, preciosa.

—Nosotros también nos vamos —dijo Royden cogiendo del brazo a su mujer—. Buenas noches a todos.

Ifi y Charles fueron hacia la puerta. —Mary Anne, si me necesitas…

—Lo sé, amiga. Día y noche.

Ifi sonrió. —Exacto. Cuando sea.

—Gracias.

—Bah… Vamos querido, vas a detallarme exactamente cómo era esa morena tan hermosa.

—Palomita…

—Tira para casa —siseó—. A tu edad, ¿no te da vergüenza?

—Si solo tengo ojos para ti.

—Uy, qué mentira…

Cuando Jeffrey cerró la puerta George miró a sus padres que estaban furiosos. —Bueno, como había dicho me retiro.

—Sí, hijo… A ver si mañana te levantas con otro talante.

—¿Y qué talante debo tener, madre?

La condesa dio un paso hacia él. —Como vuelvas a hacer daño a esa inocente criatura no te quiero ver más por aquí, ¿me has entendido?

George dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—¡Desde que murió tu hermano he aguantado muchas cosas! ¡Muchas! ¡Entre ellas que nos avergüences con tu comportamiento licencioso!

—Madre, yo…

—¡No me interrumpas! —gritó fuera de sí—. Pero lo que no pienso tolerar es la maldad que destilas cuando algo no sale como tú quieres. ¡Y menos en mi casa! ¡A partir de ahora la tratarás con respeto! ¡Cómo vuelvas a dirigirle la palabra de esa manera irónica que me pone de los nervios, saldrás de esta casa tan deprisa que ni te darás cuenta! ¡Ya está bien, George! ¡Quieres autodestruirte y no te importa a quien arrollas a tu paso, pero ante mi cara no pienso consentir ese comportamiento! ¡Aquella maldita noche en que murió tu hermano, yo perdí dos hijos! —gritó desgarrada haciéndole palidecer—. O vuelves a ser el hijo que eras o no quiero saber nada más de ti. —Se volvió haciendo volar sus faldas y salió del salón dejándole de piedra.

El suspiro de su padre le hizo volverse. El conde negó con la cabeza. —Hasta nosotros tenemos un límite.

—No veis lo que yo —dijo con rabia.

—¿Y qué ves tú, hijo? ¿Una aprovechada? No ha pedido nada. Todo lo que le hemos dado ha sido porque hemos querido. ¿Busca protección? Es una dama sola en el mundo. ¿Quiere alguien que la quiera? Claro que sí, como todo el… —Se le cortó el aliento. —Dios mío, por eso la odias, ¿verdad? Porque nos ha caído en gracia y la tratamos como a una hija más.

—No digas tonterías, padre. ¿Insinúas que le tengo celos?

—No, tú no eres ruin en muchos aspectos de la vida, pero sí envidias la relación que tenemos.

—¡No la conocéis!

El conde dio un paso hacia él. —Si alguien ha enturbiado la relación que teníamos, has sido tú, hijo. Casi ni quieres que te abrace cuando te veo.

—¡No me trates como a un niño rebelde, padre, dejé de serlo hace mucho tiempo!

Su padre asintió. —Veo que te estás alterando y es imposible razonar contigo cuando te pones así.

—Ahora resulta que estoy desquiciado.

—Estás dolido y te sientes culpable por la muerte de tu hermano. Eso unido a que ocurrió en un periodo de tu vida crucial, pues ya casi eras un adulto, cambió tu carácter. Y desgraciadamente lo hizo para mal.

George le miró asombrado porque nunca había sido tan franco. —¡A qué viene ahora hablar tanto de Tommy cuando no lo habéis mencionado en años!

—Por no herirte, hijo. Ya te herías tú bastante recordándolo. —Sonrió con pena. —Entre nosotros hablamos a menudo de él. ¿Y sabes qué? Ahora recordamos momentos juntos que nos

hicieron muy felices, hijo. Algún día me gustaría tener una de esas conversaciones contigo. —Caminó hacia la puerta. —Que pases buena noche, aunque lo dudo.

En cuanto su padre se fue juró por lo bajo volviéndose y fue hasta el mueble bar para servirse un whisky que bebió de golpe. Miró hacia la ventana, empezaba a amanecer. Viendo como la luz del sol disipaba poco a poco la oscuridad, pensó en todo lo que le acababan de recriminar y apretó los labios escuchando en su mente la risa de Tommy.

—¿Hay coñac?

Sorprendido se volvió para ver a Serine con su largo cabello suelto hasta los muslos, en bata y descalza en la puerta del salón mirándole indecisa. Su sonrojada mejilla le revolvió las tripas.

—Creo que es lo que ayer me hizo dormir, porque lo que el doctor me ha dado hoy no funciona.

Él asintió. —Por supuesto, Jeffrey siempre nos tiene muy bien surtidos. —Se giró para coger una copa de balón y sirvió una buena cantidad de coñac. Al darse la vuelta se miraron a los ojos el uno al otro y a Serine le dio un vuelco al corazón sonrojándola con fuerza. —Aquí tienes. —Alargó la mano y dio un par de pasos hacia ella. —Creo que será suficiente.

—Gracias. —Se acercó a él y al coger la copa tallada sus dedos se rozaron cortándole el aliento. Sin poder evitarlo miró sus ojos, pero él apartó la vista dándole la espalda. —¿Quieres que me vaya?

—Estarás más cómoda en tu habitación. Debes descansar.

—No me has entendido. ¿Quieres que me vaya de esta casa?

La miró sorprendido. —¿Y me lo preguntas a mí?

—Es tu casa.

—No, esta ya no es mi casa.

Apretó los labios y se sentó en el sofá. —¿Y dónde está tu casa ahora?

—En Escocia —dijo molesto—. ¿No estás cansada? Seguro que al médico no le gustaría que estuvieras deambulando a estas horas.

—Es que me levanto a estas horas y va a ser difícil que me duerma. —Subió las piernas al sofá y dio un sorbito al coñac. —¿Y es bonita?

—¿El qué?

—La casa en Escocia. Oh, es verdad que es un castillo.

—Le llaman así, pero es más un torreón antiguo con la casa anexa.

—Debe ser bonita. Me han dicho que has trabajado mucho, que has sacado esas tierras adelante.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Mis padres? —preguntó con ironía.

—Bah, ahora están enfadados, pero se sienten muy orgullosos de ti.

—Eso justamente me estaba diciendo mi padre.

—Mis padres murieron, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Lo sabe todo Londres.

Ignorando el tono asintió. —Y yo no me echo la culpa de su muerte. Según tu manera de pensar sería culpa mía.

Dio un paso hacia ella. —¿A qué te refieres?

—Venían a verme al campo, estaba resfriada. Mi niñera les avisó.

—No digas tonterías, no es lo mismo. Y no pienso hablar de este tema contigo.

—Sí que es lo mismo. Yo estaba enferma, pero podía haber sido un cumpleaños, unas navidades… Estas cosas ocurren. Como le ocurrió a tu hermano, como le ha ocurrido a mi prima. Es tan injusto… —Mirando al vacío bebió de su copa y cuando tragó dijo —Pero ella quería que fuera feliz, ¿sabes? Hizo todo lo posible antes de morir para que fuera feliz y pienso conseguirlo.

—Le miró a los ojos. —Y tus padres me están ayudando mucho. Me cortaría un brazo antes de hacerles daño, te lo aseguro.

—No necesito que me asegures nada —dijo entre dientes.

—¿Entonces si te da igual por qué protestas?

—No he dicho que me dé igual. —Ella se le quedó mirando fijamente. —¿Qué?

—¿Te desagrada todo el mundo o solo yo?

—No me desagrada todo el mundo, te lo aseguro.

Le miró maliciosa. —Esto es porque crees que quieren casarme contigo, ¿no?

—Mi madre tiene la lengua muy larga.

—¿No te he dicho que quiero ser feliz? —Bebió de su copa y se levantó. —Tú no me vales. Estás demasiado torturado para mi gusto. Yo quiero alegría, vivir, que es lo que no he hecho estos dieciocho años y no pienso desperdiciar ni un día más, porque como me ha demostrado mi prima la vida es demasiado corta y hay que disfrutar de todo lo que nos ofrece. Y ahora me voy a la cama que mañana tenemos que idear otro plan para pillar a la morena. Hay que resolver un misterio.

—¿Torturado?

Se detuvo en la puerta y bostezó. —Lo que yo decía, era el coñac.

—Yo también disfruto de la vida.

Soltó una risita. —Sí, ya me lo han dicho. Pero la vida no son solo fiestas y amantes, milord. Abra los ojos o se perderá lo mejor.

Él se acercó a la puerta y cuando Serine llegó arriba miró la barandilla fijamente antes de morderse el labio inferior y levantarse el camisón para pasar la pierna sobre ella sentándose encima. —Baja de ahí, ¿estás loca?

Rio deslizándose, pero el camisón se le subió y la pulida barandilla le pellizcaba el

interior del muslo a medida que avanzaba. —Ay, ay, —Se agarró a la mitad de la escalera deteniéndose. —Mierda. Necesitas pantalones interiores.

Él subió furioso. —¿Estás mal de la cabeza? ¿Y si hubieras caído hacia el otro lado?

—No seas aguafiestas —susurró—. Y habla más bajo que vas a despertar a todo el mundo.

—Baja de ahí.

—Eso pensaba hacer. —Se agarró a su chaqueta para pasar la pierna y frente a él chasqueó la lengua. —Mi prima lo hacía de pequeña y se lo pasaba muy bien.

—¿Y tú no lo hacías?

Sin contestar subió los escalones sumida en sus pensamientos mientras él la observaba y la escuchó decir —Sí, necesitas pantalones interiores. Una primera mala experiencia, pero tú no cejes en tu empeño. Se lo has jurado a Catherine y debes cumplirlo.

Subió los escalones y vio cómo iba hacia su antigua habitación. Abrió la puerta y le miró antes de soltar una risita para desaparecer dentro de su alcoba. George gruñó por dentro volviéndose para encontrarse de golpe con Jeffrey y el mayordomo de noche. —¿Necesita algo, milord? Su nueva habitación está allí —dijo señalando la del pasillo contrario—. Última puerta a la derecha.

—Sé de sobra donde está mi habitación. —Entonces les miró pasmados. —Me han puesto allí para que esté lo más lejos posible de ella, ¿no es cierto?

—No tengo ni idea de a qué se refiere, milord.

Dio un paso hacia el mayordomo principal. —Tú lo sabes todo.

—Ese es mi trabajo, milord.

—¿A quién ha elegido mi madre para ella?

—Tengo entendido que es el Conde de Prestbud. Un partido estupendo.

—Eso dijo mi madre, pero no puede ser. ¡Si es idiota!

—Eso es cuestión de opiniones, milord —dijo sin mover el gesto—. Tengo entendido que es un hombre muy agradable, con posición y dinero y que le gusta viajar. —De repente sonrió dejándole de piedra. —La tratará como a una princesa y a ella le gustará conocer mundo, sí señor. Será amor a primera vista, son el uno para el otro.

—¿Tú crees? —preguntó incrédulo—. ¿Con ese enano mental? Si no ha debido leer un libro en su vida y ella lee.

—Y toca el piano maravillosamente, milord.

—¿De veras?

—Es una cajita de sorpresas. Milord, ¿no está cansado? Ha sido un día muy intenso, sobre todo para usted.

Gruñó rodeándoles para ir hacia el pasillo. —¿Con Stuart? Ridículo. Hablaré con mi madre, esta vez se han equivocado del todo.

Los mayordomos se miraron con malicia antes de chocarse las manos. —Una libra a que tenemos boda antes de final de año —dijo Lewis.

—Se casarán antes de tres meses.

—Si sobrepasan tres meses una libra para mí.

—Y si se casan antes me la darás tú. Ahora quédate al mando mientras descanso un rato.

Se puso serio. —Entendido.

—Y si hay problemas o milady no se encuentra bien me avisas de inmediato. Recuerda avisar a los señores con tiempo para asistir al funeral. Aún pueden dormir cuatro horas. Que todo esté listo para cuando se despierten, trajes negros y desayuno incluido.

—Así se hará.

Capítulo 8

Serine se estiró de tal manera que los dedos de sus pies dieron con el poste. Recordando que no era su cama de siempre abrió los ojos para ver que la luz se filtraba por las rendijas de las tupidas cortinas de terciopelo. ¿Qué hora sería? Se levantó de un salto y tiró de la cortina. Al volverse vio que el reloj de la repisa de la chimenea marcaba las dos de la tarde. Jadeó corriendo hacia la cama y la saltó para tirar del llamador. —Dora, ¿por qué no me has despertado? —Gimió corriendo hacia el armario y cogió el primer vestido que pilló. Fue cuando recordó que ese día le llevarían al menos tres más. Soltó una risita y fue con él hasta el espejo mirándose con ojo crítico. Era un amarillo pálido con volantes blancos muy bonito. Sí, se pondría ese, era alegre.

La puerta se abrió y Dora entró con una enorme bandeja en las manos. —Buenos días, milady.

—Es tardísimo, ¿cómo me has dejado dormir tanto?

—Tenía que descansar, órdenes del médico.

Gruñó antes de inclinarse hacia el espejo para mirarse la mejilla, pero su tía la había entrenado bien y apenas se notaba el golpe de su futuro marido. Al pensar en la conversación que habían tenido esa mañana sonrió ilusionada. Sí, conseguirían entenderse en cuanto él abriera los ojos. ¡Eran el uno para el otro! Tenía que darse cuenta tarde o temprano. Mientras tanto ella a seguir con esa charada de buscar marido en otro sitio. Y pensaba conseguir un candidato de primera para darle en los morros.

—Debe comer algo, milady. Órdenes del médico.

Miró hacia la bandeja y dejó el vestido a un lado para sentarse en la cama y empezar a comer con ganas. Dora sonrió. Era evidente que no le hacía ascos a la comida. —¿Un baño, milady?

—No me va a dar tiempo. Tenemos que buscar a la morena.

—Oh, el misterio del anillo… ¿Quiere una pista, milady?

Masticando la miró a los ojos. —En esa calle hay muchos rateros, todo el mundo lo sabe. Es donde se mueve más dinero en compras y los niños pasan por allí a ver lo que pueden pillar. Yo apuesto a que fue uno de ellos y el conde no se dio ni cuenta.

—¿Y cómo llegó a la baronesa?

—Por el joyero, milady.

Dejó caer el tenedor de la impresión y la doncella soltó una risita. —¿A quién cree que esa mujer vendió las joyas? ¿A quién cree que se las venden los ladrones? A los joyeros que son los que funden el oro y quitan las piedras de las piezas más reconocibles.

—Dios mío, ¿hacen eso?

—Lo que yo le diga, que tengo un primo que vivió en la calle un tiempo y me ha contado muchas cosas.

—¿Vivió en la calle?

—No quería vivir en el hospicio al que nos llevaron cuando murió mi abuela, milady. Decía que allí se ahogaba.

—Entiendo, y él dice que los joyeros…

—Ese joyero de Bond Street es famoso por encontrar piezas muy raras, milady, y muchas no vienen de Londres, no sé si me entiende.

—Se las traen de fuera.

—Las de aquí las funde o se las vende a personas muy discretas.

—Julianne no es precisamente discreta.

—Se lo dijo a la persona apropiada, a la baronesa que vino de inmediato a advertir a los condes. Por sacar tajada es capaz de cualquier cosa. Dicho por mi primo no por mí.

—¿Puedo hablar con tu primo?

—¿Voy a buscarle? Espere, que se lo traigo, debe estar limpiando la plata.

—¿Trabaja aquí? —preguntó asombrada.

—Así es milady, yo le conseguí el trabajo cuando las monjas me metieron en la casa. —Abrió la puerta. —Coma, que no hay mucho tiempo.

Siguió comiendo el delicioso cordero y cuando se abrió la puerta escuchó —Que pases, lo ha ordenado milady.

El joven que la había ayudado en el desayuno del día anterior apareció en la habitación y parecía muy avergonzado. Con la mirada agachada dijo —Milady…

—Él es Jake, mi primo, aunque somos como hermanos nos hemos criado juntos.

—Bien Jake, ¿qué sabes de ese joyero de Bond Street?

Él levantó la vista para mirarla a los ojos. —Es un ladrón, milady. Está compinchado con unos cuantos pillos de la ciudad para que roben a determinados clientes y luego él funde las joyas.

Asintió. —Entiendo.

—Él tiene algo que ver con lo del anillo de la condesa, estoy seguro.

—Iban a pedir dinero por él… —dijo pensativa.

—Exacto. Lo de esa francesa no me lo trago. Tenía la información por el propio conde y el barón. Sabía cuando iban a ir, seguro que el conde no se dio cuenta, pero le robó un profesional.

—¿Y ese viejo lord?

—No sé nada de eso, pero no está muy claro que él robara esa pulsera, ¿no cree?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque las visitas no suben a los pisos superiores a no ser que sean invitados en la casa y según tengo entendido ese viejo no subió. Esta mañana hablando del tema con una doncella recordó que en aquellos tiempos, creo que dijo un año después, se echó a una doncella a la que pillaron robando varios tenedores de plata. Apostaría que fue ella.

—Qué interesante. El joyero…—Sus preciosos ojos brillaron —¿Algo más?

Jake miró a su prima inseguro. —Díselo todo —susurró ella—. No te va a pasar nada.

El lacayo se volvió hacia ella. —Esa lady Julianne…

—¿Sí?

—Es un mal bicho, de lo peor.

—¿No me digas?

—No sé por qué el marqués tiene esa opinión de ella, seguramente porque eran amantes y con él mostraba su mejor cara, pero yo sé que no es así. Un amigo mío vivía en la casa de enfrente a la suya y dice que ella mató a su marido.

—¿Qué dices?

—Will se enteró en el mercado por una doncella de que echaban al servicio de cierta casa. Era de una familia que hacía tiempo que no venía a Londres por la enfermedad de la madre, así que pusieron la casa en venta, por eso mi amigo decidió meterse en ella. Se escondía en el desván, por si alguien regresaba a la casa que no le sorprendiera, ¿entiende? Tan fácil como meterse allí y dormir a pierna suelta en el desván donde se está mucho más caliente que en la calle. La casa era la que está justo en frente de la de Lady Parkman y desde allí se veía la habitación de su marido.

—Entiendo, ¿y vio cómo le mataba?

—En verano él abría la ventana del desván para que corriera el aire. El barón tenía la ventana de su habitación abierta. Will se acercó para aliviar el calor y vio al barón echándose la siesta. Fue cuando esa bruja le puso la almohada sobre la cara al barón y apretó con fuerza. Lo mató ella, milady. Es una lagarta de cuidado. Will me contó varias veces como retozaba con otros hombres en la misma cama donde murió su marido. Y vio como esos hombres le daban dinero.

—Vende sus favores, no es solo una amante.

—Esa se sube las faldas por todo el que tenga una libra en el bolsillo, milady. —Se sonrojó por lo que había dicho. —Con perdón.

Hizo un gesto sin darle importancia. —Entonces engañaba al marqués.

—¿Diez años con él? Estaba casada con el viejo entonces. Will decía que si el viejo no estaba en la casa se llevaba hombres. Incluso antes de que le matara. ¿Se lo dejó todo a ella? Uno de sus amantes es abogado, saque sus conclusiones.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó su prima sorprendida.

—Porque le he visto aquí. Se llama Potter y ha venido a hablar con el conde al menos cuatro veces.

—¿Puedo hablar con ese Will?

—No sé nada de él desde hace unos años, milady. De repente se esfumó. Seguramente se habrá ido de Londres porque no se relacionaba precisamente con buenas personas. Haría algo y pondría pies en polvorosa. Siempre quiso ir al continente. Sí, seguro que se ha largado, porque si estuviera en Londres hubiera pasado por aquí a saludarme, eso seguro. Nos llevábamos muy bien.

—Rayos… Así que no tenemos ninguna prueba.

—No la tendría, aunque Will estuviera aquí, jamás declararía a la policía lo que vio

porque su cuello tiene mucho valor para él. ¿Cree que no le matarían? No duraría ni un día por las calles de Londres.

—¿Crees que Julianne ordenaría que le mataran?

—Nuestras vidas no valen nada para la alta sociedad. ¿Y la policía qué haría? Olvidarlo al día siguiente.

—Por Dios, no digas eso.

—Es así, milady. —Dio un paso hacia ella. —Fíjese en usted. Es dama de alta alcurnia, tiene un percance y la acogen en su casa. Mi prima necesitaba ayuda con catorce años, la echaban del hospicio si no conseguía trabajo, se quedaría en la calle. No tenía una familia, era más joven que usted y evidentemente más desamparada. Afortunadamente le dieron el trabajo. La ayudaron, pero a cambio de su trabajo no como a usted. Ustedes son muy distintos a nosotros.

Se sonrojó porque era totalmente cierto. Si no hubiera sido dama sus amigas no la hubieran ayudado. Puede que le hubieran dado trabajo, pero desde luego no viviría en esa habitación ni comería cordero. —Y no sabes cómo lo siento.

Jake sonrió. —No es culpa suya, las cosas son así.

—No deberían serlo, todos los niños deberían tener las mismas oportunidades.

—En un mundo ideal sería así. Ahora debo retirarme, milady. El mayordomo se preguntará dónde estoy.

—Sí, por supuesto, no quiero buscarte problemas. Gracias por tu ayuda.

Él fue hasta la puerta e iba a abrir cuando se detuvo. —Milady, el hijo del conde no es mala gente, se lo aseguro. He conocido a gente muy mala en mi vida y él es de los mejores. Si le ha hecho daño con sus palabras no ha debido ser a propósito.

Sonrió. —Sí lo ha hecho a propósito, pero no midió las consecuencias.

—¿Se lo toma en cuenta? —preguntó Dora.

—Por supuesto que sí, ese comportamiento es intolerable. Pero si me preguntas si le he perdonado, la respuesta también es afirmativa, porque está a la defensiva y realmente no me conoce.

—Y va a hacer que la conozca.

—Me va a conocer mejor que a su madre, os lo garantizo.

Bajó las escaleras vestida como una princesa. Estaba tan ilusionada con su vestido nuevo que le guiñó un ojo a Jeffrey haciéndole sonreír. —Está preciosa, milady.

—¿De veras? —Dio una vuelta haciendo que sus faldas se hincharan. —Es maravilloso, ¿verdad?

—Estoy deseando verla con un vestido de baile.

—Todo llegará, Jeffrey.

La acompañó hasta la puerta del salón. —Por cierto milady, se ha perdido su primera clase de equitación. El profesor que había solicitado se presentó esta mañana.

—Oh, no… —Se llevó una mano al pecho. — Se me había olvidado.

—No se preocupe milady, estará aquí mañana. Y su traje de montar también.

Sus ojos brillaron. —¿Traje de montar?

—El más bonito de todo Londres.

Soltó una risita. —Debe ser increíble.

—La condesa se ha asegurado de que así sea, milady.

—¿Ya está el coche preparado?

—Listo para la búsqueda.

—Perfecto. —Entró en el salón y se detuvo en seco al ver allí a todos reunidos y por sus caras no pasaba nada bueno. —¿Qué ocurre?

—Esa tía tuya… —dijo Ingrid entre dientes—. Menuda bruja con la que te has criado.

—Mujer, un poco de tacto —dijo su marido.

—¡Tacto el que a ella le falta!

Dio un paso hacia ellos. —¿Habéis visto a mi tía? —La miró espantada. —¡Habéis ido al funeral!

—Claro que hemos ido al funeral, niña —dijo el conde—. Y esa bruja te estaba poniendo verde.

—¿Qué?

—Oh, sí —dijo Ifi—. Les decía a todos los que quisieran escucharla que en los últimos días en vida de su hija, le hacías la vida imposible con tus exigencias de una presentación. ¡Está intentando justificar que te ha echado de casa!

—Niña, ha dicho cosas muy duras de ti. —Mary Anne no podía disimular su disgusto.

Perdió todo el color de la cara y tuvo que sentarse. —¿Cómo qué?

—Solo te diré que insinuó que no eras una buena influencia para su hija y que le hiciste pasar un calvario durante su enfermedad. Y que el colmo fue ver que la misma noche de su muerte te probabas su vestido de presentación. Ella ya no lo necesita, esas son las palabras que dice que pronunciaste.

—Dios mío, miente.

—Ya sabemos que miente —dijo Fely indignada—. Ha tenido que mentir porque en Londres ya empieza a correr el rumor de que te dejó en la calle a tu suerte. Ha tenido que justificar su comportamiento embarrando tu reputación. Ninguna casa decente te recibirá ahora, ¿no te das cuenta? Es la madre doliente, se lo creerán todo.

—Esto es una fatalidad —dijo Ifi mirando de reojo a George que miraba por la ventana —. Ningún candidato decente se acercará a ti.

Llamaron a la puerta y no tardó en aparecer una mujer de cabello castaño de unos cuarenta y muchos sonriendo de oreja a oreja. —Ya estoy mucho mejor, ¿nos vamos?

—Serine, ella es mi madre. La señora Monterroso.

—Mucho gusto.

—Oh querida, te vi en el baile con las chicas, pero no me pude acercar porque una pesada me reclamó y se empeñó en que jugara a las cartas para desplumarme. Menuda sorpresa se llevó y… —Al ver las caras largas de todos dijo —¿Qué pasa aquí?

—Madre, ¿recuerdas que en el desayuno te dije que íbamos a un funeral?

—Sí, cielo.

—Pues hay problemas. Su tía la está poniendo verde ante todo Londres.

—Qué fatalidad. Eso dificultará su labor de buscar un marido decente.

George se volvió. —¡Qué emperradas estáis en eso de que busque marido!

Rose asombrada por su exabrupto miró a los condes. —¿Vuestro hijo?

—Sí —dijo el conde como si fuera una desgracia.

—Mire joven, no sé en qué mundo vive usted.

—Vivo en Escocia, señora.

—Pues eso, pero aquí todas las jóvenes casaderas quieren marido y un marido decente entre tanta paja, debo decir. ¡Uno como mi yerno, que es un hombre de los pies a la cabeza!

—Aquí ha llegado mi madre para dejar las cosas claras —dijo Fely divertida antes de sonreír a su marido.

—Me adora.

—Lo sé, cielo.

Rose chasqueó la lengua. —La niña necesita un marido, una posición que la proteja y ahora más todavía. Un título importante la protegerá de las malas lenguas. Debemos acallar a su tía de inmediato.

Mary Anne e Ifi asintieron. —Que razón tienes, amiga.

—Bien, ¿candidatos? ¿Ifi?

Su amiga la miró con los ojos como platos. —¿Perdón?

—Tú eres nuestro oráculo —dijo Ingrid entre dientes levantando las cejas de manera exagerada como si así la entendiera.

—Oh… Candidatos… Mummm…

Todas se adelantaron en sus asientos. —Hay un americano…

—No —contestaron todas a la vez.

—No vamos a perder a nuestra amiga ahora —protestó Ingrid—. Busca a otro.

—Eso, que no quiero irme del país. —Se sentó al lado de Ingrid. —Y que sea guapo.

Ingrid la miró. —¡Eso mismo dije yo cuando me tocó!

—Pues vaya ojo que tiene, porque el duque no está nada mal.

—Gracias, milady —dijo Lucas divertido.

—Aunque el marqués es más mi tipo.

Royden rio por lo bajo. —¿Uno como yo? ¿Ifi?

—Me lo poneis muy difícil.

—Venga mujer, tú puedes.

—¿Entonces el conde de Prestbud queda descartado? —preguntó George molesto—. ¿Así es cómo trabajáis?

—Claro —contestaron todas dejándole de piedra.

Alguien carraspeó y todos miraron hacia la puerta para ver a Jeffrey. —¿Sí, amigo? —preguntó el conde—. ¿Algo que decir?

—Esta mañana una de las doncellas fue al mercado, milord, no se hablaba de otra cosa que no fuera la vuelta del marqués de Winsprill de las Américas. Al parecer ha hecho una gran fortuna con unas minas de plata y tiene otros negocios muy frutíferos allí.

—No puede ser —Ifi miró asombrada a su amiga. —¡No puede ser!

—¿Qué?

—¡Tenemos dos candidatos! —chilló dejándolas con la boca abierta.

—Querida, esto no había pasado nunca —dijo su marido.

—¡Es que no me acordaba de él! ¡Hace al menos seis años que no teníamos noticias suyas! —gritó espantada.

Serine negó con la cabeza. —Ifi eso es imposible. Ya no.

—¡Te digo que sí! ¡Ya verás cuando le veas!

Pasmada miró hacia George que no salía de su asombro. —Estáis comparando al conde de Prestbud con Carter Donald Princeton tercero, marqués de Winsprill, ¿es que estamos todos locos?

—Debe ser un cañón de hombre —dijo Ingrid por lo bajo.

—Cielo, no le conozco —dijo Fely como si eso le fastidiara mucho.

—Lo que conocí era bastante… —Miró a Lucas y ambos gruñeron.

—Uy, que se llevaban mal. —Fely soltó una risita. —Esto cada vez se pone mejor.

—Éramos enemigos en el colegio. De hecho nos expulsaron por su culpa.

—Rivales. ¿Quién organiza la primera fiesta para conocerle? —preguntó Ingrid levantando la mano la primera.

—No, será en mi casa —dijo la condesa.

—No, será en la mía, tengo más rango.

—¿Ahora sacas el rango? Es mi protegida y yo haré la fiesta.

—La encontré yo.

Serine se levantó. —¿Nos vamos?

La miraron sin entender. —El anillo, tenemos que averiguar qué pasó con él.

—Es evidente que eso ya no les interesa, milady —dijo Royden divertido.

—Tenemos mil cosas que hacer, niña. Tu vestido debe ser impresionante.

—Pues elígemelo tú, que me voy a la joyería.

—¿Pero para qué te empeñas?

Se volvió. —¿No os dais cuenta? Pueden hacérselo otra vez a otra persona y puede que esa persona no tenga a nadie como yo para recuperar la joya. Pueden llegar a destrozar una familia. ¿Y si no hubieras creído a tu marido respecto a eso de la amante, Mary Anne? ¿Qué hubiera pasado? ¿Y si le hubieran extorsionado hasta dejarle en la ruina? ¿Hasta qué punto está metida Julianne? ¿Es la cabeza pensante o es un títere de alguien que está más arriba? Yo quiero saber qué pasó, no organizar una fiesta. Ya he visto una y no es para tanto.

Todas jadearon. —Que no es para… —Ingrid corrió tras ella. —¡Espérame!

—Pues yo no me lo pierdo —dijo Fely saliendo de allí a toda pastilla.

Los mayores miraron a Lucas y a Royden que suspiraron antes de seguirlas. —Hijo acompáñalos.

—¿Yo?

—Es tu deber como mi heredero proteger a mis invitados. ¡Arrea!

—¿Quién me mandaría a mí venir a Londres? —dijo entre dientes.

—¡El marido de la reina de Inglaterra!

Gruñó cogiendo el sombrero que le entregó Jeffrey. —¿Saldrá esta noche, milord?

—Por supuesto.

Lucas desde dentro de su carruaje gritó —¡Date prisa, ya se han ido en el otro!

—Increíble.

Se subió con sus amigos y cerró la portezuela sentándose al lado de Royden. —A ver si controláis a vuestras mujeres.

Ambos le miraron como si hubiera dicho un disparate mayúsculo. —Ya me lo dirás cuando estés casado —dijo Lucas.

—Eso no pasará.

Se echaron a reír a carcajadas. —¿Y dejar a tu padre sin heredero? —dijo el marqués—. ¿Y lo que es peor dejarle sin la posibilidad de disfrutar de su nieto? Tendrías que ver como mira a nuestros hijos, se le cae la baba.

—¿Tenéis hijos? —preguntó horrorizado.

Se echaron a reír. —La mayor alegría de nuestra vida —dijo Lucas—. Tu madre y su amiga nos cambiaron la vida y les estaremos eternamente agradecidos.

—Por eso las ayudáis.

—Amigo, nos lo pasamos estupendamente con sus correrías —dijo Royden—. Además, mi esposa está algo inquieta con su nuevo embarazo y esto la mantiene entretenida.

—¿Vais a tener otro?

—Y los que vengan, porque son una bendición.

—Si tú lo dices… —Miró por la ventanilla. —Esto es ridículo. Tarde o temprano se lo sacaré a Julianne.

—Te supera tu soberbia. —Royden sonrió por la mirada que le echó. —No quería ofenderte, me refiero a que se te ve muy seguro y no conoces realmente a la mujer a la que te enfrentas. A mí me costó años darme cuenta de que quería utilizarme. Y después seguí con la

relación por costumbre y porque sabía sortearla. Aunque hubo un momento en que flaqueé. Creía que nunca podría casarme con mi esposa y le di esperanzas a mi amante. Fue entonces cuando se tomó ciertas libertades que mi mujer supo retener a tiempo.

—Por eso la odia.

—Si no estoy con Julianne es por Felicity y no se lo perdona. Rozó el marquesado con la yema de los dedos y mi rechazo no lo llevó bien. —Apretó los labios. —Esa bruja la ha insultado de todas las maneras posibles. Si fueran hombres se hubieran retado y asunto solucionado, pero Julianne sabe que no hay quien retenga su lengua. Ha llegado a decir que mi primogénito es tan feo que no debe ser mío. Mi esposa lloró de la rabia esa noche cuando creía que no la oía. Es algo que no le perdonaré nunca a Julianne. Mi hijo tendrá que convivir con esa duda.

—Es clavado a ti, nadie se lo creerá —dijo Lucas—. Hemos llegado.

—¿Realmente has compartido su lecho? —preguntó Royden divertido.

—Eso no se comenta, amigo. No es de caballeros.

—Si hubieras compartido su lecho hubieras tardado mucho más en llegar a casa. Tienes fama de ser meticuloso en ese tema.

Sonrió divertido. —¿Tengo fama de eso?

—Lo sabes de sobra.

—Le dije que tenía que irme, que esta mañana me reunía con el príncipe Alberto y que no podía llegar tarde, que nos veríamos esta noche.

—Y has dejado ver que sí que habéis compartido lecho. ¿Para qué?

—Creía que…

Ambos sonrieron. —Que tú eras el elegido de Ifi para Serine. —Ambos se echaron a reír.

—¡No sé qué tiene tanta gracia! ¡Es lógico que pudiera pensarlo!

—¿Acaso lo han intentado alguna vez? —preguntó el duque.

—Pues no. —Entrecerró los ojos. —Y me llama la atención, la verdad.

—Será porque saben que no quieres casarte. —Lucas haciéndose el tonto miró por la ventanilla.

—Y ahora pretenden casarla con el marqués de Winsprill —dijo con desprecio haciendo que ambos le miraran—. ¿Qué? ¡Vosotros tampoco le soportáis! ¡Es don perfecto, joder!

—No le soportamos, pero hay que reconocer que es un buen partido. ¿Y a ti qué más te da si no la soportas?

—No, si a mí no me impor…—Al ver que Serine salía del carruaje estiró el cuello. —¿Qué hace?

—Va a entrar —dijo el marqués.

—¡Eso ya lo veo! ¿Pero por qué?

—¿Y a mí por qué me preguntas? Irá a echar un vistazo.

—¡No tiene que echar ningún vistazo, esta es una misión de vigilancia!

Iba a salir, pero los dos le cogieron para impedírselo. —¿Quieres descubrirla? Eres hijo de los condes de Arnfield, sabrá que vas por el anillo de tu madre.

Gruñó cerrando la puerta y esperó. Y esperó. Sus amigos le miraban de reojo porque a cada minuto que pasaba estaba más tenso. —No sale, le ha pasado algo.

—Si lleva dentro cinco minutos —dijo Lucas—. Igual el hombre está atendiendo a otra persona y… —En ese momento salió Serine con una sonrisa de oreja a oreja y empezó a caminar calle abajo. —Sabe que la está observando.

—¿Y por qué la observa? —preguntó agresivo.

—¿Quieres calmarte? Está bien.

—Lo dices como si me importara.

—A ver si te aclaras —dijo el marqués sorprendiéndole.

—¡Tengo las cosas muy claras!

—Eso es evidente, amigo. Cuidado, que sale. —Los tres se pegaron a sus asientos para no ser vistos desde la puerta de la joyería. El hombre había salido a la calle para observar cómo Serine se alejaba.

—Ese oculta algo —dijo George mosqueadísimo.

—Eso es más evidente cada segundo que pasa. —El marqués se acercó a la ventanilla para ver que el tipo hacía un gesto y un chico con aspecto de pillo se acercó corriendo. El hombre le dijo algo y el chico salió corriendo en dirección a Serine.

—Uy, que me estoy cabreando… ¡La está siguiendo!

—Ese hombre está implicado en el robo del anillo —dijo Lucas.

—Desde que te has casado eres más inteligente.

—Que mala leche tienes.

El hombre entró de nuevo en la tienda. —¿Y ahora qué hacemos? ¡No puede seguirla hasta casa!

—Dejármelo a mí, haré que la pierda. —Royden bajó del carruaje por el otro lado para que no le vieran desde la joyería. Se acercó al otro coche y dijo algo antes de alejarse. El carruaje de las damas empezó a andar unos segundos después. Vieron como Serine se detenía ante un escaparate y miraba de reojo al chico. De repente se volvió y le gritó desgañitada —¿Me estás siguiendo? ¿Pretendes robarme?

El chico la miró con los ojos como platos antes de echar a correr y Lucas rio por lo bajo. —Al parecer se arregla sola. Ese no la sigue a ningún sitio.

George gruñó mientras el carruaje de las damas se detenía ante Serine y ella se subió a toda prisa y el marqués lo hizo por la otra puerta.

—Es evidente que ese coche de caballos es mucho más interesante que este —dijo Lucas

divertido.

—¡Siga a ese carruaje! —gritó George al cochero.

Serine sonrió a sus amigas.

—¿Y bien?

—Por supuesto que compra joyas y objetos de plata. Todo lo que quiera llevarle lo mirará con gusto.

—Así que lo que te dijo el lacayo es cierto —dijo Fely—. Compra objetos robados.

—Bueno, yo no le he dicho que había robado nada, pero lo de ese chico que me seguía me ha confirmado que se relaciona con gente poco confiable.

—Al parecer sabéis algo que yo ignoro —Royden miró a su esposa.

—Cielo, me acabo de enterar. —Se lo contó rápidamente y el marqués entrecerró los ojos. —¿A que es interesante lo que le ha contado el lacayo?

—Se abren las posibilidades, pero lo que acabo de ver me indica que vamos por la dirección correcta.

—Eso pienso yo también. —Serine sonrió encantada. —Bien, darme las joyas.

La miraron horrorizadas. —¿Qué? —dijo Ingrid casi sin voz.

—Tengo que llevar algo.

—Ni hablar. ¡Este anillo me lo regaló mi marido!

Miró a Fely que negó con la cabeza. —Estos pendientes me los regaló mi padre. Ni lo sugieras.

Bufó. —Así no vamos a ningún sitio.

—¿Qué quieres conseguir llevando las joyas? —preguntó el marqués.

—No sé, es a ver si me dice algo. Si puedo conseguir que hable más o algo así.

—Para eso tendrías que ir más de una vez. Yo creo que deberíamos seguir a la baronesa para ver con quien se reúne. Necesitará ganar dinero debido al incendio.

—Bien visto, cielo.

—Buff.

Todos miraron a Serine. —¡Así no acabaremos nunca!

—¿Tienes prisa? —preguntó Ingrid divertida.

—Pues sí, tengo dos candidatos. —Sonrió de oreja a oreja. —¿A que os morís de envidia?

—Pues no —dijeron las dos a la vez.

—Menudo lío mental. —Ingrid miró a Fely. —¿Te imaginas?

—¿Sentir lo mismo por dos hombres? Me volvería loca.

—¿Voy a sentir lo mismo?

—Creo que ya tienes las ideas claras. —Royden sonrió. —¿No es cierto?

—Bueno… —dijo sorprendiendo al marqués—. Es un hombre algo complicado y yo quiero ser feliz.

—Sí, tú piénsatelo porque no es que tenga un carácter fácil —dijo Fely.

—¡Claro que no tiene que pensárselo! —exclamó el marqués sobresaltándolas.

—Ah, ¿no? —preguntó Serine sorprendida.

—George es tu hombre. Cómo se nota que no conoces todavía al marqués.

—Pues a eso voy, a conocerle.

—Pues no deberías.

—Ah, ¿no?

—Pues no. ¡Y si George se ofende porque pongas tu interés en otro hombre, porque a mí

me ofendería! —Se adelantó. —¿Sabes? Creo que no sigues la estrategia adecuada. Mi mujer me dejó claro lo que quería casi desde el principio, fue como un perro con un hueso. Insistió e insistió y eso terminó de conquistarme.

—¿Cómo un perro con un hueso? —preguntó Fely divertida.

—Querida no te diste por vencida y doy gracias a Dios todos los días.

Soltó una risita. —Vale, te perdono.

El marqués continuó. —Además, piensa que no tienes mucho tiempo al lado de George antes de que se marche a Escocia, si pierdes el tiempo le perderás para siempre.

Pensó en ello. —Uhmmm.

—Siempre tendrás tiempo a conocer a tu marqués si no funciona, pero solo tienes esta semana al lado de George.

—Sí, pero, ¿y si no es él? —preguntó Ingrid—. Si no conoce al otro nunca estará segura de quien es el adecuado.

—¡Es el adecuado!

—Cariño, sí que te llevas mal con el marqués.

—No lo sabes bien —dijo entre dientes—. Es un estirado y un sabelotodo.

—Oh, es cultivado —dijo Serine satisfecha.

—¡Es idiota! —gritó sobresaltándola—. Ifi ha errado.

—No falla nunca —dijo su esposa—. Cariño estás dejando que tus vivencias pasadas influyan en mi amiga y eso no está bien. Debes verlo con perspectiva, puede que ahora os llevéis bien.

—No lo creo.

El carruaje se detuvo y Jake bajó a abrirles la puerta. Serine le sonrió cogiendo su mano. —Gracias.

—De nada, milady. Un placer. El té les está esperando.

—Uy, que bien. —En ese momento llegó el carruaje del duque y George se bajó a toda prisa. —¿Tú también venías?

—Cómo se te ocurre… —La cogió por el brazo y subió los escalones a toda prisa casi metiéndola en casa a rastras. —¿Qué has hecho?

—Ver al joyero. —Intentó soltarse, pero él la arrastró al salón donde todos les miraban expectantes.

—¿Y para qué?

—Está implicado.

—¿No me digas? —preguntó con burla haciendo carraspear a su madre. Soltó su brazo de inmediato y carraspeó enderezándose—- ¿Y por qué lo crees si puede saberse?

Parpadeó por su cambio de tono. —Jake me ha dicho que vende joyas robadas. Los pillos roban para él.

—¿Qué has dicho? —preguntó el conde—. ¿Me tendió una trampa?

—Pues sí —les explicó lo que había descubierto sobre el robo de joyas sin decir que había matado a su marido. Mejor no meterse en eso que no podía demostrarlo sin Will. Cuando terminó les sonrió—. Tenemos al cómplice de lady Julianne. Él le dio el anillo y pretendía extorsionarte para recuperarlo, estoy segura. Y puesto que Lady Julianne ahora necesita dinero con urgencia, no tardará en actuar de nuevo.

George entrecerró los ojos antes de mirar a su padre. —Debemos ir a la policía.

—No tenemos pruebas, hijo. El anillo lo tiene tu madre y no podemos decir cómo lo consiguió de nuevo. Eso expondría a Serine.

—Joder… —Miró a Serine. —No quiero que te acerques más a ellos, ni al joyero ni a Julianne ni a nadie, ¿me has entendido?

—¡Eh, que yo lo he descubierto todo!

—¡Te estás acercando demasiado y esa gente no tendrá escrúpulos para proteger su negocio! —Su madre carraspeó y él respiró hondo. —¿Me he expresado con claridad?

Frunció el ceño. —¿Te pasa algo?

—¿A mí? Nada.

—Estás raro.

—Si no me conoces —dijo entre dientes.

—No sé, es una sensación. —Fue hasta el sofá y se sentó. —Jeffrey, que venga el médico, milord no está bien.

El mayordomo reprimió la risa. —Yo le veo bien, milady.

—¿Seguro?

—Totalmente.

—Serine, es peligroso —dijo intentando ser suave con lo que su madre sonrió satisfecha.

—¿Has visto, Jeffrey? ¡Hasta le ha temblado el párpado! ¡El médico de inmediato!

—¡Serine, hablo en serio!

—Y yo —dijo pasmada.

Gruñó y le dijo a su padre —Hazla entrar en razón.

—Puede que mi hijo tenga razón, niña. Puede ser peligroso.

—Cuando entré en casa de Julianne no protestasteis.

—La niña tiene razón —dijo Mary Anne—. Ahora no podemos ponerle límites cuando se lo hemos permitido antes.

—Cierto. —Miró a su hijo. —Lo he intentado.

—¡Esto es ridículo!

—Vale, dejaré que me ayudes…

—¡No quiero ayudarte!

Las damas entraron del brazo de sus maridos. —¿Os habéis enterado? —preguntó Fely.

—Hija, que interesante. ¡Una banda de ladrones! —dijo Rose emocionada—. ¿Ves cómo Londres tiene una vida mucho más entretenida?

—Sí, madre —dijo algo pálida.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Serine.

—Le ha dado un mareo al bajar del carruaje. Tranquila, es normal por su estado, le ha pasado antes —dijo su marido acuclillándose ante la marquesa después de sentarla en el sofá—. Jeffrey un vaso de agua.

—Enseguida, marqués.

Jake salió de inmediato del salón a cumplir su encargo.

—Hija, deberíamos irnos.

—Sabes que se me pasa enseguida. Con el niño también me ocurrió.

Su marido cogió el vaso de agua que le trajeron en una bandeja y se lo puso a su esposa en los labios. —Bebe, preciosa.

La marquesa bebió sedienta y cuando apartó el vaso sonrió. —Estoy mejor.

—¿Seguro?

—Es otro niño —dijo su madre—. Cuando la madre se encuentra mal en el embarazo, siempre es niño. Eso decía mi suegra. Yo contigo no tuve ningún problema.

—Vaya, quería una niña —susurró Fely apenada.

—Será la próxima vez —dijo su marido antes de besarla en la frente.

—Pues mi madre tuvo muy mal embarazo —dijo Ingrid—. No dejaba de repetirlo.

—Entonces todavía hay esperanzas, niña —dijo la condesa.

—Siento mucho que se encuentre mal, marquesa, pero estábamos intentando dejarle claro a Serine que no debe seguir metiendo la nariz donde nadie la llama.

—¡Le han robado a tu padre! —Serine se levantó. —¡Y esa que te gusta tanto está implicada! ¡Igual por eso quieres encubrirla!

—¿Pero estás loca? ¿Por qué habría de encubrirla?

—No sé, como compartes su cama…

—¡Parece que te interesa mucho con quien comparto lecho!

Se sonrojó elevando la barbilla. —Pues no. Yo tengo a mi marqués.

—Y a tu conde, no lo olvides —dijo con burla.

Su madre carraspeó y George gruñó volviéndose.

—¿Y ahora a dónde vas? —preguntó Serine pasmada.

—¡Me voy al club! ¡Al menos podré hablar como me venga en gana!

Lucas susurró —Se avecinan problemas.

—Ve con él —dijo Ingrid.

—Ve tú también. —Fely sonrió a su marido.

—¿Seguro?

—Estoy mejor y está aquí mi madre.

—Sí, hijo. Yo me encargo de ella, no te preocupes.

—Intentar que mi hijo no se meta en líos, ¿queréis? —dijo el conde.

Royden le dio un beso a su esposa en los labios. —Estaremos aquí para la cena.

—Muy bien. Te amo.

—Y yo a ti, preciosa.

El marqués se marchó a regañadientes y su esposa suspiró. —Bien, ¿y ahora qué paso daremos?

—Eso, que estoy hecha un lío. ¿Otro candidato? —preguntó Serine incrédula—. ¿Lo del otro candidato iba en serio?

—Lo siento. —Ifi forzó una sonrisa. —Nunca me había pasado esto.

—Pues menudo lío, ¿y si siento lo mismo por los dos?

—Eso no es posible —dijo Ingrid—. Cuando te enamoras, te enamoras. Pero no sé a qué vienen tantas pegas, en el carruaje parecías encantada con tener dos candidatos.

Fely la miró fijamente. —Es que en el carruaje estaba mi marido, ¿no es cierto?

—Bueno…

—¡No confías en mi marido! ¡Bueno, esto es el colmo!

—Hija no te alteres que no te viene bien. —Rose la fulminó con la mirada. —¡Mi yerno es un hombre de honor!

—Es que como es amigo de George… ¿Y si se le escapa algo?

Asombradas se miraron las unas a las otras. —Bueno Fely, cuando me tocó a mí seducir a mi Lucas, se chivó —dijo Ingrid.

—¡Solo para ayudarnos!

—Sí, pero podía haber salido mal, lo sabes perfectamente. Podría haber espantado a mi amorcito.

El barón rio por lo bajo.

—Uy, que mi esposo sabe algo que nosotros no sabemos.

—No soy el único que lo sabe, ¿verdad Rose?

Todos miraron a la madre de Fely que se hacía la loca. —¿Mamá? ¿Qué pasa?

—Nada.

—Uy, que me oculta algo. Madre, sabes perfectamente que me enteraré.

—¡Es una sorpresa!

—Ah, ya sé que es —dijo el conde.

—¡Y no me lo has dicho! —protestó su mujer.

—Cielito, es una sorpresa.

—¿Y yo no sé guardar un secreto? ¡Pues guardo cientos!

—¡A mí no!

—¡Y tú a mí tampoco deberías!

—Me enteré hace unas horas, como nos levantamos temprano no me dio tiempo a…

—A mí tampoco me dio tiempo, palomita. Y después se me olvidó —dijo Charles rápidamente.

Ifi entrecerró los ojos. —Te vigilo.

—Lo sé —dijo encantado.

—¿Queréis ir al grano? —preguntó Fely exasperada—. ¿De qué se trata?

—Es una sorpresa —dijeron todos a la vez.

—Oh… —Se sonrojó de gusto. —¿Para mí?

Su madre asintió y Fely sonrió encantada. —Me ama con locura.

—Sí, niña —dijo el conde—. El tema es que Lucas y él han apostado algo relacionado con la sorpresa que no podemos contar y el meollo de la apuesta es cuánto tiempo tardará mi George en caer enamorado.

—Oh… —Fely soltó una risita. —Que bien, ¿no?

—Pues no —respondió Serine—. ¡Porque eso implica que quiere que George sea el elegido a toda costa para contentarte, pero a lo mejor la que no quedo contenta soy yo! ¡No es

imparcial!

—Eso es cierto —dijo Ifi.

—¡Mi George es el mejor! —le defendió su madre haciendo que los demás levantaran las cejas—. ¿Qué? Hasta ayer era perfecto, ¿no? Pues sigue siéndolo.

—Mary Anne has tenido que amenazarle con echarle de casa si no trataba mejor a la niña —dijo su mejor amiga.

—¡Ahora entiendo que me hable de esa manera tan rara! —exclamó Serine pasmada—. ¡Es evidente que no puede ni verme!

Fely se miró las uñas. —¿Y cuánto tiempo apostó mi marido?

—Dos semanas para caer rendido a los pies de la niña —dijo Charles.

—¿Y Lucas? —preguntó Ingrid—. Dime tres semanas.

—¿Y para qué quieres que te diga tres semanas si se va en una? —Serine se echó a reír. —Esto es ridículo.

—Tienes razón, dime que mi marido ha dicho una semana. —Fely entrecerró los ojos mientras los demás asentían e Ingrid se echó a reír. —¡Mi hombre es muy listo! ¡Va a ganar! Amiga, no tienes posibilidades.

—Sí que las tengo —dijo maliciosa—. ¡Serine tienes que seducirle!

—¡Ni hablar! ¡Quiero conocer a mi marqués!

—No te pongas rebelde que me da que esa apuesta es importante para que mi marido me dé la sorpresa. —Su madre asintió. —¿Ves? ¡Necesito que gane!

—¡Y yo quiero ser feliz!

—¡Antes de saber que existía el marqués estabas empeñada en George!

Levantó la barbilla. —Pero ahora se abren las posibilidades. Condes, ¿lo entendéis?

George suspiró. —Por supuesto que lo entiendo, niña. No quiero ser el responsable de tu

desdicha futura y que siempre te ronde por la cabeza que podrías haber tenido un matrimonio mejor. Eso no puedo llevarlo sobre mi conciencia.

Mary Anne apretó los labios antes de asentir. —Mi esposo tiene razón. —Sonrió con tristeza. —Aunque me hubiera gustado muchísimo que fueras mi nuera, te lo aseguro.

Emocionada susurró —Y a mí serlo. —Respiró hondo. —Bien, ¿habéis decidido quién hace la fiesta?

—Pues no —dijo Fely cruzándose de brazos—. Y no me encuentro muy bien para organizarla, la verdad.

—Tendrás cara, le voy a conocer igual. Mary Anne, ¿y una merienda?

—Es perfecto. ¿En Hyde Park? Están haciendo unos días estupendos.

—A una merienda no irá —dijo Ifi.

—Sí, si le damos un motivo. ¿Marido?

—Le enviaré una nota interesándome por sus tierras en las Américas. Tengo entendido que también tiene plantaciones de café. Le diré que me interesaría invertir.

—Perfecto. Pues mañana mismo le tendremos al alcance de la mano. ¿A qué fiesta asistiremos esta noche, niñas?

—¿Cómo que fiesta? —preguntó Serine pasmada—. ¡Tenemos un misterio que resolver!

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Ingrid divertida.

—Hay que vigilar a Julianne.

—Oh, a esa puede vigilarla George ya que le has descartado.

—No le he descartado —dijo entre dientes.

—A mí me parece que sí.

—¡Y yo te digo que no! ¡Solo quiero conocer al otro!

—A quien deberías conocer mejor es a este —dijo Fely—. ¿Y si después el otro en el

lecho es una decepción total?

La miró asombrada. —¿Puede ser?

—Tengo entendido que sí —dijo Rose apoyando a su hija—. Hay muchas mujeres, la mayoría, que no disfrutan con sus maridos, es solo una obligación.

Se puso como un tomate sintiendo unos calores terribles al pensar en George rozándola siquiera, era pensar en el lecho y se moría de gusto. —A lo mejor George también me decepciona. —Se echaron a reír a carcajadas. —¡Puede ser!

—Mi hijo puede tener fama de muchas cosas, ¿pero de buen amante? No hay quien le supere —dijo el conde orgulloso.

—Sí que se le debe dar bien, sí —dijo su madre algo acalorada.

—Cómo echo de menos a mi Ramón —dijo Rose.

—Amiga, cuando quieras… —Ifi levantó una ceja.

—Ah, no. Soy viuda y lo seré hasta la muerte. ¿Crees que puedo amar a otro como a él?

—Madre, quería muchísimo a mi padre, pero…

—He dicho que no —dijo tajante.

—Está bien, como digas. —Fely miró a Serine. —Recuerda que solo tienes una semana con George, solo una. Y si es como mi marido debe tener orgullo, que te fijes en otro hombre no creo que sea lo que más convenga en este momento.

Serine lo pensó bien y quizás tuviera razón en eso del orgullo. Aunque era evidente que le gustaba arriesgarse, le atraía la caza, tentar a mujeres casadas y que se plegaran a sus deseos. Sí, le gustaban los retos. Eso de ponerle la cornamenta al marido ante sus narices le atraía. Así que le gustaría el reto de arrebatársela al marqués. —No, creo que hago lo correcto. Como habíamos quedado debo ser un reto para él.

—Pues hasta ahora no ha funcionado. —Fely sonrió con mala leche. —Pero vamos a

darle un poquito de tiempo a que te conozca. ¿Por qué no esperas al último día de su estancia aquí y si no funciona le seduces metiéndote en su cama?

—¡Tendrás cara! ¡Solo quieres que tu marido gane la apuesta la semana que viene!

—Bueno, si matamos dos pájaros de un tiro yo no voy a protestar.

—Amiga recuerda que estamos aquí para ayudarla —dijo Ingrid—. Yo te apoyo. Pero debo advertirte, huye de ti como de la peste. Como ahora, este es un tiempo precioso que estás perdiendo porque se ha ido al club para no discutir y que su madre le eche.

—¿Y qué hago? ¿Le ato a la silla para charlar?

—Quizás no tendría que haberle amenazado —dijo Mary Anne preocupada—. ¿He hecho mal, marido?

—Si los chicos tienen que conocerse realmente, es inevitable que saque a relucir su mal humor, porque lo tiene. —Los ojos del conde brillaron. —Mi hijo es un jinete magnífico. Haré que él te dé las clases. Lo hará para contentarnos.

—¿Eso crees? —preguntó encantada.

—Bien, y ahora que hemos aclarado ese punto, ¿a qué fiesta vamos esta noche? —Ingrid levantó una ceja. —Porque los hombres no llegarán hasta la cena.

—Habrá que enviarles aviso al club para que vuelvan antes. Quiero que mi George vea a la niña en un baile. —Mary Anne sonrió. —A ver cómo se desenvuelve cuando vea a esos petimetres buscando su atención. Niña, no tienes dote, tu tía te está poniendo verde, para llamar la atención de los hombres debes reír mucho. Ser divertida y que se lo pasen bien contigo. Que Fely te dé unas clases, que los tenía a puñados.

—Por supuesto que te ayudaré —dijo su amiga encantada.

Capítulo 9

Mary Anne y Fely parpadearon al ver como pisaba a otro de sus admiradores. Estaba preciosa con el vestido de gasa blanca con bordados en rosa que le había enviado madame Blanchard y había llamado de inmediato la atención de los solteros de la fiesta, pero era evidente que bailaba muy mal. Casi tanto como Fely cuando era soltera.

—Por Dios, le va a provocar callos —dijo Rose atónita cuando le pisó de nuevo—. ¿Lo ha hecho a propósito?

Las tres miraban a Fely que bebiendo un sorbito de jerez se hizo la tonta. —¿Qué has hecho? —preguntó Ifi sin salir de su asombro.

—Yo hacía eso y me seguían como moscas.

—No lo hacías a propósito. Va a romperle el pie a uno y después nadie querrá bailar con ella. —Mary Anne se abanicó. —Dios, esto es un desastre. Entre los rumores de que no tiene vergüenza por estar aquí después de que esta mañana hayan enterrado a su prima, y que va a dejar cojos a la mitad de los solteros de Londres, su reputación no se recuperará jamás.

—Pues no sabes lo mejor —dijo Ifi mirando al fondo de la pista—. Nuestro marqués está aquí.

Dieron la vuelta de golpe para ver a un hombre pelirrojo que debía medir dos metros y que sonreía a una dama antes de darle un beso en el dorso de su mano. La mujer por poco se derrite de gusto mientras roja como un tomate soltaba una risita. Era un auténtico seductor, pero

con clase. Vieron cómo se enderezaba y le guiñaba un ojo a la mujer, que se desmayó en el acto formando un auténtico revuelo a su alrededor pues su marido no dejaba de gritar pidiendo un médico. Las chicas viendo lo bien que le quedaba su impecable traje negro suspiraron mientras el marqués se alejaba con un amigo como si no hubiera pasado nada.

—Madre mía, ¿es él? —preguntó Ingrid pasmada—. Lo siento Mary Anne, pero tu hijo no tiene ninguna posibilidad.

—¡Eh!

—¿Pero le has visto?

—¡Pues sí y mi George le supera con creces!

Serine pasó a su lado en la pista de baile y al volver la cabeza sus ojos se encontraron. Él se detuvo en seco y cuando su pareja la giró sobre la pista ella volvió el cuello como un resorte para no perderle de vista.

—¡Se han visto, se han visto! —dijo Ingrid emocionada —. ¡Ha sido un flechazo!

Las cuatro la miraron como si fuera tonta. —¿Qué? ¡Es mi amiga y quiero que sea feliz!

Fely gruñó. —Tienes razón.

—Cierto hija, lo importante es que Serine tenga un matrimonio dichoso. Parece impresionada, no deja de mirarle.

—Y él tampoco le quita ojo. —Ingrid soltó una risita.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Mary Anne entre dientes echando un vistazo a su alrededor—. La va a perder —dijo angustiada.

—Ahí va —dijo Ingrid haciendo que les miraran. El marqués se acercó a ella y le sonrió de una manera que era para que se le cayeran los pololos a cualquiera. Serine sonrió embobada —. Qué descarado, no les han presentado.

Fely sonrió satisfecha. —No es de los que deja que una tontería le impida llegar a su

objetivo. Miradle, está fascinado. ¡Van a bailar!

Sus maridos llegaron colocándose tras ellas con cara de mala leche. —¿Habéis visto eso?

—Sí —dijeron a la vez.

—Que no le pise, que no le pise.

Vieron como la llevaba a la pista de baile y la cogía por la cintura con una distancia prudencial. Serine puso la mano en su hombro y entonces empezó la música. Para alguien que no sabía bailar sincronizaban a la perfección. De hecho él la llevaba de tal manera que era un gusto verles y varios debieron pensar lo mismo, porque empezaron a alejarse para observarles quedándose solos en la pista de baile. Pero todas estaban seguras de que no se daban cuenta porque no dejaban de mirarse a los ojos sin decirse ni una sola palabra.

—Nunca había visto nada igual —susurró Mary Anne. Su marido tras ella apretó su hombro por su evidente disgusto y ella sonrió con tristeza acariciándole la mano—. Es una pena.

—No si es lo mejor para ella. —La besó en la sien. —Y puede que lo sea, mírales. Tiene derecho a ser feliz.

—Sí que lo tiene.

Serine se sentía como en una nube. Su tacto, su olor la embriagaba y esos ojos azules no dejaban de mirarla como si quisieran leer cada uno de sus pensamientos. George llegó en ese momento y desde la escalera que daba al salón de baile les vio siendo el centro de atención de todos. Levantó una ceja ignorando el malestar que recorrió su vientre. —Ese idiota —dijo entre dientes. Al girarla vio como a ella casi se le caía la baba y entrecerró aún más los ojos—. Increíble. —Ni se dio cuenta de que alguien se ponía a su lado mientras les observaba.

—Parece que esa palomita le interesa mucho, milord.

Volvió la vista hacia Julianne que rio por lo bajo. —Me interesan más otras cosas, baronesa.

—Se nota que es un hombre inteligente. ¿Quiere bailar?

Sintiendo que la rabia fluía por sus venas alargó la mano. —Nada me gustaría más.

Bajaron las escaleras juntos y muchos se volvieron para verles descender. Los rumores recorrieron el salón y Mary Anne fue la primera en verlos perdiendo todo el color de la cara. —Dios mío, no.

Entraron en la pista de baile y George la cogió por la cintura haciéndola girar. Serine vio algo rojo que le hizo mirar hacia su derecha y cuando vio a George con esa lagarta se quedó de piedra. —¿Ocurre algo? —preguntó su pareja llamando su atención.

—Oh, no —dijo confundida por las ganas que tenía de arrancarle la cabeza a esa mujer —. Nada en absoluto.

Su pareja sonrió. —No nos hemos presentado, milady.

—Lady Serine Cadwell, soy hija del conde de Perrington.

—Carter Donald Princeton, tercer marqués de Winsprill, pero puedes llamarme Carter.

Se sonrojó de gusto porque era el hombre que Ifi había mencionado. Claro, por eso se sentía así. —Mucho gusto, Carter.

—Me gusta como suena mi nombre en tus labios —dijo mirándola de una manera que le cortó el aliento—. Y me muero por escucharlo así siempre.

No se lo podía creer, ¿aquello estaba pasando? ¡Tonta di algo! —Siempre es mucho tiempo.

—Tengo la sensación de que no será suficiente.

El vestido rojo la distrajo de nuevo y miró hacia ellos. Sus ojos coincidieron con los de George y sintió algo en la boca del estómago que casi hizo estallar su corazón de felicidad. Estaba furioso y esa furia era porque le molestaba verla con Carter. Sonrió radiante antes de mirar a su pareja que increíblemente había perdido parte de su atractivo. Estaba claro que le gustaban más las complicaciones porque con su marqués todo sería muy sencillo, puede que demasiado. —No vaya tan deprisa, marqués.

Este se echó a reír pasmando a la audiencia que no salía de su asombro por su evidente interés. —¿Me vas a poner las cosas difíciles, princesa?

Le miró maliciosa. —Todo lo que merece la pena requiere un esfuerzo.

—Eso es cierto. Pero serás mi esposa, Serine, eso ya está decidido.

Sin aliento por la resolución en su mirada se dejó llevar y George apretó los labios. —Milord, va a romperme la mano con su efusividad —dijo Julianne sin perder la sonrisa.

—Disculpa —dijo entre dientes.

—La palomita te interesa demasiado. No sé si sabes que puede tener cara de mosquita muerta, pero… —George la fulminó con la mirada acallándola en el acto. —Ya veo.

—No te equivoques, Julianne... Yo no soy como Royden o Lucas que dejan que sueltes tu lengua contra los suyos y no hacen nada por protegerlas. Yo protejo lo mío. —Apretó su mano. —Por eso me vas a contar quien le robó el anillo a mi padre.

—Te he dicho…

—No me trago tus mentiras —siseó—. Te debes creer que todos los hombres son estúpidos y te aseguro que si no me dices lo que quiero saber, pienso dejarte en ridículo ante toda la ciudad. Si conoces un poco mi reputación, sabrás que no me detengo ante nadie y menos ante ti. ¿Quién le robó el anillo?

Julianne palideció. —Me lo regalaron, te lo juro.

—Sigues mintiendo.

—A lo mejor si tengo un incentivo te lo cuento.

Sonrió malicioso. —¿Quieres dinero? De mí no sacarás una sola libra. Dime quién se lo robó.

Julianne apretó los labios e intentó soltarse, pero él no se lo permitió. —Tienes un minuto hasta que acabe la melodía. Estoy perdiendo la paciencia…

—Por favor… —dijo pálida como la cera—. Me matará.

—¿Te matará? Seguro que puedes mentirle como llevas haciendo toda tu vida, eres una auténtica profesional del timo. Hasta yo me creí ayer tu triste historia, ¿pero sabes? Tengo amigos en la ciudad y me han contado cosas muy interesantes. Cómo engañabas y ridiculizabas a tu marido, cómo sacaste dinero a cierto conde para no revelar a su esposa embarazada que le había sido infiel y otras muchas cosas. Puedo ponerme a gritar aquí mismo que quieres chantajearme con la noche que pasamos ayer para que se rompa mi compromiso.

—¿Qué compromiso?

—Lady Serine vive en mi casa. —Sonrió malicioso. —¿Sí o no?

—No pienso abrir la boca, no soy tonta.

—Tú lo has querido.

Apretó su mano cuando intentó soltarla. —Por favor… —George vio en sus ojos el miedo.

—¿Quién es? Dame algo.

—Tuve que vender las…

—Si me vas a hablar del joyero no pierdas el tiempo. ¿Para quién trabaja? Utiliza chicos de la calle, tiene que haber alguien por encima de él y sé que no es Sterling, no suele meterse con los de la clase alta a no ser que le busquen las cosquillas.

—El rey de los bajos fondos no sabe nada de esto —dijo asustada.

—Pues sino quieres que se entere ya estás hablando. ¿Sabes que nos llevamos muy bien? Habla de una vez —dijo perdiendo la paciencia.

—Se llama Clifford Hoswell, es hijo segundo de un conde que se quedó en la ruina. Todavía en vida de mi marido le vi robar un collar en una fiesta y le amenacé con contarlo a cambio de algo que mereciera la pena. Ahí empezamos a trabajar juntos hasta que tuvo que irse

de la ciudad.

—Lord Hoswell —dijo furioso—. Robó a mi madre, ¿no es cierto? Y tuvo que irse porque podían darse cuenta de que él tenía la pulsera.

—¿Una pulsera? —preguntó irónica—. El roba piezas únicas y muy valiosas. Y se las vende al joyero de la calle Bond. Tiene a varios chicos que le dicen quien lleva las mejores piezas y las roba sin que nadie se dé cuenta.

—Pero te dio el anillo.

—Su esmeralda no se podía vender aquí. Acaba de llegar y no quería irse de nuevo hasta final de año que es cuando traslada al continente todo lo que no se funde. Allí lo vende y roba durante un tiempo.

—Y vuelve aquí para vender las piezas más exóticas, un negocio redondo.

—Yo necesito dinero. Así que le dije que podíamos sacar algo si hablábamos con el conde. Se suponía que el barón tenía que acudir a la joyería, pero cuando llegué allí estaba también su esposa.

—Y las ganas de fastidiarla a ella y a sus amigas te pudieron.

—Me robaron a Royden —dijo rabiosa—. Ya era mío y…

—No seas estúpida —dijo con desprecio—. Solo hay que verles juntos para darse cuenta de que jamás fue tuyo. ¿Qué ocurrió después?

—Esperaba que quisieran hablar conmigo y llegaríamos a un sustancioso acuerdo para que no hubiera escándalos, pero apareciste tú y te llevaste el anillo, ¿crees que soy idiota?

—¿Crees que el idiota soy yo? Me lo darías para camelarme —dijo con burla—. ¿Qué excusa pensabas dar para justificar su falta a Lord Hoswell sin una sola libra de por medio?

—Pensaba decir que aún lo tenía hasta que te sacara el dinero.

—¿Creías que caería en tus redes?

Tuvo la decencia de sonrojarse. —Bueno, dicen que soy una amante entregada.

—Vaya, es como para pensárselo —dijo con burla.

—Soy viuda, tengo que sobrevivir. No pienso disculparme.

—Ni yo tampoco. —Se apartó de golpe y gritó —¿Dinero? ¿Me pides dinero por no hablar mal de Lady Serine? —La aludida se detuvo en seco para ver como Julianne palidecía. ¡Dile a su tía que no cederé, no la dejaremos desamparada como pretende! ¡Si la odia porque está viva y su hija no, es que ha perdido el juicio! —La señaló con el dedo. —¡Y a ti te aconsejo que encauces tu vida! ¡Desaparece de mi vista! —gritó George furioso.

La baronesa salió corriendo y George se volvió para ir hacia sus padres que estaban con la boca abierta de la impresión. Fue hacia ellos y al pasar al lado de Serine la cogió de la mano y tiró de ella hacia el grupo. —Pero…

—¿Quieres dar más escándalos?

—No, claro que no. —Volvió la vista sobre su hombro y vio a Carter con los ojos entrecerrados.

—¿Qué miras? —siseó—. A ver si te comportas, estás dando que hablar.

—Estaba bailando.

Él gruñó tirando de ella hacia su madre. —Hijo, ¿qué ha pasado?

—Que lord Hoswell es nuestro hombre.

—¿De veras? —preguntó Serine asombrada olvidándose de su marqués—. ¿Te lo ha dicho ella?

—A base de amenazas.

La música sonó de nuevo y los invitados entraron en la pista de baile. Los ojos de Serine brillaron. —Así que fue él cuando abrazó a tu padre.

George sonrió. —Exacto, no te haces una idea del negocio que tiene montado. Roba aquí

y vende las joyas que no funde en el continente, roba allí y vuelve aquí…

—Para vender las piezas a través del joyero.

—Tiene a chicos por todo Londres que le dicen quien tiene lo que puede interesarle. Se decanta por piezas únicas, así que él no te robó la pulsera, madre.

—Sabía que había sido aquella doncella —dijo Mary Anne molesta—. ¿Crees que Julianne te delatará?

—No se le ocurriría abrir la boca, le tiene miedo, así que para que esa mujer tiemble al pensar en traicionarle, es que Hoswell no dudaría en matar para proteger su negocio. Por eso mencioné a la tía de Serine, para que él no sospechara si llega el caso. De hecho debe pensar que aún tiene el anillo porque no se atreverá a decirle que no es así.

—Bien, ¿y cómo le pillamos? —preguntó Ingrid.

—Poniéndole algo ante sus narices, algo que desee robar más que nada.

Alguien carraspeó tras ellos y Serine y George se volvieron para encontrarse a Carter. Serine sonrió como una tonta, pero él miraba al George padre. —Conde, ¿me permite hablar con usted un minuto? Prometo que no le robaré mucho tiempo.

—¿No ves que estamos hablando? —preguntó George de manera grosera—. Desaparece amigo, tenemos asuntos que tratar. —Se volvió dándole la espalda, lo que era un insulto en toda regla.

Serine forzó una sonrisa. —Cuando se entusiasma en algo… —Se apretó las manos dando un codazo a George para que se volviera. Este suspiró como si fuera un auténtico fastidio. —Discúlpate —susurró.

—¿Por qué? Es evidente que estábamos en una conversación importante. Si no tiene paciencia, deberías tenerlo en cuenta si va a pedir tu mano.

Le miró asombrada. —¿Vas a pedir mi mano?

Carter sonrió. —Yo no pierdo el tiempo.

—¡Te dije que tuvieras paciencia! ¡No me atosigues, tengo que pensar!

—Pero… —Ahora fue ella la que se volvió y George sonrió divertido. Carter entrecerró los ojos. —Entiendo.

—No entiendes nada.

—Claro que sí, pero no vas a ganar.

—No sé de qué me hablas.

Carter miró a sus amigos que se pusieron tras George con los brazos cruzados. —Royden, Lucas, qué sorpresa.

—Sigues interrumpiendo —dijo el marqués divertido.

—Es mía, por mucho que os empeñéis ya es mía.

A Serine se le cortó el aliento y se volvió para ver cómo se alejaba mientras George apretaba los puños sin que ella se diera cuenta. —Deja de mirarle —siseó furioso.

—¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó encantada antes de volverse a sus amigas radiante—. Va a pedir mi mano.

—¿Y tú quieres ser su esposa? —preguntó Fely sonriendo.

—Pues no sé. —Miró de reojo a George que parecía que se lo llevaban los demonios. —Estoy dudando.

—Eso, tú duda que es una decisión muy importante —dijo George cogiéndola del brazo para ponerla a su lado—. Volviendo al plan…

—¿Por qué no te agrada Carter? —preguntó haciéndose la tonta.

Gruñó porque no dejaba el tema y la miró a los ojos. —¿Quieres centrarte?

—Eso hago. Estoy hablando de mi futuro.

—Tu futuro… ¿Tú no eres la dama de compañía de mi madre?

Jadeó indignada. —¡Puedo casarme, tener una familia propia!

—¿Y para qué?

—¿Qué?

—¿Que para qué la quieres? —preguntó como si fuera lenta.

—Pues para tenerla.

—Mira mis padres, tuvieron dos hijos y ahora es como si no les quedara ninguno porque no me ven el pelo casi todo el año. ¿Para qué quieres hijos? Ellos hacen su vida.

—Pero tendré un marido.

—No si te quedas viuda. Y muchos peligros nos rodean, como los ladrones de joyas. —Miró al conde que parecía de lo más divertido. —Padre, necesito el collar de la abuela.

—Ni hablar.

—¿Tú no quieres tener hijos?

—Y dale, que no lo deja. —La fulminó con la mirada. —Pues no.

—No hablas en serio.

—¿Para que se lo lleve una enfermedad como a tu prima? No, gracias.

Se le cortó el aliento por lo que sus palabras implicaban. No quería a nadie a quien amar cerca para no sufrir con su pérdida como cuando murió su hermano. Miró a los condes que no pudieron disimular su pena.

—Padre, necesito el collar, es único.

—Exacto único, una pieza insustituible y si algo sale mal…

—Debe ser divino —dijo Ingrid.

—Cinco diamantes del tamaño de mi pulgar engastados exquisitamente en oro de primera calidad. Una maravilla que mi mujer no se pone desde nuestra boda y solo saldrá de la caja fuerte del banco para que se lo ponga mi nuera. ¡Aunque por lo visto no voy a tener nuera!

—¿Entonces para qué lo quieres? —dijo George como si nada.

Su madre jadeó. —Hijo, ni se te ocurra.

—Mierda.

—Tienes que dar un heredero al título —dijo Serine—. Debes casarte para que sea legítimo.

—Y vuelta a empezar. —Giró la cabeza mirándola fijamente. —Preciosa…

Sonrió encantada. —¿Sí?

—No has conocido todavía al conde, ¿recuerdas? Igual te gusta más.

—Si dijiste que como el marqués no hay otro.

—Yo jamás dije eso.

—Ahí le tienes —dijo Ifi a punto de reírse—. Le falta algo de pelo, pero es un amor de hombre.

Se volvió y dejó caer la mandíbula del asombro porque no había color. Era tan alto como ella, delgado como un junco y tenía una divertida sonrisa en el rostro, pero donde estuviera su George o su marqués... Que mala baba tenían las viejas. Se volvió resuelta. —Decidido.

—¿Cómo que decidido? —gritó George sin importarle quien le escuchara—. ¡Tienes que conocerle!

—Bueno hijo, si no quiere… —dijo Mary Anne.

—Es el elegido, ¿no? ¿Pues que le conozca!

—Ah, ¿pero quieres que le conozca? Si me acabas de decir que para qué quiero casarme. A ver si te aclaras.

Al ver que George ya ni sabía que decir, Ingrid se echó a reír a carcajadas mientras Lucas se frotaba las manos loco de contento. —Amigo, está al caer.

Royden gruñó. —Eso parece, pero aún puede sorprendernos.

George sin hacerles caso miró hacia la duquesa. —¿De qué se ríe?

—Esta conversación es de lo más entretenida. ¿Quieres que se case o no?

—Yo le aconsejo que no, pero si se emperra en casarse que mire todas las posibilidades. A por el conde.

—Tienen que presentarnos todavía.

Él la agarró de la mano y tiró de ella hacia el conde que sonrió de oreja a oreja viendo que iban hacia él. —¿Stuart? Serine. —Se volvió caminando hacia su grupo como si fuera a la guerra.

Serine avergonzadísima miró al joven. —Que buena noche, ¿no?

—Maravillosa, de hecho acaba de mejorar considerablemente. ¿Un baile, milady?

—Será un placer.

Salieron a la pista y al ver que conversaban agradablemente George gruñó asintiendo antes de volverse hacia sus amigos. —A ver, ¿quién tiene una joya espectacular? Y no me vengáis con… —La risa de Serine llegó hasta él haciendo que se volviera de golpe. Al verla pasándoselo divinamente gruñó. —Esta mujer…

—Parece que se gustan —dijo Ingrid con mala leche—. Mira, mira, el marqués está a punto de entrar en la pista.

Volvieron la cabeza para ver que Carter les observaba muy tenso desde el borde de la pista.

—Le está enseñando a bailar la polka, que tierno —dijo Mary Anne con ganas de chinchar—. Como se ríe, eso es lo que necesita la niña alguien que la haga feliz.

—Lo que me faltaba por ver —dijo George antes de entrar en la pista haciéndoles reír por lo bajo. Se plantó al lado de la pareja que dejó de bailar en el acto y le miraron interrogantes—. ¿Serine?

—¿Sí?

—¿Me permites este baile?

—Pero…

El conde como un caballero cedió su mano. —Bailaremos el próximo, milady. Tengo que enseñarle el vals, le encantará.

—Gracias, milord. —George la agarró de mala manera para empezar a bailar siguiendo la música para alejarla de él. —¿Pero a ti qué te pasa?

—¡Te reías mucho! ¡Estás llamando la atención!

—Qué pesado estás con ese tema. ¡Me estaba divirtiendo! ¿No querías que le conociera?

—No tanto —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—Que mi madre te reclama.

—Ah, vaya.

—Parece que te apena.

Levantó la barbilla. —Es muy simpático.

—Y eso es lo que tú quieres, ¿no? Estar riéndote todo el día —dijo como si fuera un delito.

—Si se puede…

—¡Pues no, la vida es otra cosa!

Sonrió con tristeza. —Lo sé muy bien, pero yo quiero ser feliz. Así que si quieres mi mano ya puedes hacerme reír —dijo impulsivamente antes de soltarle y salir de la pista dejándole de piedra.

—¿Pedir tu mano? ¿Estás loca? —Serine se detuvo al borde de la pista perdiendo todo el color de la cara y se volvió lentamente para ver que estaba pasmado. —¡Ni de broma pediré tu

mano!

Reacciona Serine. —¡Pues muy bien! ¡Cómo si la quisiera!

—¡Pero si me lo acabas de decir!

—¡No, yo he dicho que quien pida mi mano debe hacerme reír! ¡No hablaba de ti!

—Serás mentirosa.

Jadeó al igual que sus amigas. —Retráctate, George —dijo Carter apareciendo de la nada.

—No pienso hacerlo.

—Ay, que se lía —dijo Ingrid—. Marido haz algo.

—La ha insultado en público, esto ya no se puede detener.

Serine asustada se puso ante Carter. —Ha sido un malentendido.

—Te está dejando en ridículo ante toda la ciudad —susurró—. Y no pienso consentirlo.

—George discúlpate —dijo Mary Anne angustiada.

—No pienso hacerlo, ha mentido.

—Hijo, ¿qué estás haciendo?

Serine se sentía impotente. Si reconocía que mentía no solo quedaría en ridículo, sino que su reputación quedaría destrozada y si no decía la verdad se retarían a duelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No me hagas esto —dijo angustiada mirando a George a los ojos—. No destroces esto también. Puede salir bien.

Vio claramente en su mirada a qué se refería y se tensó con evidencia por el anhelo en sus ojos, aunque todos pensaban que le rogaba por su relación con Carter. George apretó los labios. —Lo siento preciosa, pero no puede ser.

No la quería, no la querría nunca y eso le destrozó el alma. Sollozó y queriendo huir de aquella situación salió corriendo al jardín. —¡Serine! —Fely e Ingrid corrieron tras ella.

Carter entrecerró los ojos dando un paso amenazante hacia él. —Lord Halton, le espero

mañana al amanecer en Hyde Park al lado del puente Serpentine. Traiga un padrino. —Se volvió hacia su padre. —Iré a visitarle por la tarde y espero un sí por respuesta. Yo deseo hacer las cosas bien y darle la boda que se merece, espero que ustedes quieran lo mismo.

—Hablaré con ella.

Carter inclinó la cabeza antes de alejarse.

George apretó los puños mirando hacia la puerta del jardín y todos vieron cómo se retenía por no ir tras ella.

—Hijo, ¿qué has hecho? —preguntó el conde.

—Padre, ahora no. —Miró a su madre a los ojos. —Me has mentido. Era para mí, ¿verdad?

—Hijo, ¿no te das cuenta de que es perfecta para ti? Y no la has protegido —dijo incrédula—. Has dañado su reputación cuando hace unos minutos la has defendido ante todos. ¿Pero qué diablos te pasa?

—Ha mentido.

—¿Y qué? ¿Acaso ha matado a alguien? —preguntó Royden molesto—. Reconoce que te ha corroído la atención de Carter, sé un hombre y reconoce que estás celoso de su atención, de su interés por ella. Va a pedir su mano, existe la posibilidad de que sea su esposa y te has molestado, por eso has sacado a bailar a Julianne cuando ellos estaban solos en la pista. La has defendido porque no has podido evitarlo y cuando Serine ha mostrado sus intenciones respecto a ti, le has hecho daño ante todos para alejarla como si tuvieras la peste.

—No digas estupideces, ha mentido, punto.

Royden sonrió divertido. —¿Ahora soy estúpido? Al parecer quieres más duelos. ¿Cuántos serán suficientes? ¿Cuántas veces puedes librarte de la muerte? ¿Cuánto tienes que dañarte a ti o a los que te rodean para que expíes esa culpa que arrastras desde la muerte de tu hermano?

—Cállate —dijo entre dientes.

—¿Vas a pegarme? Yo estaba en aquella fiesta. Te vi divertirte mientras él moría. ¿Acaso él no iba a fiestas? Porque os vi por Londres muchas veces juntos. ¿Tenías que haber ido tú a la finca? ¿Crees que si hubieras ido él estaría vivo? ¿Quién eres, Dios? Tú no decides quien vive y quien muere. Murió porque tenía que ser así y tú no hubieras podido evitarlo. Ni tú ni nadie, porque ese era su destino.

Agarró a Royden de las solapas y con el rostro retorcido del dolor gritó —¡Cállate!

—Vamos, pégame. Al menos enfréntate con alguien que pueda soportar tus golpes.

George palideció dando un paso atrás y Royden le miró con cinismo. —¿Crees que tu hermano aprobaría tu manera de vivir? ¿Lo que has hecho todos estos años? ¿Cómo haces sufrir a tus padres con tu trato distante cuando eres lo único que les queda?

—¡Te he dicho que te calles! —Le pegó un puñetazo que hizo gritar a quienes les rodeaban y Royden cayó sobre Lucas que intentó agarrarle. George sintió que alguien le sujetaba del brazo y se volvió con el puño en alto palideciendo al ver el rostro de su madre con los ojos llenos de lágrimas. Todos gritaron creyendo que la iba a pegar, pero dejó caer el puño sin poder dejar de mirar el dolor en sus ojos. El mismo dolor que cuando murió Tommy. Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Georgi?

Se volvió para ver a Serine ante él con los ojos enrojecidos por haber llorado. Algo se retorció en su interior. Se preocupaba por él, sus ojos mostraban que le gustaría ayudarle más que nada en la vida. No lo entendió. Negó con la cabeza haciendo que apretara los labios y sin poder soportar su decepción miró a su padre que dio un paso hacia él como si quisiera ayudarle. —Hijo…

—No —dijo apenas sin voz—. Necesito…

Sintió que cogían su mano con suavidad y al volver la vista Serine estaba a su lado. —

¿Bailamos, milord? No lo hago muy bien, seguro que ya te has dado cuenta, pero hay que practicar para mejorar. —Tiró de su mano, pero no se movió. Serine sonrió y se acercó a su oído para susurrar —Solo un baile más. Después seguiremos nuestras vidas, pero dame un solo baile más, quiero disculparme.

Él la miró sorprendido y dejó que le llevara hasta la pista mientras los asistentes al baile no salían de su asombro por todo lo ocurrido. Se volvió hacia él, George la cogió por la cintura y mirándola a los ojos inició el vals. —Soy yo quien…

—No —le interrumpió ella—. No te disculpes porque yo soy la responsable de esto. Yo te he forzado y este es el resultado. —Sonrió con tristeza. —Ifi dijo que eras tú, ¿sabes? Que eras la respuesta a mis plegarias, a mis anhelos, a mis deseos y a los deseos de mi prima. Ignoramos, yo la primera, que no me soportabas, que no te fiabas de mí. Creía que si llegabas a conocerme llegarías a amarme, a desear estar a mi lado. Y esta noche he pensado durante un segundo que yo te importaba, que tenías celos de otro hombre, lo que fue otro error. Un error que seguramente pagaremos todos socialmente. Por eso quiero disculparme y espero que me perdones. —Él siguió bailando sin darle una respuesta y Serine sintió que no la perdonara, pero no lo reflejó en su rostro. Simplemente disfrutó del último momento que pasarían juntos, porque seguramente después de ese baile él se iría y abandonaría Londres después del duelo. Si es que no moría al amanecer. Sintió miedo. Un miedo atroz a que le pasara algo malo y eso le indicó que su corazón ya era suyo y que, aunque se casara con otro hombre nunca conseguiría ser plenamente feliz. Una ironía porque desde que conocía a George no había sido feliz en absoluto. Eso le dio esperanzas. Quizás todo era un espejismo, una quimera y en el futuro todo cambiara. Todo cambiara con Carter. Eso la asustó porque si George le mataba se quedaría sin opciones y sintió auténtico pavor a no tener ninguna. —No le mates.

Él sonrió con ironía. —Va a pedir tu mano mañana por la tarde.

Esa frase la puso en guardia. —No le mates. Tú no me quieres, déjame ser feliz.

—¿Y lo serás con él?

—Ifi dice que sí.

Asintió girándola en la pista.

—Y no le dejes cojo como a ese amigo del Príncipe Alberto.

—Preciosa, es un duelo, alguien tiene que salir herido.

Apretó la mano sobre su hombro. —¿Un brazo?

—¿Crees que mis tiros son tan exactos?

—Una mano.

—Serine, ¿y quitarle los dedos? Lo vas a notar cuando te toque.

—Rayos…

—También puedo dejar que me dispare él. —Vio el terror en sus ojos y su corazón se detuvo porque en ese instante en ese preciso momento se dio cuenta de que le amaba. A él, que no había hecho nada por conseguir su amor ni se lo merecía. —Tranquila, encontraré la manera.

Serine sonrió aliviada. —Un rasguño para salvaguardar vuestro honor y asunto solucionado.

—Así se hará.

Su sonrisa se amplió. —Gracias.

El baile terminó y él cogiéndola del brazo pasó entre los que les observaban para llevarla hasta los suyos. Cuando estaban llegando, de repente él se detuvo y sorprendida le miró a los ojos. —Ifi no se equivocó.

—¿En qué?

—Si algún día amara a una mujer, esa serías tú, Serine.

Se emocionó por sus palabras y sintiendo un nudo en la garganta ni supo qué decir. La llevó hasta su padre que era evidente que no sabía cómo comportarse. —Yo me retiro, padre.

—Sí, debes descansar. ¿Quieres qué…?

—Irá Royden.

—Ah, ¿sí? —preguntó el aludido divertido.

George chasqueó la lengua. —¿Lucas?

—Allí estaré también.

—Gracias.

—Hijo… —dijo su madre angustiada.

—Vamos madre, no es la primera vez. —Sonrió acercándose a ella y cogiendo sus manos. —No debes preocuparte.

—Claro que no, Mary Anne —dijo Royden—. La experiencia es un grado y él tiene mucha.

Mary Anne forzó una sonrisa. —Claro que sí.

George la besó en la mejilla y susurró —Lo siento, madre. No he podido evitar ser así estos años.

La condesa retuvo el aliento. —Lo sé, hijo. No te preocupes.

Se apartó y miró a su padre. Le abrazó para sorpresa de todos. El conde emocionado le abrazó a él. Serine intentando retener las lágrimas vio como le susurraba algo al oído y los ojos del conde se empañaron de la emoción. George se apartó y miró a los demás inclinando la cabeza en señal de despedida. —Os veo al amanecer —les dijo a sus amigos que muy serios asintieron.

Pasó ante Serine, que deseosa de una sola mirada de despedida le observó mientras se alejaba. Sintiendo el corazón en un puño le vio subir las escaleras y cuando llegó arriba se detuvo unos segundos, volvió la vista hacia ella y sus ojos se encontraron provocándole un vuelco al corazón. Si algún día amara a una mujer esa serías tú. George apretó los labios antes de salir de la sala de baile. Sus amigas se colocaron tras ella. —¿Qué es lo que te ha dicho en vuestro baile?

Una lágrima corrió por su mejilla. —Que no puede ser.

—Lo siento mucho —dijo Ifi.

—No es culpa de nadie. —Se volvió hacia ellas y forzó una sonrisa. —¿No es ridículo? Si hace tres días no le conocía.

—A veces solo hace falta un minuto —dijo Ingrid.

Fely puso los ojos en blanco. —Ingrid…

—¿Qué? Sabes que es cierto.

—Ella también tiene a Carter.

Ingrid se cruzó de brazos. —Eso si no se lo mata, claro.

—No le matará, me lo ha dicho. Sabe que es mi oportunidad de ser feliz y…

—¿Va a fallar a propósito? —preguntó Ifi incrédula antes de mirar a su amiga que a su lado tenía la mirada perdida—. ¿Mary Anne?

—Tengo un mal presentimiento —susurró.

Asustada miró a George que hablaba con Charles en voz baja. Se acercó a él. —¿Qué te ha dicho?

—¿Qué?

—¿Qué te ha dicho cuando te ha abrazado?

—Que me quería, que nos quería y que éramos lo más importante de su vida.

Se le pasó una idea por la mente que la palideció dando un paso atrás. —Dios mío…

Fely la cogió del brazo. —¿Qué?

No podía decir sus pensamientos en voz alta porque preocuparía a sus padres. —¿Qué? —insistió su amiga.

—No, nada. Es que eso que ha dicho Mary Anne me ha dejado mal cuerpo.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Royden—. Somos el centro de todas las miradas y

creo que hemos dado bastante espectáculo por hoy.

—Sí, marqués —dijo Mary Anne—. Además, no me encuentro muy bien.

—Demasiadas emociones —dijo Ifi.

Siguió a sus amigas pensando en lo que se le rondaba por la cabeza y cuando subía los escalones algo le hizo mirar hacia los asistentes. Carter la observaba fijamente muy serio y algo en sus ojos la alertó porque la consideraba suya. Y vio una resolución en su rostro que le indicó que no se detendría ante nada.

Capítulo 10

Sentada en la cama abrazándose las piernas miró hacia la puerta mordiéndose el labio inferior. Le matará, Carter le matará. Y la verdad es que no podía culparle porque se notaba que era un hombre que no se detenía ante nada. Además, había que tener en cuenta que estaba protegiendo su honor. Hizo una mueca porque seguro que con lo del baile no entendía nada, pero aun así él estaba decidido a protegerla, a pedir su mano. La verdad es que era realmente halagador y se sentía muy bien a su lado, pero que matara a George… Ah, no, eso no podía consentirlo. Como no podía dejar de darle vueltas a las palabras que le dirigió a su padre como si fuera una despedida. Ese abrazo… Puede que todo lo sucedido le hubiera hecho sentir que debía disculparse, pero su interior le decía que era algo más. Ese loco igual se dejaba matar y menudo disgusto les iba a dar a sus padres. ¡Menudo disgusto se iba a llevar ella! No, ¿pero qué tonterías pensaba? Era un hombre muy fuerte y orgulloso. ¿Dejarse matar? No, no lo haría simplemente para darle en las narices a Carter. Pero esa duda no dejaba de rondarle y necesitaba hablar con él para asegurarse de que todo iba bien y que estaría alerta respecto a Carter.

Se levantó de la cama y al pasar ante la chimenea vio la hora que marcaba el reloj. Las cinco de la mañana. No, no, ¿era tan tarde? Salió corriendo y fue hasta el otro ala de la casa. Dudó porque no sabía en que habitación estaba, así que empezó a abrirlas todas buscándole. Frustrada llegó a la última y cuando la abrió se detuvo en seco al ver a Mary Anne en camisón sentada en la cama. Esta sonrió con tristeza al verla. —No ha dormido en casa.

—¿Qué? ¿Y dónde está?

—No lo sé, niña.

—Dios mío…

Salió corriendo y Mary Anne frunció el ceño. —¿Serine?

No se detuvo hasta su habitación y abrió el armario para sacar el traje de montar que ya estaba allí colgado. Se quitó el camisón y empezó a vestirse a toda prisa con la ropa interior.

—Niña, ¿qué ocurre?

La miró sobre su hombro. —¿Qué ocurre? Tengo que ir a ese duelo. Va a correr la sangre.

—Es un duelo niña, siempre hay heridos.

—No me has entendido, Mary Anne. Carter le matará, lo he visto en sus ojos. Cree que soy suya y no solo le herirá para salvar mi honor, sino que le matará para quitarle del medio. Ha debido darse cuenta de que…

—¡No! —exclamó espantada—. ¡Mi hijo no va a disparar, lo sé!

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿Tú también te has dado cuenta? ¡Dios mío, rápido ayúdame a vestirme!

La condesa salió corriendo llamando a gritos a su marido diciendo que iban a matar a su hijo. Con el corsé en la mano Serine hizo una mueca y lo tiró a un lado antes de coger la falda del vestido para ponérsela a toda prisa. Cogió la parte de arriba y se la puso como una chaqueta abrochándosela lo imprescindible antes de coger los botines. Con ellos en la mano salió pitando y se topó con el conde ya vestido como si fuera a un té. —¿Tú vas a ir?

—Como a cada duelo al que se enfrenta mi hijo. Lo que pasa es que me quedo alejado para no distraerle.

—Corre, corre, tenemos que avisarle de que Carter le va a intentar matar. —Bajó los escalones corriendo. —¿Quieres darte prisa?

—Niña es un duelo.

En el hall se volvió. —¡Le he dicho que no hiera a Carter!

La miró pasmado. —¿Por qué has dicho eso?

—¡Anda este, para no quedarme sin opciones, tu hijo me ha dado calabazas ante toda la ciudad!

—¿Y mi George ha dicho que sí?

—Pues sí. —Frunció el ceño. —¿Eso significa que quiere que me case con otro? —Jadeó indignada. —Significa eso, ¿no es cierto? ¡Si me ha dicho que si se enamorara sería de mí! ¡Hombres! ¡Menudos problemas dais! —Fue hasta la puerta y salió dejándole con la boca abierta. —¡George mueve el culo!

—Esperadme.

Atónito vio a su mujer bajando la escalera en bata. —¿Pero a dónde vas así, mujer?

—¡No me fastidies, van a matar a mi niño! ¡Corre, corre! —gritó como una loca pasando ante él.

Cuando salió vio a Serine ya dentro del carruaje que preguntó —¿Pero dónde está este hombre?

—No lo sé, cada día se toma las cosas con más calma. —Mary Anne sin aliento subió al carruaje con ayuda del lacayo que casi tuvo que empujarla del trasero. —¡George!

—Ya voy… Estoy detrás de ti. Si apartas el trasero, querida...

La condesa se sentó y le fulminó con la mirada. —Lo has dicho como si fuera enorme.

—Doy fe de que tienes las proporciones justas.

Mary Anne se sonrojó. —Adulador.

Les miró incrédula cuando ambos sonrieron. —¿Queréis centraros? ¡Estamos en una crisis gordísima! Tenemos que detener este duelo. ¡Vamos, ideas!

—¿Crees que si tuviéramos alguna idea de cómo detener un duelo no la hubiéramos puesto en práctica ya? —preguntó Mary Anne—. ¿Y tú para qué le dices que no le hiera? ¡Eso le ha dado ideas!

—¡Sí, ahora échame la culpa a mí! ¡Me voy a quedar sin los dos! —gritó espantada.

George parpadeó. —No cielo, es raro que en un duelo mueran los dos.

Le miró como si quisiera soltar cuatro gritos. —¿Crees que perdonaré a Carter si mata a George?

—No, claro que no.

—¡Pues entonces me quedaré sin los dos!

—¿Y perdonarías a George si matara a Carter?

Serine lo pensó. ¿Le perdonaría? Que pregunta más difícil. Los condes sonrieron de oreja a oreja.

—Ya está hecho, querido.

—Eso ya lo veo, mi mariposa.

—Ese marqués ya no tiene nada que hacer.

—¿Cómo que no? —preguntó asombrada—. Ifi dice que sí y lo voy a intentar.

—Pero si no le quieres ahora, ya no le querrás —dijo George.

—¡Ja!

—Mi hijo…

—Tu hijo no tiene las ideas muy claras, hermoso, y yo estoy en la flor de la vida. Vida que es muy corta como me ha demostrado mi prima y tengo una promesa que cumplir. ¿No me quiere? ¡Pues no, porque sino no se hubiera comportado así en el baile, me hubiera defendido como Carter! ¿Puede que en el futuro si llegáramos a conocernos me amara? Después de sus palabras no tengo ninguna duda. ¡Pero no tengo tiempo a que supere su ira, su trauma o lo que

sea! ¡Así que me quedo con mi marqués!

—Vaya… —Mary Anne se miró las manos. —Eres perfecta para él, se quedará muy solo.

La miró como si tuviera cuernos. —No me hagas eso, vieja bruja, que lo que tú quieres es ablandarme.

Mary Anne sonrió. —¿Y funciona?

—¡Ahora no tengo tiempo de pensar en eso, solo quiero salvarle la vida!

Los tres sintieron como el carruaje entraba en el parque y miraron por la ventanilla. Al ver que en el puente Serpentine ya había algunas personas se le puso un nudo en la garganta. El carruaje se detuvo al lado de varios caballos y Serine se bajó a toda prisa para correr hacia Royden y Lucas que ya estaban esperando.

El duque se enfadó al verla. —¿Qué haces aquí? No es un lugar apropiado para las damas.

—Tengo que hablar con George. —Miró a su alrededor. —¿Dónde está?

—Todavía no ha llegado y Carter tampoco.

En ese momento vieron como un caballo se acercaba por el prado y se le puso un nudo en la garganta al ver que era Carter, que en lugar de acercarse a sus amigos la miró fijamente antes de llevar su caballo hasta ella hasta detenerse a su lado. Descendió de una manera tan masculina que le cortó el aliento y cuando se acercó a ella dijo con voz grave —¿Qué haces aquí, mujer?

Entonces se dio cuenta de que iba a hablar con la persona equivocada, pero de momento era lo que tenía para detener aquella locura. —No le mates —rogó—. Los condes… es lo único que tienen.

La cogió por el brazo apartándola y siseó —Te ha insultado ante todo Londres.

—Es que es un cabezota.

—¿Le has pedido que sea tu esposo? —preguntó furioso.

Gimió por dentro. —No le he dicho exactamente eso. Le he dicho que si quiere ser mi esposo debe hacerme reír. —Al ver que se enfurecía susurró —Pero fue un comentario general, algo que le diría a cualquiera. —Hala, menuda mentira. Se le cortó el aliento en espera a su reacción.

—¿No quieres casarte con él?

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—¡Sí, ahora!

—Tú también tienes carácter, ¿no? —Sonrió encantada. —¡Me gustan los hombres con carácter!

—¿Y cuántos te gustan exactamente?

Se puso como un tomate para decir como si nada —Casi no tienes competencia, solo hay otro por ahí.

—Va a morir.

—¡No! —Se dio cuenta de que con Carter había que ser firme. —¡Cómo lo mates para eliminar la competencia, no te hablo más! ¡Cómo hagas daño a los condes con todo lo que han hecho por mí, no te hablo más!

—Serine…

—¡Hablo en serio! —gritó desgañitada dejándole de piedra—. ¡Cómo le mates esto se acabó!

—¡Y soy yo el que debo dejarme matar! —gritó tanto como ella.

Lo pensó. —No, claro que no. Os permito a los dos una herida en el muslo para saldar rocecillos, pero nada más. Si alguno se queda cojo, qué le voy a hacer, de todas maneras no bailo muy bien y…

—Serine…

Sonrió mirando sus ojos. —¿Sí?

—Yo siempre gano.

Se le cortó el aliento porque esa seguridad era de lo más embriagadora, pero escucharon murmullos que les distrajeron y ambos miraron hacia los demás que estaban de espaldas a ellos. Serine corrió hacia allí y cuando llegó hasta ellos vio como George llegaba caminando y la verdad es que no iba muy recto. De hecho como siguiera en esa dirección acabaría en el lago.

—Mierda —dijo Royden por lo bajo.

Carter que estaba a su lado la miró levantando una ceja. —¿Esa es mi competencia?

—Lo está pasando mal, ¿vale? Tiene una crisis.

—Su crisis dura diez años, princesa. Lo sabe todo el mundo.

—¡Pues ya está a punto de acabar!

—Y que lo digas —dijo divertido—. Eso se acaba con una bala.

—Más te vale que controles tu puntería, marqués. Porque entonces no te daré ni la hora.

—Serine…

—¡Se acabó la conversación! —Elevó la barbilla y se alejó de los hombres para ir hasta el carruaje donde Mary Anne angustiada miraba por la ventanilla. —Hombres —dijo sentándose a su lado.

—¿Qué te ha dicho?

—No hemos llegado a un acuerdo, pero se lo está pensando.

—¿Se está pensando matar a mi hijo? —preguntó espantada.

—Está algo molesto porque me ha insultado. —Soltó una risita. —¿A que es un amor?

—Con todas las letras —respondió con ironía—. ¿Va a matar a mi hijo o no?

—Le he amenazado con que si le mata lo nuestro se terminó.

—Pero si quieres a mi hijo, lo vuestro no tiene ningún futuro.

—No sé.

Esa respuesta la dejó de piedra. —Vamos a ver, cielo... ¿Tú a quién quieres?

—¡Estoy muy confusa!

—Vale, necesitas tiempo.

—Esto es culpa de Ifi —dijo muy nerviosa apretándose las manos—. ¿Dos? Es para volverse loca.

Mary Anne hizo una mueca antes de mirar por la ventanilla para ver que su hijo llegaba hasta el centro del puente y la luz del amanecer le mostró su rostro. —¡Está borracho! —Espantada agarró su brazo antes de mirarla y gritarle a la cara —¡Borracho! ¡Haz algo! ¡Van a matar a mi niño!

—Tranquila, que está más que advertido, como le haga algo más que un tiro en la pierna no le hablo más. —Su posible suegra la miró horrorizada. —¿Qué? Algo tiene que hacerle, es un duelo.

—Detenlos, amenázalos con… —Sus ojos brillaron. —¡Con quitarte la vida!

—¿Estás loca? ¿Y que me tomen por una chiflada todos en esta ciudad? ¡Bastante tengo con lo que mi tía dice de mí como para soportar ser la loca que detiene duelos!

Mary Anne le rogó con la mirada. —¿No lo harías por mí?

—Por ti… Serás chantajista emocional.

—Por favor, por favor…

—La madre que la trajo —dijo abriendo la puerta y bajándose de un salto. Se volvió para mirarla y al ver su aspecto en ropa de cama y los pelos sueltos sonrió maliciosa. —Mary Anne, ¿hay un arma en el carruaje?

—Para los asaltos sí. —Se levantó y sacó una pistola de debajo del asiento. —¿Vas a amenazarles? Bien visto.

—No, guapa. Vas a amenazarles tú.

—¿Qué? —gritó—. ¿Y mi reputación?

—¡Oye hermosa, que tú ya estás casada y con los años que te quedan esa reputación de loca no será para tanto! ¡Yo estoy en la flor de la vida, así que arreando que tienes que salvar a tu hijo!

Se miró e hizo una mueca. —Pues tienes razón.

Soltó una risita. —Se van a quedar de piedra, pon cara de asustada más que de loca. Como si temieras mucho por la vida de tu retoño.

—¡Es que temo por él!

—Cómo sois las condesas que no se os nota nada en la cara. ¡Pon cara de susto!

—¡Oh, quítate del medio!

Se apartó y la ayudó a bajar. —¿Lista? —Mary Anne asintió. —Pues a por ellos.

Fueron hasta el puente y en ese momento se escuchó la risa de George antes de coger una de las pistolas que le ofrecían para volverse y decir —¿Lo hacemos allí? —Al ver a su madre y a Serine perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué hacéis aquí?

—Detener esto —dijo su madre antes de levantar el arma—. Tira la pistola, hijo.

—Madre, ¿estás loca?

—¿Loca? ¡Loca de dolor por ver como pierdo al único hijo que me queda! —gritó como una desquiciada.

—Vas bien —dijo ella por lo bajo—. Vas muy bien.

—Condesa… —Carter dio un paso al frente. —Contrólese.

—¡Cállese! —Le apuntó a él. —¡Y tire el arma!

Carter miró hacia ella levantando una ceja. —Princesa, esto es cosa tuya.

—¿Pero qué dices? ¿No ves lo que sufre? Todo el mundo tiene un límite.

George entrecerró los ojos. —¿Cómo la has llamado?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Claro que sí —dijo entre dientes—. ¡A ver si respetas más! ¡Puede que creas que ya tienes su mano, pero no es así!

—¿Acaso la quieres para ti?

—¡No digas estupideces, si la quisiera sería mía!

—Uy, lo que ha dicho…. —Cabreada dio un paso hacia él. —¡Oye majo, que no eres el ombligo del mundo!

—Preciosa, que ambos sabemos que es así.

—Uy que ganas de…—Miró a Carter furiosa. —A por él.

Carter sonrió. —Lo que digas, princesa. —Miró a su oponente. —¿Te crees capaz de llegar al prado? —Señaló ante él. —Es por ahí.

Un disparo en el suelo ante el marqués le detuvo en seco y asombrada miró a Mary Anne que ahora sí que tenía cara de loca. —¿Qué haces? ¡Vas a darle a alguien!

—Quieto todo el mundo o me lío a pegar tiros. —La fulminó con la mirada. —Te has pasado al otro bando.

—¿Pero tú le has oído? ¡Me está humillando!

—¡Ha dicho la verdad!

La madre que la trajo. —¿Qué has dicho?

—¡Antes de que apareciera el marqués, te hubieras casado con mi hijo de inmediato!

—¡Exacto, antes de que apareciera el marqués!

George y Carter levantaron una ceja viéndolas discutir furiosas.

Serine dio un paso hacia ella. —Será por todo lo que me lo metiste por los ojos.

—Uy, será desagradecida… ¡Es un partido estupendo!

—¡Bueno, bueno, estupendo para ti porque tiene muchas taras!

—¿Taras mi hijo?

—No es amable ni cortés, siempre está mandando... ¡Ahora que lo pienso es un partido malísimo porque va detrás de todas las faldas que se encuentra! ¡Le he visto besando a otra mujer!

George carraspeó y todos le miraron. —Fueron circunstancias especiales.

—Déjalo hijo —dijo su padre.

—¡Y no solo eso —gritó Serine desgañitada captando su atención de nuevo—, siempre me trata como si fuera estúpida! ¡Y mira que intento ser agradable con él, pero nada! ¿Y sabes qué? ¡Estoy harta!

—Y prefieres al marqués —dijo Mary Anne con burla—. ¡Si no le conoces!

—¡Pero voy a conocerle!

—Eso, princesa. —Carter miró a George. —¿Continuamos?

—¿En serio quieres arriesgarte a que la condesa te pegue un tiro? —preguntó Royden de lo más divertido.

—¿Ahora quieres conocerle? —gritó Mary Anne—. ¡Si lo que quieres es darle celos a mi George, que se te ve el plumero! ¡Es lo que hiciste ayer en la fiesta!

—Uy, qué mentira. ¡Eso pasó, pero yo no hice nada porque sucediera! ¡Ifi tenía razón y ya está!

—¡No, no está porque tú vas a ser mi nuera como me llamo Mary Anne!

—¿Ahora vas a obligarme a casarme con él? ¿Vas a obligarle a él? ¡Porque si no me ama

yo no me caso! ¡Y no me ama!

—Claro que te ama, pero no lo sabe.

Todos miraron a George que chasqueó la lengua. —Imaginaciones suyas.

—Cierra la boca —dijo Carter entre dientes.

—¡Yo me quedo con mi marqués que parece más normal!

—¡Por encima de mi cadáver!

Serine entrecerró los ojos. —No me provoques, no me provoques…

—¡No me provoques tú que tienes mucho que callar!

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas el anillo y cómo lo recuperamos?

—¡Serás bruja, lo hice por ti!

—No verás más al marqués, tarde o temprano mi hijo entrará en razón y…

—¡Ni hablar! ¡No pienso perder la oportunidad de ser feliz por ti, por tu hijo ni por nadie! ¡A mí hasta que no se me demuestre que puede darme lo que yo quiero, no pienso casarme!

—¿Y si el marqués finge? ¿Y si solo quiere encandilarte? ¡Al menos con mi hijo sabrás a que enfrentarte!

—¡Nos vamos a conocer!

—Eso, princesa.

Serine fulminó a su pretendiente con la mirada. —¡No me interrumpas!

Carter carraspeó. —Tiene carácter —dijo por lo bajo.

—Nuestras mujeres son así, te encantará —dijo Lucas divertido.

—¿De veras?

—¿Ahora estáis de su lado? —preguntó George padre ofendido.

—Amigo, la cosa se está torciendo —dijo Royden.

En ese momento se escuchó un disparo y todos volvieron la cabeza hacia ellas que se miraban pasmadas la una a la otra. Serine sintiendo el ardor en el costado llevó la mano hacia allí. —¿Qué has hecho? —Mary Anne se desmayó en el acto y gritó —¿Ahora te desmayas? —Sintió que las piernas le flaqueaban y cayó de rodillas. Al apartar la mano vio la sangre y perdió todo el color de la cara. —Me ha dado…

Carter fue el primero en llegar hasta ella y le miró sorprendida. —Me ha disparado.

—No pasa nada, princesa, tenemos un médico.

Un hombre se arrodilló a su lado y levantó la chaquetilla del traje para mostrar el orificio de bala. —Hay que operar.

—¿Qué? —Miró a su alrededor y no vio a George. —¿Dónde…?

Carter la cogió en brazos de inmediato y corrió con ella hacia el carruaje. Al mirar sobre su hombro le vio agachado al lado de su madre. Ni se había acercado a ver como estaba. En ese momento George levantó la vista hacia ella y supo que era el fin. Ya no volvería a verle y puede que fuera lo mejor. Sintiendo un nudo en la garganta apartó la vista escondiendo su rostro en el cuello de su futuro marido.

Una semana después

Tumbada en la cama miraba el dosel de terciopelo borgoña. Qué aburrimiento, entre que no la dejaban levantarse y que estaba sola demasiadas horas al día era para morirse, pero de aburrimiento. Dichoso disparo… La puerta se abrió y sonrió hasta que vio que era Amelia, la doncella que le habían asignado. —Milady, tiene una visita.

—Sí, ¿quién es? —preguntó ilusionada.

—La duquesa de Wimergton y la marquesa de Thirenwood.

—Oh sí, que pasen.

Hacía días que no las veía y era increíble todo lo que las había echado de menos.

Sus amigas entraron en la habitación mirándola como si estuviera moribunda. —¿Te encuentras mejor?

—Sí, pasad por favor.

Sus amigas se acercaron. —Hubiéramos venido antes, pero nos dijeron que el doctor lo prohibió.

—No pasa nada.

Ingrid se sentó a su lado. —Al parecer te has librado de milagro.

—Sí, la bala estaba en mala posición. —Miró hacia Fely. —¿Cómo está la condesa?

—Casi la detienen…

—Fely, no le cuentes esas cosas.

Preocupada susurró —No, quiero saberlas. Carter no me habla de nada de eso.

—Pues casi la detienen —dijo Ingrid haciendo que Fely pusiera los ojos en blanco—. Gracias a la influencia de George hijo, que consiguió que no fuera así.

—¿La influencia de su hijo?

—Al parecer la relación con el príncipe Alberto cambió mucho después de que tuvieran su primera reunión. El abogado de Mary Anne ha alegado que tuvo una locura transitoria o algo así y la han librado de la cárcel. —Ingrid la miró con pena. —Hubiera venido, pero se cree que no será bien recibida.

—Por supuesto que sería bien recibida —dijo asombrada—. Seguro que se le fue el dedo. —Al ver la cara que ponían sus amigas entrecerró los ojos. —Se le fue el dedo, ¿no?

—Dice que perdió los nervios y la cabeza al ver que rechazabas a su hijo. Como dijiste esas cosas sobre él, le recorrió una rabia…

—Toma con la condesa. —Asombrada volvió la cabeza hacia Fely. —¿Me disparó a propósito?

—Bueno, a propósito, a propósito… Digamos que fueron un cúmulo de circunstancias. Pero está muy arrepentida.

—Ya.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Ingrid mirando a su alrededor—. El marqués te tiene muy bien atendida.

—Sí, no me falta de nada.

Sus amigas se miraron. —¡No se ha ido! —exclamó Fely antes de suspirar de gusto—. Menudo peso me he quitado de encima.

—¿No se ha ido quién?

—¿Quién va a ser, tonta? George hijo se ha quedado en Londres. De hecho está buscando una casa para comprar. Al parecer sus estancias aquí serán mucho más prolongadas y quiere casa propia.

¡No, no! Tenía que irse de Londres. Era lo que le faltaba, volver a encontrárselo en cualquier sitio. —Me alegro por los condes.

La duquesa sonrió. —¿Y cómo te va con el marqués? ¿Eres feliz?

—Ingrid, que la acaban de operar como quien dice. ¿Cómo va a ser feliz?

De repente el nudo que tenía en la boca del estómago sintió que la ahogaba y se echó a llorar con fuerza tapándose el rostro con las manos. —Eh… —Ingrid preocupada acarició su antebrazo. —¿Qué te ocurre?

—Lo que yo decía, que no es feliz. —Resuelta rodeó la cama para sentarse al otro lado.

—Venga, que las lágrimas no sirven de nada. —Apartó sus manos para que las mirara. —¿Qué pasa? El marqués no te hace feliz, ¿no? Ya lo decía mi marido, que era don perfecto.

—Es increíble conmigo. Me mima, me atiende cuando puede, nos hemos pasado hablando horas y…

—¿Pero? —preguntó Ingrid.

—Pero no es George.

Sus amigas separaron los labios comprendiendo. —No sientes lo mismo a su lado.

—Al principio creía que sí. Y sé que si me caso con él no tendré un mal matrimonio, de hecho, sería muy bueno, pero después de unos días ya no sentía emoción al verle, ya no estaba impaciente por su llegada. De hecho hoy cuando me ha dicho la doncella al despertarme que estaba haciendo unos recados, me ha importado poco y eso me preocupa.

—Con razón. Si todavía no os habéis casado y te da igual lo que haga, algo va muy mal. —Fely miró a Ingrid. —¿Qué opinas?

—Que puede que le pase lo mismo con George en las mismas circunstancias. La acaban de operar y no tiene el ánimo de siempre. Las convalecencias son odiosas y puede que cuando se levante todo sea distinto.

—De todas maneras, ya no hay nada que hacer —dijo desmoralizada—. Ahora estoy comprometida, más que comprometida, si no me casara con él sería un escándalo.

—Cierto —dijeron las dos a la vez antes de que Ingrid añadiera—, pero no tienes que darle cuentas a nadie, solo a ti misma y a la promesa que le hiciste a tu prima, y esa fue…

—Que haría lo que fuera por ser feliz.

—Exacto, lo demás no importa. ¿Quieres venir con nosotras? Serás muy bien recibida en mi casa.

—Y en la mía —dijo Fely—. No te faltará de nada y podrás pensar en lo que ha ocurrido.

Igual allí te das cuenta de que lo que te ha pasado con el marqués es algo pasajero. O que quieres luchar porque George cambie de opinión. No hay que buscar el marido perfecto, hay que buscar el amor y si hace palpitar tu corazón, sea quien sea, ese es el adecuado.

Ingrid preguntó —¿El marqués hace palpitar tu corazón?

Negó con la cabeza. —No, ya no. —Se tapó la cara con las manos. —Dios mío, le voy a dejar en ridículo.

—Se recuperará.

—Tengo que hablar con él, no se lo va a tomar bien.

En ese momento se abrió la puerta y el marqués entró en su habitación como si tuviera todo el derecho del mundo. Al ver su rostro angustiado y lleno de lágrimas se detuvo en seco. —¿Qué ocurre, princesa?

Sus amigas se levantaron. —Te esperamos abajo.

—No puede levantarse de la cama y…

—¿Carter? —Miró hacia ella sin entender nada. —Tenemos que hablar.

Capítulo 11

—Cómo se puso —dijo la marquesa indignada mientras ella no dejaba de llorar sentada en el sofá de su casa—. Marido, hasta temí que nos pegara porque nos echó la culpa.

Royden se tensó. —¿Qué has dicho?

—Oh sí, estaba como loco. Dijo que nosotras le habíamos metido ideas en la cabeza y que por eso estaba tan confusa. Que hasta ayer mismo se iban a casar. Pero claro, como queremos que se case con George, la hemos envenenado contra él.

—¿Y lo habéis hecho?

—¡Marido!

—¿Eso es que no?

Levantó la barbilla. —Pues no. Ha sido ella solita, no hemos tenido nada que ver.

El marqués miró a su invitada que tenía un aspecto pésimo. Estaba más delgada y pálida, pero eso podía ser por su convalecencia. —Serine, deja de llorar —dijo como si fuera una orden —. Sorprendida miró hacia él y sorbió por la nariz. —Como es evidente que todo esto ha sido un auténtico desastre, voy a tomar cartas en el asunto.

—Ah, ¿sí? —preguntó su mujer pasmada.

—Silencio preciosa, estoy hablando con ella.

Le miró con mala leche. —Ya hablarás conmigo, ya.

El marqués no le hizo caso. —A partir de ahora me convierto en tu tutor, ¿estás de acuerdo?

—¿Tengo otro remedio?

—Exacto, no lo tienes. Y a partir de ahora harás lo que yo te diga. No recibirás a nadie sin mi consentimiento, no saldrás de casa sin escolta y no, repito no te verás ni con George ni con Carter a solas. —Ella asintió sin saber que decir. —¡Haremos esto como se ha hecho toda la vida y si alguno de los dos es el adecuado que se lo trabajen, joder! —Su mujer iba a decir algo. —¡Nuestro caso fue especial!

—Bueno, pero si yo no hubiera insistido…

—Pues ahora van a insistir otros. Se acabaron los planes y las triquiñuelas para cazar marido. Les conocerás a ellos y a otros candidatos, si es que los hay, y después de un tiempo prudencial te decidirás por uno, ¿me has entendido?

—Sí, marqués.

—Pues perfecto. Ahora a la cama que tienes que descansar, pareces agotada.

Se levantó en silencio y lentamente tocándose el costado fue hasta el hall donde Ramon la estaba esperando. —¿La ayudo, milady?

—No gracias, puedo sola.

Royden y Fely se miraron a los ojos. —¿Qué opinas, marido?

—Esto es un auténtico desastre.

—Está arruinada socialmente y para colmo no tiene dote. Pinta mal, ¿eh?

—Ningún hombre se acercará a ella. Ha vivido sola en la casa de un soltero que ha dicho públicamente que están comprometidos. Nadie se creerá que ya no es virgen, cielo. Huir de ese matrimonio es un suicidio social. —Entrecerró los ojos. —A no ser…

—¿A no ser qué?

—Que se demuestre que sigue siendo pura.

—Eso es fácil, ¿no? Un médico que la reconozca…

—Eso no servirá de nada, la gente puede pensar que le pagamos para que diga eso.

—Entiendo. No hay salida. O se casa con uno de los dos o nadie en esta ciudad le abrirá las puertas de su casa.

—Exacto. Y no sé si George ahora estará dispuesto a desposarla.

—Porque eligió a Carter.

Royden apretó los labios asintiendo. —Su orgullo…

Los ojos de Fely brillaron. —¿Su orgullo? Precisamente será ese orgullo el que le pierda.

—¿Qué estás pensando, esposa?

—Creo que deberíamos aprovechar que ha compartido casa con el marqués, cielo. ¿Acaso él no pensará que ya no es pura como lo piensa toda la ciudad? ¿Acaso no le gustan las amantes fáciles? Y ese orgullo… Sería una victoria para él tomar a la mujer que le ha traicionado ante las narices del hombre que va a desposarla.

—¿Ya veo por dónde vas? ¿Qué te había dicho de los planes?

—Cielo, por mucho que George sea un idiota es a quien Serine ama. Es con quien será feliz. Si tenemos que ahorcarle con su propia cuerda y después obligarle a casarse por haber tomado lo que no debía, lo haremos.

—Viviendo aquí no tendrán contacto.

—Por eso la vamos a echar de casa, así que olvídate de eso de ser su tutor y eso de no poder verse con George a solas. Precisamente tienen que estar a solas y cuanto más tiempo mejor.

Escucharon un jadeo y al volverse el marqués se encontró a Serine con cara de pasmo en la puerta del salón. —¿Escuchando a escondidas, milady?

—¿Queréis que le seduzca? Dijisteis…

—Eso fue antes. Antes de tu aventurilla con el marqués.

—¡No ha habido ninguna aventurilla, ni un beso me ha dado!

Los marqueses se miraron. —Mierda —dijo Royden.

—¿Qué?

—Cuando George te bese se dará cuenta de que no tienes experiencia —dijo Fely—. Eso habría que solucionarlo.

Royden dio un paso atrás. —A mí no me mires, que me lo recordarías toda la vida.

—Por supuesto que no, antes la mato.

—¡Muy bonito! —Serine dio un paso hacia ellos. —¿Habláis en serio?

—Si lo has oído todo, sabes nuestras razones. No tenemos opciones y debes ser franca contigo misma, quieres a George.

¿Le quería? Dios, en esos días no había dejado de pensar en él. Puede que con Carter tuviera una relación estupenda, demasiado estupenda para su gusto. Hizo una mueca por lo rarita que era. ¡Si George ni siquiera le había sonreído en condiciones! Es que estaba de atar. Miró a su amiga a los ojos. —Menos mal que no he deshecho las maletas.

Llamó a la puerta y suspiró. Esperaba que no la echaran. —¡Jeffrey, por qué no se abre la puerta! —gritó George al otro lado cortándole el aliento. La puerta se abrió de golpe y él al verla se quedó de piedra mientras que ella sentía que su corazón casi se le salía del pecho por lo guapo que estaba, el muy cabrito—. Serine…

Valor, que no te queda otra. Forzó una sonrisa. —¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Él se hizo a un lado y entró en la casa. Jeffrey apurado llegó en ese momento. —Lo siento milord, pero ha habido un herido en la cocina. La cocinera se ha cortado en una mano.

—Que llamen al médico de inmediato —dijo sin dejar de mirar a Serine que se quitó el sombrero.

Jeffrey lo cogió sonriéndole. —Ya lo he ordenado, milord. Me alegra verla tan bien, milady.

—Gracias, Jeffrey. Es un placer verte. —Se desabrochó la capa y se la entregó. —¿La condesa está en casa?

En ese momento Mary Anne apareció en lo alto de las escaleras y la miró muy arrepentida. —No pongas esa cara, que aún me quedan muchos años de vida.

—Dios mío, ¿de veras? Porque no lo parece.

—Vaya gracias. —Soltó una risita. —Serás mala.

Mary Anne sonrió bajando las escaleras a toda prisa y cuando llegó hasta ella la abrazó. —Lo siento, lo siento. Ni sé lo que pasó.

—No te disculpes, fue un accidente.

Su amiga se apartó para mirarla bien. —Todavía no estás recuperada, ven siéntate.

—¿Y tu marido?

—Ha ido al club, Jeffrey que le avisen.

—Enseguida condesa.

—No, no le molestes.

—Se muere por verte. —Fueron hacia el salón y para su sorpresa George las siguió. —Estaba muy preocupado por ti. Después del disparo quiso verte, pero el marqués se negó porque estabas muy grave. —La ayudó a sentarse y Serine hizo un gesto de dolor sin poder evitarlo. —Dios, lo siento, lo siento.

—No vuelvas a decirlo —dijo acomodándose.

—No deberías estar levantada. —George molesto se sentó ante ella en el sofá. —¿Cómo Carter te ha permitido salir de casa?

—Me he ido.

Se quedaron de piedra y Mary Anne atónita se sentó a su lado. —¿No estabas a gusto?

Se apretó las manos y agachó la mirada. —Me trataba como a una princesa, pero… No sé. Necesitaba salir de allí. Sentía que me agobiaba. —La miró a los ojos. —Pero es un buen hombre y… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Le he humillado.

—No… —La abrazó por los hombros. —Has pasado por mucho y no sabes lo que sientes. No es culpa de nadie.

—Eso dice él. Es tan comprensivo… Me ha dicho que tengo que aclarar mis ideas. Un matrimonio es algo muy importante.

George se adelantó apoyando los codos sobre las rodillas. —¿Ahora no te vas a casar con él?

Le miró a los ojos intentando saber qué estaba pensando. —No he dicho eso, ¿lo he dicho?

—No niña, no lo has dicho. —Fulminó a su hijo con la mirada. —Lo ha dejado muy claro, tiene que pensar lo que quiere hacer. Ha pasado por un hecho muy traumático y de repente se ve viviendo con un desconocido. —Sonrió a Serine. —Es chocante para cualquiera, de repente estabas convaleciente, en una casa extraña y comprometida. Pero tranquila que aquí estarás muy bien.

—¿Me acoges en tu casa?

—Claro que sí, es lo menos que puedo hacer por ti. Te puedes quedar todo el tiempo que quieras.

Sonrió. —Gracias, eres muy amable.

—Tonterías.

—Así que vuelves a casa —dijo George como si le molestara muchísimo.

—¿Tú no te ibas?

—¡Pues ahora me quedo!

—Pues mira, como yo.

—Claro que sí y si lo de Carter no funciona serás mi dama de compañía, que cada vez me gusta más la idea. —Mary Anne parecía encantada.

Sonrió inocente. —No, si yo terminaré casándome, quiero familia.

—Y haces muy bien.

—¿Y Carter está de acuerdo con esto? —Parecía que no se creía una palabra.

—Claro que no, pero me comprende.

—Ha tenido que asumirlo.

—Pues eso. —Levantó la barbilla. —Todavía no estamos casados y no tengo familia. Soy dueña de mi destino.

—¿Dueña de tu destino? —preguntó incrédulo—. ¡Déjate de tonterías, Serine! ¡Si no te casas con él estarás arruinada socialmente!

—Y dale. ¡Qué no sé si voy a casarme con él! —Intentó controlarse. —Uy, cómo me altera este hombre.

—Ignórale —dijo su madre encantada de tenerla allí—. Tú piénsatelo todo lo que quieras.

—¡Madre, hazla entrar en razón!

—¡No quiero, voy a dejar que tome sus propias decisiones!

George entrecerró los ojos. —¿Esto no formará parte de un plan de los vuestros para que ceda?

Qué listo era. Le miró como si quisiera matarle. —¿Crees que intentaría casarme con un hombre que me rechaza públicamente y que para colmo cuando me pegan un tiro ni se preocupa de cómo estoy?

—¡Mi madre se había desmayado! ¡Creía que le había dado un ataque o algo así! ¡Qué había muerto!

—¡Claro, un desmayo es más importante que un tiro! ¡Dilo de una vez! ¡Querías demostrarme lo poco que te importo! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Pero tranquilo que me ha llegado el mensaje! ¡No pienso perder el tiempo en alguien como tú! ¡Tengo a Carter que es mil veces mejor que tú!

—¿Que yo?

—Hijo no la alteres, por favor —dijo su madre angustiada.

—¡Esto es ridículo! —Se levantó y furioso salió del salón.

—Ignórale.

Ya, como si fuera tan fácil. Su corazón todavía no se había recuperado de encontrárselo de nuevo. Bueno, estaba claro que latía más fuerte cuando estaba a su lado y eso era para tenerlo en cuenta. El mal estaba hecho, se había enamorado de ese hombre que no quería estar a su lado, pero por su vida que iba a ser su marido. Como si tenía que llevarle de las orejas hasta el pastor.

Sorbió por la nariz mirando a Mary Anne. —Lo siento, no quería esto. Pensaba…

—Que ya no estaba aquí. Tranquila, lo entiendo. Ha debido ser una sorpresa para ti y siento que tengas que convivir con él. —Miró sobre su hombro antes de decirle en susurros —Está buscando casa para irse a vivir solo.

—¿Una casa de soltero?

—Sí.

Mierda. Estaba claro que era de ideas fijas. Mary Anne levantó una ceja por la expresión de su rostro y se enderezó. —Ya veo.

—Me has pegado un tiro, es mío me lo he ganado —siseó.

—Por supuesto que sí, niña. Si por mí fuera hubiera sido tuyo desde el principio. ¿Pero sabes qué? Hay esperanza.

Sus preciosos ojos azules brillaron. —¿De veras?

—A su padre y a mí nos ha sorprendido mucho como ha querido cambiar su vida. Dice que quiere ser el hijo que nos merecemos, pero si quiere ser ese hijo…

—Tiene que casarse, daros un heredero.

—Aunque no hemos querido presionarle, es lo lógico, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y por qué buscar una candidata cuando está aquí mismo la mejor opción para él? Dicho por Ifi no por mí.

—Exacto, no tiene que buscar en ningún sitio. Por eso voy a seducirle y directo a la iglesia.

—Bien dicho. —Hizo una mueca. —Aunque no estás para muchos trotes.

—¿Le has visto? Para seducirle necesitaré unos días.

—Pues a por él. —Su hijo entró de nuevo en el salón con ganas de pelea. —A por el marqués, niña. Que no se te escape.

—¿Qué marqués, madre? ¡Si le ha rechazado!

—¿Otra vez aquí? —preguntó Serine con mala leche viendo como se sentaba—. Creía que Londres os proporcionaba a los hombres muchos entretenimientos. ¡Entretenimientos que conoces muy bien! ¡Por qué no te vas a dar una vuelta!

—¡Estoy esperando al administrador real!

—Ah…—Pasmada miró a Mary Anne. —¿De veras?

—¿No me crees? —preguntó furioso.

—Sí, niña. Al parecer al príncipe Alberto le han gustado mucho las ideas de mi hijo y este le va a asesorar en como explotar Balmoral.

Ilusionada le miró. —¿Y vas a ir a verla?

—¿A quién?

—La finca. Dicen que es impresionante.

—Ya la he visto. Me he pasado tres días allí.

—Oh, que bien. ¿Y cómo es?

—Impresionante. Parece un castillo de cuento.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Y dormiste allí?

—Sí, Serine… Sobre el marqués…

—Oh, también tiene un castillo, ¿sabéis? —Sus anfitriones la miraron como si eso les molestara mucho y soltó una risita. —Dice que será nuestra residencia de verano.

—Así que tiene un castillo —dijo él entre dientes.

Sonrió maliciosa. —Sí, y no un simple torreón. Castillo, castillo. Con tejadito en punta y todo. Está deseando enseñármelo. Está al norte de Lancaster. Dice que pasaremos allí una temporada en nuestra luna de miel.

—Al parecer lo tiene todo pensado.

—Pues sí.

En ese momento escucharon la campanilla de la puerta. —Uy, ahí está. —George la miró incrédulo. —Para nuestra visita diaria. Hemos llegado a un acuerdo, vendrá a verme todos los días. Seguro que no te importa, ¿no es cierto Mary Anne? Le he enviado recado diciendo que

estaría aquí.

—En absoluto.

En ese momento entró su marqués y sonrió de oreja a oreja porque llevaba un gran ramo de flores y una cajita envuelta en la mano. La miró fijamente. —¿Has entrado en razón, mujer?

Soltó una risita. —Es un impaciente.

Carter gruñó acercándose. —Condesa…—Miró con desprecio a George. —Desastre…

George le miró como si quisiera arrancarle la cabeza. —Seré un desastre, pero las mujeres no suelen abandonarme.

—Ah, ¿pero has conseguido que alguna te tome en serio?

—¿Y tú?

—Haya paz, que me altero —dijo como una damisela al borde de la muerte.

George gruñó levantándose. —¡Dónde estará este hombre, joder!

Jadeó viendo cómo se alejaba y su madre chasqueó la lengua mientras Carter se sentaba a su otro lado. Sonrió al que todo el mundo consideraba su prometido. —Que flores más hermosas. —Cogió el ramo y se lo pasó a Mary Anne casi dándole en la cara. —¿Y eso?

—Un detallito.

Soltó una risita. —Me mimas demasiado.

—Y siempre será así.

Mirándole a los ojos preguntó —¿De veras?

Él perdió la sonrisa poco a poco. —¿Es por eso? ¿Crees que mis sentimientos no son sinceros?

—Ha pasado todo tan rápido…

—Lo sé, princesa y tendrás el tiempo que necesites hasta que estés segura de lo que sientes. ¿No lo abres?

Sonriendo como una niña lo abrió impaciente y se le cortó el aliento al ver una pulsera de diamantes. —Pero Carter, no debías… —Le miró a los ojos. —No puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Es un regalo muy caro y no estamos comprometidos. —Se sonrojó. —No debo. —Cerró la caja y se la devolvió. —Pero te lo agradezco igual, ¿sabes?

—Te la guardaré para cuando nos casemos —dijo con seguridad.

Forzó una sonrisa y al volver la vista hacia Mary Anne vio que George les observaba desde la puerta y era evidente que quería sacar al marqués de allí a patadas. Sonrió. —¿Has visto?

—Es cierto que te trata como a una princesa —dijo con ironía.

En ese momento llamaron a la puerta y exclamó —¡Al fin, joder!

Las damas se miraron de reojo mientras Carter ponía los ojos en blanco como si fuera un desastre de hombre. Para su sorpresa entró el conde a toda prisa y fatigado pasó ante su hijo sin hacerle caso para ir hasta ella. —Oh, mi niña… —Serine se levantó de inmediato para abrazarle. —Estás aquí.

El marqués gruñó y George sonrió malicioso. —Sí, es la hija que hubieran querido tener.

—No me extraña, es fantástica. Y es toda mía.

Serine se apartó fulminándole con la mirada. —¿Ves? ¡Por eso me fui! ¡Tú das muchas cosas por sentadas!

—Princesa, no te sulfures. Solo le estaba dejando las cosas claras a ese gigoló de poca monta.

—No teníamos que haber dejado que se te llevara, pero no nos dio opción —dijo el conde furioso—. Y después nos denunció a la policía.

Asombrada miró a Carter. —¿Les denunciaste?

—¡Te pego un tiro! ¡Casi te mata! —dijo pasmado—. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Fue sin querer!

—No sabes lo mal que lo pasé —dijo Mary Anne disgustadísima—. Ya me veía en prisión comiendo un mendrugo de pan y rodeada de ratas.

—Oh, Dios mío… —Se sentó a su lado. —Cuanto lo siento.

—¿Encima le pides perdón? —Carter se levantó. —Esto es el colmo.

En cuanto dio un paso al frente el conde se sentó a su otro lado flanqueándola y George reprimió la risa. —Pero tranquila, que conseguí librarla de la cárcel.

—¡Con mentiras! —exclamó Carter.

—Bueno, mentiras, mentiras… Fue sin querer, todo el mundo lo sabía —dijo Mary Anne —. Menos mal que Royden y Lucas declararon a mi favor y el chico habló con el Príncipe Alberto para que moviera sus hilos. ¿Te imaginas yo en prisión? —Miró a Carter con rencor. —¡Si hubiera sido por él, allí me hubiera muerto!

—Pobrecita, que mal lo debiste pasar —dijo Serine mirando de reojo a George que parecía que se lo estaba pasando estupendamente—. Carter discúlpate.

—¿Qué?

—¡Son mis padrinos! ¡Si nos casamos debes tener una buena relación con ellos!

—¿Con ellos? —Miró a uno y al otro antes de mirar a George. —Sobre mi cadáver.

Jadeó indignada. —¿Siempre va a ser lo que tú digas?

—¡Sí! ¡Qué para eso soy el hombre!

—Uy, uy… Si te empieza a tratar así de casi novios no me quiero imaginar de casada —dijo el conde.

—Eso mismo pienso yo. Carter la visita de hoy se ha terminado. Me has enfadado.

—¿Qué yo te he…? —Se enderezó tomando aire como si se estuviera controlando y dijo

muy serio —Princesa, piensa mucho lo que estás haciendo porque todo tiene un límite.

—¿Y ahora me amenazas? ¡Fuera!

—¿Me echas? —preguntó pasmado—. ¿A mí que te lo he dado todo?

Le miró apenada antes de echarse a llorar porque sabía que le estaba haciendo daño. George apretó los labios. —¿No la has oído? ¡Vete de esta casa!

Carter se agachó ante ella y cogió sus manos con delicadeza. —Princesa, ¿qué te pasa?

Era tan bueno con ella que no podía utilizarle, no soportaba ver la decepción continua en su rostro. Utilizarle para llegar a George era de mala persona y ella no era así. —Creo que no podré amarte. —Levantó sus ojos llorosos hasta él para ver su palidez. —Eres el hombre que toda mujer desearía, pero…

—Esa mujer no eres tú.

—Lo siento. —Sollozó. —Lo siento muchísimo.

Carter apretando los labios asintió enderezándose. —Tu situación…

—No debe preocuparse por su situación, marqués —dijo el conde—. Nosotros la protegeremos y haremos lo necesario para que sea feliz.

—No sé por qué, pero lo dudo mucho. —Miró hacia ella. —Siempre podrás contar conmigo, princesa.

Lloró aún más fuerte tapándose el rostro con las manos porque no podía ni mirarle. Se sentía muy avergonzada. Carter se agachó y la besó en la coronilla antes de irse del salón sin decir ni una sola palabra mirando a George con odio. Este sonrió de oreja a oreja antes de decir —Jeffrey acompaña… —El portazo le hizo chasquear la lengua antes de mirar a Serine que seguía llorando. —Oh, por Dios… Tampoco es una pérdida tan grande.

Sus padres le miraron incrédulos. —Vale, es un buen partido, pero hay más por ahí. Tú a recuperarte que ya tendrás tiempo a buscar marido.

Pasmada levantó la vista hacia él. Quería que buscara otro marido. Uy con este, tenía el corazón de piedra.

—Ahora Ifi, mis amigas y yo diremos que hubo un malentendido con lo del disparo y que creías que no podías volver a casa. Que en cuanto te repusiste un poco y lo hablamos volviste de inmediato.

—No lo creerán. Como ha dicho George estoy perdida —dijo dramática.

—¿Y qué si vas a ser la dama de compañía de mi madre? —George fue hasta el mueble de las bebidas. —¿A quién le importa?

Con ganas de soltar cuatro gritos dijo —¡Yo quiero casarme, quiero tener hijos!

—¿Y no estás…? —Se volvió levantando una ceja con el vaso de whisky en la mano. —Igual se va a cumplir ese deseo antes de lo que piensas.

Se puso como un tomate. —Eso no es asunto tuyo.

—Esta no ha hecho nada, madre. —Divertido se sentó antes de beber tranquilamente de su vaso.

—Claro que no, es muy decente.

Como un tomate se dijo que a la mierda eso de hacerle creer que estaba perdida para llevársela a la cama. Pero es que ella disimulaba muy mal y no la creería. Mejor ir con la verdad por delante que así luego no había recriminaciones. —Pues claro que no me ha tocado.

Él sonrió mirándola de una manera que le cortó el aliento. Como si la deseara para él. Separó los labios de la impresión y cuando bebió de su vaso sintió la boca seca. —¿Un té, agua o lo que sea? —preguntó con voz chillona.

—Oh sí, claro. Que despiste. —La condesa se volvió. —¿Jeffrey?

—Tranquila niña, que las innumerables amigas de mi esposa te apoyarán.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Que bien. —Al mirar a George sus ojos coincidieron y le miró con rabia antes de decir —Entonces no tengo de que preocuparme.

—Claro, las amigas de mi madre hacen milagros.

Esa ironía la ponía de los nervios. —Seguro que sí —dijo en el mismo tono.

—Vete comprando trajes de vieja solterona.

—Que más quisieras —dijo entre dientes.

Jeffrey colocó la bandeja sobre la mesa. —¿Quiere que sirva el té, condesa?

Antes de que contestara Serine agarró la tetera para servirse un té hasta el borde, pero le dio un dolor en el costado y la jarra se resbaló hasta caer sobre la falda. George tiró la mesa a un lado para levantarla sacudiendo el líquido de su falda. —¿Te has quemado?

—No —dijo sin aliento antes de tocarse el costado.

—¿Te duele?

—Creo que debería acostarme.

—Sí cielo, estás algo pálida —dijo la condesa.

Al mirar la tetera gimió. —Oh lo siento, la alfombra.

—No te preocupes por eso —dijo George.

Al intentar sortear aquel desastre estiró demasiado la pierna y la traspasó un dolor. George la cogió en brazos antes de que se diera cuenta y le miró a los ojos. —Estoy bien.

—Sí, eso ya lo veo —dijo con ironía.

Con rabia le agarró del cabello de la nuca. —Te digo que estoy bien.

Él se echó a reír y se le cortó el aliento porque era una risa totalmente sincera. —Preciosa, es evidente que no, no seas rebelde.

Soltó su cabello. —No tengo fuerzas, ya te dejaré calvo otro día.

Rio subiéndola a la habitación y para su sorpresa la llevó hasta la que ocupaba antes. —¿Sigue vacía?

—¿Para qué iba a trasladarme? Allí estoy bien.

—Y no te escuchan cuando llegas de madrugada, ¿verdad?

—Cierto.

Dora solícita llegó corriendo y abrió la puerta de la habitación. —Me alegro de tenerla de vuelta, milady.

—Gracias, eres muy amable.

La doncella apartó la colcha a toda prisa para que la tumbara y cuando lo hizo para su sorpresa George se sentó a su lado. —¿Mejor?

Sonrió. —Sí, gracias.

La doncella empezó a desabrocharle los botines. —No por favor, puedo…

—Deja que te ayude.

—Eso milady, que es mi trabajo. —Resuelta le quitó un botín.

Serine sonrió. —Es estupenda, ¿verdad? Y peina mejor que nadie que conozca.

—Uy, que zalamera vuelve milady… Y que pelos me lleva.

Se echó a reír y sintió un dolor en el costado que le hizo llevar la mano hacia allí.

—Dora déjanos solos.

Dora la miró con los ojos como platos y Serine dijo con desconfianza —Eso no está bien.

—Solo serán unos minutos, ni yo puedo seducirte en unos minutos.

—Ah, ¿no?

—Me llevaría mucho más tiempo quitarte la ropa.

—¡George!

—¿Dora?

—Sí, milord

Salió a toda prisa de la habitación y le dijo —Déjame ver la cicatriz.

—¿Qué?

—Es por si se te ha abierto y hay que llamar al médico.

—No se me ha abierto, el doctor dice que tardará en curar por dentro.

Chasqueó la lengua antes de llevar las manos a su cintura. —Venga Serine…—De repente la miró sorprendido. —¿Esto es una venda?

—¡Claro, y no toques!

—¿Por qué tienes una venda que llega hasta aquí si el dolor es mucho más arriba?

Se encogió de hombros. —Me las pone el doctor todos los días.

Dora entró de nuevo. —Ya han pasado unos minutos, milord.

—Ayúdame a desvestirla.

—Ah no, no voy a ser su cómplice.

—¡Ayúdame te digo!

—¡George vete!

—¿Qué pasa aquí?

Todos miraron a la condesa. —Madre, ayúdame a desvestirla.

—¿Pero estás loco?

—¡Mira hasta donde llega su venda! ¡Quiero ver la cicatriz!

—Oh, de acuerdo. ¿Dora?

La doncella hizo una mueca. —Si se empeña…

—Pero…

Mary Anne dio un paso hacia la cama. —Déjanos verla. Solo queremos asegurarnos de que estás bien.

Su preocupación era evidente y no queriendo inquietarla más suspiró antes de volverse para que Dora le desabrochara el vestido, pero lo hizo George con eficiencia. El roce de sus dedos en su cuello la estremeció, pero él lo interpreto mal y dijo —Enseguida te tumbas, preciosa. —George le bajó el vestido por el hombro y se lo tocó con suavidad. —Vuélvete.

Ella se tumbó y elevó el brazo para que le bajara el otro hombro mostrando su ropa interior. Mary Anne se acercó mientras Dora tiraba del vestido por los pies para mostrar sus faldones. George con una delicadeza que la enterneció levantó lentamente su camisa interior para mostrar la venda que le cubría hasta los pechos. —Dios mío, ¿por qué te ponen eso? —La condesa palideció. —¿Tan grande es la cicatriz?

Ella agachó la mirada. —Hubo problemas en la operación.

Mary Anne se tapó la boca de la impresión y George dijo muy serio —Dora que venga el médico.

—Enseguida, milord.

—Pero el doctor Lumis me trata muy bien.

—Pues ahora verás al doctor Stevenson. Madre, unas tijeras.

—Unas… —De repente salió corriendo y los dejó solos.

—No es para tanto.

—Eso quiero verlo yo —dijo muy tenso.

—Al parecer no encontraba la bala.

—¿Qué has dicho?

—Eso me dijo Carter. Fue complicado.

—Aquí estoy. —Su madre se acercó con unas tijeras enormes. —Son de costura, ¿te valen?

Él se las cogió y antes de que se dieran cuenta le estaba cortando la venda con una suavidad que la dejó atónita. Miró a Mary Anne que estaba atenta a la venda y cuando llegó la tijera demasiado cerca de su pecho se le cortó el aliento. —No cortes más.

George apretó los labios antes de cortar en el centro haciendo que ambos lados se abrieran. —¡Eh!

—¿Crees que no he visto unos pechos antes? —Apartó la tela y Mary Anne se llevó la mano a la boca al ver la cicatriz que cubría todo su costado derecho hasta la cintura. —Joder, ese inútil —dijo entre dientes. Roja como un tomate quiso cubrirse bajando la camisa interior—. Puto carnicero.

Los ojos de Mary Anne se llenaron de lágrimas. —Oh, mi niña, ni sé como te mantienes en pie.

—No pasa nada, estoy bien. ¡George quita! —Incómoda por sus miradas de horror se bajó la camisa interior. —Quiero dormir un rato.

—Sí, por supuesto —dijo la condesa.

—Después de que te lo vea el médico. —George muy serio se levantó. —Dora ayúdala a ponerse el camisón.

—Sí, milord —dijo aún impresionada por la cicatriz.

Madre e hijo salieron de la habitación y Dora forzó una sonrisa. —Buscaré un camisón de la condesa.

—Oh, mi equipaje está en el carruaje que hay fuera. —Se sonrojó con fuerza. —El de la marquesa de Thirenwood.

En ese momento llamaron a la puerta y se cubrió como pudo. —¿Sí?

—Su equipaje, milady.

—Perfecto —dijo Dora radiante—. En un pis pas podrá descansar.

Capítulo 12

Pero eso no fue así porque apenas se había puesto el camisón cuando llegó el doctor Stevenson y al ver su cicatriz se horrorizó. —Pienso denunciar esto —dijo indignado—. ¿Pero es que estaba borracho?

—Doctor, ¿se repondrá? —preguntó Mary Anne muy preocupada.

—Si ya estoy bien…

—¿Le duele mucho, milady?

—Bueno…

—No descansa, ¿verdad?

—No mucho.

—Diablos. —Abrió su maletín y sacó un frasquito. —Tómese una cucharadita antes de dormir, solo si no descansa como debe o le duele mucho.

—No, no quiero tomar esas cosas.

—Milady, con precaución y sin abusar no es malo. La ayudará.

—Me atontaba.

El doctor apretó los labios. —Porque debía tener muchos dolores, milady, y es lógico con una cicatriz así. Hágame caso, al menos durante tres días tome una cucharadita para dormir.

—Hazle caso, niña. Sabe lo que hace.

—Bueno, si insiste.

—Insisto. —Forzó una sonrisa y le dijo a la doncella —Puede ponerle el camisón. —Se volvió con el maletín en la mano. —Mañana pasaré a verla.

—Gracias doctor.

—No es nada, milady. ¿Me acompaña, condesa?

—Sí, por supuesto.

Al salir vio que George estaba en el pasillo hablando con su padre y cuando salió el doctor ambos se volvieron hacia él. Pero Mary Anne cerró la puerta y no escuchó lo que le decían.

—Ahora descansará, ya verá.

—Él decía que me había salvado la vida —dijo apenada—. Le estaba tan agradecida…

—Y se la salvó, milady, tenía una bala dentro. Pero estoy segura por la cara del doctor que podía haber hecho las cosas de otra manera. Ahora ya no hay remedio.

—Es horrible, ¿verdad?

—Bah, ¿ahí quien se la va a ver? ¿Su marido? La amará tanto que eso le dará lo mismo. —Se emocionó por sus palabras y cuando la cubrió con las mantas Dora sonrió. —Ahora a dormir.

Una lágrima corrió por su mejilla. —Gracias por ser tan buena conmigo.

Se le cortó el aliento. —Milady, usted no merece otra cosa porque es buena, dulce y siempre tiene una sonrisa para todos.

—¿Dora?

Sorprendidas miraron hacia la puerta para ver allí a George. —Déjanos solos.

—Sí, milord.

A toda prisa salió de la habitación y preocupada preguntó —¿Ocurre algo malo con la

cicatriz?

—El doctor dice que tiene buen color y que en unos días te quitará los puntos. Además, no tienes calentura y eso es muy bueno.

—Bien. —Agachó la mirada. —¿Crees que a mi marido le molestará?

George entrecerró los ojos. —¿Por eso has dejado a Carter? ¿Porque crees que no le gustará?

Negó con la cabeza. —A él le da igual.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí, cuando vi la cicatriz lloré y…

—Él te consoló.

—Sí, ha sido muy bueno conmigo.

—Así que vio la cicatriz.

Serine frunció el ceño. —No.

—¿No? —preguntó irónico—. Yo creo que sí.

—Te digo que… —Se le cortó el aliento. —Me desmayé en el carruaje. Cuando me desperté ya me habían operado.

—Vaya con el marqués —dijo entre dientes.

—Intentaba salvarme la vida.

—Ya.

—Tú también la has visto y no eres nada mío. —Remilgada levantó la barbilla.

George gruñó sentándose a su lado. —Bueno, el doctor ha dicho que debes descansar al menos una semana antes de levantarte de la cama.

—¡No!

—Sí.

Bufó mirando el techo. —Serine, es por tu bien. El doctor dice que con esa cicatriz es casi un milagro que estés viva.

—Me aburriré como una ostra.

—¿Has visto alguna vez una ostra?

—Pues sí, listillo. Mi tía las comía a menudo. —Puso cara de asco. —Y no sé cómo, tienen una pinta repugnante.

Rio por lo bajo. —Si que la tienen, pero ahora están muy de moda con champán. En ciertas fiestas se dice que… —De repente se detuvo en seco y carraspeó. —Da igual.

—¿Qué se dice?

—No importa. —Se levantó y fue hasta la puerta. —Te traerán la cena y quiero que te lo comas todo.

—¿Ahora eres mi padre? —Se tensó y se volvió para mirarla fijamente. —De repente pareces muy preocupado por mí cuando antes no te importaba si me moría —dijo con ironía.

—Mis padres están muy disgustados y no quiero que se estresen más con este asunto.

—¿Así que te encargas tú?

—Sí, así que sé buena.

Le miró maliciosa. —Lo que digas, milord.

Él se volvió. —No me has visto enfadado.

—Ah, ¿no?

—No, y estoy seguro de que no quieres verlo, así que no me provoques. —Molesta le sacó la lengua y él levantó una ceja. —Muy maduro.

—¿Quieres oír algo maduro? —Se sentó de golpe. —¡Tú no me das órdenes, así que vete a que te dé el aire que lo estás deseando!

—Serine…

—¿Qué? —preguntó chula—. ¡Sal de mi habitación no vaya a ser que piensen que llevas mucho tiempo y te obliguen a casarte conmigo!

—¿Estás loca? ¡Estás convaleciente! ¡No me servirías para nada! —Abrió la puerta. —Aunque no me servirías para nada aunque estuvieras en plena forma.

—Ah, ¿no? ¡Lo estás deseando, majo!

—¡Estás de atar! ¿No recuerdas que te he rechazado?

—Sí, ¿eso no fue antes de que me dijeras que si amaras a alguien sería a mí?

Él la fulminó con la mirada antes de cerrar de un portazo y Serine sonrió radiante. Se sentía viva. Nada como una bronca para que la sangre fluyera por sus venas. Que hombre. Se dejó caer en la cama y frunció el ceño. No era el plan que Fely y Royden habían urdido, pero estaba allí, él también y esa era su oportunidad de conseguirle.

A la mañana siguiente Mary Anne entró en la habitación y su doncella detrás con su costurero. —¿Cómo te encuentras, querida?

—Aburridísima, ¿dónde estabas? ¿Dónde están todos?

—Mi George está en el club, tu George está en la biblioteca y yo estoy aquí. —Se sentó en una silla a su lado y abrió el costurero. —¿Cómo te encuentras hoy?

—No ha venido, está en casa y no ha venido —dijo molesta—. Dile que venga, busca una excusa.

—¿Una excusa?

—Menuda casamentera estás tú hecha.

—Niña, ¿sabes lo que has avanzado? —Se acercó y susurró —Desde el duelo no ha

vuelto a salir de picos pardos.

La miró pasmada. —¿Qué dices? Pero eso es por vosotros no por mí.

—No te creas. Creo que se siente responsable porque si él no hubiera hablado de más en aquella fiesta…

—No hubiera habido duelo.

—Exacto.

—¿Pero este hombre cuando va a dejar de echarse la culpa por todo? Dile que venga. —Sus ojos brillaron. —Que me lea.

—¿Te pasa algo en la vista?

—No puedo levantar los brazos para sostener el libro y tu vista ya no es lo que era.

Mary Anne soltó una risita. —Eres buena.

—Gracias.

—Dora…

—De inmediato, condesa.

Ambas se miraron. —Pondrá alguna excusa —dijo su madre.

—Pues piensa algo tú.

La miró divertida. —Soy casamentera, no hago milagros y menos con mi hijo. ¿Crees que si hubiera sabido dominarle, hubiera estado tan rebelde diez años? Es mi punto débil. Como tú eres el suyo.

—¿Yo?

—Sí, niña. ¿Por qué crees que se ha quedado en Londres? Quería saber de ti. Todos los días nos preguntaba si íbamos a ir a verte. —La miró arrepentida. —Teníamos que haber ido, haber hablado contigo.

—Eso es agua pasada, Mary Anne. Y entiendo que te preocupara mi reacción. Además,

tú también lo has pasado mal. Olvídalo.

—Tienes un corazón enorme.

—Ya, pero no vuelvas a hacerlo.

La condesa soltó una risita. —Otra como esa y no lo cuentas.

—Te dije que era más dura de lo que parecía.

—Que buen ojo tiene Ifi.

—Pues sí que lo tiene, sí. ¿Cómo empezasteis en esto?

—Una prima de Ifi no encontraba marido. Fue la primera y nos lo pasamos tan bien que repetimos en la siguiente temporada. Y llevamos ya veinte años. Las últimas fueron Fely e Ingrid. —Sonrió orgullosa. —Que bien nos lo pasamos.

—Conmigo no os lo habéis pasado tan bien.

—Es que mi hijo complica un poco las cosas. Con otros no tenemos piedad.

—¿Y qué es lo que hacéis? —preguntó intrigada.

—A Royden le seguimos hasta América. —Soltó una risita al ver su sorpresa. —Y a Lucas hasta su casa de campo. Por eso íbamos a Escocia, si se les pilla desprevenidos es mejor.

—Es una pena que no hubiéramos podido ir. Hubiera sido divertido.

—¿Qué hubiera sido divertido?

Miraron hacia George que estaba guapísimo con un traje marrón y para su sorpresa llevaba un libro en la mano. —Ir a Escocia a cazarte. No habrías tenido posibilidad.

—Las mismas que aquí, preciosa. —Cerró la puerta mirándola fijamente. —¿Cómo has dormido?

—Como un tronco con la medicina. —Miró el libro en su mano. —¿Qué es?

—Romeo y Julieta, a ver si así te inspiras y consigues marido.

Gruñó. —La acaban cascando.

Se echaron a reír y George se sentó en la cama a su lado. Su madre satisfecha se puso a bordar y dijo —Me encanta esa historia.

—Madre, todos sabemos que eres una romántica empedernida.

—Pues sí. El amor es lo único que importa.

—Pues a mí esa historia me parece una tragedia con mayúsculas. No me gusta, busca otro.

Sonrió abriendo el libro. —Es mucho ruido y pocas nueces.

—Me encanta.

—Es muy divertida —la aprobó su madre—. Empieza hijo.

Su voz era perfecta para leer y se le quedó mirando sin poder evitarlo ensimismada en el relato. Rio con la agudeza del escritor en aquella magnífica historia. A veces enfatizaba las voces para darle más fuerza a la comedia, lo que demostraba que la había leído muchas veces. Interesante, ya que era un hombre que se había amargado la existencia durante los últimos diez años. Por primera vez pudo observarle a gusto y por si no tenía otra oportunidad grabó en su memoria cada expresión de su rostro, cada rasgo y el sonido de su voz. Él pasó la hoja y de repente frunció el ceño antes de mirarla. —¿Todo bien?

Se sonrojó. —Sí.

—No te has reído.

—Oh… ¿De veras?

Él dejó caer los brazos. —Estás cansada.

—No, estoy bien de verdad. Continúa, por favor.

La miró como si no se creyera una palabra y siguió leyendo. Ahí ya tuvo que estar atenta porque si no reía con el argumento él dejaría de leer.

Estaba terminando el primer acto cuando se abrió la puerta y entró el conde. —No os vais a creer esto.

—¿Qué, querido?

—Le han robado un collar muy valioso a Ingrid.

Asombrada la condesa se levantó. —¿No será el de la boda?

—El mismo. Me acabo de enterar en el club. Al parecer ayer cenaron con Fely y Royden y cuando llegaron a casa dejó los pendientes en el joyero, ese tan grande que le regaló Lucas en Navidades. Bueno, el hecho es que abrió un cajón para dejar un alfiler que llevaba cuando se dio cuenta de que no estaba la caja. Lo han denunciado a la policía, pero estos no le han hecho mucho caso porque el resto de las joyas estaban allí. Creen que miente.

—¿Es un collar muy valioso? —preguntó preocupada por su amiga.

—Valiosísimo —dijo Mary Anne—. Diez veces más que mi anillo.

Jadeó llevándose una mano al pecho.

—Eso sin contar que es una reliquia familiar —dijo el conde.

Mary Anne se levantó. —Es evidente quien lo ha robado.

George cerró el libro. —Y también es evidente que estará ya camino al continente. Con algo tan valioso no se ha quedado en Londres.

—La madre de Lucas le echará a ella la culpa, ya verás como sí. No la soporta. Pobrecita, que disgusto.

—¿Ves cómo teníamos que haber hecho algo? —le dijo a George molesta.

—Preciosa, era yo el que quería hacer algo. Si hubierais colaborado en el baile…

—Pues a qué esperas, tienes que ir a buscarle.

—¡Qué vaya Lucas!

—Seguro que ya le está buscando —dijo el conde molesto—. Hijo debes ayudarle.

Gruñó levantándose como si fuera un esfuerzo enorme, lo que le encantó porque era evidente que no quería irse. Ella apartó las mantas. —Voy a ver a Ingrid.

—¡Tú no vas a ningún sitio!

—Ya, claro.

—¡Serine!

Resuelta pasó ante el conde para abrir el armario, pero la puerta se cerró de golpe antes de que George la cogiera en brazos para llevarla a la cama. En un visto y no visto tenía las mantas hasta la barbilla. —¡Tú no te mueves de aquí!

—Pero…

—¡Pero nada! Iré a su casa y hablaremos de las opciones que tenemos.

—¿Opciones? ¡Hay que ir a ese joyero a retorcerle los bajos hasta que cante!

La miraron con los ojos como platos y se puso como un tomate. —En el mercado se escuchan muchas expresiones así.

—Pero esas expresiones no las dice una futura marquesa.

—¡Ya no voy a ser marquesa! —Apartó las sábanas y él la empujó por el hombro para impedir que se levantara. —George déjame, quiero ir.

—¡No!

Entrecerró los ojos. —Bien, hora de negociar.

Para su sorpresa George sonrió. —Cinco libras.

—¿Cinco libras? Serás roñica.

—Veinte.

—Yo no quiero dinero, tus padres me compran más de lo que necesito.

Los condes sonrieron orgullosos. —¿Y qué quieres, niña?

—Un beso.

Los ojos de George brillaron. —Un beso.

Se sonrojó. —Pero un beso de verdad, de esos que se dan marido y mujer. Mis amigas dicen que no tengo experiencia y que eso se nota. Así que quiero experiencia.

George perdió la sonrisa de golpe. —¡Y para qué quieres tú experiencia si puede saberse!

—Pues para saber que hacer.

—¡Eso sale solo!

—Ah, no. El profesor de piano decía que había que saber la teoría pero que cuanto más se practicara mejor.

El conde carraspeó. —Ahí la niña tiene razón.

—¡Tú le darías la razón en todo!

Su padre sonrió de oreja a oreja. —Es que es un ángel.

Sonrió encantada con él. —Gracias, guapo.

Los condes rieron por lo bajo mientras George gruñía. —Venga, tampoco debe ser para tanto cuando te vas besando con cada lagarta que te encuentras.

—Esto no es lo mismo. Luego te haces ilusiones, mis padres se hacen ilusiones y ya está el lío montado. ¡Y luego decepciono a todo el mundo!

—Qué hombre más inseguro —dijo por lo bajo.

—¿Inseguro yo? ¡Si algo se me da bien es esto!

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿De veras? Pues venga, que no tengo todo el día. —Al ver que no se movía entrecerró los ojos. —Mary Anne que preparen el carruaje que nos vamos.

—Tu marido se dará cuenta de que tienes experiencia —dijo como si nada.

—¿Y si no me caso nunca? Tengo la reputación destrozada, como dijiste igual no me caso y soy la acompañante de tu madre toda la vida. Pues eso que me llevo. Venga, estoy

esperando.

—Hijo, cuantas pegas pones con todo lo que has regalado tus besos por ahí.

—Ella no es una de por ahí, madre —dijo entre dientes.

—Uy, uy que este no quiere… —Apartó las mantas.

—¡Está bien! —Sintió que le daba un vuelco al corazón y él miró a sus padres. —¿Nos dejáis solos?

Mary Anne levantó una ceja. —Ni de broma, que igual te animas y me desvirgas a la niña.

—¡Madre!

—¿Qué? ¿Te crees que es tonta? ¡No es tan inocente como piensas y sabe de sobra como se hacen los niños!

Los tres miraron hacia ella que observaba a George impaciente. ¡Dios, iba a besarle! Esperaba que fuera bueno porque igual no la besaba nunca más.

George se iba cabreando por momentos. —¡No pienso hacerlo delante de vosotros!

—Vamos cielo —dijo el conde—. Al parecer necesitan intimidad.

—Que remilgado se está volviendo tu hijo.

Su padre cerró la puerta y George la miró fijamente. —¿Estás listo o pides permiso a la reina? —dijo ella con ironía.

Tomó aire como si fuera a entrar en batalla y ella jadeó. —¡Oye, que no es un sacrificio tan grande! ¡A mujeres peores que yo habrás besado!

Se sentó a su lado. —¿Serine?

—¿Sí?

—Cállate.

—¿Qué has…? —Él atrapó sus labios y entró en su boca saboreándola como si supiera a

néctar. Fue tal el impacto de su sabor que gimió de gusto y él entrelazó su lengua a la suya ansioso, provocando que Serine inclinara la cabeza para hacer el beso más profundo y placentero. Ni podía pensar, ni sabía cómo respiraba, pero lo que sí sabía era que quería más, así que abrazó su cuello dejándose caer en la cama llevándoselo con ella. De repente su mano apareció en uno de sus senos y Serine abrió los ojos como platos sin dejar de besarle, pero el roce de su pulgar en su pezón provocó que el calor que la recorría aumentara y mucho. Dios, que gusto. El beso cada vez se hizo más impaciente y sin saber cómo la mano de Serine fue a parar a su muslo. George se apartó de golpe y respirando agitadamente preguntó —Preciosa, ¿qué haces?

—No sé.

—No sigas por ahí.

—¿Por dónde? —preguntó sin entender nada—. ¿Hago algo mal? —Se sentó para acercarse a sus labios. —Dime que es y no lo hago más.

Se levantó espantado. Serine protestó cuando no consiguió sus labios y al verle de pie al lado de la cama parpadeó. Él iba a decir algo, pero pareció pensárselo mejor porque salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Serine parpadeó de nuevo aún sintiendo sus labios sobre los suyos. Llevó su mano hacia allí acariciándoselos y soltó una risita por lo increíble que había sido. ¿Él habría pensado lo mismo? Al parecer le había dejado sin palabras. Sin palabras y con ganas de salir corriendo. Un hombre experimentado como él no se asustaba fácilmente. Y eso era por algo. A eso debía agarrarse. Cada vez le gustaba más el plan de la seducción. Tenía que haber empezado por eso desde el principio. Eso le pasaba por dejarse aconsejar. Rio dejándose caer en la cama y suspiró de gusto. Sí, se moría por seducirle del todo. En ese momento ya no tuvo ninguna duda de que George era el hombre con el que quería compartir su vida.

Al final se quedó sola todo el día. Los condes se fueron a casa de sus amigos a enterarse de las novedades, así que continuó leyendo el libro de William Shakespeare que George había empezado. Pero ese entretenimiento le duró apenas un par de horas y en la tercera hora ya pensaba que aunque el maldito tiro no había acabado con ella, sería el aburrimiento el que la terminaría matando. —Uff…—Volvió la cabeza para mirar la ventana. Se levantó para acercarse a ella y en ese momento vio entrar a dos hombres que miraban la fachada. Levantaron la vista hacia allí hablando entre ellos y entonces subieron los escalones de la casa para llamar a la puerta. ¿Quiénes serían?

—¡Déjeme pasar!

El grito en el piso de abajo le cortó el aliento y asustada fue hasta la puerta.

—¡No me impedirá hacer mi trabajo! ¡Apártese!

—¡Señor, está herida, no puede recibir a nadie!

Sabiendo que hablaban de ella salió al pasillo y vio como los hombres subían las escaleras. Miraban a un lado y al otro como buscando algo. Jeffrey les seguía. —¡Dejen que avise a mis señores y pueden hablar con ellos!

Al llegar a la primera planta la vieron de inmediato. —Jeffrey ¿qué ocurre?

—Oh milady, estos policías la buscan.

—¿A mí?

—¿Lady Serine Cadwell? —preguntó el hombre que iba delante y que llevaba una pulcra barba morena.

—Sí, soy yo.

—Soy el sargento Johnson, policía de Londres. Queda detenida por el robo de un camafeo en casa de su tía.

—¿Qué? —preguntó incrédula.

—Venga con nosotros.

—¿Hablan en serio?

—Totalmente. —La agarraron de los brazos llevándola hacia las escaleras. —Ya dará las explicaciones en la comisaría.

—Pero al menos dejen que se ponga la bata —dijo Jeffrey horrorizado por la situación, pero ellos no le hicieron caso.

—¡Ese camafeo es mío!

—¿Reconoce que lo tiene? Prepárese para pasar unos años en la cárcel.

—¡Me lo regaló Catherine!

—¿Se lo regaló una muerta? No me haga reír. —Bajando por las escaleras tiró de su brazo con fuerza y le hizo daño.

Jeffrey gritó —¿No ven que sufre? ¡Está herida de gravedad!

—¡Cállese si no quiere que le detengamos también por obstruir nuestro trabajo!

—Van a pagar por esto.

Ya en el hall el policía se volvió y dio un paso hacia él soltando su brazo. —¿Qué ha dicho?

—¡No tienen derecho a tratarla así!

El hombre le dio un tortazo a Jeffrey que le volvió la cara y Serine jadeó del horror. —¡No le haga daño! —Dio un paso hacia él y el policía se volvió abofeteándola con el dorso de la mano con tal fuerza que la tiró al suelo.

—¿Estás loco? Es de alcurnia —dijo su compañero.

—Es una sucia ladrona y acabará en prisión como las putas y las asesinas. —Sonrió con maldad. —Va a pasar una larga estancia en prisión, milady. Le aseguro que no le va a gustar. —

Se agachó y la cogió del brazo. —Mueva ese puntiagudo trasero —dijo con un odio que la dejó atónita.

—Milady —dijo Jeffrey angustiado.

—Avise a los condes. —Muerta de miedo le miró sobre su hombro mientras un coche negro de caballos se detenía ante ellos. —¡Avíselos!

La obligaron a subir y vio como Jeffrey gritaba a un lacayo, que a toda prisa corrió hacia la parte trasera de la casa. Llegarían enseguida, solo tenía que ser paciente. Angustiada estiró el cuello para mirar la casa mientras se alejaban. Sí, irían a buscarla enseguida y la sacarían de ese lío. Sus amigos la ayudarían.

Capítulo 13

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que aquellos dos hombres la miraban fijamente y de una manera que le puso los pelos de punta. Uno estaba sentado a su lado y el de la barba frente a ella sonriendo mientras sus ojos no se molestaban en disimular su deseo. Y eso la alertó porque era evidente que ese hombre no estaba del lado de la ley. De hecho, no dudaría en violarla allí mismo si pudiera. Tenía que distraerles. —Ustedes no son policías, ¿verdad?

—Claro que sí. En la comisaría la interrogaremos —dijo el que no se había presentado.

Mentía, lo veía en sus ojos de rata. Entonces se dio cuenta de que lo del camafeo solo se lo podía haber dicho su tía. —Os ha contratado ella —dijo con desprecio.

—¿Ella?

—¡Mi tía!

—Su tía la ha denunciado, milady —dijo el de la barba con burla antes de alargar la mano y agarrar un mechón de su cabello rubio.

Ella lo soltó con repugnancia. —¡No me toque!

La agarró por el pelo de la nuca atrayéndola. —¿Que no te toque? Deberías ser amable con nosotros, zorra. Deberías… —La agarró por el cuello con la mano libre y apretó con fuerza. Asustada intentó soltarse y él empezó a reír. —¿Te ahogas? —Empezó a patalear sintiendo que no llegaba el aire. —¿Te mueres? Eso no pasará todavía.

La soltó y pálida como la nieve respiró hondo. —Ahora calladita hasta que lleguemos, no

vaya a ser que pierda la paciencia.

Impotente se llevó una mano al cuello alejándose de esos hombres todo lo que podía mientras se reían porque estaba aterrorizada. La iban a matar. La iban a matar y su tía estaba detrás de todo aquello.

Cuando el carruaje salió de Londres las lágrimas corrieron por sus mejillas de la impotencia porque no la encontrarían. No la buscarían fuera de Londres y si era así, sería demasiado tarde. Estaba segura de que solo tendría unas horas como mucho. Tenía que hacer algo y rápido porque cuando salieran de ese carruaje su vida estaría en peligro. Era evidente que querían llevarla a algún sitio y allí estaría su tía para darle la última lección, de eso no tenía ninguna duda. Por eso no la habían matado todavía. Miró de reojo al que tenía al lado que parecía de lo más relajado mirando por la ventanilla. El de enfrente tanto de lo mismo, aunque de vez en cuando la miraba de una manera lasciva que dejaba claro que tomaría su cuerpo cuando fuera el momento. Agachó la mirada a toda prisa haciéndole reír por lo bajo y vio que estaba tan cómodo en su asiento que tenía sus piernas bien abiertas. Valor, Serine. Levantó el pie y le pegó una patada con todas sus fuerzas en sus partes haciéndole gemir de dolor. El que tenía al lado le miró sorprendido antes de recibir un codazo en toda la nariz rompiéndosela. Serine se tiró a la puerta y la abrió, pero el carruaje iba muy deprisa. —¡Serás puta!

El de la nariz alargó la mano para agarrarla del camisón, pero ella se tiró rodando por la carretera hasta la cuneta. Gimió del dolor que le dio en el costado y escuchó los gritos. Con la respiración agitada levantó la vista para ver que el carruaje se detenía. Sin saber ni de donde sacaba las fuerzas se puso en pie a toda prisa y corrió hacia el bosque. Ni sabía a donde iba, pero no podía permitir que la cogieran de nuevo.

—¡Roy corre! —gritó el que casi la había estrangulado—. ¡Qué no se te escape, nos

jugamos el cuello, joder!

Sin dejar de correr sentía como sus pies desnudos se cortaban por los cantos de las piedras que se encontraba, pero no se detuvo. Al no oírles sollozó y de repente sintió un olor nauseabundo pero ella corrió y corrió sabiendo que su vida dependía de ello. Entonces el bosque desapareció para dar paso a un claro, en el centro había un edificio enorme que tenía tres chimeneas que desprendían ese olor tan desagradable. —Una fábrica. —Gritó pidiendo ayuda corriendo hacia allí. —Unos hombres ante una puerta volvieron la vista hacia ella y un hombre con traje negro corrió en su encuentro. —¡Ayuda, ayuda! ¡Me han secuestrado!

Entonces el hombre sacó una pistola y se detuvo apuntando hacia ella. Serine gritó deteniéndose en seco y del impulso derrapó sobre el suelo de tierra hasta caer ante el hombre que disparó. Con el corazón en la boca vio como movía el brazo antes de disparar otra vez. Dejó caer el brazo antes de mirarla con sus penetrantes ojos grises. —Lady Serine… Es un placer.

Impresionada susurró —El gusto es mío, milord. —Forzó una sonrisa. —¿Nos conocemos?

—No. —La miró de una manera que le cortó el aliento. —Pero tengo la impresión de que nos vamos a conocer muy bien. Lord Robert Madison, Conde de Baylet a su servicio, milady.

Sin hacerle mucho caso miró hacia atrás y dejó caer la mandíbula del asombro al ver los cuerpos de los dos hombres en el suelo. —Conde, admiro su puntería.

Él mirándole las piernas descaradamente dijo —Usted también tiene muchas cosas que admirar, milady.

Miró sus ojos. —¿Qué?

—¿La llevo a casa de la condesa de Arnfield?

—Sí me hace el favor.

—Será un honor. —La cogió en brazos y gritó —¡Mi carruaje! ¡Limpiad esa basura de ahí y llamad a la policía!

Uy, que bien mandaba. —Sí, que llamen a la policía. Esos hombres decían que eran policías, pero no me lo creí. Me han sacado prácticamente de la cama con acusaciones absurdas, después me he dado cuenta de que salíamos de la ciudad y me han pegado. —Apartó su cabello para mostrarle su cuello.

—Canallas. Cada vez me alegro más de que se hayan encontrado con su creador, milady.

—Es muy amable. —Sonrió. —Creía que no lo contaba.

—Es muy valiente. Su prometido estará encantado de recuperarla.

—¿Qué prometido?

—El marqués de Winsprill.

En ese momento llegó su carruaje. —Oh… eso fue un malentendido.

—¿No me diga?

El cochero bajó a abrir y la acomodó con cuidado en el asiento de seda azul. —Sí, cuando la condesa, mi madrina, me pegó un tiro sin querer creyeron que yo no querría volver con ella. Estaba desmayada, ¿sabe? No podían preguntarme.

—Como es lógico.

—Pues cuando desperté en casa del marqués, donde por cierto siempre he tenido una doncella a mi lado día y noche, dije que quería volver, como es lógico. Pero el doctor no permitía mi traslado. Tardé una semana en convencerle, ¿sabe? Al parecer mi operación fue de mucha gravedad.

—Se salvó de milagro, eso dicen por ahí.

—Y ahora me pasa esto, ¿se lo puede creer? —dijo disgustadísima antes de mirarse el codo que estaba despellejado.

—Oh, está sangrando. —Abrió el asiento y sacó una manta que le puso por encima antes de sacar un pañuelo de su chaqueta. Con delicadeza se lo puso en el codo sentándose a su lado.

—No es nada. —De repente sorbió por la nariz antes de echarse a llorar. —Desde que murió Catherine todo va mal.

—No diga eso. —La abrazó por el hombro pegándola a él. —Es una mala racha.

—Yo solo quiero ser feliz. Mi prima deseaba que me casara, ¿sabe? Creía que el marqués… Pero no. Y George no quiere y ahora me secuestran con intención de matarme. —Apartó la cabeza para mirarle. —Porque querían matarme, ¿sabe? Lo sé muy bien. No tengo una libra en el bolsillo, así que no era por dinero. Sus intenciones eran otras. —Abrió los ojos como platos. —Liquidarme.

Él reprimió la risa. —¿Y por qué querían matarla, milady?

—Uy, no me lo han dicho, pero seguro que mi tía está detrás de esto. Me odia.

—Sí, no ha hablado muy bien de usted a quien quisiera escucharla.

—¿Ve? Me culpa porque Catherine ha muerto y yo no.

—Entonces es que está loca, eso solo está en manos de Dios.

—Eso le digo yo a George.

—¿George? Ya le mencionó antes, ¿habla del hijo del conde?

—Del mismo, ¿le conoce usted?

—He oído hablar de él.

Hizo una mueca. —Seguramente mal.

—Pues sí, no tiene buena reputación.

Suspiró apoyándose en su hombro. —Es un hombre torturado por la muerte de su hermano.

—Eso dicen, que cambió desde entonces —dijo abrazándola.

—Pero creo que se está dando cuenta de que ha hecho mal en estos años. Ahora ya no sale, ¿sabe?

—¿No me diga? Eso sí que es una sorpresa.

—Pues no, no sale. Y asesora al Príncipe Alberto.

—Interesante.

De repente se sintió agotada. —No sé qué me pasa, es como si mi cuerpo pesara muchísimo.

—Es del susto. Eso sin contar que no está bien y que ha utilizado todas sus energías en escapar, así que su cuerpo pide descansar. Hágalo, enseguida estará en casa.

—Estarán muy asustados por mí —susurró.

—Seguro que lo estarán.

De repente le miró preocupada. —¿Le he dado las gracias por liberarme?

—Que yo recuerde no.

—Oh, perdóneme milord. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un verdadero placer.

Que hombre más interesante, pensó cuando el carruaje se detenía ante la casa. Habían hablado unos minutos de las circunstancias de su secuestro, porque se negaba a dormirse, y realmente era un hombre muy interesante. Y guapo con ese pelo moreno y esos ojos grises. ¿Estaría soltero? ¿Pero qué cosas dices, Serine? Céntrate en George que empiezas a dispersarte de nuevo y luego vienen los líos como con el marqués.

El conde abrió la portezuela él mismo para cogerla en brazos. —Ahora podrá descansar.

—Sí, y tomaré algo para el dolor. Me duele el costado.

—El médico la verá de inmediato.

—Eso dirán los condes. Me cuidan mucho, ¿sabe?

—¿A pesar del tiro?

—Bah, eso fue un accidente. Los accidentes ocurren, las armas son peligrosas.

—Eso me han dicho.

Sonrió. —Me gusta su humor.

Él la miró a los ojos y en ese momento se abrió la puerta principal dando paso a Mary Anne. —¡Dios mío, Serine! ¿Qué ha pasado?

Sonrió alargando la mano. —Un secuestro de nada, ya estoy de vuelta.

—¿Un qué? —Pasmada miró al conde. —¿La ha secuestrado usted?

—¡No! —exclamó ella antes de mirar a Robert con una sonrisa en los labios—. Él me salvó y mató a esos dos rufianes, madrina.

—Gracias a Dios que te encontraste con él. Por favor, pase, pase…

—Al parecer la vida de milady se ha complicado un poco de un tiempo a esta parte.

—Sí, la pobrecita tiene muy mala suerte. Jeffrey avisa a mi marido de que ya está de vuelta.

—Enseguida, milady.

Ella alargó la mano hacia él. —¿Cómo te encuentras? ¿Te hicieron mucho daño?

El mayordomo sonrió. —No se preocupe por mí, milady. Estoy muy bien. Es usted la que nos tenía en vilo. Ya decía yo que no eran policías. Tenía que haber hecho que los lacayos se tiraran sobre ellos.

—¿Quién se iba a imaginar que mentían? Yo solo me di cuenta cuando salíamos de Londres.

—Conde, ¿puede subirla a la habitación? —preguntó Mary Anne preocupada—. Rápido Jeffrey, un médico para la niña. —Su nuevo amigo empezó a subir las escaleras llevándola como si no pesara nada. —Está muy delicada, ¿sabe? —dijo siguiéndole—. Está convaleciente.

—Lo sé, milady. De una operación de gravedad, eso he oído.

—Como corren las noticias por Londres. Dichosas cotillas. —Dora les abrió la puerta de la habitación. —¿Sabe que intentan mancillar el honor de la niña?

—Mary Anne…

—Déjame desahogarme, niña, que estoy muy nerviosa todavía.

—¿No me diga, condesa?

—Pues sí. Esa bruja de su tía se encarga de dejarla mal.

La dejó en la cama con delicadeza y ella le sonrió dándole las gracias. Cuando el conde se enderezó miró a su amiga. —No debe preocuparse por eso, milady. Después de lo que ha hecho hoy pagará por todos sus pecados.

—¿Ha sido ella la que ha organizado el secuestro? —Serine asintió. —Dios mío, ha perdido el juicio. —Mary Anne angustiada dio un paso hacia él. —¿Cree que la ajusticiarán?

—¿Usted cree que no?

—Bueno… —dijo Serine pensando en ello—. Usted ha matado a quien podía delatarla.

El conde sonrió de medio lado. —Usted me dijo que había un cochero, seguro que hay alguien más que puede relacionar a la baronesa con esos rufianes.

—Sí, niña. Debemos tener fe en la policía que es muy lista para esas cosas.

—Pero si tú también dudabas hace un minuto —dijo asombrada mirando a Robert—. ¿No se lo ha preguntado?

—Creo que era una pregunta retórica, milady.

—Oh… —Sonrió mirando a Mary Anne. —¿A que el conde es muy agradable?

Mary Anne miró a uno y después a otro antes de poner los brazos en jarras. —¿Otra vez, niña?

Se puso como un tomate. —No, claro que no.

—¿Seguro? ¡A mí no me marees!

—¡Qué no!

Mary Anne sonrió angelicalmente antes de mirar al conde. —¿Un té? —Fue hasta la cama y se sentó a su lado. —Abajo se lo sirven.

—Me gustaría saber si milady está bien, condesa. Esperaré a que venga el médico si no le importa.

La cara de Mary Anne decía que le importaba y mucho, porque era evidente que le quería lejos de Serine cuanto antes. Pero por educación dijo estirada —Puede esperar abajo.

—Por supuesto. —Miró a Serine. —Espero que pronto esté recuperada, milady.

—Es muy amable, Robert. ¿Puedo llamarle Robert?

Él sonrió. —Por supuesto, Serine.

En ese momento entró George como una tromba. —¿Pero qué diablos ha…? —Al ver allí al conde se detuvo en seco. —Robert, ¿qué coño haces aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó Serine ilusionada.

—No demasiado —dijo Robert con desprecio—. Los únicos encuentros que he tenido con él han terminado en desavenencias que se han resuelto en el campo del honor.

Jadeó mirando a George. —¿Te hirió? ¡Porque dispara muy bien! ¿Te hirió? —Fulminó a Robert con la mirada. —¡Fuera de mi habitación!

—No preciosa, quien salió herido fue él, ¿no es cierto, Robert? ¿Qué tal la pierna? Creía que la última vez te había dejado cojo. Por cierto, últimamente no ves mucho a Alberto, ¿has perdido el favor del marido de la reina?

—Algún día te meterán un tiro entre ceja y ceja —dijo entre dientes.

—Uy, lo que ha dicho —dijo espantada—. ¡George que este quiere matarte! Ojito con él, ¿me oyes?

El conde de Arnfield llegó en ese momento con varios agentes de policía detrás. —Gracias a Dios, niña. —Al ver al conde allí se detuvo en seco al lado de su hijo. —¿Qué hace usted aquí? ¡Ni se le ocurra retar a mi hijo, que no ha hecho nada! ¡Los problemas que tenga usted con su amante son problema suyo!

—Uy, que tiene amante… —Serine le miró fastidiada. —¿Ya no me cae tan bien, sabe? ¡Hay que casarse!

—¡Por eso he perdido el favor del príncipe, porque me he casado con ella y no la soporta!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿De veras? Pues eso no está bien…

—Preciosa, que ella no le guardaba las ausencias, por eso Alberto está molesto.

—Uy… —Miró a su salvador. —Y está enamorado de ella, lo siento mucho.

—¡No tiene nada que sentir! ¡Mi Christine me es fiel!

—Eso será ahora —dijo George reteniendo la risa.

—Algún día…

Entonces pensó en todo lo que había dicho en el carruaje y como la miraba a veces, como si le interesara. —Ah, ya lo entiendo, son una pareja liberal.

Todos miraron hacia ella espantados y se sonrojó. —Ya me entienden, parejas que no se guardan las ausencias. El conde me hacía ojitos en el carruaje, así que es igual que ella.

George entrecerró los ojos. —¿No me digas? —Dio un paso hacia él y su padre le cogió del brazo para detenerle. —Padre, lo ha hecho para herirla y hacernos daño.

Ella dejó caer la mandíbula del asombro mientras George padre decía —No. La niña necesita atención. Solucionaréis vuestras rencillas en otro momento.

—Cuando quieras —dijo Robert retándole con la mirada.

—¡Ya está bien! —gritó ella. Fulminó a Robert con la mirada—. ¡Gracias por salvarme la vida, por su ayuda, y por ser tan atento conmigo, pero fuera de esta casa!

—Será un placer —dijo pasando ante ellos. De pronto se volvió en la puerta y la miró fijamente—. Milady, le voy a dar un consejo, si quiere ser feliz como decía en el carruaje, ponga sus ojos en otro sitio o conseguirá lo contrario de lo que se propone.

Ella levantó la barbilla como toda una condesa. —Sé muy bien lo que me conviene, conde. ¿Lo sabe usted?

Apretó los labios antes de salir de la habitación.

El conde suspiró del alivio antes de dar un paso hacia la cama. —Niña, ¿qué diablos ha ocurrido?

Al día siguiente sentada en la cama intentaba dar una puntada a su bordado y al ver como se retorcía el hilo, molesta tiró el bastidor a un lado. Si al menos pudiera tocar el piano. Emocionada porque eso la entretendría, cogió la campanilla de encima de la mesilla y la tocó con fuerza.

Dora entró de inmediato. —¿Sí, milady?

—¿Puedo bajar a tocar el piano?

—¿Qué has dicho? —La voz de George la emocionó y de repente apareció en la puerta. —¿Tocar el piano?

—¿Puedo? Estaré sentada.

—Te agotarás.

—Por favor, por favor… Me aburro mucho. —Agarró el bastidor. —¡Y odio esto! ¡Dile a tu madre que no, esto no me entretiene nada!

—¿Por qué no lees un rato?

—¿Me lees tú?

Entró en la habitación. —Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué? Los de la nobleza no pegan palo al agua.

Él sonrió sentándose a su lado. —¿Seguro? Algo harán.

—Ir al club. ¿Vas a ir al club?

—No, tengo una reunión con el administrador de mi padre. Y después con la policía.

—No la detendrán, no tienen pruebas.

En ese momento apareció Jeffrey en la puerta. —Milord, hay dos policías en la entrada.

—Vaya, llegan pronto. —Se levantó de inmediato y al ver la cara de preocupación de Jeffrey dijo —¿Qué ocurre, amigo?

—Milord… —Dio un paso hacia ellos. —Dicen que vienen a detener a milady.

Se tensó mientras ella jadeaba. —¿Vuelven a intentarlo?

—Creo que estos son de verdad, milady.

—No te preocupes. —George salió de la habitación a toda prisa y angustiada miró a Dora que se encogió de hombros.

—Tráeme la carta que hay en el tocador con el camafeo, rápido.

La doncella fue hasta el tocador a toda prisa y se lo llevó. Lo guardó bajo la almohada. —Vete a ver si suben.

Dora salió corriendo y nerviosa se apretó las manos. Si habían ido a buscarla es que al final la excusa que había puesto su tía para secuestrarla, la había utilizado de verdad con la única intención de hacerle daño. Seguro que la visita de la policía a su casa la había asustado y la había denunciado.

Dora entró en la habitación. —Suben, milady.

Rayos. George apareció en la puerta con cara de pocos amigos y la doncella salió discretamente. —La policía quiere hablar contigo sobre el camafeo, preciosa.

—Oh…—Vio entrar a dos hombres y ella sonrió. —Buenos días.

—Buenos días, milady —dijo el más mayor acercándose a la cama—. Soy Tyron Smith y él es mi compañero Albert Smith. Somos de la policía.

—¿Smith y Smith?

Él sonrió. —Precisamente.

—¿Y qué quieren de mí, señores Smith?

—Su tía fue interrogada por el caso de su secuestro. Como suponíamos nos dijo que no sabía nada. Los culpables no suelen confesar a no ser que lo vean muy negro.

—Comprendo.

—El hecho es que para nuestra sorpresa la acusó del robo del camafeo, cuando nosotros en ningún momento le dijimos la excusa que pusieron esos delincuentes para sacarla de la casa de la condesa.

—¿Ven cómo fue ella?

—Estamos totalmente convencidos, milady. La odia, solo hay que verla. La culpa de la muerte de su hija.

La mirada de Serine se entristeció y George molesto dijo —Señores, milady está agotada, ¿qué quieren saber?

—¿Usted tiene ese camafeo?

—Sí, me lo dio Catherine.

—¿Se lo dio ella?

Lo mejor era demostrarlo. Cogió la carta de debajo de la almohada y se la entregó. —Léanlo ustedes mismos.

El hombre cogió la carta y abrió el sobre. Leyó atentamente y asintió al llegar al final. —Esta prueba es irrefutable. Es como si fuera un testamento.

Suspiró del alivio y miró a George que dijo —Ahora si disculpan a lady Serine, debe descansar.

—¿Por qué no presento esta carta a los que vinieron a acusarla ayer?

—Lo hubiera hecho, pero no me dieron tiempo. Me agarraron y casi me arrastraron hacia la puerta diciendo que tenían que interrogarme.

—¿Puedo ver el camafeo?

Miró de reojo a George que asintió. Lo sacó de debajo de la almohada. —Por favor, tengan cuidado. Es lo único que tengo de ella junto con esa carta —dijo tendiéndoselo.

—No se preocupe. —El policía lo cogió y miró la pintura. —Se parecía mucho a usted, milady.

—Sí, como hermanas. —Se emocionó al recordar su risa y mirando al vacío susurró —Nos queríamos como hermanas.

Le dio el camafeo con la carta. —Siento haber tenido que molestarla, milady.

—¿La detendrán?

—Desgraciadamente de momento no hay pruebas, milady. No hemos encontrado nada que la relacione con esos dos hombres. De todas maneras no dejaremos el caso. Seguimos investigando porque alguna relación debe haber para que les conociera. No se desanime. No salga de casa sola y no dejen pasar a nadie que no sea conocido.

George asintió. —¿Han hablado con el conde de Baylet?

—Sí, por supuesto. Y ha contado lo mismo que milady. Como comprenderán él también está preocupado con el tema porque ha matado a esos hombres. Está muy interesado en que el caso se resuelva y colabora en todo.

—Bien… —George indicó la puerta con la mano. —¿Me siguen?

—Gracias por venir —dijo ella.

—Gracias a ustedes, buenos días milady.

George les acompañó hasta la puerta. —Jeffrey…

—Por aquí señores.

Cuando salieron George cerró la puerta, se acercó a la cama y se sentó a su lado. Cogió el camafeo de su mano y lo observó unos segundos antes de coger la carta. La leyó dos veces. —Se nota que te quería mucho. —Emocionada asintió. —Tienes suerte, ¿sabes?

Le miró sorprendida. —¿Por qué lo dices?

—Yo hubiera dado cualquier cosa por una carta de despedida.

Se emocionó por sus palabras y le abrazó. —Seguro que desde donde esté desea lo mismo que Catherine, que seas feliz. —Se apartó para mirar su rostro. —Porque eso es lo que deseamos cuando amamos, la felicidad de los nuestros.

Se miraron a los ojos y se sintió tan unida a él que elevó la mano para acariciar su mejilla. Él cerró los ojos como si quisiera disfrutar de su contacto. —¿Sabes lo que pensé cuando te vi por primera vez?

Él elevó los párpados. —¿Que era apuesto?

Sonrió. —Muy apuesto, pero lo que pensé es que tenía mucha suerte porque Ifi decía que eras para mí. No me lo podía creer.

—¿Y ya te lo crees?

Se le cortó el aliento. —Ahora creo que tienes que ser mío porque ya formas parte de mí.

Él la cogió por la nuca mirándola posesivo. —Repítelo.

—Tienes que ser mío…

George atrapó su boca besándola apasionadamente y ella respondió deseando mostrarle todo lo que le necesitaba, lo que encendió aún más a George que saboreó su boca como si la necesitara para seguir viviendo. Serine jamás creyó que un beso podía hacer correr su sangre

alocadamente por sus venas, pero George provocaba eso y mucho más. Su corazón parecía que iba a salírsele del pecho y su cuerpo ansiaba algo que desconocía. Ni se dio cuenta de que se tumbaba lentamente llevándoselo con ella, ni que acariciaba su nuca desesperada porque el beso continuara mientras entrelazaba su lengua con la suya. Le escuchó gemir de placer y eso la animó a besarle más ansiosa. George se levantó ligeramente para apartar las sábanas con un golpe seco tirándolas al otro lado de la cama y su mano fue a parar a su muslo elevando el camisón. El roce de las yemas de los dedos sobre su piel la maravilló y cuando él separó sus labios Serine suspiró cerrando los ojos mientras la lengua de George lamía el cuello hasta la clavícula. —Sabes a miel —susurró contra su piel. Lamió de nuevo y su mano llegó a su pecho acariciándolo por encima de la ligera tela del camisón.

—Bueno, bueno…

Serine chilló del susto mirando hacia a la puerta para ver allí a sus amigas y a la madre de su amante mirándoles irónicas con los brazos cruzados.

George sin volverse gruñó apoyando la frente en su hombro. —Mierda.

—Milord, ¿puede dejar lo que está haciendo? —preguntó Ingrid divertida—. Creo que tiene cosas más importantes que hacer, como ir a buscar al pastor.

—¿George? —preguntó antes de darle unas palmaditas en el hombro—. Cielo, está aquí tu madre.

—Preciosa, si me levanto ahora se van a escandalizar —susurró.

—¿Por qué? —preguntó preocupada en voz baja.

Él divertido levantó la vista. —Déjalo. —La besó en los labios alargando la mano para coger un almohadón. Al levantarse vio como el bulto de sus piernas era mucho más grande y dejó caer la mandíbula del asombro haciéndole reír por lo bajo mientras se cubría con el almohadón antes de darse la vuelta. —¿Una visita?

—Muy oportuna, debo decir —dijo Fely antes de reír—. ¡Te pillamos!

—Hijo…

—¿Sí, madre?

—Supongo que cumplirás con tu deber.

—Por supuesto, madre.

Pasmada porque diera su brazo a torcer tan fácilmente se puso de rodillas sobre el colchón. —¿Te casarás conmigo?

—¿Acaso no es lo que quieres? —preguntó con ironía.

—¡Ja! —Le señaló. —Te lo dije, ¿no? ¡Te lo dije! ¡Has caído! ¡Te dije que tenías que ser mío y zas! —Soltó una risita. —Soy buena en esto de seducir.

Él se echó a reír. —Preciosa, te he seducido yo.

—¡Algo habré hecho yo!

—Mirarme con ojos de carnero degollado.

—¡Eh! ¿Estás diciendo que no soy seductora?

Él rio por lo bajo. —No preciosa, eres seductora incluso sin proponértelo.

—Debe ser de nacimiento. Lo heredaría de mi madre. —Miró a sus amigas y chilló de la alegría. —¡Me voy a casar!

—Y sin tener que perseguirle hasta Escocia —dijo Fely encantada—. ¿Estás contenta?

—¿No se nota? —Bajó de la cama de un salto y le dio un beso en los labios para gritarle a la cara —¡Eres mío!

De repente George se echó a reír con ganas emocionando a su madre porque hacía mucho tiempo que no le escuchaba reír así. Serine le abrazó por el cuello, pero hizo un gesto de dolor bajando el brazo de inmediato. George perdió la sonrisa de golpe. —A la cama.

Con los ojos brillantes de la alegría preguntó —¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Nos casamos ahora?

—No, que te vas a la cama ahora. Ya nos casaremos cuando te recuperes.

—Eso niña, será una boda por todo lo alto. —Mary Anne se llevó la mano al pecho. —¡Ya verás cuando se entere tu padre!

George cogió en brazos a Serine y la tumbó en la cama. —¿Tendré vestido de novia?

—Tendrás la boda que te mereces. —George la besó en los labios y se enderezó. —Ahora dejaré que disfruten de su victoria, miladies.

—Gracias —dijeron las cuatro—. Aunque no es que nosotras hayamos hecho mucho —dijo Ingrid antes de fruncir el ceño—. ¡Rayos, nosotras no hemos hecho nada!

—Bueno, yo le di el consejo de que le sedujera —dijo Fely satisfecha.

—Si antes le dijiste que se resistiera para que la cogiera con ganas. —George la miró asombrado. —Igual todo ha tenido que ver.

—Que no… Que mi prometido no intentó seducirme antes… Si no podía ni verme. No llegué a resistirme porque no me hubiera tocado con un palo. —Le fulminó con la mirada. —Muy mal Georgi, así no se trata a una dama. —Frunció el ceño. —Pensándolo bien, tienes que tratar así a todas las damas con las que te cruces.

—¿Vas a ser una esposa celosa, mujer?

—¡Claro que sí! ¡Es mi deber!

Rio por lo bajo yendo hacia la puerta. —Seguro que ya ha llegado el administrador de mi padre. Iré atenderle.

Las chicas sonrieron como si le dieran el visto bueno a que trabajara y en cuanto salió su hijo, Mary Anne se acercó ilusionada. —Os vais a casar… —La agarró por los brazos para decir con cara de loca. —¡Voy a tener nietos! —Se llevó la mano al pecho. —Madre mía, que todavía no me lo creo. —Se volvió a mirar el reloj de la chimenea. —Mi marido está al venir. Me voy

abajo que quiero decírselo yo. —Salió corriendo con una agilidad impropia de su edad.

Se volvió hacia sus amigas y entrecerró los ojos. —¿No os ha parecido que ha sido muy fácil?

Fely sonrió. —Se hará de rogar, eso seguro. Tú atenta para seducirle cuando flaquee, hasta llegar al altar.

Capítulo 14

Esa noche tumbada en la cama esperó impaciente que fuera a desearle las buenas noches. Ahora eran novios formales, tenía que ir a darle un besito, ¿no? Miró el reloj de encima de la chimenea, las diez de la noche. Ya habían cenado hacía mucho, ¿dónde estaba? Suspirando miró hacia el piano que estaba en medio de la habitación y de repente soltó una risita. Cuando una hora antes de la cena Dora entró para abrir la ventana y entraron los lacayos para meterlo por el balcón no se lo podía creer. ¡Ese hombre estaba loco! Pero lo había hecho por ella para que no tuviera que bajar y estuviera entretenida. Cuando habían terminado de colocarlo todo ya era tarde para probarlo porque Dora había ordenado la cena. Se moría de ganas por oír cómo sonaba. Suspiró porque debía esperar al día siguiente. Acarició la puntilla de la sábana preguntándose dónde estaría este hombre. ¿No se habría ido a dormir sin pasar por allí? Tenían muchísimo de lo que hablar como cuándo se casarían, que en realidad era lo que más le importaba. No pensaba esperar seis meses para catarle. ¡Con lo que había probado no esperaría ni cinco minutos, por eso que no fuera por su habitación era inconcebible! Debería estar deseando comérsela a besos. A no ser que estuviera comiendo a besos a otra, claro. Ese pensamiento le revolvió las tripas y a toda prisa cogió la campanilla para empezar a tocarla con fuerza. Dora no tardó en entrar. —¿Sí, milady? —preguntó como si fuera muy pesada.

—¿Dónde está mi prometido?

—Abajo con sus padres, con los barones y los demás, milady.

Y ella se lo estaba perdiendo. —¿Y por qué no sube?

—Pues no sé… ¿Porque está a gusto?

Gruñó antes de decir —Dile que suba.

—Usted ya debería estar dormida, milady.

—No tengo sueño, dile que suba.

—No.

La miró pasmada. —¿Qué has dicho?

—Que no, milady. A dormir, órdenes del médico. —Fue hasta la puerta y con la boca abierta vio cómo se largaba.

Se dio cuenta que aún tenía la campanilla en la mano y siseó —Esta no sabe con quién trata. —Empezó a tocarla con fuerza y Dora entró en la habitación con cara de niña buena uniendo sus manos ante su delantal. Sus ojos decían que a ella no iba a crisparle los nervios con ese sonido tan molesto. —Dile que suba.

—Milady, ¿está sorda?

Jadeó indignada. —¡Claro que no!

—Pues eso. Sea buena y a dormir.

—¡Dile que suba, tengo que hablar con él!

—¡Lo que usted quiere es repetir!

Se puso como un tomate. —¿Pero qué dices?

—Que se lo noto, milady, y no.

Entrecerró los ojos. —¿Te gusta mi prometido?

—Claro que sí, habría que estar muerta para que no le gustara a una. Nos gusta a todas.

—¿Cómo que os gusta a todas? —Su mala leche fue en ascenso. —¿No tendrá alguna entre el servicio?

—Ahora ya no. Desde que se fue de Londres.

—¿Antes sí?

—Claro. Monique… —Se sonrojó. —Bueno yo no hablo de estas cosas que luego me echan la bronca.

—¿Monique? ¿Sigue aquí?

—Es la que la ayudó a asearse esta mañana.

Recordando esa morena de hermosos ojos almendrados sintió ganas de gritar. —No puede ser

—Lo que no puede ser es que siga despierta.

—¿Y desde que llegó?

—Desde que llegó nada, milady.

—Pero es una tentación.

—Como hay miles por Londres.

En eso tenía razón. Bufó. —Este hombre me va a llevar a la tumba antes de tiempo. Mi corazón no para de sobresaltarse.

—Por eso debe descansar.

Y dale. —Dile que venga.

—Milady no sea impaciente, ya ha logrado lo que quería y ahora debe relajarse un poco. ¡Así que a dormir! —ordenó antes de salir de la habitación dejándola con la palabra en la boca.

Cómo está el servicio… Parpadeó mirando la puerta cerrada. Esa no la ayudaría, eso estaba claro. Su mirada fue a parar al piano y sonrió maliciosa.

El sonido de la quinta sinfonía de Beethoven hizo que los presentes en el salón levantaran la vista al techo.

George padre hizo una mueca de apreciación mientras sus amigas pasmadas escuchaban atentamente. Ifi y Mary Anne sonrieron encantadas, pero nadie dijo ni una sola palabra pues no querían perderse una sola nota. Al cabo de unos minutos la pieza terminó y se miraron pasmados los unos a los otros. —¿Es una virtuosa o soy yo que no tengo oído? —dijo Fely impresionada.

Su marido sonrió. —Tienes un oído estupendo, preciosa.

La marquesa se sonrojó de gusto. —Qué maravilla. Y eso que no está en forma.

George al lado de la chimenea se acercó a su madre. —Me está llamando. No parará hasta que suba. —Confirmando sus palabras empezó a tocar una pieza de Chopin.

—Hijo, si queremos una boda como Dios manda debéis esperar seis meses.

Royden y Lucas rieron por lo bajo y él les fulminó con la mirada. —¿Creéis que no puedo?

—Amigo, no me hagas reír. La desflorarás en dos días como mucho —dijo Royden partiéndose de la risa.

—No digas estupideces.

—Si no catas fuera de casa no aguantarás.

—Mi hijo puede esperar. —El conde miró a George indeciso. —¿Verdad que sí?

—¡Dudas de mí!

—Bueno, hijo, no es que en el pasado hayas sido demasiado casto como para pensar otra cosa.

—No entiendo el problema —dijo Fely—. Se van a casar, ¿por qué esperar seis meses?

—Porque quiero la boda que siempre ha soñado y que mi esposa vaya con la cabeza muy alta por la calle. Ya bastantes rumores tendrá que soportar por casarse conmigo y por los chismes

que ha prodigado su tía —siseó él furioso—. ¡Por eso!

Mary Anne sonrió encantada. —Pues si lo tienes tan claro sube a hablar con tu prometida. —Al escuchar una marcha militar soltó una risita. —Se nota que está impaciente por verte.

Vieron como molesto salía del salón y Fely gimió por lo bajo antes de mirar a Ingrid. —Pues ella va a por todas.

—Este no aguanta ni un asalto.

Cuando se abrió la puerta sonrió, pero su hombre tenía una cara de cabreo que no podía con ella. —¡Mujer, a la cama!

—¿Estás enfadado? —Se llevó una mano al pecho. —Estás arrepentido. —Se levantó del banquito del piano. —¡Si no te ha dado tiempo! —Dio un paso hacia él. —Ven que te dé un beso, que se te ha olvidado lo bien que nos sale.

Él dio un paso atrás horrorizado. —Preciosa no te acerques. —Miró su cuerpo apenas cubierto por un camisón que mostraba sus contornos y este se volvió. —¡Y cúbrete!

—¿Que me cubra? —Pasmada se miró. —¡Si lo que querías es que me desnudara!

Como si se estuviera ahogando pasó la mano por el cuello de su camisa. —Preciosa…

Dio otro paso hacia él. —¿Sí?

—No va a haber cama hasta la boda.

Le miró como si tuviera cuernos y rabo. George la miró sobre su hombro y gritó —¡No pongas esa cara!

—Uy, que tú te has dejado liar por tus padres…

—Un hombre de honor…

—¡No me vengas con cuentos! —gritó haciendo que la mirara como si estuviera loca—. ¡Y no me mires así! ¡Tú no vas a aguantar hasta la boda!

—Que poca fe tienes en tu futuro marido.

Se cruzó de brazos. —¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuál ha sido el periodo de tiempo en que más has tardado en encamarte con alguna? ¿Dos días, una semana?

Él gruñó. —¿Hace cuánto que estoy aquí?

Le miró asombrada. —¡No me llegas al altar porque los cuernos no te los perdonaré, George!

—¡Mujer, puedo ser fiel si quiero!

—Claro que sí porque me vas a desvirgar. —Le miró como si fuera su objetivo. —Y ahora…

—Serine… —Al ver que tiraba de su camisón hacia arriba fue hasta ella y la cogió en brazos.

—¿Ves como estás impaciente?

—Sí, preciosa. Mucho —dijo con voz ronca antes de tumbarla en la cama y salir de la habitación como alma que lleva el diablo.

—¡George! ¡Vuelve aquí y cumple como un hombre!

Todos miraron hacia arriba antes de echarse a reír a carcajadas. Serine se sonrojó con fuerza porque se reían en distintas partes de la casa, lo que significaba que el servicio se había enterado. Como un tomate dejó caer la cabeza sobre las almohadas. —Pues no me doy por vencida.

No, no debía darse por vencida porque con tanta mujer casada que había en esa ciudad,

sus probabilidades de matrimonio se reducían a cada minuto que pasaba. ¡Y ella allí tumbada! No, eso no podía ser.

Miró al doctor ansiosa. —¿Puedo levantarme?

—Milady, debería descansar al menos cinco días más.

—Ya, ¿pero puedo levantarme?

Mary Anne suspiró. —Doctor, ¿no puede ser más flexible? Es muy inquieta. Hoy ha empezado a tocar el piano a las seis de la mañana.

El doctor miró hacia el piano. —¿Y a quién se le ha ocurrido poner eso aquí?

—Mi hijo quería que estuviera entretenida —dijo entre dientes.

—Y lo pienso aporrear hasta que me liberéis.

La condesa le rogó al médico con la mirada. —¿Puede levantarse?

—No —respondió como si fuera lo más obvio del mundo—. Retiren el piano.

—¿Es una orden? —preguntó la condesa encantada.

—¡No! —gritó Serine—. ¡Me moriré del aburrimiento!

El doctor lo sopesó. —¿Le hace sentir mejor el piano, milady?

Ya le tenía de su lado. —Mucho, muchísimo.

—Pues entonces no doy la orden. —Miró a Mary Anne. —Será su penitencia por haberle pegado un tiro a la niña.

La condesa jadeó mientras él cerraba el maletín. —Pasaré a verla mañana, milady.

—Gracias —dijo como una niña buena.

En cuanto se fue se enfrentaron con la mirada. —No toques a horas intempestivas,

Serine.

—¡Seguiré tocando hasta que mi prometido me haga caso! ¡No pienso esperar seis meses por él! ¡Y sé que tú le has metido esas ideas absurdas en la cabeza!

—¿Quieres casarte en estado?

—¡En este momento quiero casarme como sea!

Mary Anne soltó una risita. —Serás impaciente.

—¿No te das cuenta de que cuanto más espere más dudas tendrá y más mujeres le tentarán?

Se sentó a su lado. —Puede que tengas razón. Pero si queremos una boda por todo lo alto…

—Yo solo quiero casarme.

—Pues es la boda que él quiere darte. Quiere que vayas con la cabeza muy alta para que al menos esas chismosas no rumoreen sobre tu casamiento. Gracias al doctor hemos conseguido que nadie creyera que estuviste con el marqués. Pero si te quedas embarazada en un espacio breve de tiempo, cambiarán de opinión, creerán que te has casado con George para darle un apellido al hijo del marqués. Y que mi hijo lo hace como un favor porque te pegué un tiro.

Se llevó la mano al pecho. —¿Crees que pensarían eso?

—Claro que sí, la gente es muy mala cuando quiere.

—¿Un mes?

—Mejor tres para que no quepa la menor duda.

—¡Mary Anne!

—Es lo mejor para todos, niña. Incluido tu prometido que no tendrá que hacer frente a los duelos que puedan llegar si alguien pone en duda la paternidad de sus hijos.

Suspiró mirándose las manos. —Quizás tienes razón.

—La tengo. Así que tú ahí quietecita y no le provoques. Además, no sé a qué vienen tantas ansias cuando al principio decidimos que te hicieras de rogar.

—No, al principio queríais que le sedujera, después que no y después que sí. ¡Y ahora que no de nuevo!

—Si no hubiera sido por el marqués…

—Ahora es culpa mía. ¡Culpa a Ifi que me lio la cabeza!

Llamaron a la puerta y ambas miraron hacia allí. —Adelante —dijo la condesa.

Dora entró en la habitación. —Milady tiene visita, condesa.

—¿Nuestras amigas?

—El marqués de Winsprill.

Mary Anne chasqueó la lengua. —Este hombre no se da por vencido, niña. Dile que no se encuentra bien y que no recibe a nadie. —La miró a los ojos. —¿O no? A mi hijo no le sentaría bien que le vieras.

En eso tenía razón, pero le daba mucha rabia porque no le gustaba rechazar así a alguien que le había dado tanto. Y más aún cuando ya le había rechazado sentimentalmente. Esa visita demostraba que aún quería ser su amigo y como amigo sentía mucho que no pudiera verla, porque en sus conversaciones en su casa siempre la entretenía. Pero al parecer no podía ser. —Díselo Dora.

La doncella salió de la habitación a toda prisa y Mary Anne sonrió palmeando su mano. —Muy bien, debe tener las cosas claras y lo vuestro se ha acabado definitivamente. ¿Hablamos de la boda?

Se quedó en silencio pensando en su marqués y en cómo se había comportado en su convalecencia en su casa, tan amable, tan atento… Había procurado que no le faltara de nada, ni siquiera compañía y siempre tenía un minuto para estar con ella. Hasta cenaba con ella cuando empezó a sentirse mejor.

—¿Serine?

Levantó la vista hacia ella. —¿Dónde está George?

—Ha salido con Royden y Lucas, niña. Al club seguramente.

Apretó los labios disgustada porque no había pasado por su habitación para decírselo. Algo que el marqués no hubiera hecho nunca.

—¿Ocurre algo?

Dudó en si morderse la lengua, pero al final dijo —Que las comparaciones son odiosas, eso ocurre.

Mary Anne perdió la sonrisa de golpe. —Te advertí sobre cómo era mi hijo, ¿recuerdas? Pero ahora ya no es así. Gracias a ti ha cambiado mucho, niña. Le importas.

Sonrió ilusionada. —¿Eso crees?

—Te aseguro que sino no se casaría contigo. Así que no dudes porque estáis hechos el uno para el otro.

¿Le importas? Pues no se ha pasado a verte en todo el día. Según Dora ahora se estaba vistiendo para ir a un baile. ¡A un baile sin ella! Uy, estaba que se la llevaban los demonios. Si no había salido de picos pardos desde que ella estaba allí, ¿por qué tenía que ir ahora?

Dora estaba en el tocador cogiendo el cepillo para arreglarle su larga melena y cuando se volvió la doncella suspiró por su mirada. —No se angustie, milady. Dice que será fiel y lo será, milord es un hombre de palabra.

—Dile que venga.

—Ya empezamos —dijo por lo bajo.

—¡Dile que venga! —gritó poniéndose muy nerviosa.

Dora la miró fijamente acercándose a la cama. —Si le atosiga con sus celos, su relación nunca funcionará. —Se le cortó el aliento porque era cierto. —Debe confiar en él, milady. Va a ser su marido, se ha comprometido con usted. No puede hacer como toda esa gente que duda de él simplemente porque hable con una dama. Usted debe apoyarle, confiar en que le será fiel y que la respetará.

Sabiendo que tenía razón se giró y simplemente dijo —Cepíllame el cabello.

Dora sonrió y empezó a cepillarla. —Sé que la condesa y sus amigas tienen mucha experiencia uniendo parejas, debe hacerles caso. Mire hasta donde ha llegado, se va a casar con él. —Su doncella soltó una risita. —Si me lo hubieran dicho hace unos meses no me lo hubiera creído. Y lo que ha cambiado. Antes si venía a casa casi no se le veía el pelo por aquí porque estaba de juerga en juerga, ¿pero ahora? Si hasta cena con sus padres. Hablan… Antes no hablaban, ¿sabe? Compartían cenas en silencio y si hablaban de algo era de los problemas que él provocaba. Y entonces discutían. —Serine apretó los labios. —La condesa ha llorado mucho. Muchas noches porque estaba muy asustada por lo que podría sucederle.

Serine lo sintió muchísimo por ella. Por los dos, porque no dudaba que el conde también había sufrido.

—Pero mírelo ahora. Sí milady, su prometido ha cambiado y usted tiene algo que ver, estoy segura.

—Eso dice su madre.

—Así que confié en él y si comete un desliz… Qué se le va a hacer, es hombre.

Se volvió sobre su hombro pasmada. —¿Qué se le va a hacer? —Furiosa le arrebató el cepillo. —Vete a llamar a mi prometido.

—¿Ya empezamos?

—¡Dora ya! ¡Es una orden!

Bufó yendo hacia la puerta. —Le va a enfadar… Ya verá como sí y cuando milord se

enfada es como cuando pisas a un perro, no te sorprendas de que te muerda.

Puso los ojos en blanco y tiró el cepillo a un lado sacando las piernas de la cama impaciente por verle.

El sonido de sus botines en el suelo de madera la alertó y tensó la espalda para verle aparecer ya preparado para la fiesta. —Preciosa, ¿qué ocurre? —Entró y cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? Eso me gustaría saber a mí. ¿A dónde vas?

—A la fiesta de los Morrison. —Estiró los puños de la camisa. —¿No deberías estar ya dormida?

—¿Mientras tú te diviertes?

Él sonrió de medio lado. —Que vaya a la fiesta te inquieta.

—Muy listo, milord.

George se agachó para mirarla a los ojos. —Solo te voy a decir esto una vez y espero que nunca volvamos a hablar de ello. Para mí ya eres mi mujer y dudando de mí, dudas de mi honor. Mi deber es cuidarte y protegerte. Y lo haré. —Ella iba a decir algo, pero él continuó —Y cuando hablo de proteger no me refiero solo a mantener intacta tu integridad física sino a proteger también tu corazón. —Se derritió mirando sus ojos y sonrió tímidamente de gusto. —No voy a hacerte daño, preciosa. A no ser que me defraudes tanto como para odiarte no faltaré a mi palabra. Ahora dame un beso de buenas noches y a dormir.

Él acercó sus labios y besó los suyos suave y lentamente. Fue tan erótico que separó los labios y cuando entró en su boca se estremeció de placer llevando las manos a su nuca para acariciarle. El beso se hizo más intenso y Serine gimió provocando que se apartara de golpe. George sonrió. —Estoy deseando que llegue la noche de bodas, preciosa. Va a ser increíble, no tengo ninguna duda.

Serine echó un vistazo a la puerta y cuando él iba a incorporarse le agarró del brazo. —Oí… En el mercado una vez oí…

—¿Qué preciosa?

—Que hay hombres de dinero que se ponen una funda para no tener hijos con su amante, ¿es cierto eso?

La miró sorprendido. —Joder con lo que se dice en el mercado.

—Se habla de todo y una tiene oídos. —Él se sentó a su lado. —¿Puedes conseguir una de esas fundas?

—Preciosa, ya tengo una de esas fundas.

—¿De veras? —Sonrió y él negó con la cabeza pasmándola. —¿Te niegas?

—La uso para no enfermar, no sé si me entiendes. Hay mucha sífilis por ahí.

—¿De veras?

—No debería hablar de esto contigo —dijo molesto.

—Vas a ser mi marido, podemos hablar de todo. —Cogió su brazo impidiendo que se alejara. —Dame una buena razón.

—No pienso usarla con mi mujer.

Se le cortó el aliento. —¿Crees que enfermaré?

—Claro que no, se hierve, está hecho de piel de oveja.

—¿De veras? Pues...

—No, voy a usar con mi mujer eso que he usado con otras.

—¡Pues compra otra funda! ¿Dónde se compran? En el mercado decía que había un barbero…

Se agachó de nuevo. —No.

—Pero…

—Serine… no me vas a perder porque no compartamos lecho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me lo juras?

Vio el pánico en sus ojos, pánico a perderle y la cogió por la nuca para mirarla intensamente. —Te lo juro por mi vida, no vas a perderme. —La besó de una manera que parecía que quería marcarla y Serine respondió con todo su ser deseando demostrarle todo lo que le necesitaba. Al cabo de unos segundos él se apartó a regañadientes y dijo con voz ronca —Acuéstate preciosa, tienes que reponerte pronto. —Dejó que la tumbara y la tapó como si fuera una niña. George sonrió y le guiñó un ojo. Yendo hacia la puerta dijo —Y preciosa, mañana intenta no tocar a las seis, ¿quieres? A mí me da igual que duermo como un tronco, pero mi padre es de sueño ligero.

Se sonrojó y él rio por lo bajo mientras ella protestaba. —No vienes a estar conmigo, ¿qué quieres que haga?

—Mañana vendré después de desayunar, te lo prometo.

Encantada sonrió. —Si no estás aquí antes del mediodía pienso dejarme los dedos en esas teclas hasta que aparezcas.

Riendo salió de la habitación y Serine suspiró de gusto. Puede que no la amara, pero sí que se habían acercado lo suficiente como para que ya fuera importante para él. Y eso era maravilloso.

Diez días después

La puerta se abrió y George se detuvo en seco al ver que su doncella le estaba ajustando el corsé. —No se lo aprietes tanto, Dora —dijo su prometido muy serio.

—Sí, milord.

—Ese inútil no tenía que haber permitido que te levantaras.

Se echó a reír. —Si ya estoy bien, casi no me duele.

—Pero te tomarás las cosas con calma, ¿me has entendido?

Se volvió para ver que tenía en las manos el libro que Serine había estado leyendo. —Intenta no ser un marido controlador, ¿quieres cielo?

Él gruñó dejando el libro sobre la mesilla mientras Dora acercaba el vestido amarillo. —¿Qué tal la fiesta de anoche?

—Un aburrimiento, como todas.

—¿Sin el incentivo de la caza pierden atractivo?

Él sonrió. —Pues sí.

—¿Entonces para qué vas?

—Compromisos por el príncipe Alberto. Quiere que conozca a cierta gente.

—Ah… ¿Esta noche te quedarás conmigo? Ya puedo cenar con vosotros y…

—Esta noche tengo una invitación ineludible, con el príncipe precisamente.

—¿Con el príncipe?

Él asintió.

—Oh, entiendo. —Dora empezó a abrocharle el vestido por la espalda y se miró al espejo, estaba muy bonita y cuando su doncella terminó sonrió cuando su prometido se puso tras ella. —¿Qué te parece?

—Que estás demasiado hermosa como para dejar que salgas de casa.

Soltó una risita. —Adulador.

—Hablando de aduladores, Carter se está poniendo un poco pesado.

—¿Celoso, milord?

Él la cogió por las caderas y la pegó a su pecho. Suspiró de gusto sintiendo como sus brazos la rodeaban. En esos diez días, el tiempo que habían pasado juntos les había unido tanto que sabía que había tomado la decisión correcta dejando a Carter, porque no habría otro hombre para ella que George. —Dora nos está mirando —susurró.

—Que mire —Apartó su melena y la besó en la sien. —Qué bien hueles.

Soltó una risita volviéndose entre sus brazos. —Bésame, amado mío.

Los ojos de George brillaron. —¿Me amas?

Cogió su mano y la puso sobre su pecho. —¿Sientes mi corazón?

—Sí.

—Late más fuerte cuando estás a mi lado, es más feliz cuando te ve, llora cuando no estás cerca. Eso tiene que ser amor, ¿no crees?

—Sí, preciosa. Tiene que ser amor. —La besó apasionadamente y Serine se aferró a su cintura.

Un carraspeo hizo gruñir a George antes de apartarse. Serine aún mareada por su beso ni se dio cuenta de que se había apartado y el conde parpadeó al verla medio ida con los ojos cerrados. —Hijo, intenta controlarte, que es muy inocente todavía.

—Preciosa, reacciona que está aquí mi padre.

—Eh… —Abrió los ojos y al darse cuenta de que estaba allí el conde se puso como un tomate. —¿Querías algo? —preguntó intentando aparentar normalidad.

El conde se echó a reír. —¿Mi hijo dice que esperará seis meses? Eso no pasará. Quería mostrarte el relato que Fely ha publicado en el periódico.

Se le cortó el aliento y se acercó a toda prisa. —¿Se lo han publicado? —Agarró el periódico y al verlo chilló de la alegría. —¡Se lo han publicado! —Fue hasta el banquito del piano y se sentó. —Dios mío, estará loca de contenta.

—¿Es bueno, padre?

—Me ha gustado mucho, muchísimo.

—Es una pena que publique con pseudónimo —dijo ella leyendo atentamente—. Es muy bueno…

Sintió que George se ponía tras ella para leer sobre su hombro. Ambos rieron a la vez con sus ocurrencias y cuando terminaron Serine le miró. George hizo una mueca. —Muy bueno, estoy impresionado.

—¿Crees que en el periódico le guardarán el secreto sobre quién es?

—Si no es así a Royden le dará igual que cuchicheen. —Se enderezó. —Tengo que irme al club. Royden y Lucas tienen un negocio que proponerme.

Vaya, eso significaba que no le vería en casi todo el día. Intentó no mostrar su decepción, tampoco quería que pensara que era una pesada. —Disfruta, cielo.

La besó en los labios suavemente. —Lo mismo digo.

Sin salir de la casa lo iba a pasar estupendamente. Mientras salía de la habitación miró de nuevo el periódico. Se había puesto bonita para nada porque ni siquiera había sugerido un paseo en calesa con el día tan maravilloso que hacía. Y ahora que podía salir de casa era un poco decepcionante que no lo sugiriera, la verdad. Hizo una mueca porque estaba segura de que ni se le había pasado por la imaginación.

El conde vio la decepción en su rostro y apretó los puños. —¿Quieres que salgamos al jardín a tomar un té? —Estiró el brazo. —¿Me acompaña, mi bella dama?

—Todavía no me he peinado.

—Ese cabello es tan hermoso que es un delito que lo recojas.

Sonrió levantándose. —Pues vamos al jardín.

Esa noche en la cena estaban todos encantados de que estuviera lo bastante recuperada como para bajar al comedor después de una siesta obligatoria.

—Te veo bien —dijo Lucas.

—Me siento bien. ¿Qué tal en el club? ¿George ha aceptado ese negocio que ibais a proponerle?

Los amigos se miraron antes de que el marqués contestara a toda prisa —Sí que lo ha aceptado. Es una buena inversión y George lo ha visto enseguida.

Serine vio como los amigos volvían a mirarse antes de sonreír con disimulo. Esa actitud le llamó la atención, como cuando te pones de acuerdo con alguien para decir algo que ya tienes preparado.

—Mi hijo sabe ganar dinero, de eso no hay duda.

—Cielo, hablar de eso en la mesa está mal visto.

—Estamos entre amigos.

—Cierto —dijo Fely mirándola con una sonrisa en el rostro—. ¿Quieres que mañana salgamos a dar un paseo en calesa por Hyde Park?

Sin dejar de mirar al marqués respondió —Sí, por supuesto, estaré encantada. ¿Y tu madre, Fely? ¿Cómo es que no ha venido? —Se volvió hacia su amiga que forzó una sonrisa. Esa disimulaba aún peor. Uy, allí pasaba algo y tenía que ver con George.

—No hay quien la saque de casa, pone excusas absurdas para no salir, está pendiente todo el día del niño. Empiezo a preocuparme.

—Es su primer nieto —dijo su marido más relajado—. No quiere perderse nada.

—¿Pero qué se va a perder si está todo el día durmiendo? —preguntó pasmada—. Si cuando nos hemos ido dormía como un angelito. Solo se despierta para comer y que le cambien.

Mi madre tiene locas a las niñeras porque no las deja hacer nada.

—Se le pasará, es la novedad —dijo Serine.

—La que quería venir a Londres para disfrutar de la vida. —Cogió su copita de vino y le dio un sorbito.

Ingrid sonrió. —Mis padres también están así, pero al menos salen. Se han hecho un grupito muy agradable y van a las fiestas juntos.

Se pasaron hablando toda la noche de las distintas amistades que tenían unos y otros. Serine aparentaba que todo iba bien porque era evidente que no querían contarle lo que pasaba. Es más, hubo otro momento en que George salió en la conversación por un conocido en común y cambiaron de tema rápidamente para que ella no preguntara nada que tuviera que ver con él.

El piano ya estaba en su sitio y le pidieron que tocara. No tenía ninguna gana porque la cabeza no dejaba de darle vueltas preocupada por lo que estaba pasando, pero les dio el gusto y tocó varias piezas. Después dijo que estaba cansada y se retiró mientras todos sonreían de oreja a oreja. Sí, allí pasaba algo y no era nada bueno.

Sentada en la ventana le vio llegar casi al alba. Entró en la casa a toda prisa y Serine apretó los labios porque no era el mejor momento para hablar con él. Cogió el periódico del día anterior y vio en la portada que el príncipe Alberto se había ido a Balmoral con su familia. Le había mentido. Pero eso ya lo sabía, ¿no? Había leído el titular cuando el conde le había dado el periódico para leer el relato de Fely, pero en lugar de echarle en cara su mentira había sentido miedo a perderle y se había callado. Y la actitud de sus amigos… Era evidente que le ocultaban algo. Todo indicaba que había vuelto a las andadas y sintió una pena tan profunda en el corazón que las lágrimas corrieron por sus mejillas sin darse cuenta. Dejó el periódico a un lado y se levantó para ir hacia la cama. “Mi deber es cuidarte y protegerte. Y lo haré.” Sonrió con ironía.

¿Protegería su corazón? Él había dicho que sí, pero mentía como un bellaco. Sentada en la cama negó con la cabeza porque no se lo podía creer. Había entregado su corazón a un hombre que no la merecía, que solo la haría sufrir. Pensó en su prima y sollozó tapándose la cara con las manos. Ella no querría eso, no querría esa vida para ella. Su único deseo es que fuera feliz y lo iba a ser. Entrecerró los ojos apartando las manos de la cara. La rabia la recorrió por cómo se había burlado de ella. No la quería, ni la querría nunca. Su cambio de vida solo era para mantener a su familia contenta y si tenía que utilizarla a ella lo haría. Recordando como su tía le pegaba un bofetón apretó los puños con fuerza. —Sí que voy a ser feliz, a pesar de mi tía, a pesar de él, a pesar de todos. Te lo juro, Catherine.

Sentada en el desayuno sonrió al conde que llegaba en ese momento. —Buenos días.

—Buenos días, niña. Te has levantado temprano.

—Es que hoy tengo mi primera clase de equitación.

El conde que iba a sentarse en la cabecera se detuvo en seco. —Pero si todavía no estás recuperada. Ya se lo he comentado a George y…

—Estoy bien y no quiero perder más tiempo. Las chicas normalmente salen a cabalgar por las mañanas y cuando Fely dé a luz quiero unirme a ellas.

—Entiendo.

Sonrió antes de meterse el tenedor en la boca. Los huevos le supieron a serrín por tener que poner buena cara.

—¿Seguro que te encuentras bien? No queremos que recaigas y…

—No me va a pasar nada.

—Jeffrey, unos huevos con riñones.

El mayordomo le hizo un gesto a Jake, que se los sirvió de inmediato. Cuando le puso el plato al conde ella le sonrió. Jake sonrió a su vez, pero el mayordomo carraspeó llamándole la atención. Inmediatamente perdió la sonrisa y regresó a su esquina con la vista al frente. Giró la cabeza hacia Jeffrey que miraba al frente como si no hubiera pasado nada, pero le llamó la atención que hubiera reprendido a Jake por una sonrisa. Qué raro. Normalmente no era tan estricto. Igual pensaba que se tomaba demasiadas libertades, igual se había enterado de que había hablado con ella. Sí, claro que se había enterado. Lo sentía por él no quería meterle en problemas. ¿Por qué te echas la culpa? Igual simplemente ha hecho algo mal, Jeffrey le ha advertido y aún sigue molesto. No es culpa tuya que le reprendan como no es culpa tuya que estés comprometida con un sinvergüenza.

—¿George sabe lo de la clase de equitación?

Centró su atención en el conde. —No, ¿debería saberlo?

—Igual no está de acuerdo.

—Yo no estoy de acuerdo con otras cosas y me aguanto —dijo dejando al conde con la boca abierta y más cuando se levantó y fue hasta el hall—. Cuando se despierte habrá pasado todo y no tiene por qué enterarse.

—Pero niña…

Se fue sin escucharle. Yendo hacia la parte de atrás de la casa se dijo que tenía que contenerse. Los condes habían sido muy buenos con ella y no tenían la culpa del hijo que les había tocado en gracia. Al llegar al patio trasero vio allí a un hombre con pantalones de montar y botas que revisaba un caballo. Soltó su pata en cuanto la vio aparecer y dijo —Milady… —Se acercó a ella y agachó la cabeza en señal de respeto. —Ese vestido no es apropiado para montar.

—Lo sé, buen hombre, pero seguramente hoy no vamos a salir de aquí, así que no seamos tan estrictos —dijo con una sonrisa en los labios—. ¿Su nombre es?

—Peter Monroe a su servicio, milady.

—Muy bien Peter, pues empecemos.

Le enseñó como se subía al caballo y se montaba a lo amazona, aunque ella ya lo sabía porque había visto a su prima en sus lecciones. La teoría la conocía y Peter vio admirado como cogía las riendas correctamente sin tener ni que decir cómo se hacía. —Tengo la sensación de que no voy a tener que darle muchas clases, milady.

—Algo podrá enseñarme, estoy segura. —Enderezó la espalda. —¿Así está bien?

—Perfecto. —Agarró las riendas. —Vamos a dar unas vueltas por el patio para que se acostumbre a la montura.

—Quiero llegar a montar un pura sangre.

—Cuando termine con usted será la mejor amazona de Londres.

Sus preciosos ojos brillaron de la ilusión. —Mis amigas montan muy bien, ¿sabe? No quiero quedarme atrás.

—Eso no pasará. —Soltó las riendas para que caminara con el caballo ella sola. —Muy bien milady, que sepa quién manda. Sin tensarse, pero con firmeza. —Se cruzó de brazos girando a medida que lo iba haciendo ella. —¿Cómo se siente?

—Me encanta —dijo emocionada.

—Es una amazona nata. Bien, apuremos un poco más el ritmo a ver cómo lo domina. Hinque los talones suavemente. —Ella lo hizo y cuando el caballo inició un suave trote rio de gusto. —Milady siga el ritmo del animal, tiene que moverse con él sino irá pegando saltitos sobre la silla. Déjese llevar, relájese.

—Lo intento.

—¡Serine!

El grito sobresaltó a la montura y como ella tiró de las riendas empezó a mover la cabeza de un lado a otro relinchando. —¡Tire más fuerte, milady!

Lo hizo con más fuerza y el caballo se detuvo. Ambos miraron hacia la puerta de la cocina donde George solo vestido con la camisa y los pantalones de la noche anterior parecía que quería pegar cuatro gritos más. —¿Qué estás haciendo? —siseó.

—Aprender a montar. Peter, él es lord George Halton. El hijo de los condes.

—Mucho gusto, milord.

George se acercó al caballo sin mirarle siguiera y agarró las riendas. —Baja de ahí.

—¿Por qué? Todavía no he acabado mi lección. Tu padre me dijo que igual me enseñabas tú, pero como no lo has mencionado nunca…

—Te vas a hacer daño. ¡Baja de ahí, que todavía no estás bien del todo!

Le miró fijamente a los ojos. —No.

Se quedó de piedra. —¿Qué has dicho?

—Que no. Ahora suelta las riendas —dijo fríamente—. Peter, continuemos.

—O bajas del caballo o te bajaré yo.

—Con lo que me harás más daño. ¿O eso es lo que quieres?

—Preciosa, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Yo no soy la que me levanto pegando gritos. Ahora suelta las riendas, George.

Soltó las riendas sin dejar de mirarla fijamente. —¿Qué ocurre, Serine?

—Nada. ¿Peter?

—Si hinca los talones de nuevo…

George se volvió hacia el hombre. —Puede irse, se le pagará la lección completa.

—Ni se te ocurra —dijo ella furiosa—. Tengo el permiso del conde y pienso dar mis clases. ¡Ahora vete!

Eso sí que no le gustó un pelo y entrecerró los ojos. —Me estás haciendo perder la

paciencia, preciosa. Baja de ese caballo o le pego un maldito tiro.

Jadeó del asombro porque hablaba totalmente en serio. —Estás loco.

—¡Estoy esperando!

Furiosa bajó del caballo sin ayuda y le miró con rencor antes de agarrar sus faldas e ir hacia la puerta del patio que llevaba a la calle. —¡A dónde rayos vas!

Se volvió. —¡A casa de Fely!

Se acercó en dos zancadas y la cogió del brazo tirando de ella hacia la casa. —¡Suéltame!

—Al parecer hoy te has levantado con el pie izquierdo, preciosa. —El bofetón que le volvió la cara le sorprendió tanto que se detuvo en seco.

—Ahora suéltame.

Él lo hizo mirándola como si no la reconociera antes de entrar en la casa y cerrar de un portazo. Reprimiendo las lágrimas se apretó las manos y Peter carraspeó. —Será mejor que vuelva mañana.

—¡No! ¡Daremos mi lección! —Decidida fue hasta su caballo y se subió sin ayuda antes de hincar los talones para iniciar el trote.

Observándola desde la ventana del piso superior George sintió a su padre tras él. —¿Lo has visto?

—Sí, hijo. Está furiosa contigo, me di cuenta en el desayuno. —George asintió por las palabras de su padre. —¿Qué has hecho?

Apretó los puños antes de volverse y abandonar la alcoba de invitados. El conde suspiró antes de mirar a Serine, que ya más relajada sonreía a su profesor que no disimulaba su adoración por ella. Gruñó volviéndose, era tan encantadora que atraía a los hombres como

moscas a la miel y puede que ese fuera otro problema en el futuro. De momento resolverían lo que estaba pasando ahora.

Capítulo 15

En la comida ninguno de los cuatro hablaba esperando a quien estallaba primero. Pero eso no pasó. En cuanto terminaron el segundo plato George se levantó furioso y fue hasta la puerta del comedor.

—El compromiso queda cancelado —dijo ella tranquilamente.

Se detuvo en seco y se volvió para mirarla a los ojos. —Al menos merezco una explicación.

—¿La mereces? Yo creo que lo sabes de sobra. —Se levantó y miró a sus sorprendidos anfitriones. —Lo siento, lo he intentado, pero no pienso dejar que me humille. Si lo hace de soltera a saber lo que hará cuando esté casada. ¿Quiere seguir siendo un crápula de mala reputación? Pues muy bien, pero no me va a arrastrar con él en un matrimonio desdichado. —Levantó la barbilla. —Hice una promesa y la pienso cumplir. —Se volvió y dijo —Jeffrey mi equipaje, me voy a casa de la marquesa de Thirenwood.

—Serine, no sé qué te estás imaginando…

Le miró como si quisiera matarle. —¿Imaginando? —Dio un paso hacia él. —¡Yo no me imagino nada, milord! ¡Me has mentido! ¡A la cara! ¡No tenías un compromiso con Alberto porque está en Balmoral!

Él juró por lo bajo —Si es sobre eso…

—No me des explicaciones, seguramente también serán mentiras como que ayer viste a

Royden y a Lucas en el club. —Sonrió con burla. —Intentaron cubrirte, pero no disimulan tan bien como tú.

—Preciosa…

—Ni se te ocurra intentar convencerme. La decisión está tomada.

Los condes desde la puerta del comedor observaron como subía los escalones. —Jeffrey, aprisa. ¡No quiero verle más en mi vida!

—Enseguida, milady.

Los tres miraron a George que se pasó la mano por la nuca.

—Te dije que era un error no decírselo —dijo su padre.

—¡No quería que se inquietara, está convaleciente!

—Pues mira lo que ha pasado. Vete a hablar con ella —dijo su madre angustiada.

En ese momento llamaron a la puerta y Jeffrey fue a abrir de inmediato para encontrarse con la cara de Carter que sonrió. —Buenos días, ¿milady recibe hoy?

—Qué pesado es este hombre —dijo Mary Anne yendo hacia la puerta. —¡No, no recibe! —La cerró de un portazo ante sus narices antes de mirar a su hijo. —¡Haz algo o la conseguirá! ¡Y esta vez no esperará ni un minuto para llevársela a Gretna Green!

George apretó los labios antes de subir las escaleras como si fuera a la batalla. Al llegar a su antigua habitación vio como ordenaba a Dora que pusiera todos sus vestidos en el baúl. —Serine… —Entró en la habitación. —No es lo que piensas.

—Claro que lo es. ¡Estabas con una mujer!

Él carraspeó incómodo. —Pero no con el fin que tú crees.

—Ah, ¿no? —Rio sin ganas. —Es evidente que crees que soy estúpida.

—¡Estoy intentando recuperar el collar de Ingrid!

Le miró sorprendida. —¿Qué? Dijiste que ese hombre se había ido del país.

—¡Es lo que supusimos, pero sigue aquí! Estaba intentando averiguar si todavía tiene el collar.

Entrecerró los ojos y entonces lo entendió. —Estabas con Julianne.

—Preciosa…

—¡Estabas con ella!

—¡Sí, por una buena razón!

—La estás seduciendo, ¿no es cierto? ¡Para que te lo cuente todo!

—¡De todos nosotros soy el único soltero y aparentemente sin compromiso!

Le miró amenazante. —¿Has compartido lecho con ella?

Él apretó los labios. —Te juro que no.

—¡Mientes!

—La he besado.

Palideció dando un paso atrás. —La has besado.

—¡No he tenido otra opción, sino no creería que quiero empezar una relación con ella!

Al darse cuenta del calibre que tomaba el asunto se sentó en la cama. —Y todos lo sabían. —Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Me han traicionado. Me han traicionado por un collar.

—No lo veas así. —Le hizo un gesto a Dora para que saliera de la habitación y esta cumplió la orden a toda prisa. George cerró la puerta. —Tenemos un problema y yo era la solución.

Dos enormes lágrimas recorrieron sus mejillas. —Creía que me apreciaban —dijo con la mirada perdida—. Que eran mis amigas.

—Y lo son. —Se agachó ante ella. —No estaban de acuerdo, pero cuando ideamos el plan… —Serine levantó la vista hasta sus ojos. —Dijiste que les ayudara. Tumbada en esta cama

dijiste que lo hiciera.

—Sabes de sobra que yo no aprobaría esto. No me responsabilices de tu traición. Si hubieras estado haciendo lo correcto, me lo hubieras contado, así que sabías que no estaría de acuerdo.

Él apretó los labios. —Pues ya está hecho y he descubierto muchas cosas.

—Eres más estúpido de lo que pensaba —dijo provocando que se tensara y se pusiera en pie—. ¡Esa mujer te da mil vueltas! ¡Sabe de sobra que intentas encontrar el collar, como antes la utilizaste para conseguir el anillo y la información!

—Le he dicho que quiero entrar en el negocio y se lo ha creído. Mi reputación en ciertos momentos me es muy útil, querida.

—¿Querida? Llámala a ella querida —dijo con desprecio levantándose—. ¡Dora mi equipaje!

—¿Acaso no has entendido lo que te he dicho?

—Sí por supuesto, lo he entendido muy bien. No solo me ha traicionado la persona que amo, sino también mis amistades. —Sollozó sintiendo que la desgarraba el dolor. —Como decía mi prima cuando muriera no tendría a nadie y tenía toda la razón. ¡Todos queréis algo! —gritó demostrando que estaba rota por dentro—. ¡Ellas divertirse con la nueva debutante, tus padres una madre para sus nietos, les da igual quien sea con tal de conseguir sus propósitos! ¿Y tú? Tú querías lavar tu imagen ante los tuyos.

—¿Pero qué dices?

—¡La verdad! ¡Qué ya es hora de que alguien te la diga! —gritó furiosa dando un paso hacia él—. ¡Eres un maldito egoísta! —George palideció. —¿Perdiste a tu hermano? ¡Cómo muchos otros han perdido familiares! ¡Y no se dedican a provocar, a herir ni a humillar a sus padres! ¡Todavía les tienes a ellos!

—Intento repararlo.

—Qué mentira. ¡Si hubieras querido repararlo no me hubieras humillado a mí! —Sollozó con el rostro pálido del dolor. —¡Porque es lo que has hecho ante mis amigos! Amigos —dijo con desprecio—. ¿Qué amigos? ¡Seguro que se están riendo de lo lindo con la estúpida que se escondía en un baile tras la planta! ¿Pues sabes qué? ¡Ya no me escondo, yo voy de frente y el divertimento se ha acabado! —Fue hasta la puerta y la abrió para encontrarse allí a los condes escuchando.

Mary Anne la miró angustiada. —Niña, no nos reímos de ti, te juro…

—No me jures… En el pasado ya me juraste que sería feliz y solo he tenido desdicha por poner mis ojos en un hombre que no se merece ni que le mire dos veces. —Recordó algo y volvió a la habitación para abrir el tocador.

George dio un paso hacia ella. —Serine, entiendo que estés alterada con la situación.

—¡Tú no entiendes una mierda! —gritó fuera de sí haciendo jadear a la condesa. Volvió la vista hacia ellos con el camafeo y la carta de su prima en la mano. —¿Os escandalizo con mi lenguaje? Eso demuestra que no soy la futura condesa que necesitáis. Necesitáis una ciega, sorda y muda, que tengáis mucha suerte. —Pasó ante ellos y George la siguió a toda prisa. —¡No me sigas!

George se detuvo en lo alto de las escaleras e impotente vio como bajaba los escalones a toda prisa. —Te amo —dijo cortándole el aliento. Horrorizada se volvió en el hall para ver que parecía que hablaba en serio. Angustiado bajó un escalón—. Te amo preciosa, no te vayas.

—Tú no sabes lo que es amar, sino no te hubieras comportado así con tus padres.

George palideció y ella fue hasta la puerta principal para abrirla y salir corriendo. Bajó los escalones lo más aprisa que pudo para ver como corría calle abajo en dirección contraria a casa de Fely.

—Dios mío —dijo Ingrid impresionada.

—Es evidente que cometimos un error. —Fely apretó los labios sentándose en el sofá de Mary Anne. —Pensábamos que nunca se enteraría, pero tiene razón la traicionamos. Si mi Royden hubiera hecho algo así…

—Me pegarías un tiro, preciosa. —El marqués miró a George que pensativo miraba por la ventana. —¿Qué haces que no la buscas?

—Está en el hotel Prince. Jeffrey hizo que la siguiera un lacayo.

—Es evidente que tenemos que hacer algo —dijo Ifi—. La niña piensa que no nos importa, no tiene dinero ni equipaje. Debemos hacer que vuelva cuanto antes con su orgullo intacto. ¿Ideas?

Se miraron los unos a los otros y el conde suspiró. —La niña no nos perdonará. Confió en nosotros y le hemos roto el corazón. Si hubierais oído su dolor… Desgarraba el alma.

Mary Anne sollozó limpiándose la nariz con el pañuelo. —Pobrecita, yo no quería hacerle daño…

—Ni tú ni nadie —dijo Ingrid—. Pero lo hemos hecho. Ahora tenemos que reparar nuestra falta porque nos necesita. ¿A dónde va a ir sola?

Jeffrey apareció en el salón. —¿Sí? —preguntó el conde.

—Milord, el lacayo que envió al hotel está aquí.

George corrió hacia el hall y allí estaba Jake apretando la gorra en sus manos. —¿Qué sabes?

—Está hospedada en la doscientos dos. —Estrujó la gorra como si estuviera preocupado. —Ha enviado recado a alguien.

—¿A quién?

—Al marqués de Winsprill.

George se llevó las manos a la cabeza volviéndose y jurando por lo bajo. Royden desde la puerta del salón dijo —Ve a por ella antes de que sea tarde.

—No me cree, y quizás sea lo mejor.

—¿Pero qué dices? —preguntó Fely impresionada—. ¿Piensas dejarlo así? ¡Tienes que luchar por ella!

Se volvió hacia la marquesa. —¿Para qué? ¿Para darle una vida desdichada? Con él puede…

—¡No le ama! ¡Solo se conforma con las migajas!

Royden dio un paso hacia él. —Te comprendo perfectamente porque pasé por algo parecido con mi mujer y fue ella la que luchó por mí, por nuestra relación. Uno de los dos tiene que dar el paso y no va a ser ella con el dolor que tiene dentro. O haces algo ahora o los dos seréis infelices el resto de vuestra vida. Tú viendo como vive con otro hombre y ella porque piensa que nunca tuvo tu amor. Debes demostrarle que eso es falso.

—¡Cómo! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Sino he hecho más que defraudarla desde que la conozco! ¡Ya no se creerá nada de lo que le diga! ¡Si hasta ha estado a punto de perder la vida y la ignoré para que creyera que no me importaba! —Mary Anne reprimió un sollozo por la impotencia de su hijo. —¿Demostrarle que la amo? ¡Es tarde! ¡Ya no me creerá y solo la haré sufrir más por puro egoísmo!

Ingrid dio un paso al frente. —¿No te das cuenta de que la estarás ayudando? Si te eligió es porque sabe que es feliz a tu lado y no lo era con él. Carter tuvo la oportunidad de enamorarla y no lo consiguió a pesar de todo lo malo que habías hecho. —A George se le cortó el aliento. —A pesar de todo eso volvió a ti, para intentar seducirte, para conseguirte. ¿No lo entiendes? Su corazón solo late a tu lado. Solo podrá ser feliz contigo. Y si la amas, debes ayudarla a cumplir la promesa que le hizo a su prima.

George entrecerró los ojos antes de abrir la puerta principal y salir de la casa. Todos

suspiraron del alivio.

—Uff, por los pelos —dijo Fely antes de mirar a Mary Anne—. Por poco te quedas sin nieto.

La condesa sonrió. —Esto ya lo había previsto.

—¿De veras? —Siguieron a la condesa al salón. —Pues a puntito ha estado de echarlo todo por la borda.

—Con la farsa del robo del collar de Ingrid he conseguido que mi hijo se preocupe más de vosotros, demostrando que es un buen amigo y olvidándose por completo de Escocia. ¿No os decía que no puede ver sufrir al débil? Todo lo que le conté sobre lo mal que lo ha estado pasando Ingrid por lo que le dice su suegra y ya quiso ayudar. Y con el consentimiento de la niña, que también pidió su colaboración.

Ifi negó con la cabeza. —Lo de convencerle para que se acercara de nuevo a Julianne…

—Necesitábamos provocar los celos de la niña. En la cena de ayer lo hicisteis estupendamente aumentando sus sospechas. Está algo recelosa, así que no era difícil provocar su enfado.

—No sé, algo no va bien.

—¿Qué algo no va bien? —preguntó encantada—. Si ya ha reconocido que la ama, lo que considerábamos necesario antes de la boda. Ahora tiene que demostrarle que no puede vivir sin ella. —Se sentó como toda una dama y su marido se puso tras ella apoyando la mano en su hombro, demostrando que estaba de su parte.

—Eres un genio —dijo Ingrid asombrada—. El robo del collar fue una idea magistral. —Soltó una risita. —Y actúas de maravilla con lágrimas y todo.

—Debía ser dura con él. —Hizo una mueca. —Además debíamos estar convencidos antes de esa boda de que ella le ama de veras, que lo de Carter fue un espejismo.

—Pues igual te sale el tiro por la culata —dijo Ifi molesta—. No he estado de acuerdo

con esto desde el principio y viendo el resultado sigo pensando que no ha ido bien. Si Carter mete baza en este momento tan delicado puede que George ya no pueda recuperarla.

—Claro que sí. —Mary Anne se echó a reír. —Es un seductor nato. Y más con ella, que está enamorada. La niña no tendrá ninguna posibilidad.

—¿Has visto lo mismo que yo, amiga? Tu hijo casi se da por vencido. —Eso hizo que Mary Anne perdiera la sonrisa de golpe. —Al contrario que Carter que ha seguido al pie del cañón cada día desde que Serine regresó a esta casa. Él sí que no se da por vencido.

—Y mi hijo tampoco se dará por vencido. —Entrecerró los ojos. —De eso me encargo yo. Pienso lograr para ellos un matrimonio fuerte, dichoso y duradero. Y lo voy a conseguir.

Serine apartó la cortina de hilo para mirar la calle y sorbió por la nariz. ¿Y ahora qué hacía? Soltó la cortina y angustiada se llevó las manos a la cabeza. Solo tenía dinero para una semana como mucho. Iba a acabar en la calle. ¿Qué podía hacer? Buscar trabajo, eso era evidente. ¿De dama de compañía? No tenía contactos, nunca había trabajado en eso, así que no tenía experiencia. ¿Niñera? Aquello era ridículo. Acompañar a su prima mientras crecían no significaba que supiera cuidar niños. —Dios…

Llamaron a la puerta y se sobresaltó. —¿Sí?

—¿Serine? Soy yo.

A toda prisa fue hasta la puerta, abrió y sollozó al ver a Carter. Sin pensarlo le abrazó con fuerza y él acarició su espalda. —Eh…—Sin dejar de abrazarla la empujó ligeramente para meterla en la habitación y cerrar la puerta. —¿Qué ha ocurrido?

Recordando como se había comportado con él se sonrojó y se apartó ligeramente para mirar su rostro. Él sonrió. —¿Qué ocurre, princesa? ¿Qué haces aquí?

Se apartó y yendo hacia la ventana se limpió las lágrimas con las manos. —Me

comprometí con él.

A Carter se le cortó el aliento. —¿Con George?

Ella se echó a llorar y el marqués suspiró quitándose el sombrero y tirándolo sobre la mesa.

—Lo siento, lo siento, no debería haberte pedido que vinieras.

—Te dije que estaría para ti si me necesitabas y aquí estoy. Supongo que estás así porque ese compromiso se ha roto. ¿Otra mujer?

—¡Me ha mentido, dice que lo ha hecho para recuperar el collar, pero lo ha hecho!

Carter dio un paso hacia ella preocupado por su estado. —¿Por qué no empiezas desde el principio? —La cogió del brazo. —Ven, siéntate en el diván y cuéntamelo todo.

Le miró de reojo mientras se dejaba llevar. —¿Desde el principio?

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Veinte minutos después Carter parpadeó mirando al frente. —Vaya…

—Lo sé... Lo siento —dijo angustiada.

—Así que la baronesa nos recomendó a los dos. Menudo ojo tiene la vieja.

Eso la hizo sonreír. —Dicen que siempre acierta.

—Quizás es porque le conociste primero y …

Serine negó con la cabeza. —Es él. —Sollozó. —Era él.

Carter asintió y acarició su espalda. —Lo siento, hubiéramos tenido un buen matrimonio.

—Tenía dos opciones y ahora no tengo ninguna. Ya no tengo nada —susurró.

—Me tienes a mí. —Ella iba a decir algo, pero la interrumpió. —Puede que no como

futuro marido, pero sí como amigo. Como amigo me tendrás siempre. —La abrazó por el hombro y la pegó a ella. —Estoy aquí, princesa. Y yo no voy a traicionarte.

—¿Me lo juras? —preguntó mostrando en su voz lo asustada que estaba.

Carter apretó los labios antes de decir —Te lo juro. Pero me gustaría preguntarte algo. ¿Qué sientes a su lado que no sientes conmigo?

—Por favor…

—Dímelo, no voy a enfadarme

Se apartó levantándose y se apretó las manos nerviosa. —¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad supongo —dijo como si nada.

—A su lado siento… —Él se adelantó en el sofá realmente interesado en lo que tenía que decir —Si está conmigo me siento…

Carter levantó una ceja. —¿No sabes definirlo?

Le miró a los ojos. —Mi corazón, mi alma se siente feliz a su lado. Mi cuerpo vibra y desea estar junto a él. Anhelo sentir su mirada sobre mí, su aliento sobre mis labios, mi cuerpo es suyo y desea que lo reclame. Y conocer su traición ha sido como si un cuchillo traspasara mi pecho de arriba abajo, doloroso, lacerante, letal… Y…

Él levantó una mano y carraspeó. —Ya me hago una idea, gracias.

Angustiada susurró —Lo siento.

—No te disculpes más, por favor. Viendo el estado en que te encuentras, estoy seguro de que en este momento desearías no sentir todo eso por él.

Asintió y sollozó yendo hasta la ventana. Entonces frunció el ceño y vio como George cruzaba la calle corriendo en dirección al hotel. —Está aquí.

—Vaya, al parecer no quiere perderte —dijo irónico antes de sonreír malicioso—. ¿Quieres vengarte? Porque aquí tienes la oportunidad, pequeña. Entrará por esa puerta en

cualquier momento, tú decides.

Negó con la cabeza. —Se acabaron los juegos.

—¿Seguro?

Le miró sin comprender y él sonrió levantándose. —Un inspector de policía es muy amigo mío y ante el robo de una joya del calibre de esa reliquia familiar del ducado, hubiera puesto Londres patas arriba. Esa noticia hubiera corrido por toda la ciudad por mucho que hubieran querido ocultarlo.

Sin comprender dio un paso hacia él. —¿Qué insinúas?

—Que es mentira, Serine. Esa joya nunca ha sido robada.

—¿Y por qué me iban a decir…?

—No tengo ni idea, pero el robo de ese collar nunca ha sido denunciado.

—Pero me lo dijo el conde… —Se le cortó el aliento. —Mis amigas colaboraron… Todos estaban implicados…

—¿Otro de sus planes?

—¿Con qué fin?

—No tengo ni idea.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándoles y George entró en la habitación mirando a Carter como si quisiera matarle. —¿Qué haces aquí?

—Ese no es problema tuyo.

—Que no es… —Miró a Serine que tenía la mirada perdida. —Le has llamado tú, ¿verdad?

Le miró como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que estaba allí y entrecerró los ojos. —¿Serine? —Dio un paso hacia ella. —Te juro que no fueron más que un par de besos para sonsacarle y…

—¿Sonsacarle el qué?

—Dónde estaba el collar, ella tenía relación con lord Hoswell y necesitaba conocer sus pasos. ¡Me pediste que les ayudara! Mis padres me lo rogaron, ¿qué querías que hiciera?

—¿Tus padres te lo rogaron?

—Sí, claro que sí. Le tienen mucho aprecio a Lucas y a Ingrid.

—¿Fueron ellos los que dijeron que te acercaras a ella?

Entrecerró los ojos. —Fue Royden quien me dijo que una aproximación igual nos ayudaría a enterarnos de algo más. Yo le dije que Julianne a mí ya no me contaría nada y él se echó a reír. Llévale una joya como disculpa y te perdonará. Y así fue, me presenté en su casa y le regalé la pulsera. Le dije que me disculpaba por mi comportamiento, pero que estaba alterado con lo ocurrido con el anillo de mi madre. Que lo heredaría mi esposa y así iniciamos la conversación. Me fui de allí sin tocarla, te lo juro. ¡Pero tenía que volver a verla, así que asistí a un par de bailes y no hubo más que un par de besos nada más!

—¿Te dijo algo de la joya?

Suspiró. —No, le comenté que a una conocida le habían robado un collar y ella me juró y perjuró que no tenía nada que ver. Que desde lo del anillo no había vuelto a hacer algo así. Que ahora tenía miedo, que había encontrado otra manera de conseguir dinero y que le iba muy bien sin correr riesgos.

—Ahora vende sus favores —dijo Carter—. Doscientas libras. Se me ofreció la otra noche. Dijo que a mí me haría rebaja.

—Eso ya lo hacía antes —dijo ella con desprecio.

—¿Lo sabías?

—Me lo contó alguien que la conocía. Ya lo hacía en vida de su marido cuando él no estaba en la casa.

—Pobre hombre —dijo Carter—. Le hizo muy desgraciado. Le tendieron una trampa y tuvo que cargar con ella hasta la muerte. Sus hijos perdieron casi todo su patrimonio pues se lo dejó a ella, es una bruja sin escrúpulos. Pero te contó la verdad con lo del collar porque esa joya nunca ha sido robada.

Atenta a su reacción retuvo el aliento.

—¿Pero qué dices? Claro que ha sido robada. —Miró a Serine. —¿Qué le has contado para que piense eso?

—Ella no ha tenido que contar nada. Josep Harrison es amigo mío y no me ha comentado nada de esa denuncia. Y lo hubiera hecho, ya que tiene algo que ver con gente de mi clase. Siempre me comenta esas cosas. ¿Un collar tan valioso? Sí, me lo hubiera dicho.

—¿Y quién es Josep Harrison? —preguntó George incrédulo.

—El jefe de policía, amigo.

George frunció el ceño. —¿Qué rayos está pasando aquí? —Confundido miró a Serine. —¿Lo han hecho para que encuentre pruebas contra Hoswell?

—No estoy segura.

Carter se echó a reír y le miraron sorprendidos. —Perdonad, pero es que se me acaba de ocurrir algo tan absurdo que me ha hecho gracia.

—¿Por qué no nos lo cuentas para que nos riamos todos? —preguntó George entre dientes.

—Son casamenteras. Esa es su afición y después de encontrar la pareja perfecta para ti no podían dejar que la fastidiaras más adelante, así que mejor fastidiarla ahora antes de la boda. Y tenía que ser algo muy gordo para que lo que fuera que ocurriera después no tuviera importancia. Así cuando os reconciliarais y lo haríais porque según ella sois perfectos el uno para el otro, vuestra pareja sería más fuerte. Estaríais más unidos.

Pasmada miró a George. —A mí me encaja. Sobre todo con esa manía que tienen de

hacer planes.

George dio un paso hacia ella furioso. —¿Me estás diciendo que no solo me han manipulado para que me enamore de ti, sino que me han manipulado para que rompamos?

Se sonrojó de gusto, aunque intentó disimularlo. —Sí, algo así.

—¡Me cago en la leche! —gritó fuera de sí—. ¿Sabes lo que he pasado estos días pensando que me ibas a descubrir? ¿Sabes cuántas veces he dudado y no he querido seguir con la farsa de Julianne? ¡Y esos cabrones de Royden y Lucas siempre me convencían para que siguiera viéndola!

—Claro que te convencían, porque Serine todavía no te había descubierto, no se había enfadado y no te había dejado, que era el fin de su plan. Convertiros en una pareja más fuerte.

—Les mato.

Serine entrecerró los ojos. —No, hay que ser más listos que ellos y darles a tragar de su propia medicina.

Entrecerró los ojos también. —Ya veo por donde vas, preciosa. Cuenta conmigo.

Carter sonrió. —Ya veo que su plan ha tenido sus frutos. —Se acercó a Serine y la besó en la mejilla. —Mucha suerte, princesa. Creo que ya no me necesitas.

Emocionada susurró —Gracias por tu ayuda.

—Ha sido interesante. —Se volvió y cogió su sombrero. —George… Espero que la cuides…

—¿Es una amenaza?

Ya con la puerta abierta contestó —Por supuesto.

Cuando se quedaron solos se hizo un incómodo silencio y ella se sentó en el banco de la ventana. —Preciosa…

—Me traicionaste, me mentiste, la besaste… El plan que ellos tuvieran da lo mismo,

porque no hubiera tenido éxito si te hubieras sincerado conmigo.

—Estabas convaleciente y…

—¡No mientas! No utilices que estaba herida para hacerme algo así. ¡Sabías que lo que hacías no estaba bien! ¿Me traicionaste por un favor a un amigo? ¿Qué clase de marido serías tú?

Le rogó con la mirada. —Cometí un error.

—No puedo perdonarte.

Él perdió todo el color de la cara. —Preciosa no digas eso.

—¿Quieres vengarte o no? Ahora es lo único que me interesa.

George apretó los labios. —Ya te he dicho que puedes contar conmigo. —Sus ojos demostraron su dolor volviéndose como si no le creyera. Él dio un paso hacia ella. —¿Qué propones?

—Vuelve a Escocia, sigue tu vida. Comparte lecho con otras mujeres, asiste a fiestas… —Sonrió irónica a pesar del dolor que la recorría. —Esa parte no te será difícil.

—Lo que quieres es que desaparezca de tu vida.

—¡Pues sí!

—Serine, por favor.

Intentando reprimir las lágrimas se volvió y él se acercó lo bastante como para sentirle tras ella.

—He hecho mal, pero nunca he querido hacerte daño. Lo siento, preciosa. Te juro por la tumba de mi hermano que lo siento. —Él elevó una mano queriendo tocar su hombro, pero ella se apartó hasta la ventana y George apretó la mano en un puño antes de dejarla caer. La miró con impotencia. —Piensa en todo lo ocurrido, a mí también me han engañado.

—Por eso ninguno de vosotros merecéis la pena.

—¡Tú me engañaste a mí! ¡Querías casarte conmigo desde el principio!

Se volvió mostrando el dolor en su rostro. —No me entiendes, nunca me has entendido.

Él se acercó. —Por supuesto que te entiendo. Te quedaste sola, no tenías otra opción que encontrar marido, ellas me eligieron para ti y te aferraste a eso para ser feliz.

—Cuando perdí a mis padres solo me quedó Catherine. No sabes lo que es que tengas que dar las gracias por cada comida que te llevas a la boca. Que si te dan un vestido casi tengas que besarles los pies de agradecimiento. Si Catherine comía un dulce yo tenía que ignorar mis deseos de probarlo porque sino mi tía le daba dulces una semana entera. —George apretó los labios. —Las clases de piano fueron otra manera de torturarme porque sabía lo que yo deseaba aprender cuando mi tía sabía de sobra que mi prima lo odiaba. Como montar a caballo, Catherine les tenía miedo y aunque consiguió ser una amazona decente si aprendió fue porque su madre quería hacerme de rabiar a mí. ¿Y sabes por qué hacía todo eso? Para que si tenía una rabieta pudiera echarme de casa alegando que mi comportamiento no era apropiado para su hija. Yo solo quería… Quería recuperar ese sentimiento que se tiene con una familia. Tener alguien que me amara, me cuidara y estuviera a mi lado. ¿Te engañé? No, desde que llegaste a la casa de tus padres sabías sobradamente que podía ser una candidata para ti, que estaba en edad casadera y que buscaba marido. Yo no he engañado a nadie, de hecho he sido lo más sincera que he podido con Carter y contigo dadas mis circunstancias.

Desesperado la cogió de los brazos. —¿Y mis circunstancias? Estaba entre la espada y la pared. Mis amigos, mis padres, todos me presionaban para que lo hiciera.

—¿Y eso no demuestra lo poco hombre que eres?

Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¿Qué has dicho?

—Lo demostraste con tu comportamiento con la muerte de tu hermano y lo has vuelto a demostrar. ¿Duele que te digan la verdad?

Muy tenso dijo —Solo quieres hacerme daño para que sienta el mismo dolor que tú.

Gritó tirándose sobre él y golpeándole con los puños. —¡Maldito!

—Preciosa…

Sin dejar de golpearle sollozó. George la abrazó con fuerza atrapando sus brazos entre sus cuerpos y agarró su cabello para que le mirara a la cara. —Me amas y eso no va a cambiar. Yo haré que no cambie porque te has convertido en lo más importante de mi vida y te necesito —dijo intensamente cortándole el aliento—. Y te juro preciosa, que a partir de ahora tú serás lo primero.

—Mientes.

—Te juro que no.

—¡Mientes! ¡Ya me lo juraste antes!

Él hizo una mueca. —Eran otras circunstancias.

Gritó de la rabia y George la besó. Protestó intentando apartarse, pero era tan agradable, tan placentero lo que le hacía sentir, que poco a poco fue relajándose hasta que su cuerpo se encendió necesitando responder. Suspirando ni sintió como él aflojaba su abrazo y elevó las manos para acariciar su cuello, antes de abrazarlo mientras entrelazaba su lengua con la suya. El beso de George se volvió más apasionado, más exigente y bajó las manos hasta su trasero empujándola contra su cuerpo como si quisiera pegarse a ella. Sus pechos contra su torso se endurecieron con fuerza y algo en su vientre ardió provocando que un gemido saliera de su garganta. George se apartó sin dejar de besarla y se quitó la chaqueta con movimientos bruscos dejándola caer a un lado. Impaciente ella llevó las manos a su camisa y empezó a abrir los botones dejando parte de su piel al descubierto y desesperada por tocarle acarició su torso con ansias antes de tirar de la camisa rompiendo el resto de los botones. Él apartó los labios y miró hacia abajo levantando una ceja. Ella también miró hacia allí y asombrada vio que estaba desnudo del todo y que su hombría la apuntaba con claras intenciones.

George carraspeó quitándose del todo la camisa. —Preciosa, ¿te ayudo?

Sorprendida le miró a los ojos. —¿A qué?

—A desnudarte. Para comerte entera viene bien quitarse la ropa.

—Comer… —El fuego la recorrió de arriba abajo. ¡Oh, Dios! —Dijiste que no.

Mirándola como si fuera lo más deseable del mundo la cogió por las caderas pegándola a su miembro. Serine cerró los ojos sintiendo su masculinidad y él besó su labio inferior antes de susurrar —¿Lo dije? No lo recuerdo. —Sus manos llegaron a su espalda y la acarició. —Lo que sí recuerdo muy bien es como tú querías esto. Solo quiero que seas feliz, preciosa. Y te juro que cuando acabe contigo vas a ser la mujer más feliz de este mundo. —Serine le miró con los ojos cargados de deseo y él gruñó antes de atrapar su boca saboreándola hasta robarle el aliento. Mareada ni se dio cuenta de que el vestido se deslizaba por sus caderas e inconscientemente sacó los brazos de las mangas para dejarlo caer. George abrió el lazo que sujetaba sus faldones haciendo que cayeran a sus pies y llevó las manos a su pantalón interior provocando que cayera al suelo. La pegó a él y acarició sus nalgas desnudas haciendo que gritara de placer al sentir su miembro rozando su vientre. Él apartó sus labios para besar su cuello y siguió el curso de su hombro apartando el tirante que cayó a un lado mostrando su pecho. George se agachó y pasó la lengua por el endurecido pezón endureciéndolo aún más con su contacto. Fue algo tan maravilloso que se aferró a su cuello deseando más y George lamió de nuevo. Serine enterró los dedos en su cabello sin darse cuenta de que el corsé también caía al suelo antes de que la cogiera por el trasero elevándola y abriendo sus piernas totalmente a él. Agarrada a sus hombros le miró a los ojos sintiendo como la punta rozaba su humedecido sexo. Gimió arqueando su cuello hacia atrás y él se lo besó de una manera tan erótica que gimió necesitando más. —Eres tú, preciosa. Tú eres lo que necesito para ser feliz. —Entró en ella de un solo empellón y Serine cerró los ojos tensándose alrededor de su sexo. Él besó su cuello intentando que se relajara. —Ya casi esta, nunca más volverá a doler.

Serine miró hacia él y acarició su nuca. —Ahora tendrás que casarte conmigo.

George sonrió. —¿Crees que te dejaría escapar? —Dio un paso hacia la cama y ella abrió los ojos como platos por el placer que la recorrió. —¿Lo has sentido? Pues eso no es nada, mi

amor.

Se emocionó por sus palabras y cuando se sentó en la cama con ella encima se abrazó a él. George acarició su espalda desnuda. —Eh, no llores. Estamos juntos y ya nada nos separará. —Como no decía nada la agarró por el cabello suavemente para mirarla a los ojos y al ver su sonrisa George susurró —¿Qué piensas?

—Que quiero sentir esto el resto de mi vida.

La giró para tumbarla en la cama y se le cortó el aliento cuando su miembro se movió en su interior. —¿Esto? —Entró en ella llenándola por completo.

—Más…

Salió de ella casi totalmente para deslizarse por su interior de nuevo provocando que su ser vibrara. —¡Oh, Dios!

Él se arrodilló entre sus piernas y la poseyó de nuevo. La recorrió tal placer de arriba abajo que arqueó la espalda. —Ten cuidado. —Pasó un brazo por su cintura para sentársela encima y Serine apoyó los talones en el colchón agarrándose a sus hombros. —Te vas a hacer daño en la herida, por dentro tardará en curar.

—George…

—Lo sé… —La agarró por los glúteos y se elevó ligeramente llevándosela con él. Él movió las caderas de manera contundente y Serine gritó de placer aferrándose a su cuello. Movió las caderas con más ímpetu y ella sintió como cada fibra de su ser se tensaba. Apoyándose en los talones fue a su encuentro cuando volvió a llenarla y ambos gritaron sintiendo un placer exquisito. Perdieron el control moviéndose al unísono yendo al encuentro el uno del otro hasta que la tensión en sus seres fue tan intensa, que solo tuvo que llenarla una vez más para que todo estallara a su alrededor mostrándole a Serine la verdadera felicidad.

Capítulo 16

Horas después realmente agotados se abrazaban el uno al otro. George acariciaba su antebrazo y ella apoyó la barbilla en su pecho para mirarle. —¿Qué piensas?

—Todavía no me puedo creer que mis padres me hayan mentido. ¿Con qué fin? ¿Que rompiéramos? Si lo que querían era que nos casáramos.

Suspiró apoyando la mejilla en su pecho. —Igual Carter tiene razón y querían que nuestra pareja fuera más fuerte.

—Y lo es.

Le miró asombrada antes de sentarse. —¡Ah no, no les des la razón! ¡Me mentiste y ellos también!

Divertido pasó el brazo tras la cabeza y ver el vello de su axila la excitó sobremanera. —Y quieres vengarte.

—Claro que sí —dijo distraída.

—Preciosa, no puedo más.

Sorprendida miró sus ojos y al darse cuenta de lo que quería decir soltó una risita. —¿Te agoto?

—Y eso que no estás en plena forma. —George bostezó. —Estoy exhausto.

—Ah no, no te duermas. Tienes que ir a tu casa y fingir que te vas a Escocia.

La miró pasmado. —¿Iba en serio?

—Claro que iba en serio. Me has perdido y estás hundido. Necesitas alejarte.

—¡No voy a alejarme!

Como si no lo hubiera oído continuó —Yo destrozada por tu traición no levanto cabeza, hasta pienso en el suicidio.

—No nos pasemos.

Sus ojos brillaron. —Como Romeo y Julieta.

—Preciosa, esos acabaron fatal.

—Por sus familias precisamente —dijo con cara de loca.

George se echó a reír con ganas y chilló de la alegría sentándose sobre él a horcajadas. —Te hago reír.

Él sonrió acariciando su cintura. —Sí, me haces muy feliz.

Se agachó para darle un rápido beso en los labios y soltó una risita. —Ya verás, con mi plan nos lo pasaremos estupendamente.

George entró en casa dando un portazo y sus padres salieron del comedor donde estaban desayunando para ver su cara de funeral mientras subía los escalones haciendo eses y con la ropa desaliñada. —Dios mío… —dijo Mary Anne asustada—. Hijo…

El conde la cogió por el brazo. —Ahora no.

—¿Pero no le has visto?

—Sí, precisamente por eso sé que no es el mejor momento para hablar con él. Es evidente que ha ido muy mal. Terriblemente mal.

Mary Anne le miró asustada. —No puede perderla. Creía que lo solucionaría.

—Pues no ha podido —dijo George muy serio—. La niña debe estar muy dolida.

—¿No me oyes? ¡Haz el maldito equipaje que me voy a Escocia! —gritó su hijo arriba.

Mary Anne se llevó la mano al pecho de la impresión. —¡No, no! —Los condes corrieron escaleras arriba y cuando llegaron a la nueva habitación de su hijo vieron que estaba sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas mesándose el cabello. Parecía hundido. —Hijo… —El conde entró en la habitación y llegó hasta él el penetrante olor del whisky. —Hijo, ¿qué ocurre?

Sonrió con tristeza. —¿Qué ocurre? Que soy un mierda, eso ocurre.

Mary Anne negó con la cabeza. —¿Pero qué locuras dices?

—No dejaba de llorar. No quiere verme más. Me había entregado su corazón y se lo he roto.

—Lo solucionaréis —dijo su padre sentándose a su lado.

—No, no ha dejado de recriminarme todo lo que he hecho mal. —Levantó sus ojos enrojecidos hasta su padre. —Y tiene razón. Ni un verso, ni una flor, ni un miserable regalo a pesar del tiro de madre. Casi pierde la vida y ni siquiera acudí en su auxilio. Eso es imperdonable. Y ella lo pasó por alto. Pero esto… Otra mujer. Dice que le asquea hasta mirarme. Me recrimina la clase de hombre que soy, que me dejo llevar sin respetar las promesas que le hago a la persona que juro que amo. No me quiere a su lado, ya no. Dice que no la merezco y que prefiere vivir en la miseria a estar casada con un hombre como yo.

Mary Anne jadeó. —¿Todo eso ha dicho?

—Y mucho más que me callo, madre. Me vuelvo a Escocia.

—Vaya con la niña, menuda lengua tiene. —Mary Anne se cruzó de brazos. —Pero tranquilo hijo, que esto es un enfado tonto.

—¿Enfado tonto?

—Iré a hablar con ella y lo arreglaré.

George levantó una ceja. —Madre, ha dicho que como aparezcas por el hotel te pega un tiro antes de que se lo pegues tú.

Jadeó de nuevo. —¿Eso ha dicho? ¡Fue un acto reflejo tonto! ¡No quería hacerlo!

—¿Seguro, madre?

—¿Dudas de mí?

—¿Cómo voy a dudar de ti? —Sonrió con ironía. —Si lo hubieras hecho a propósito significaría que has perdido la chaveta.

La condesa se sonrojó. —Pues eso. En cuanto lo hable con ella se solucionará. Me llevaré a las chicas para que me protejan.

—Sí, mujer, no vaya a ser que tengamos un disgusto. Otro disgusto.

—No va a pasar nada.

Preparada para su interpretación se revolvió más el cabello como si estuviera loca y en ese momento llamaron a la puerta. Sonrió maliciosa antes de gritar —¿Quién es? ¡No quiero que me moleste nadie!

Cuando no contestaron frunció el ceño. Era imposible que no la hubieran oído. Se acercó a la puerta y de repente esta se abrió por un fuerte golpe, dándole de pleno y tirándola al suelo casi sin sentido. Intentando recuperarse abrió los ojos para ver como su tía entraba en la habitación y ordenaba —¡Amordazadla y envolvedla en esa alfombra, rápido!

Un hombre enorme la cogió del suelo y Serine intentó resistirse, pero un fuerte mareo hizo que cerrara los ojos. Su tía se acercó con una sonrisa maliciosa en los labios. —Ya eres mía, sin nadie que te proteja no te echarán de menos, zorra. Esto tenía que haberlo hecho mucho

antes. —Se volvió y salió de la habitación.

Cuando la dejaron en el suelo sobre la alfombra gimoteó y sin fuerzas intentó volverse para escapar, pero dos fuertes manos la agarraron de los tobillos y antes de darse cuenta la envolvían en la alfombra. Todo se puso negro e intentó gritar, pero apenas salió un susurro antes de perder el sentido.

—Vamos niñas —dijo Mary Anne apurada empezando a subir las escaleras del hotel—. Debemos hacer que entre en razón.

—Te dije… —La condesa se volvió para fulminar a Ifi con la mirada. —Vale, no lo digo más.

—¿Crees que no sé qué he metido la…? —Se detuvo en seco al ver a la tía de Serine bajando las escaleras. Esta hizo una inclinación de cabeza a su paso antes de abandonar el hotel como si nada.

—¿Qué hace esa aquí? —preguntó Fely incrédula.

—Oh, Dios mío…

Las cuatro echaron a correr escaleras arriba y las más jóvenes llegaron primero a la habitación de Serine para ver la puerta desencajada y sangre en el suelo. Fely salió corriendo antes de que llegara Mary Anne, que gritó del horror al ver la sangre. Ingrid corrió tras su amiga. —¿Qué hacemos?

—¡No podemos perderla!

Cuando llegaron a la calle vieron como dos hombres colocaban una alfombra sobre el portaequipajes de un coche de caballos y otro en el techo la aseguraba con una cuerda.

—Debe ser ese, ella tiene que estar ahí. ¿Cómo la iban a sacar sino? —dijo Ingrid sin

aliento antes de echar a correr hacia el coche. Entonces Fely se puso a gritar que estaban secuestrando a su amiga, que llamaran a la policía. Ingrid se tiró sobre la parte trasera del carruaje y quiso agarrar la alfombra mientras Fely intentaba abrir la puerta. Uno de los hombres la empujó haciéndola caer en la acera y la baronesa gritó al cochero que se fueran. Entonces el cochero asustado agitó las riendas con fuerza chocando contra el carruaje de Royden que llegó en ese momento impidiéndole el paso para ayudar a su esposa. Los lacayos del marqués se tiraron sobre el cochero y la baronesa abrió la puerta para salir corriendo. Ingrid se dejó caer y entrecerró los ojos mientras su amiga gritaba —¡A por ella!

Ambas corrieron tras la mujer que chilló cuando vio cómo se acercaban a toda prisa. Ingrid fue la primera en llegar hasta ella y la agarró del moño que sobresalía bajo el sombrero tirando de su pelo hasta lanzarla a un escaparate que atravesó del impulso. Con la respiración agitada vio como intentaba levantarse clavándose un montón de anzuelos que estaban expuestos. La baronesa se puso a chillar mirándose las manos y al intentar arrodillarse gritó de dolor. Las amigas sonrieron de oreja a oreja. —Menudo pez más gordo hemos pillado —dijo Fely.

—¿Tú? Lo he pillado yo.

Fely bufó. —Es el embarazo, que estoy baja de forma.

—¿Estás bien?

—Perfecta.

En ese momento llegaron dos policías y señalaron a la baronesa. —¡Deténganla, ha intentado matar a mi amiga! —gritaron a la vez.

Le pasaron algo por la nariz de un olor muy penetrante y abrió los ojos sobresaltada para ver allí a sus amigas mirándola angustiadas. —¿Qué?

Fely le pasó un paño húmedo bajo la nariz y al apartarlo vio la sangre. —¿Qué ha

pasado?

—Tu tía que no deja de dar por saco —dijo Mary Anne haciendo que las cuatro la miraran asombradas—. ¿Qué? ¡Estoy muy alterada! ¡Hemos impedido un secuestro y seguro que un asesinato! Somos heroínas.

—¿Estás bien? —preguntó Fely metiendo el paño en una palangana para aclararlo.

Le dolía la nariz y la frente. Se llevó la mano al tabique nasal. —¿Tengo rota la nariz?

—No, no te la han roto —dijo Fely —. Pero te está saliendo un chichón enorme en la frente que quiero que te vea un médico.

Elevó la mano a la frente y se asustó porque era tan grande como la palma de su mano. —¿Dios mío, me voy a morir?

—No, claro que no. Además ahora estás despierta, eso es muy bueno. —Fely miró a Ingrid. —Vuelve a reclamar el médico, le quiero aquí de inmediato.

Ingrid salió del grupo y la perdió de vista para oír —¿Dónde está el médico, hombre?

—Milady, estará al llegar —dijo un hombre angustiado—. ¿Milady está bien?

—¡No! ¿Ya han avisado a mi hombre?

—Hemos enviado recado a casa de la condesa que era la más cercana, milady. También he enviado recado al club y…

—¡Serine!

La voz de George le hizo elevar la cabeza, pero se mareó y tuvo que dejarla caer cerrando los ojos. —Dios mío, voy a vomitar.

—¡Ayudadme a girarla!

Entre todas la giraron a tiempo y vomitó sobre el colchón sintiéndose peor que en toda su vida. —Preciosa, ¿qué…?

Ifi se apartó para dejarle pasar y Fely tuvo una arcada que le hizo salir corriendo al

aguamanil.

—¿Dónde está el médico? —gritó alterado.

—No lo sé, milord, ya tendría que estar aquí.

George asustado la cogió en brazos. —¡Cambien esas sábanas!

Dos doncellas entraron de inmediato y George se apartó pegándola a su cuerpo. —Preciosa, no ha sido buena idea que te quedaras aquí sola.

Sonrió sin fuerzas antes de abrir los ojos. —Han impedido que se me llevaran. Me han salvado la vida.

—Entonces dejaremos nuestra venganza para otro momento.

—Vaya… Quería hacer de loca.

—Teniendo en cuenta como son, tendrás tu oportunidad. —Preocupado por el bulto que tenía en la frente dijo a las doncellas —Rápido, rápido.

—Sí, milord.

—Me encuentro mejor. —Desdiciendo sus palabras cerró los ojos como si le molestara mucho la luz. —Solo necesito descansar.

—Ahora descansarás. —Preocupado miró a su madre. —Envía recado al doctor Stevenson. No sé a quién han llamado y quiero que la revise él.

—Sí, hijo.

—Esa zorra —dijo entre dientes.

—Ahora recibirá su merecido —dijo Fely acercándose de nuevo—. Ya puedes tumbarla.

Lo hizo con cuidado y escucharon en el pasillo la voz de Royden. Fely salió a toda prisa y George vio como se abrazaban. El marqués le preguntó si estaba bien y ella asintió antes de susurrar —Me preocupa Serine.

—¿Es grave?

—Míralo tú mismo.

Royden entró en la habitación y al ver el enorme chichón intentó disimular su preocupación. Algo tan grande en un sitio tan delicado como el cráneo no podía ser bueno. George sentado a su lado le miró angustiado cogiendo la mano de Serine, así que dijo intentando calmarle —Tranquilo, amigo. Seguro que parece más escandaloso de lo que es en realidad.

—¿Tú crees? —dijo entre dientes furioso.

Royden miró a su mujer sin entender su actitud hacia él, pero Fely le hizo un gesto para que no le diera importancia. En ese momento llegó el médico que dijo a todos que salieran de la habitación. Cuando George no se movió le ordenó —Usted también, milord.

—Yo no me voy a ningún sitio. Es mi prometida y de aquí no me va a mover nadie.

—Hijo, por favor…

—¿Por favor qué? —Miró al médico como si quisiera soltar cuatro gritos. —¿No piensa atenderla?

—Sí, por supuesto.

—Vamos Mary Anne, esperemos fuera —dijo Ifi.

—No. —Negó con la cabeza. —Esto es culpa mía, me quedo.

—Está bien que lo reconozcas, madre —dijo George con voz lacerante—. Debería haber estado en casa, protegida. Y gracias a tus juegos estaba aquí.

Se le cortó el aliento. —Lo sabes.

—¿Tu último jueguecito? Ahora no quiero hablar de eso. Sal con tu amiga.

Mary Anne sollozó antes de salir lo más aprisa que pudo de la habitación. Fely al verla salir llorando preguntó—¿Qué ocurre?

—Lo saben, saben que mentimos sobre el collar —dijo Ifi angustiada por el estado de su amiga.

—Joder… —dijo Royden—. George no nos lo va a perdonar en la vida y más después de lo que acaba de pasar. Si hubiera estado en casa…

—¡Con todo lo que ha pasado ni me acordaba de esa maldita mujer! —exclamó Mary Anne alterada.

—Como ninguno de nosotros. No calculamos los riesgos y eran muchos —dijo Ingrid.

En ese momento llegaron el conde y Lucas que al ver el estado de nervios de Mary Anne preguntaron —¿Qué ocurre?

El pasillo estaba atestado de gente que esperaba noticias y cuando al fin se abrió la puerta el doctor sonrió. —Se pondrá bien. Los golpes no han dañado el torso y el chichón terminará curando. Eso sí se va a poner mucho peor que ahora y le dolerá la cabeza, pero el golpe ha sido en una parte muy dura del cráneo y aparentemente no hay secuelas cerebrales.

—¿Podemos llevárnosla a casa?

—Con cuidado de no moverla mucho… Ahora está algo mareada.

—¿Los mareos no indican un problema mayor, doctor? —preguntó Fely.

—Así es. Son un signo de alerta, pero no de alarma. Si no se despierta, avísenme. He encargado a milord que la despierte cada tres horas para comprobar que recupera consciencia normalmente. Si habla con dificultad, se baba, deja de ver o hay algún otro signo de alarma me avisan de inmediato.

—¿Se baba o deja de ver? —preguntó Mary Anne asustada—. Oh, Dios mío…

Su marido preguntó —¿Qué pasaría si no logra despertarse?

—En ese caso solo nos queda rogar a Dios a que se despierte de nuevo, pero no creo que pase ya. Si me disculpan tengo más pacientes.

—Gracias doctor —dijo Ingrid preocupada. Cuando se alejó susurró —Dios mío…

—Seamos positivos, ahora está despierta —dijo Royden.

La puerta se abrió y vieron como George se acercaba a la cama para cogerla en brazos con delicadeza. Cuando llegó al pasillo les fulminó con la mirada. —Dejadme pasar.

—Amigo, puede que seamos responsables de esto —dijo Lucas—, pero tú también participaste.

—Sí, participé engañado y aun así es algo que no me perdonaré nunca, como no os perdonaré que nos hayáis mentido, manipulado y disfrutado con nuestro sufrimiento. ¿O acaso no disfrutasteis con nuestra ruptura? Lo dudo porque para vosotros fue una victoria en vuestros retorcidos planes.

Fely palideció. —Todo era por vuestro bien.

—Dejadme pasar —dijo entre dientes.

En ese momento Serine movió la cabeza ligeramente hacia ellos y sonrió. —¿Mary Anne?

Con lágrimas en los ojos respondió —¿Sí, niña?

—Tranquila, se le pasará. —Apoyó la cabeza sobre su pecho. —Yo haré que se le pase.

George apretó los labios pasando entre ellos. —¿Por qué has dicho eso? —susurró él llegando a la escalera.

—Porque sé lo que es perder a lo único que te queda. Y ese eres tú, cielo. Nada les dolería más que perderte a ti y eso no pienso consentirlo.

—¿Y nuestra venganza?

Sonrió maliciosa. —Todavía podemos tomárnosla, pero después… Después pelillos a la mar.

George sonrió llegando abajo. —Eres muy blanda, aunque no me voy a quejar porque a

mí me has perdonado.

—Pero no te acostumbres, milord.

—No, claro que no.

Le miró con desconfianza. —¿Seguro?

—Te lo juro.

Tumbada en la cama al lado de George se llevó la mano a la frente. No le dolía la cabeza en sí, lo que era ya algo increíble, pero eso que tenía en la frente tiraba de su piel y le latía. Eso por no mencionar que la nariz, que al parecer no estaba rota, se le había puesto enorme como una berenjena. Volvió la vista hacia George que dormía a su lado. De repente se despertó sentándose de golpe. —¡Serine!

Parpadeó cuando miró hacia ella y suspiró del alivio al verla despierta.

—Cielo, estoy bien. —Él mirando su rostro hizo una mueca y jadeó. —¿Está peor?

—No, preciosa.

Apartó las sábanas a toda prisa y él la agarró por la cintura tumbándola de nuevo. —Ya lo verás mañana.

—¿Y si esto se queda aquí? —preguntó asustada llevándose la mano a la frente.

—Te compraré sombreros más grandes.

—Muy gracioso. —Sorprendentemente soltó una risita. —Serás malo.

—Dentro de unos días serás la de siempre, ya verás como sí. ¿Te duele?

—Un poco. —Acarició su mejilla disfrutando de su contacto. —Duérmete.

—Duérmete tú.

Suspiró mirando el techo. —Iba a matarme.

—¿Por qué te odia tanto?

—Nunca lo he sabido a ciencia cierta. Catherine se lo preguntó una vez y le dijo que mi madre había conseguido un matrimonio mucho mejor que el suyo con malas artes, que habían avergonzado a la familia, aunque habían logrado ocultarlo, de ahí mi nacimiento. Pero yo creo que había mucho más detrás. Mi niñera me dijo un año después de morir mis padres que tuviera cuidado con ella porque era mala persona.

—¿No te explicó más?

—Tenía seis años y no me pareció raro que dijera eso porque ya me había dado cuenta. Pero después me pregunté por qué lo había dicho. ¿Qué había visto para opinar eso de ella? —Hizo una mueca. —Nunca lo sabré porque seguramente mi niñera ya estará muerta. Además, aunque quisiera encontrarla no me acuerdo ni de su apellido. —Suspiró. —Por comentarios que hacía su madre cuando yo no estaba presente, Catherine creía que siempre le tuvo envidia a mi madre. Era más bella, más lista, mejor amazona, la favorita de sus padres. Siempre lo decía y según Catherine con una envidia evidente para su hija y para todos. Cuando murió mi prima, dijo claramente por qué ella y no yo.

—No soporta que hayas superado a su hija en vida y eso la ha desquiciado. Ha volcado el dolor que siente por la muerte de Catherine y el odio que sentía por tu madre sobre ti. Eres la que está viva y tienes que pagar.

—Supongo que sí. —Se quedó unos segundos en silencio pensando en ello. —¿Qué crees que le harán?

—Pasará el resto de su vida en prisión o la enviarán a la horca. Son muy duros con los que atentan contra la clase alta. No sientas pena por ella, preciosa.

—No siento pena —dijo sorprendida.

—No me mientas. —Se sonrojó y él sonrió. —Vaya, al parecer tú también mientes.

—No ha sido intencionado.

Él se echó a reír y ella le pellizcó el costado. De repente se abrió la puerta para mostrar a Mary Anne en bata. —Menos mal que estáis despiertos.

—Madre, ahora no.

—A tu padre le pasa algo.

George perdió la sonrisa del todo y se levantó de golpe para correr fuera de la habitación. Serine intentó levantarse y Mary Anne negó con la cabeza. Asombrada se detuvo. —No me lo puedo creer.

—Por favor, no sabía qué hacer para hablar a solas. Tienes que ayudarme.

—¡Tú no estás bien!

Jadeó indignada. —Oye, bonita que yo te ayudé.

—¡A tener un pie casi en la tumba! ¿Te recuerdo el tiro?

—No podemos perderle —dijo angustiada.

—No vais a perderle, pero deja de hacer estas cosas.

De repente George entró en la habitación y miró a su madre como si quisiera soltar cuatro gritos. —Está roncando.

—¡Pero ronca mal!

—¡Ronca como siempre, madre!

—¿De veras? Uff, que alivio.

George miró hacia ella. —¿Qué te ha dicho?

—Que no quiere perderte.

Puso los ojos en blanco antes de mirar a su madre que se puso como un tomate. —Chivata.

Soltó una risita. —Ahora es mi marido y me debo a él.

—¡Eso no significa que no seas una chivata, chivata!

—Madre…

—¿Sí, hijo?

—No me vas a perder.

Le miró emocionada. —¿De veras? ¿Se te ha pasado el enfado?

—No.

—¿No?

—¡Madre has colaborado para que Serine me dejara! ¡Si hasta me animaste a besar a Julianne!

Serine dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo has dicho?

—Bueno, tenías que sonsacarle dónde estaba el collar.

—¿Hablas del collar que está en el joyero de Ingrid? —preguntó incrédulo.

Mary Anne carraspeó antes de entrecerrar los ojos. —¡Pues a pesar de todo he conseguido lo que quería! ¡Ahora sois una pareja más fuerte! —De repente sonrió. —Si hasta me traiciona a mí para estar de tu lado. Eso antes no pasaba.

—¡Estás de atar, madre!

—Ya, pero va a ser tu mujer, así que he ganado yo. —Y como si nada salió de la habitación. —Ahora hacerme abuela si me queréis contenta.

Pasmados se miraron. —Encima con exigencias —dijo ella.

George suspiró. —Preciosa o hacemos algo o esto no acabará nunca. Merecen una lección.

—Tienes razón cielo, ¿pero qué? Porque no podemos fingir que nos hemos separado de nuevo. Ahora no colará el plan Romeo y Julieta.

George fue hasta la cama y se sentó a su lado. De repente sonrió malicioso. —Carter, el candidato perfecto para que las vuelva locas con nuestra ayuda. Al pobrecito hay que buscarle esposa, ¿no?

Los ojos de Serine brillaron. —En lugar de una candidata un candidato.

—Un reto con el corazón roto. No van a dejarle así, no sería justo.

—Cielo, eres maquiavélico. —Se echó a reír. —¿Crees que colaborará?

—Si tú se lo pides… Haré que venga mañana que ahora das más pena.

—Oye…

George rio tumbándose a su lado. Ella miró la ropa que aún llevaba puesta. —Cielo, ¿no te desnudas?

—Estás tú como para que me desnude. No me tientes preciosa, que ni puedo besarte a gusto. —De repente la fulminó con la mirada. —¡Deja de lesionarte!

—Haré lo que pueda.

—Ahora a dormir. Pero solo tres horas. Te despertaré.

Le lanzó un beso y se acomodó sobre su hombro. —Que descanses, cielo.

Él acarició su brazo. —Sueña conmigo, preciosa.

Carter parpadeó mirando a uno y después al otro. —¿Perdón?

La cara de Serine esa mañana era un poema porque estaba hinchada y amoratada que daba miedo. Intentó sonreír, pero solo le salió una mueca. —¿Nos ayudarás?

—Será una broma —le dijo a George de pie al lado de la cama con los brazos cruzados —. ¿Me quitas la novia y ahora quieres mi ayuda?

—Te pide ayuda ella.

—Muy listo. —Molesto la miró. —¿Quieres que esas mujeres me busquen esposa?

—Sí, y puede que te la encuentren. Sus métodos pueden parecer poco fiables, pero míranos a nosotros —dijo encantada.

—Ya os veo, ya. Y no tenéis muy buena pinta. Ese parece que no ha dormido en una semana y tú… Mejor me callo.

Jadeó. —¡Esto que tengo en la cara es culpa de mi tía!

—Ya lo he oído, se comenta por toda la ciudad. —Gruñó y empezó a pasearse por la habitación. —A ver si lo he entendido…. Queréis que las maree hasta que se den por vencidas.

—Con nuestra ayuda, por supuesto —dijo ella —. Quiero divertirme como ellas se han divertido con nosotros.

—¿Y cuál es el plan?

—Pues verás, George y yo les hablaremos de tu visita de hoy. Si las conozco un poco y las conozco, empezarán a buscarte esposa antes del mediodía. Si Ifi da con ella, esa es la mujer adecuada para ti e intentarán captarla.

—Hablas como si fueran un grupo terrorista —dijo preocupado antes de mirar a George que levantó una ceja—. No será para tanto, son cuatro damas.

—Cuatro damas de las más influyentes de Londres, que tienen muchos contactos y un ojo clínico para buscar marido…. Su reto será hacerlo al revés y eso las divertirá.

—Y ahí vendrá tu reto, porque tienes que rechazarla —dijo tan pancha.

—¡Será una broma! ¿Tengo que rechazar a mi mujer?

Serine gimió por dentro. —Solo temporalmente, hasta que les hayamos dado una lección.

—¿Y si luego me rechaza ella?

Le miró de arriba abajo. —Tendría que estar loca.

—¡Tú me rechazaste! ¡Y sin hacer nada malo!

—¡Porque estaba él, ya te lo dije!

—¿Y si también hay otro? ¡Porque puede haberlo, que hombres los hay a patadas!

—No se te ve muy disgustado por el rechazo de Serine, amigo.

Fulminó a George con la mirada. —Yo no voy llorando por las esquinas como otros.

Su prometido se tensó dejando caer los brazos. —¿Cómo has dicho?

—Haya paz… Mira Carter, si esto funciona tendrás esposa y si no funciona te quedarás como estás y me habrás hecho un favor. ¿Sí o no?

—Es la manera más absurda de buscar esposa que he oído nunca.

—Cómo se nota que no las conoces. Hoy mismo sabrás el nombre de tu futura marquesa.

Capítulo 17

Como suponía dos horas después, allí estaban sus amigas para visitarla. Ella sentada en el sofá del salón las vio entrar una por una y vio el horror en sus rostros al ver su cara. —¿Tan mal está?

—No —dijeron todas a la vez de manera exagerada.

—¿Seguro? —Se llevó la mano al rostro y suspiró apenada. —¿Y si no quedo igual?

Su suegra que entró tras ellas se acercó a toda prisa para sentarse a su lado en el sofá. —Eso se quitará y serás tan hermosa como antes, eso no debe preocuparte.

—George también dice eso, pero no las tengo todas conmigo.

Fely se sentó en el sofá de enfrente. —¿No deberías estar en la cama?

—Ya no me mareo, si no fuera por esto estaría bien. —Todas sonrieron. —¿Sabéis algo de ella?

—Está en Newgate a la espera del juicio. La policía ya nos ha interrogado, supongo que vendrán hoy a intentar hablar contigo —dijo Ifi.

—Carter ya ha hablado con el jefe de la policía y sí que vendrá él mismo en persona esta tarde. —Apretó los labios agachando la mirada. —Carter… Pobrecito, le he roto el corazón.

—¿Tan afectado está?

—Mucho. Dice que ya nunca encontrará esposa después de conocerme. —Miró de reojo a su suegra que ya había entrecerrado los ojos. —Me siento responsable.

—Tú no tienes ninguna responsabilidad en esto. —Fely miró a Ifi. —¿No podemos hacer algo por él?

Ya habían picado y Serine miró esperanzada a la baronesa. —¿Le encontrarás candidata, Ifi?

—Uy, eso va a ser difícil.

—¿Y eso por qué? ¡Es rico, guapo y marqués!

—Pero se ha fijado en ti. La debutante tiene que ser muy espabilada para captar su atención ahora que tiene el corazón roto. Si esperáramos un año a que te olvidara un poco…

—¡No! ¡Tiene que ser ahora! ¡Quiero que me olvide cuanto antes! No quiero tener esta culpa sobre los hombros —dijo dramática.

Ingrid la miró con sorpresa antes de volver la vista a Fely que levantó una ceja. —¿Tanta prisa tienes?

Ella miró hacia la puerta como sino quisiera que la oyera nadie y todas se adelantaron para escuchar —¿No lo entendéis? Ya he compartido lecho con George, no podemos esperar mucho para la boda. Carter tiene que casarse antes para que nadie dude de que el hijo que puede que ya esté esperando sea de mi marido.

Todas mostraron en su rostro su comprensión. —Pues hay que buscarle esposa, Ifi, y cuanto antes —dijo su suegra a toda prisa—. La buena sociedad debe creer que el marqués se casa por despecho, por el rechazo de mi nuera.

—Exactamente, veo que lo habéis entendido.

—Muy bien, ¿candidatas? —preguntó Fely.

—Si hay que casarle vale cualquiera —dijo Ingrid—. Pero supongo que Serine quiere que sea feliz.

—Sí, muy feliz. —Rogó a Ifi con la mirada. —Se lo debo.

—Que difícil, siempre lo hago al revés… —Se mordió el labio inferior y en ese momento llegó George vestido con un traje gris que le quedaba como un guante.

—Mi amor… —Serine encantada alargó las manos y él se acercó para cogérselas antes de darle un suave beso en los labios intentando no hacerle daño. —¿Vas al club?

—Voy a hablar con el pastor para la boda.

—¡No! —exclamaron todas a la vez horrorizadas.

Las miró sin comprender y dijo —¿Qué pasa? ¿Ahora ya no queréis que nos casemos? —preguntó molesto.

—Claro que queremos que os caséis —dijo su madre con una dulce sonrisa en los labios —. Pero hijo dado el estado de tu prometida, casi mejor esperar un poquito, ¿no?

George la miró. —¿Cielo?

—No me gustaría casarme así, la verdad.

—Muy bien, esperaremos. —Todas suspiraron del alivio y para su pasmo vieron cómo se sentaba al lado de su prometida. —¿De qué hablabais?

Serine hizo un gesto para que cerraran la boca y Fely fue la primera en contestar —De lo ocurrido ayer, por supuesto.

—No quiero que Serine lo recuerde continuamente, hablar de otra cosa.

Hubo un silencio durante unos segundos en los que se miraron las unas a las otras. Ingrid dijo —Hace un día estupendo, ¿no?

—¿Qué tiene de estupendo si está a punto de llover a cántaros? Solo hay que mirar el cielo —dijo cortante.

Serine tuvo que reprimir la risa cuando sus amigas miraron hacia las ventanas por donde se filtraba un sol radiante. George le dio un toque con el codo y se puso seria cuando miraron hacia ellos. —Pues no lo parece.

—Créeme Ingrid, va a llover lo que no está escrito.

—Si tú lo dices… —Ingrid forzó una sonrisa. —¿Y cómo va la búsqueda de casa?

Él fulminó a su madre con la mirada que se sonrojó. —Fue un comentario por si conocían alguna disponible.

—Cierto madre, ellas siempre conocen las disponibles. —Se puso cómodo en el sofá estirando las piernas. —Pues lo cierto es que no he buscado mucho. Las casas de soltero que he visto no son de mi agrado y ahora dada nuestra situación ya no busco eso, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Ifi—. Necesitáis una casa grande, con algo de jardín y que tenga un buen salón de baile. Porque darás bailes, ¿no es cierto, querida?

—No.

—Nos vamos a vivir a Escocia.

Mary Anne se llevó la mano al pecho. —Pero no podéis hacer eso. No veré a mis nietos.

Gimió por dentro por su cara de pena y miró de reojo a George que era evidente que tampoco aguantaría con esa pantomima mucho tiempo. —Madre…

—No me meteré en vuestras vidas, lo prometo —dijo a toda prisa—. ¿Te das cuenta del disgusto que le vas a dar a tu padre con lo que desea tener un nieto?

—Todavía lo estamos pensando, ¿verdad cielo?

La miró como si fuera un caso imposible antes de sisear —Sí, preciosa. Lo estamos pensando.

Mary Anne suspiró del alivio y sonrió convencida de que les llevaría a su terreno. —Te aburrirías muchísimo en el castillo, cielo —le dijo a ella—. Allí no hay nada que hacer.

—Las distracciones de Londres son infinitas —dijo Fely convencidísima—. Vamos, que aquí como en ningún sitio. Y si quieres campo, pues al campo que por aquí hay mucho con paisajes muy bonitos. —De repente sus ojos brillaron. —¡Por cierto, mi marido me está haciendo

un pazo!

Dejaron caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo te has enterado? —preguntó Ingrid—. ¡Era una sorpresa!

Soltó una risita. —Le oí hablar con mi madre y el arquitecto de las obras. Creían que dormía la siesta. —Chasqueó la lengua. —Yo nunca duermo siesta.

—¿Un pazo? —preguntó George sin comprender.

—Es gallega —contestaron todas como si eso lo explicara todo.

—A las casas grandes allí en su tierra de nacimiento las llaman así, cielo. —Mary Anne miró a Fely. —¿No es cierto?

—Sí, pero son distintas a las casas de campo de aquí. Son de piedra y… —chilló sobresaltándolas—. ¡Y van a traer a mi padre!

—¿Traerle de dónde? —preguntó George.

—De su tumba. Está enterrado allí.

—Ah… —Miró a Serine como si su amiga hubiera perdido un tornillo. —¿Y eso no es un sacrilegio?

—Pues no sé, porque mi padre era católico y estas son tierras anglicanas. —Se llevó la mano al pecho. —Igual no deberían moverle. A ver si el Papa le excomulga o algo y si está a gusto allí arriba…

George se echó a reír a carcajadas y Fely pasmada miró a sus amigas. —¿He dicho algo gracioso?

—No, no has dicho nada gracioso —dijo Serine advirtiéndole con la mirada.

—Lo siento preciosa, pero es que me he imaginado a ese buen hombre mientras San Pedro le señalaba la puerta y no he podido evitarlo.

Serine soltó una risita y ambos se echaron a reír. Ifi sonrió. —Son el uno para el otro, lo

que yo decía.

—Hijo, ¿no tienes nada que hacer? —preguntó Mary Anne algo incómoda por si Fely se ofendía.

—Pues ya que lo dices madre… —Se levantó y besó a su prometida en la mejilla. —No seas blanda —susurró antes de enderezarse y abrocharse la chaqueta del traje—. Creo que voy a ir a ver qué hace padre en el club, ya que Serine está tan bien cuidada.

—Sí, hijo vete tranquilo que nosotras nos encargamos de ella.

Observaron como salía del salón y se acercaba a Jeffrey que le daba su abrigo y su sombrero. Cuando salió de la casa todas suspiraron y Mary Anne dijo —Gracias Serine. Si se va otra vez a Escocia, esta brecha que he provocado entre nosotros será cada vez más grande hasta ser insalvable.

—De nada —dijo como una niña buena—. Menos mal que no habéis dicho nada, está muy celoso con el tema de Carter. Se hubiera puesto furioso.

—Entiendo —dijo Fely—. Mi marido también se hubiera alterado, al fin y al cabo ha sido un pretendiente y has vivido en su casa.

—¡Ya lo tengo! —gritó Ifi antes de estirar el cuello en actitud orgullosa—. O mejor dicho ya la tengo.

—¿De veras? —preguntó pasmada por su rapidez, aunque no era de extrañar a ella también la había emparejado enseguida—. ¿Y quién es?

—Nuestra candidata es ideal para él, hermosa, cultivada y rica.

—Leche, es mejor que yo —dijo molesta.

Ifi soltó una risita. —Tiene que superarte para que le entre por el ojo a nuestro galán.

—¿Y quién es, madrina? —preguntó Ingrid—. ¿La conocemos?

—Fely y tú no la conocéis, porque todavía no ha sido presentada en sociedad. Lo hará el

año que viene. —Mary Anne sonrió porque seguramente ya sabía quien era. —De hecho su padre ya va presumiendo de que será el debut más ostentoso de los últimos años. Es la niña bonita de su padre y de su abuelo, la consienten en todo, pero a la vez ella no se aprovecha.

—Ya me va gustando —dijo Fely—. ¿Y cómo se llama?

—Lady Ifigenia Cheatley. Pero la llaman Nia.

Todas parpadearon. —¿Tu nieta? —se aventuró a preguntar Serine.

Soltó una risita. —¿Qué quieres? Tengo que casarla y su padre va a gastarse una fortuna. Hay que ser práctica, si puedo casarla antes…

—¿Seguro que no te estás dejando llevar por la emoción porque es tu nieta?

—¿Dudas de mi profesionalidad?

—No, claro que no. Aunque conmigo había dos candidatos.

—Oye bonita… ¡Te vas a casar con todo un partido, así que menos protestas!

Se sonrojó bajo el morado.

—Eso —dijo su suegra orgullosa—. Tantas protestas por los métodos que utilizamos son ofensivas.

La miró asombrada. —¡Me pegaste un tiro y me habéis mentido!

—Por un fin. Todo con un fin.

—¿El tiro también?

—Bueno, no puedo ser perfecta —dijo tan pancha—. Ifi con tu nieta utilizaremos métodos menos agresivos.

—Es más dócil, en cuanto se lo diga se tira de cabeza a por el marqués.

—No te fíes, esta también se tiraba de cabeza y mira todos los problemas que nos está dando.

—¡Tendréis cara!

Las más jóvenes se echaron a reír y Fely dijo —No vas a poder con ellas. Mira que yo lo intenté y siempre metían baza.

—¿Lo intentaste?

—Oh sí, con fuerza, pero ellas tenían a mi madre de su parte y fue difícil repelerlas. Es como nadar a contracorriente, una pérdida de tiempo.

—Bueno, ¿y qué estrategia seguimos? No se la ha presentado en sociedad todavía, ¿cómo se van a conocer?

—En una cena que organizaré yo —dijo Mary Anne—. Diremos que está pasando unos días con Ifi porque están decorando su habitación en casa de sus padres. Vendrá a la cena y les presentaremos.

—Mi nieta odia ser el centro de atención, en cuanto le diga que tengo el candidato adecuado y que eso evitará su presentación allá que va a conquistarle. Y es muy buena en eso porque el otro día caminábamos por Bond Street y provocó que un cochero se cayera del pescante.

—¿Y cómo hizo eso? —preguntó Serine impresionada.

—Cruzábamos la calle, el cochero se detuvo para dejarnos pasar y mi nieta le sonrió. La siguió con la mirada y el lacayo que iba con él le dio un coscorrón que le tiró abajo.

Las chicas se echaron a reír e Ifi sonrió orgullosa. —Se lo va a comer vivo cuando ponga sus ojos en él.

—Pero Serine no debería asistir a esa cena —dijo Ingrid.

—¿Y eso por qué? —preguntó ofendida.

—Porque Carter se centraría en ti, en tu salud y queremos que solo se centre en ella.

—¡Pero no me lo quiero perder! ¡Además, sería raro que yo no estuviera presente cuando es mi amigo!

—En eso tiene razón —dijo Fely—. Sin ella en la mesa no tiene sentido que él esté aquí.

—Casi ni le dirigiré la palabra. —Ella no se perdía esa cena por nada del mundo.

—Ya veré cómo lo arreglo —dijo su suegra no queriendo disgustarla—. Asistirás para que Carter no sospeche.

—Perfecto.

Estaba arreglándose cuando George entró en la habitación como una tromba y le miró sorprendida. —¿Y ahora qué pasa?

—¡Me han robado el reloj al salir del club!

—¿Qué? —Miró su chaleco para ver la anilla que lo enganchaba en uno de los botones. —Parecía muy antiguo.

—¡Era de mi abuelo! ¡Me lo regaló con diez años! Como pille a quien ha sido le estrangulo.

—No te habrás cruzado con Hoswell, ¿no?

Él levantó una ceja. —¡Preciosa, que no soy tonto!

—Lo siento, pero es el primero que se me ha pasado por la cabeza.

—No es una pieza que a él le interesaría. —La miró de arriba abajo y al llegar a su cara de nuevo hizo una mueca.

—Sí, cada vez tiene peor aspecto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó acercándose a ella y cogiéndola por la cintura.

Dora juró por lo bajo porque estaba cerrando los botones. —Milord, deme un segundo.

Ambos rieron y Serine le miró enamorada. —Me encuentro bien, no te preocupes.

—¿Todo listo?

—No te vas a creer quien es. La nieta de Ifi.

—Vaya, se nota que la amiga de mi madre no quiere perder la oportunidad de pillar a todo un partido.

—Dice que son perfectos el uno para el otro.

—También decía eso de ti.

—Cierto. Pero esta vez saldrá bien.

—¿Has avisado a Carter?

—En la invitación de esta noche, que he hecho yo por consenso de todas, se lo he contado. ¿La conoces?

—La vi un par de veces de cría.

—¿Es hermosa?

—Estaba muy pasada de peso, cielo. No dejaba de comer pastas. No sé si será el tipo de Carter.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Ifi ha dicho que es hermosa.

—¿Amor de abuela?

—Oh, no. Si a Carter no le agrada no habrá nada que hacer.

—¿Y qué más da? Todo esto es para darle una lección a esas meticonas. —Entrecerró los ojos. —Ya veo, quieres que sea feliz.

—Le he hecho daño, es lo menos que puedo hacer. Y tampoco me gustaría hacerle daño a lady Ifigenia, ella no tiene la culpa de nada.

Suspiró apartándose. —Nada, que al final vamos a colaborar en hacer la pareja perfecta.

—Ya se me ocurrirá la manera de ponerlas de los nervios. —Sonrió radiante. —Hoy has estado espléndido. —Soltó una risita. —Es que ni sabían que decirte.

—¿Debo cambiar de actitud en la cena?

—¿Estás loco? Tienes que ser el oponente dialéctico de Carter y sé que lo harás de manera soberbia porque a lengua afilada no te gana nadie, cielo.

—Gracias hermosa.

Rio abiertamente y se volvió para mirarse al espejo del cuello para abajo, claro, porque lo otro no tenía arreglo de momento.

—Perfecto milady —dijo Dora—. El amarillo es su color.

Llamaron a la puerta y su doncella fue a abrir. —Cielo, tienes que cambiarte.

—Ahora mis… —Al mirar hacia la puerta dijo —Jeffrey, ¿qué pasa?

—Milord uno de los lacayos ha recibido una visita. —Abrió la mano mostrando su reloj. —Le han traído esto.

—¿Pero cómo lo han encontrado?

—No lo sé, milord. En cuanto se lo dio salió corriendo.

—Cielo, ¿es tu reloj? —preguntó asombrada—. Vaya ladrón más raro.

—Y que lo digas. —Cogió el reloj de su mano y lo abrió para comprobar que estaba bien. Entonces vieron la nota. —Jeffrey, que venga ese lacayo.

—Enseguida milord.

George abrió la nota y ella se acercó a él para ver lo que ponía.

“Deja de hacer preguntas o te rajaré el cuello.”

Serine jadeó y George cerró la nota como si nada. —No te preocupes, preciosa. Está claro que he hurgado demasiado y ahora están nerviosos.

—Cielo, hay que llamar a la policía.

—Con todos los escándalos que nos rodean no creo que sea buena idea.

—Tómese esa amenaza en serio, milord —dijo Dora preocupada—. Le han robado sin que se diera cuenta, ¿cree que no pueden acercarse a usted? Claro que pueden.

En ese momento apareció Jake. —Milord, ¿me llamaba?

—¿Quién te ha dado esto?

—Un joven que conocí en la calle hace tiempo, milord. Se llama Patrick.

—¿Un ladrón?

—Tiene que sobrevivir. No sé muy bien lo que hace ahora, hacía años que no teníamos contacto.

—¿Qué te ha dicho?

—Dáselo. Solo eso. Y en cuanto puso el reloj en la palma de mi mano salió corriendo.

—¿Podrías encontrarle? ¿Traérmelo?

—Es evidente que trabaja para alguien, no vendrá.

—¿Y sabrías decirme por dónde se mueve y cómo es?

—Por supuesto, milord. Incluso podría acompañarle si quiere.

—¡Jake no! —exclamó Dora.

—Me debo a mi señor —dijo muy serio acallándola.

—¿Cielo?

—Tengo que descubrir qué hay detrás de todo esto, preciosa. Ahora todavía con más razón. —Miró a Jake. —Pero no te voy a pedir que salgas del carruaje, tú no mostrarás tu rostro.

—Sabrán que ha sido él quien se ha chivado. Será a él a quien rajen el cuello —dijo Dora muy nerviosa.

—No me pasará nada. Sé cuidarme solo —dijo Jake antes de ordenarle con la mirada que se callara.

—Intentaré que no corras ningún riesgo.

—No se preocupe por mí, milord. Me preocupa más usted. Esos que vamos a ver no dan diez pasos antes de disparar. Piénselo antes de actuar, son peligrosos.

—George…

Sin hacerle caso le preguntó a Jake. —¿Nos vamos?

Él negó con la cabeza. —Saldremos a las doce. Así le pillaremos en la habitación que tenía alquilada la última vez que le vi.

—Todavía mejor, si vamos después de cenar mis padres no se enterarán. Diremos que nos retiramos temprano porque Serine tiene que descansar.

—¿Por qué no pueden enterarse los demás? —preguntó pasmada porque quisiera hacer eso solo.

George apretó los labios antes de mirarla. —Dejadnos solos.

La servidumbre salió de la habitación a toda prisa y él dijo —Preciosa, si me sorprendió tanto la mentira del collar, es por todo lo que he descubierto desde que me puse a investigar el asunto.

—¿Qué dices? ¿Julianne te dijo algo interesante?

—No, como te dije me lloró diciendo que ella lo había dejado. Pero una de esas noches que la vi en un baile de tercera no le quité ojo pendiente de con quien hablaba. Lo más interesante es que creyendo que me había alejado la escuché hablar con alguien que no era Hoswell. Y hablaban de las joyas de cierta amante que presumía de los regalos de su duque. Regalos realmente increíbles.

—Buscaban una víctima. ¿Cómo se llama esa mujer?

—Anne Penrose. El tiempo que Julianne estuvo hablando conmigo, tiempo en el que simuló estar pendiente de cada una de mis palabras, estuvo totalmente pendiente de esa mujer. Es

más, lo hizo hasta que esa mujer se fue con su amante, el duque de Condford.

—Le conozco, una vez estuvo en una cena que ofreció mi tía. Catherine pensaba que iba a pedir su mano por como la miraba.

—Pues menos mal que no lo hizo, en el lecho no es precisamente gentil, lo sabe todo el mundo.

—Oh, Dios mío. Cuando te refieres a gentil…

—Me refiero a que muchas de sus anteriores amantes acabaron con una cara como la tuya. Por eso las llena de joyas, para que cierren la boca.

—Entiendo.

—Bueno, el hecho es que se estaba acabando el baile y vi que el hombre con quien había hablado Julianne se retiraba. Decidí seguirle…

—Por si se reunía con Hoswell.

—Exacto. Eso me llevó a una casa de juego casi a la salida de Londres. Ahí van nobles de mala reputación o los que no son nobles pero que tienen dinero.

—Y decidiste no entrar porque te conocían.

Él gruñó y Serine soltó una risita. —Que lista soy.

—Sí, preciosa muy lista, ¿pero a que no sabes a quien vi saliendo de allí con ese tipo?

—Pues es obvio, querido.

—Ah, ¿sí?

—Al joyero.

Eso sí que le sorprendió—¿Por qué piensas que era él?

—¿No es evidente?

—Pues no.

—Su negocio es el que se encarga de fundir las joyas, así que él es quien reparte beneficios. Hoswell solo es un peón en su negocio. Alguien que tiene mano para robar lo que el joyero le señala.

—Como el anillo de mi madre —dijo impresionado.

—Exacto. Hoswell estuvo en esta casa y no lo robó. Solo cuando Charles y George hablaron con el joyero se le robó el anillo. ¿Por qué? Porque si lo hubieran robado después de salir de su establecimiento…

—La policía le hubiera preguntado al joyero si habló del anillo con alguien.

—Evidente. Él llamó a Hoswell, le dijo roba esto y el hombre lo hizo. Por un módico precio, seguramente. Lo que te dijo Julianne en aquel baile fue todo mentira, ¿y sabes por qué lo sé?

—Me lo vas a decir ahora.

—Claro que te lo voy a decir. Porque si hubiera sido cierto que Hoswell es la cabeza pensante, no hubiera robado solo el anillo...

—Sino también la otra joya que mi padre quería regalar en su aniversario cuando fuera a recogerlas.

—Y por supuesto no lo haría delante de la joyería. Podía haberlo hecho delante de esta casa al regresar. Pero fue precisamente delante de la joyería donde se cometió el robo y fue ahí para que la joya no entrara en el establecimiento y ese hombre no tuviera que declarar.

—¿Pero por qué Julianne entró en la joyería con él? Eso podía implicar al joyero.

—No, porque dejaron claro que él no sabía nada ante Ifi. Es más, ¿crees que una persona decente no hubiera exigido a Julianne que devolviera el anillo a su dueña? Él no lo hizo, simplemente dijo que no podía hacer nada. Ni llamó a la policía.

—Ifi tampoco lo hizo.

—Porque sabían de sobra que ella no querría un escándalo por lo que decía Julianne de su amante. Todo muy atado para que el conde pagara un buen dinero por el anillo.

—¿Por qué no se quedó el joyero el anillo mientras pagaban?

—Porque no es tonto. Si la policía metía la nariz la culpable de todo sería Julianne. Él siempre se lava las manos, son otros los que dan la cara en su negocio, cielo. Por un buen dinero, claro.

—Pues sí y también creo que él es cabecilla.

—Lo sabía. Cuando hizo el gesto a aquel muchacho en la calle con tanta autoridad supe que él era quien mandaba.

—Pues no sabes lo mejor.

—Estoy deseando enterarme —dijo impaciente.

—Por supuesto seguí al joyero. Quería saber dónde vivía.

—Encima de la joyería, cielo.

—Pues no fue a dormir allí.

—Ah, ¿no? ¿Y a dónde fue? —Al ver la sonrisa en su rostro separó los labios de la impresión. —A casa de Julianne. Son socios y amantes.

—Exacto. Por eso culpó a Hoswell en el baile y dijo que el joyero solo era un peón en su organización. Al joyero era difícil inculparle porque seguramente no tendrá las pruebas de sus robos dentro de la joyería. Sería la palabra de uno contra el otro y al final…

—Los dos saldrían libres a no ser que un testigo les inculpara directamente.

—Exacto. Y no hay testigos de nada. Los chicos de la calle no hablarán porque saben que su vida no vale nada. Hoswell cerrará el pico porque se juega la cárcel y el cuello. Julianne está sacando tajada con el joyero, ese es el futuro que ha encontrado y con el que le va tan bien porque le ha convertido en su amante. Y por supuesto el joyero no abrirá la boca, aunque su vida

dependa de ello.

—Lo tienen todo muy atado a base de amenazas.

Él frunció el ceño. —Ahora dime cómo lo descubriste.

Jadeó. —¿No me crees inteligente?

—Preciosa…

Puso los ojos en blanco. —Me lo dijo Jake. Él me dio la clave. Aunque había dudas sobre Hoswell nuestro lacayo hablaba de tal manera del joyero que supe que él era el cabecilla. —Hizo una mueca. —Aunque cuando dijiste en aquel baile que le habías sacado la verdad a Julianne dudé. Si ella decía que Hoswell era el culpable había que creerla. ¡Ja! Es que somos tontos, si esa mujer no ha dicho una verdad en su vida. Y cuando el robo del collar de Ingrid empecé a darle vueltas de nuevo. Luego se me olvidó, claro, mi vida se ha vuelto muy complicada desde que te conozco.

La cogió por la cintura pegándola a él. —Complicada y muy interesante.

—Exactamente —dijo derritiéndose.

—Hijo, ¿no tienes que cambiarte? —preguntó su madre desde la puerta.

—Madre, ¿no sabes llamar?

—He llamado —dijo pasmada —, estabais tan embebidos el uno con el otro que no os habéis dado cuenta.

George gruñó apartándose. —¿Querías algo?

—Claro, hablar con Serine. Si nos disculpas…

—Ahora no puedo. —Agarró del brazo a George para que ni se le ocurriera irse. —Estamos hablando de algo muy importante.

—Ah, ¿sí? —preguntó mosqueada—. ¿De qué?

—Madre, son cosas nuestras.

—Nada de viajes a Escocia hasta que Serine se recupere y después vendrá la boda. Al menos hasta el año que viene. Y eso si no se queda en estado que…

—Cuando nos decidamos ya te lo comunicaremos, madre.

Gruñó volviéndose. —Ya te lo comunicaremos, madre —imitó con burla.

—¡Te he oído!

—¡Pues mejor! —Se sobresaltaron por el portazo y ambos parpadearon antes de mirarse. Él puso un dedo ante sus labios antes de ir hacia la puerta y abrir de golpe para ver allí a Mary Anne, agachada a la altura de la cerradura. Sorprendida al no tener en que apoyarse cayó hacia adelante dándose en todos los morros contra el suelo. —Ay…

—Madre... —Exasperado se agachó para cogerla por los brazos y ayudarla a levantarse. —¡Deja de espiarnos!

—¿Espiar yo?

Serine se echó a reír a carcajadas y Mary Anne la miró mosqueada. —¿De qué te ríes?

—No podrás dejarlo nunca, ¿no es cierto?

—¿Dejar el qué? —preguntó haciéndose la tonta y provocando su risa aún más.

George sonrió y se acercó a Serine. —Madre, enseguida bajamos.

Gruñó antes de irse cerrando la puerta de nuevo. —Ahora se irá, no se expondrá al ridículo otra vez —dijo su hijo por lo bajo. La cogió de la mano y la llevó al otro extremo de la habitación—. Esta noche tengo que ir a ver a Julianne, sorprenderles juntos y amenazarles con lo que me diga el pillo amigo de Jake.

—Ni hablar —dijo asustada—. ¿Estás loco? ¿Y si te matan?

—Preciosa, les pillaré desprevenidos. Y de paso liquidaré el asunto.

—¿Liquidarás? ¿Vas a matarles?

George apretó los labios. —Harán lo que sea para proteger su negocio.

—Si quisieran matarte no te habrían enviado el reloj. Solo quieren que cierres la boca, cielo. Si les denunciamos…

—No tenemos ninguna prueba. Y no pienso arriesgarme a que cualquier día al volver la esquina me peguen un tiro a mí o te maten a ti. ¿Podrías vivir con la muerte de mi madre sobre tu conciencia?

No, no podría. —Si les avisamos…

—Si les avisamos alarmaremos a todos y lo sabrá demasiada gente como para que nadie se vaya de la lengua. Además, después habría que hacer una limpieza aún mayor —dijo fríamente.

Se le cortó el aliento. —Esto ya lo has hecho antes, ¿no es cierto?

—Digamos que no es la primera vez que tengo que liquidar un asunto. Normalmente lo hago en duelos, preciosa.

Se llevó la mano al cuello de la impresión. —¿Qué estás diciendo, George?

Él apretó los labios y suspiró. —Sabía que no podía decírtelo.

—Puedes decirme cualquier cosa, cielo. —Agarró sus antebrazos. —Si lo has hecho y no dudo de tu palabra, es por una buena razón.

George sonrió. —Digamos que los de arriba querían liquidar ciertos asuntos.

—El príncipe… Colaboras con él desde el principio.

—No exactamente.

—Explícate, por favor.

—Un día me reté a duelo con uno que estaba causando problemas graves dentro del gobierno. Maté a un noble que quería provocar un golpe de estado para derrocar a la corona. Un contacto y amigo habló conmigo de ese tema y me dijo que podía ser muy útil protegiendo a la reina.

—¿Y el amigo del príncipe al que creías haber dejado cojo?

—Un aviso. El príncipe no quería su muerte, le tenía aprecio y no había hecho gran cosa todavía.

—Entiendo.

—Sé tratar estos temas, así que no avises a nadie que yo me encargo. Mañana el asunto estará cerrado y nos olvidaremos de ellos. Si se lo dices a alguien puede que en el futuro esto nos salpique, ¿comprendes? Nos han mentido, se han divertido a nuestra costa no me fío de ellos tanto como para jugarme el cuello. ¿Acaso tú sí?

—Me han salvado la vida, cielo. Pero si tú no quieres que diga nada, te lo juro por mi vida.

Él acarició su cuello. —No te preocupes. Ahora vamos a reírnos un rato viendo como intentan camelar a Carter.

Se iba a alejar cuando ella le agarró la mano. —Prométeme que si lo ves muy feo saldrás de allí.

—Si en algún momento no me siento seguro me iré, ¿de acuerdo?

Capítulo 18

Cuando George estuvo listo fue a por ella para bajar juntos. Llegaron al hall y George se detuvo. —Preciosa, se van a dar cuenta.

—Me estoy poniendo muy nerviosa.

—La próxima vez no te diré nada.

—¿Cómo que la próxima vez? Ni hablar. Antes nos vamos a Escocia. —Él levantó una ceja. —¿Allí también? —preguntó pasmada.

—Forma parte de Gran Bretaña. Allí también hay cosas que hacer.

—Oh, por Dios.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Seducías a las mujeres de esos hombres para provocarles.

Él carraspeó. —Bueno, preciosa, no todas eran…

Gruñó por dentro. —Déjalo. ¿Por qué te fuiste?

—Ya había llamado mucho la atención. No es momento para hablar de esto.

Ella asintió y dio un paso hacia el salón. —Ten cuidado, por favor.

—Estaré aquí antes de que te des cuenta.

—Lo dudo.

Sonrió antes de entrar en el salón y Carter sentado en la butaca hablando con sus amigos

se levantó de inmediato. —Qué fuerte eres —dijo admirado acercándose a ella dispuesto a besarle la mano.

—Sin tocar, amigo. —Tiró de su brazo rodeándole y haciendo que los demás rieran por lo bajo.

Eso pareció hacerle gracia. —¿Temes la competencia?

—No hay competencia. ¿Verdad, cielo?

—Lo siento Carter, pero ya está decidido.

—Tendré que buscarme a otra.

—Oh, pues ya que lo dice precisamente mi amiga Ifi va a traer a cenar a su nieta.

Carter se tensó con evidencia. —¿Esto no será una encerrona? Ya sé por Serine que son unas alcahuetas, aunque me había quedado claro en el duelo.

—¿Nosotras alcahuetas? —preguntó Mary Anne asombrada—. Una cosa es ser una alcahueta y otra dar un empujoncito en la dirección correcta.

—Pues a mí me ha ido fatal con el ojo que tiene su amiga.

—Es que había dos candidatos —le explicó Fely como si fuera lento.

—Eso ya lo sé, marquesa.

—Oh, llámame Fely que soy gallega.

—¿Que es qué?

En ese momento llamaron a la puerta y todos expectantes miraron hacia allí. —Sí Jeffrey, está refrescando. ¿Están en el salón?

—Sí, baronesa.

Ifi entró del brazo de su marido. —Buenas noches a todos.

—¿Y tu nieta, amiga? ¿No ha venido?

Ifi miró hacia atrás y dijo —Niña no seas tímida, pasa. —Los barones se separaron y mostraron a una joven pelirroja tan hermosa que les dejó a todos con la boca abierta. Tenía la piel clara como el alabastro, sus gruesos labios estaban sonrojados como si se los hubiera mordido varias veces y sus almendrados ojos castaños parecían asustados porque todos la miraran. Se sonrojó ligeramente, pero para ser pelirroja el sonrojo la hacía todavía más hermosa si eso era posible.

Fely e Ingrid dejaron caer la mandíbula del asombro, pero después de la sorpresa inicial Serine miró hacia Carter que se había quedado de piedra. Mary Anne sonrió maliciosa. —Marqués, ¿qué opina del ojo de mi amiga?

—Rectifico, condesa. Tiene un ojo muy fino —dijo a toda prisa dando un paso al frente.

Su abuela sonrió orgullosa. —Nia, te presento al marqués de Winsprill.

La chica hizo una impecable reverencia. —Ellos son... —Ifi fue presentándola a todos y la chica no hacía más que reverencias con la cabeza gacha.

Serine miró hacia George que simplemente observaba. —¿Qué te parece?

—Que aún nos va a dar alguna sorpresa, te lo digo yo. ¿Tan hermosa y tan tímida?

—¿Antes era tan tímida?

—Ahora que lo pienso sí, siempre estaba en una esquina comiendo. Nunca abría la boca.

Ifi llegó hasta ellos. —Y ella es Lady Serine… No te asustes por lo que le pasa en la cara, cielo. Ha sido una desalmada que pagará por lo que ha hecho. —De repente sonrió. —Lo importante es que está comprometida con el hijo de Mary Anne, ¿recuerdas a George?

La chica asintió antes de hacer una reverencia. Cuando se alejaron George levantó una ceja. —Ni una palabra y ahora se sentará para intentar pasar desapercibida. —Lo hizo al lado de su abuela.

—Y dime Nia, —dijo Fely con una suave sonrisa en el rostro—, estarás deseando que llegue tu presentación.

Negó con la cabeza y Carter entrecerró los ojos antes de mirar a Serine, que se encogió de hombros sin entender nada. —¿No? —Fely sonrió aún más. —Todas las debutantes se preparan para ese día durante toda su vida.

—Mi nieta es algo tímida, la asusta un poco estar rodeada de gente. Pero yo le digo que tiene que acostumbrarse, que cuando se presente en sociedad los jóvenes la agasajarán.

—Ha estado muy protegida —dijo Charles —. Quizás demasiado.

Entonces se dio cuenta. Era muda y sorprendida miró a George que en ese momento debió caer en lo que estaba pasando. —Mierda.

Carter sonrió. —No debe preocuparla su presentación, milady. Seguro que los amigos y la familia la ayudan en ese mal trago.

Ella sonrió tímidamente y Carter correspondió a su sonrisa. Encantado se sentó ante ella y cogió la copa que le ofrecía Jeffrey. —Cuénteme, ¿cuándo será esa presentación?

—Pues será…

—Ifi deja que hable la chica —dijo Fely que ya debía tener la mosca tras la oreja.

Royden dio un paso hacia ellos al igual que Lucas. Al ver como Nia se sonrojaba e incómoda empezaba a sudar y todo, Carter perdió la sonrisa poco a poco. —¿Ocurre algo, Nia? ¿Puedo llamarla Nia?

De repente se echó a llorar y salió corriendo. —Mierda —dijo George.

—Pobrecita. —Serine dio un paso hacia la salida, pero fue Carter el que la siguió. Todo un caballero.

Todos miraron a Ifi que angustiada se apretó las manos. —Es muy tímida y…

—Ifi ya no puedes ocultarlo —dijo Mary Anne—. Tarde o temprano se enterará todo el mundo.

—Es muda, ¿no? —preguntó Ingrid.

—No.

Serine no entendía nada. —¿Entonces por qué no habla?

—Mi nieta tiene un problema en el paladar y siendo niña no pronunciaba bien. Al principio no entendía lo que ocurría, pero cuando fue lo bastante mayor se dio cuenta de que sus primos se reían de ella. Entonces fue cuando empezó a dejar de hablar porque si lo hacía se frustraba ya que no lo hacía correctamente. Y fue a más hasta que casi dejó de hablar.

Serine dijo por lo bajo —Hay que avisar a Carter, como le haga daño…

—¿Acaso no le has visto? Ese ya ha mordido el polvo. Se arrancaría un brazo antes de hacerle daño.

Frunció el ceño. —Me ha olvidado muy pronto, ¿no?

La miró como si hubiera dicho un disparate. —¿Y te importa?

—¿Qué pasa? Es orgullo femenino. Aunque claro, con esta cara no se puede competir.

George reprimió la risa. —Preciosa tú no tienes competencia con quien importa.

—Deberíamos ir a buscarla —dijo Ifi preocupada.

En ese momento apareció Nia del brazo de Carter, que sonriendo de oreja a oreja dijo —Ha susurrado que sí.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó Ingrid encantada—. Qué bien, ¿no? Ya sabemos tu problemilla, no te preocupes puedes practicar con nosotros. Puede que practicando se vaya quitando.

Carter frunció el ceño. —¿Qué?

Uy, que este obnubilado como estaba todavía no se había dado cuenta… Y por el silencio que se hizo en el salón era evidente que nadie se atrevía a decírselo, pero ella era quien más le conocía y sabía que a su amigo eso no le importaría. —Carter, Nia tiene un problema de dicción por eso no habla abiertamente.

Carter miró hacia ella. —¿Nia?

—Lo ciento —susurró ella avergonzada—. Zi quiezes retirad tu popuezta…

—No, no quiero. —Se echó a reír. —¡Si al principio creía que eras muda!

Nia le miró pasmada. —Y aun azi…

—Aun así todo, Nia. Esto ya no hay quien lo cambie.

Se sonrojó de gusto. —No me conoczes.

—Ni tú a mí. Pero habrá tiempo para conocernos. —Miró a sus abuelos que estaban pasmados. —Hablaré con su padre mañana mismo. ¿Les parece bien?

Asintieron sin ser capaces de articular palabra mientras Mary Anne soltaba una risita. —El compromiso más rápido que hemos conseguido.

Serine se acercó con una sonrisa en los labios. —Felicidades. —Abrazó a Nia y a Carter. En su oído susurró —Sobre lo que hablamos esta mañana…

—Ni hablar. Ni por ti ni por nadie, a partir de ahora Nia es lo primero.

Soltó una risita antes de volverse y ver a George tras ella. —¡A ver si aprendes!

—¿A ver si aprendo a qué? —preguntó pasmado.

—¡A conquistar a una mujer, que lo he hecho yo todo!

Todos rieron y se acercaron a felicitarles. Ifi emocionada le dio un beso en la mejilla a su nieta. —¿Ves cómo el hombre adecuado no lo tendría en cuenta?

—Ez que erez muy lizta, abuela.

Carter encantado con que hablara cogió su mano. —Ven princesa, siéntate.

—Sus padres se van a poner locos de la alegría —dijo Mary Anne unos minutos después sentada de nuevo con su copita de jerez en la mano—. Será una boda por todo lo alto.

Serine carraspeó y su suegra dijo —Pero seguro que no queréis esperar mucho. ¿Qué tal el mes que viene?

Ifi hizo una mueca antes de que Charles mirara a su amiga espantado. —¿Y que todo el mundo piense que se casan tan rápido por algo? Ah, no. Será en seis meses como mínimo como marcan las buenas costumbres.

Las chicas se miraron y Fely fue la primera en hablar. —Debes comprender que la reputación de Serine se ha visto en entredicho por vivir en tu casa durante su convalecencia. Si te casaras antes, ya nadie dudaría que ocurrió alguna cosa que pueda ponerla en entredicho durante vuestro breve compromiso.

Carter apretó los labios.

—¿Eztuvizte compometido con ella?

Miró a su nueva prometida que no mostraba que le molestara en absoluto, lo que indicaba que no le importaba lo que hubiera hecho en el pasado. —Fue un error y ella se dio cuenta de inmediato.

—¿Ella? ¿Tú no?

—Ahora sé que lo que sentía por ella no es comparable a lo que siento a tu lado, princesa.

—Oh, que bonito —dijo Ingrid emocionada.

—Me cazaria hoy mizmo poque yo me ziento izgual.

Carter sonrió. —¿Estás escapando de la multitud de una boda?

Se sonrojó intensamente. —¿Ce ha notado mucho?

Todos rieron incluida Nia que ahora estaba mucho más relajada como si la presencia de Carter le diera seguridad. Serine pensó que no era justo que por su mala cabeza pagara Nia. Ella merecía la boda que deseara y no debía interponerse, eso era egoísta así que sonrió. —No os preocupéis por nosotros. Además nuestra reputación no se recuperará en la vida, siempre habrá rumores y más después de lo que ha ocurrido con mi tía.

George la cogió por la cintura. —Opino lo mismo, hacer lo que más os plazca. No hace

falta que os deis prisa por nosotros.

—No quieo una boda gande.

—Se hará como tú quieras, Nia —dijo Carter acariciando su mano.

Los ojos de Fely brillaron. —¿Y si os escapáis los cuatro a Gretna Green y os casáis allí a la vez como si fuera algo orquestado entre vosotros? Así acallarían los rumores sobre que sois rivales de la misma mujer. Cuando nos pregunten diremos que fue un malentendido. Que como amigo la llevó a su casa cuando el disparo porque creía que estaba desamparada y que los condes no la querían en su casa. Algo lógico después de que Mary Anne le pegara un tiro. Que dijo que era su prometida para no mancillar en demasía su reputación, pero que Serine en cuanto pudo regresó a casa después de aclarar que había sido un accidente y por supuesto las cosas se aclararon con George que pudo hablar con ella de nuevo. Que todo está solucionado y que después de lo de la tía de Serine decidisteis una boda más discreta. —Miró a Carter. —Tú por tu parte ya habías conocido a Nia en casa de su abuela y fue un flechazo. Con todo lo ocurrido temías que su padre no te aceptara y huisteis. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Qué os parece?

Carter miró a Nia. —¿Qué opinas?

—Zi, me guzta el plan.

—Estupendo pues pasemos a cenar que me muero de hambre —dijo Fely levantándose de golpe—. Este niño come por tres.

Royden divertido fue tras su esposa. —¿Crees que en algún momento bajarás el ritmo y te relajarás para que crezca tranquilo?

—Sigue soñando, marqués.

Los presentes rieron y Carter cogió la mano de su prometida para ir hacia ellos. George no parecía muy contento. —No te gusta el plan.

—Serine se merece…

—Cielo, no. Ya no se puede hacer nada. Además será divertido. Un viaje los cuatro

juntos para iniciar nuestra nueva vida de casados.

Nia sonrió encantada. —Zerá divertido.

George asintió. —¿Mañana por la noche?

—De acuerdo —contestó Carter—. Iremos en mi carruaje, es más grande.

—¿Es más grande?

—No empecéis —dijo Serine acercándose a Nia—. Son muy pesados con eso de las rivalidades masculinas. —Nia soltó una risita siguiéndola. —Hay que cortarlos de raíz porque si no acaba en duelo. Dan una lata con eso del honor… Y dime amiga, ¿vas a llevar mucha ropa?

—Una bolza de viaje.

—¿No se lo vas a decir a tus padres?

—No, que zea sorpresa.

—Pues menuda sorpresa —dijo Carter tras ellas.

Nia miró sobre su hombro radiante de felicidad. —Lez vaz a encanta.

Cuando llegaron al comedor se sentaron en los sitios asignados. George sentado a su lado dijo por lo bajo —Preciosa…

Le miró a los ojos. —Es la mejor solución y lo sabes. Así se acallarán los rumores sobre que sois enemigos y todo lo demás sobre mi compromiso con Carter. Además, el médico ha hecho muy bien su trabajo diciendo que yo estaba imposibilitada, esto terminará de acallar cualquier duda.

—Hijo… —George miró a su padre sentado a la cabecera de la mesa. —¿Podemos ir nosotros?

—Cielo, sería una fuga muy extraña si vamos nosotros —dijo su mujer.

—Es que si no vamos nosotros sí que habrá rumores sobre la relación que tienes con su esposa. Es como si huyeran de nosotros para casarse.

—Rayos, no había pensado en eso —dijo Fely.

—No puedes pensar en todo, querida —Royden le guiñó un ojo. —En esta relación hay muchos frentes abiertos.

—Podemos casarnos aquí con la familia en una boda íntima.

Serine dejó caer los hombros. —Vaya, me hacía ilusión el viaje.

—Entoncez nozotroz también. —Sus ojos brillaron. —Podemoz irnoz juntoz de luna de miel. —Era evidente que Nia se sentía a gusto con ellos. Sus preciosos ojos brillaron. —Un viaje po Euopa.

Carter sentado frente a Serine levantó una ceja y para su sorpresa esta chilló de la alegría. —¡Un viaje por Europa! —Se giró hacia su prometido. —Di que sí, di que sí..

George rio por lo bajo. —Si te hace feliz…

Chilló de la alegría antes de abrazarle. —Te amo.

—Por oírte decir eso merece la pena aguantar a Carter.

—Muy gracioso —dijo sin molestarse antes de volverse hacia su prometida—. Así que quieres viajar. Pues te vas a hartar a mi lado, princesa.

—¿De veaz?

—Ya verás América, te va a encantar.

—Améica —dijo impresionada.

—Y la India. También tengo negocios allí.

Todos sonrieron por la ilusión que le hacía a Nia. —A ese me apunto —dijo Fely pasmando a su marido—. ¿Qué?

—¿Qué? Que estás preñada, mujer.

—Bah, cuando lo suelte todavía no habrán llegado de la luna de miel. Por cierto, tenéis que ir por mis tierras, Galicia es preciosa, toda ella. Está en España, ¿sabes Nia?

—¿En Ezpaña? Zi, zi, iemos. Vedad Ca…—Apretó los labios porque su nombre tenía dos erres muy seguidas y le era difícil de pronunciar.

Él cogió su mano por encima de la mesa. —Llámame cielo.

Se emocionó y sus ojos se cuajaron de lágrimas. —Zi, cielo.

Carter sonrió y al mirar a los presentes vio que todos estaban emocionados, sobre todo Ifi que sorbió por la nariz. —Que buen ojo tengo.

Todos rieron asintiendo.

Sentada en el salón al lado de Nia estaba entretenida con los planes de la boda que habían decidido que sería en una semana. Querían que todo fuera perfecto y ambas deseaban muchas flores blancas por todos lados. Fely fue la primera que se levantó y se llevó las manos a los riñones. —Marido, estoy cansada.

Royden se acercó de inmediato. —Es que no paras.

Soltó una risita cogiendo su brazo y mirándole enamorada. —Así te mantengo alerta.

Los presentes sonrieron. —Buenas noches a todos. —Sin dejar de mirar a su esposa fueron hasta la puerta donde ya les esperaba Jeffrey con sus cosas.

—Hablamos mañana, Fely —dijo Ingrid.

—Preciosa tú también debes estar agotada —dijo George—. No es bueno que te excedas con todo lo que te ha pasado.

Miró de reojo el reloj de la chimenea y se dio cuenta de que eran casi las doce de la noche. —Oh, sí. Ya es muy tarde. —Sonrió a Nia. —Ha sido un gusto conocerte. Presiento que seremos muy buenas amigas.

—Yo ziento lo mizmo. Que dezcanzes.

—Gracias. —Cogió la mano de George y fueron hacia la puerta. —Buenas noches a todos.

—Que descanses, querida. Debes estar fuerte para la boda y el viaje —dijo Mary Anne encantada.

—Lo estaré.

Al salir se llevó la mano a la nariz. —Tiene que dolerte mucho —dijo George preocupado.

—Estoy bien.

—¿Vuelves a mentir? —preguntó divertido.

Soltó una risita. —Serás malo.

La cogió en brazos y Serine loca de amor acarició su nuca. —Júrame que tendrás cuidado.

—Te lo juro —dijo mirándola intensamente. Empezó a subir las escaleras.

—Ya no podría vivir sin ti.

—Preciosa no digas eso. —Dora abrió la puerta de su habitación. —Si yo faltara querría que consiguieras esa felicidad que tanto anhelas.

—Ahora solo podría sentirla a tu lado. —Le abrazó con fuerza. —Tengo miedo.

—Serine tengo que hacerlo. Tengo que protegeros. Conozco a la gente de esa calaña y te apuñalan por la espalda cuando menos te lo esperas. No querrán dejar cabos sueltos. Piensan que yo recuperé el anillo, saben que he hecho preguntas y que todavía no he denunciado nada a la policía, pero puede que en el futuro dé con la clave… Se saben descubiertos y temen ir a prisión. Harán lo que sea para cortar esto de raíz. La amenaza ha sido para que me asuste mientras ellos planean solucionar el asunto.

—Podrían haberlo intentado ya —susurró contra su pecho y cuando él no dijo nada

levantó la cabeza sorprendida—. ¿Ya lo han intentado?

Él apretó los labios. —Cuando te traje a casa desde el hotel nos dispararon antes de entrar en el carruaje.

Separó los labios de la impresión. —¿De veras? Ni me di cuenta.

—El disparo impactó en la puerta del carruaje. No te dije nada y cerré para no asustarte. Al principio creí que era por lo de tu tía, pero después de la nota ya no tengo duda.

Cuando la dejó sentada en la cama, se sentó a su lado y acarició un mechón de su cabello rubio que caía sobre su hombro. —¿Sigues sin fiarte de nuestros amigos? Si se lo dijeras a Royden…

—De esto no puede enterarse nadie, preciosa. Nunca estaríamos seguros. Me lo prometiste.

—Lo sé, siento haberlo sugerido. Pero es que me asusta que vayas solo.

—Te aseguro que puedo solucionarlo. No importa si tardo, no se lo digas a nadie. Igual tengo que esperar por algo y no quiero que des la voz de alarma.

—De acuerdo.

Él besó suavemente sus labios y gruñó porque no podía besarla a gusto. Se apartó para mirar su cara. —Parece que la nariz ya no crece más. ¿Será que hoy has dicho pocas mentiras?

—¡Muy gracioso! —Agarró la almohada y le pegó con ella haciéndole reír. Sonriendo vio cómo iba hacia la puerta. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. Sí que tiene buen ojo Ifi, sí. Y después de ver lo de esta noche me he dado cuenta de que en realidad son unos genios.

—¿Se acabó nuestra venganza?

—Casi antes de empezar. Duérmete, tienes que preparar una boda.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta y entró Dora a toda prisa. —Enseguida la

ayudo, milady.

Sacó las piernas de la cama y dijo —La ropa negra que me puse para recuperar el anillo, rápido.

Dejó el caballo que había robado del establo de los condes, atado a una farola de aceite que estaba al final de la calle. No veía el carruaje de George por ningún sitio, así que aún no había llegado. Mejor esperarle dentro y ayudarle cuando llegara el momento. Entre las sombras se fue acercando a la casa. Había una luz encendida en el piso superior. ¿Aún estaban despiertos? ¿Ese hombre ya estaría con ella? Rayos, iban a ciegas. ¿Y si estaba con otro? Podía ser, ya que vendía sus favores. Entonces recordó lo que Jake le había dicho y miró a la casa que estaba justo en frente antes de elevar la vista hasta el último piso. Bueno, si había entrado en una casa ya podía entrar en todas. Fue hasta la parte de atrás rezando porque estuviera abierta la puerta de la carbonera. Cuando la encontró, que le costó bastante porque allí no se veía ni torta, se agachó porque para su sorpresa no era una puerta sino una trampilla en el suelo. Casi chilla de la alegría cuando se abrió la puerta y con cuidado la dejó caer hacia el otro lado. Miró hacia abajo, pero estaba negro, negro. Leche, ¿y si estaba muy alto? Como aquello estuviera vacío se iba a pegar un golpe de aúpa. Agárrate al borde y te dejas caer, Serine… Sí, iba a ser lo mejor. Por favor, no te mates. Ahora que has encontrado novio no te mates. Se agarró a ambos lados con las palmas de las manos y metió las piernas. Sujetándose con los brazos se dejó caer y movió los pies de un lado a otro buscando la montañita de carbón que la sujetara. —Oh, oh… —Los brazos no soportaban más. —Sube Serine, que te la pe… —Cayó al sótano y chilló cuando su trasero se clavó en algo puntiagudo. —Mierda. —Gimió palpando a su alrededor y se dio cuenta de que sí había restos de carbón por el suelo. Pequeños, pero los había. Bufó, serían roñicas los señores. ¡Hay que comprar más carbón, que en Londres hace frío! Se puso de pie y se dijo que tenía que haber una escalera hacia la cocina. Alargó las manos y empezó a caminar de un lado a otro

moviendo los brazos con cuidado. —Vamos, vamos… —Su mano chocó con algo de madera y al palparlo descubrió que era una estantería. La palpó con ambas manos y se dio cuenta de que estaba vacía. Ay madre, que aquello empezaba a tener mala pinta. ¿La casa seguiría deshabitada? ¿Cómo va a seguir deshabitada, Serine? Eso es absurdo. Aquella era una buena zona de Londres no había muchas casas como esa, así que seguro que se pegarían de tortas por conseguirla. —¡Encuentra la maldita escalera o te pasarás aquí toda la noche! —Siguió palpando hasta encontrar la pared. Si caminaba alrededor de la habitación terminaría encontrando la escalera. Solo tuvo que hacerlo unos minutos, su cadera chocó con algo y al palparlo se dio cuenta de que era el pasamanos. Subió tan rápidamente que se tropezó y cayó de rodillas. —Mierda. ¡Deja de decir mierda! ¡Mierda, mierda! —Gimió porque le dolió al levantarse. —Piensa que tienes la cara mucho peor. —Llegó arriba y suspiró del alivio al encontrar una puerta. No le costó encontrar el pomo y lo giró. Separó los labios de la impresión porque no abría. —No, no. —Giró a un lado y a otro. ¡No podía quedarse allí encerrada! Empujó la puerta varias veces y nada. —Vamos, tiene que estar atascada, lleva muchos años sin usarse. —Estaría empujando para el lado correcto, ¿no? —Buscó las bisagras y puso los ojos en blanco al tocarlas demostrando que la puerta habría hacia ella. Tiró del pomo, volvió a tirar, pero sin frutos. —Ay, ay… que si ya estaba negro se está poniendo aún peor. —Entonces un rayo de luna iluminó la entrada de la trampilla y pudo ver unas estanterías vacías. ¡Allí no vivía nadie! Asustada empezó a golpear la puerta. —¿Oiga? ¡Me he caído por el hueco! —gritó antes de decir para sí—Ya pensarás en algo cuando te vean con esta pinta. ¡Oiga! ¡Necesito ayuda! —Se quedó en silencio pegando la oreja para escuchar, pero no se oía una mosca. —¡Dios mío, no saben que estás aquí! ¡Cómo puedes haber sido tan tonta!

Bajó los escalones a toda prisa y ni corta ni perezosa cogió la estantería por un lateral, pero estaba sujeta a la pared. —¡No, no! ¡Busca una escalera! —Miró a su alrededor, pero no había ninguna escalera o eso creía porque parte del sótano aún estaba a oscuras. Necesitaba llegar al agujero. Entonces se dio cuenta de que su respiración era demasiado rápida y que su corazón latía con una fuerza exagerada. —¡Te estás dejando llevar por el pánico! ¡Tranquilízate,

has sobrevivido a un tiro y a la loca de tu tía, así que vas a sobrevivir a esto! ¡Además te has vestido de negro! Cuando Dora diga que te has ido vestida de negro te buscarán en casa de Julianne. ¡Exacto, en casa de Julianne! ¡Pero tú no estás en casa de Julianne! —Entonces llegó hasta ella un olor dulzón que sobresalía sobre el olor de humedad del sótano. Olfateó de nuevo y dio un paso al frente. Qué raro, era parecido al olor de una pipa de tabaco. Dio un paso al frente introduciéndose en la parte oscura del sótano y alargó las manos. —Igual hay algo ahí... —Su pie chocó con algo y se agachó a toda prisa para palparlo. Parecía… Parecía una bota de hombre. Sus manos subieron y tocaron el pantalón. Se le cortó el aliento al palpar de nuevo y tocar la pierna que había dentro. Chilló cayendo hacia atrás intentando reponerse del susto. Como él no dijo nada susurró —¿Oiga? ¿Está dormido? —Se le puso un nudo en el estómago. —¡Oiga! ¿Qué hace aquí? —Bufó. —¡Vaya con la pregunta, Serine! ¿Pues no es evidente? ¡Está muerto! ¡Cómo va a estar muerto si está de pie, no digas tonterías! —Cierto, estaba de pie. Entonces sonrió. —¿A ver si va a ser una figura de cera de esas? —Se acercó de rodillas y palpó el zapato. Al llegar a la pierna levantó el pantalón y tocó la carne. Y estaba fría. Asustada se arrastró hacia atrás. —Esto no puede estar pasando. ¿Quién es este? ¿Es que no tienes bastantes líos como para encontrar un muerto? ¿Por qué no te quedaste tranquilita en la cama, eh? ¡A él no le hubiera pasado nada! ¡Es un asesino consumado y tú una pardilla! ¡Esto no vas a volver a hacerlo! ¡Si él quiere salir a matar, pues muy bien que para eso es el profesional! —Apoyó las palmas de las manos en el suelo, pero su mano chocó con algo. Frunció el ceño y lo cogió para levantarlo. Lo elevó hacia la luz mostrando un anillo de oro como los que usaban los hombres en los meñiques. ¿Se le habría caído al muerto? Palpó por el suelo, entonces tocó algo que al moverlo sonó a metálico. Estaba frío. Y al meter los dedos se dio cuenta de que era un montón. Levantó lo que parecía una cadena y antes de que lo pusiera a la luz ya sabía lo que era por el camafeo que colgaba de ella. —Las joyas. Las guardan aquí —dijo impresionada. Entonces recordó que Jake le había dicho que su amigo de repente había desaparecido. Se le cortó el aliento. —Julianne se dio cuenta de que la espiaba y cuando acabó con él empezaron a usar la casa para guardar el botín. Así no tendría nada que ver con ellos si registraban su casa. Miró hacia la oscuridad en la

que estaba el cadáver. —¿Y tú quién eres? —Tiró el collar a un lado y se acercó decidida. Cuando sus pies chocaron con los suyos alargó la mano para tocarle y se dio cuenta de que estaba sentado en una silla a la que estaba atado. Le cogió por los tobillos y tiró haciendo chirriar las patas contra el suelo. —Como pesas —dijo entre dientes sin dejar de tirar hasta que algo de luz mostró su contorno. Animada siguió tirando y cuando le dejó debajo del agujero separó los labios de la impresión. Era el joyero. ¿Pero qué rayos…? Entonces llegó a ella el olor a pipa y frenética empezó a palparle la chaqueta. En el bolsillo interior tenía una caja de cerillas y chilló de la alegría. Abrió la caja y sacó una pasándola por la zona rasposa y encendiéndola. En el otro extremo del sótano había de todo para fundir el oro, hasta una fragua. No dudaba que habían comprado la casa y que allí podían hacer sus chanchullos a gusto. La cerilla se consumió y se quemó los dedos. —¡Ay! —Agitó la mano con fuerza y se sopló los dedos. —¡Así no, utiliza el carbón!

Se agachó para apilar una buena cantidad y alargó la mano para quitarle al joyero el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y lo prendió con la cerilla. Lo metió entre el carbón intentando no quemarse y miró a su alrededor. Al ver un periódico en el suelo corrió hacia el rasgándolo para echarlo al fuego. Tenía que salir de allí antes de que se consumiera. Miró la trampilla antes de bajar la vista hacia el muerto justo debajo. Igual llegaba. Mordiéndose el labio inferior subió un pie a su muslo y se apoyó en sus hombros con las manos para apoyar la otra pierna. Tenía que hacer equilibrio para evitar que el tipo cayera hacia atrás. La silla crujió. —Lo que te faltaba. Vamos Serine, igual no tienes otra oportunidad. Se elevó, pero sus dedos no llegaban y saltando no cogería la suficiente altura como para que después pudiera subir. No le quedaba otra que subirse a sus hombros. Serían apenas unos segundos porque después el hombre caería hacia atrás. Tenía que ser muy rápida. Calculando la trayectoria se dio cuenta de que si quería coger impulso el hombre debía estar más lejos del agujero. Se bajó de un salto resintiéndose en el costado y se lo acarició susurrando —Pues esto te va a encantar. —Tiró del hombre apenas unos centímetros y entrecerró los ojos antes de quitarse los botines y las medias.

Así tendría más agarre. —Vamos allá Serine, tú puedes. —Respiró hondo y dio dos pasos atrás antes de asentir y salir corriendo. Saltó colocando un pie sobre su muslo y después el otro en su hombro impulsándose hacia arriba, golpeándose el vientre en el canto de la trampilla. Se quedó sin aliento, pero consiguió sujetarse. Tenía que subir. Vamos, Serine. Gimió empujando hacia afuera la parte inferior de su cuerpo y cuando salió rodó deteniéndose boca arriba. Lo había conseguido, no se lo podía creer, pensó mirando la luna. Se tocó el costado y gruñendo de dolor se sentó en el suelo. —Mierda. Ahora sí que vas a estar hecha una pena. —Se levantó y caminó cojeando hacia la calle. Hora de irse, que ya estaba bien. Cuando llegó a la acera parpadeó al no ver su caballo. Jadeó porque se lo habían robado. —Increíble. Esta ciudad está llena de chorizos.

Un movimiento le llamó la atención y miró a la casa de Julianne para ver que algo se movía en el jardín. —Psss. Psss.

La luz de la luna iluminó la cabeza de George tras un seto y su cara de asombro. —¿Qué haces aquí, mujer?

Ella le hizo un gesto con la mano para que se acercara. —Increíble —dijo furioso rodeando el seto sin importarle quien le viera—. ¿Es que estás loca?

—Ven. —Regresó por donde había venido hasta la trampilla aún abierta.

—¿Qué haces aquí? —Cuando llegó a su lado y miró hacia abajo levantó una ceja. —El joyero.

—Me lo encontré ahí.

—¿Y por qué entraste?

—¡Quería ver si estaba acompañada por él o por otro! ¡Desde el desván se ve su habitación, me lo dijo Jake!

Él miró hacia arriba. —Vamos. —Fueron hacia la puerta de atrás y George le dio una patada. Al ver que estaba descalza y cojeaba juró por lo bajo. —Te has hecho daño de nuevo.

—Lo otro no fue culpa mía.

—¡Pero esto sí! Quédate aquí.

—Ni de broma, este sitio da miedo. ¡Tira para arriba!

Él gruñó atravesando la cocina y Serine le siguió. —¿Encontrasteis al pillo?

—Sí que le encontramos, con el cuello rajado.

Se le cortó el aliento. —¿Le han matado?

—Podría revelar quien profería esa amenaza sobre mí.

—Claro, un testigo.

—Y al parecer también han matado al joyero.

—Entonces solo nos queda Hoswell. —Se detuvo a mitad de la escalera. —O Julianne.

George al llegar arriba la miró. —Por lo visto la hemos subestimado, preciosa.

—Una asesina despiadada. Mató a su marido, mató al chico que la espiaba por la ventana, mató al joyero porque tú te estabas acercando mucho.

—¿Cómo sabes que mató a su marido?

—Me lo dijo Jake. Un amigo suyo lo vio desde esta casa en el último piso. ¿Adivina dónde está ese amigo? Desaparecido.

—Entiendo… —La observó pensativo. —Si ha matado al joyero no se quedará ahí, si lo que quiere es que no se descubra su implicación en el negocio.

—Para sentirse segura deberá matar a Hoswell.

Corrió escaleras arriba y Serine escuchó como abría la entrada al desván con un portazo en la pared. Cuando ella logró llegar arriba sin aliento, le vio mirando sin ningún disimulo a través de una ventana que estaba abierta. Se acercó a él y vio como Julianne retozaba con un hombre al que no le veía la cara. Ella estaba cabalgando sobre él y reía.

—Ese no es un viejo —dijo George—. Su vientre es firme.

Fascinada por el espectáculo dijo —Ajá…

Entonces el hombre se sentó en el colchón abrazándola y Serine dejó caer la mandíbula de la impresión al ver su rostro. —Lord Robert. Dios mío, Julianne es amante del conde.

—Al parecer no estaba tan enamorado de su Cristine como decía.

Miró hacia George. —Sabías que mentía cuando dio aquella excusa en mi habitación. El príncipe no estaba enfadado con él por lo de su amante.

—¿Su amante? Al príncipe le importa poco con quien retocen sus amigos. Esa fue la excusa que puso él a su falta de afecto. Todo el mundo se había dado cuenta, así que se casó con ella para justificar su distanciamiento. Robert sabía muy bien por qué Alberto le había dado la espalda. Lo sabía pero que muy bien porque yo mismo se lo dije antes de que llegara el médico a atenderle la mañana del duelo.

Pensando en todo lo ocurrido miró hacia la casa de Julianne. Vio como se besaban con desesperación como si lo desearan más que nada. —Se aman.

George entrecerró los ojos. —Ya es hora de terminar con esto y saber de una maldita vez qué es lo que está pasando. Debemos descubrir quien me envió la nota.

Entonces llegó un carruaje y Serine cogió la manga de su chaqueta. —¡Espera!

Su prometido miró por la ventana y entrecerró los ojos. —¿Lord Hoswell?

—No lo sé, no le conozco.

Juró por lo bajo viendo como abría la puerta con su propia llave y se miraron. —¡Lord Hoswell! —Corrieron hacia las escaleras y a pesar de los dolores Serine bajó como una exhalación. Salieron de la casa dejando la puerta abierta y corrieron cruzando la calle. George sacó una pistola. —¡Quédate aquí!

—Más quisieras… —Un disparo la sobresaltó y se detuvo en seco mientras George pegaba una patada a la puerta. —¿Cariño? —No le hizo caso y entró en la casa. Asustada miró hacia arriba donde se escuchó un grito de mujer antes de que se oyera otro disparo. —Les está matando a todos. —Muerta de miedo corrió hacia la casa y al entrar en el hall vio un lacayo que

salía de lo que debía ser la cocina. Al verle la cara gritó santiguándose antes de huir para esconderse. Hizo una mueca. —Al menos no te reconocerán. —Corrió hacia las escaleras y casi se choca con la espalda de George que estaba al principio del pasillo que daba a las habitaciones. Frente a él a unos metros estaba el anciano con el arma humeante en la mano. Su mirada la estremeció porque era fría como el hielo.

—¿Está de limpieza, lord Hoswell? —preguntó George irónico—. Robert no tenía culpa de nada.

—Seguro que esa zorra se lo había contado todo. Querían irse. Esa puta pensaba que podía abandonarme.

—Y por supuesto usted no podía permitirlo.

—Evidentemente no, sabía demasiado.

—Hemos encontrado al joyero. ¿Ese también quería irse?

—Por supuesto que no, simplemente quería dejarlo. Se puso muy nervioso con su investigación. Lo del anillo fue un tremendo error y fue idea suya. Quería sacar tajada extorsionando a su padre sin que yo me enterara, milord. Un error mayúsculo que nos expuso a todos. Eso ya era difícil pasarlo por alto en mi negocio, pero cuando intentó matarle a usted para acallarle y volvió a decepcionarme, me di cuenta de que cometía demasiados errores. Aunque estoy convencido de que fue Julianne quien le convenció con sus malas artes.

—Además era otro cabo suelto.

—Como usted, milord.

—Tire el arma, Hoswell. Solo se lo diré una vez.

—Pienso salir de aquí con vida.

Sorprendiéndola ambos levantaron el arma y dispararon. Serine gritó de miedo por George, pero entonces los ojos del hombre bizquearon antes de que del agujero que tenía en la frente empezara a brotar un hilito de sangre. Cuando le vio caer hacia atrás suspiró del alivio. —

Cariño, es evidente que no damos una en nuestras conclusiones. Julianne se quería largar y nosotros echándole la culpa. No vuelvo a fiarme de un testigo. Esto me pasa por centrarme solo en la versión de Jake. ¿Pero sabes por qué ha pasado esto? Porque ya la había condenado por matar a su esposo y por meterte la lengua hasta la campanilla. En una investigación no debo dejarme llevar por mis emociones, eso no puede ser. —Suspiró. — Igual no servimos para investigadores y debemos aceptarlo. Sí, se nos da mejor ser ejecutores, somos personas de acción. Por cierto, disparas muy bien pero cuando nos casemos nada de du… —George cayó de rodillas y gritó espantada intentando agarrarle. —¡George! ¡Qué te ha hecho! —Le dejó caer al suelo y le volvió para ver una mancha de sangre en la camisa. Desesperada la rasgó gritando que necesitaban un médico. Entonces vio que la piel de su torso no estaba herida. Al mirar su rostro lo vio. Un roce en la sien que sangraba. Perdió el aliento. Los golpes en la sien podían ser mortales y el miedo atenazó su corazón. —¿George? Cariño, despierta. ¡George! —Le dio palmaditas en la mejilla y muerta de miedo susurró —No puedes hacerme esto, mi amor. ¿Qué voy a hacer sin ti? ¡Esto va a acabar como Romeo y Julieta porque yo no me quedo aquí sin ti! —gritó desesperada. Entonces él sonrió robándole el aliento. Su risa le transmitió la felicidad más intensa que había sentido nunca y sonrió para ver como abría los ojos—. ¿Estás bien? —Se abrazó a él. —¡Estás bien! ¡Creía que te perdía y que me iba a quedar más sola que la una! —Se apartó para mirar sus ojos. —Menudo susto.

—Tiene una puntería pésima. —Acarició su cuello. —¿Tú estás bien?

—Sí. —Le besó como pudo por toda la cara. —Te amo, te amo.

—Y yo a ti, mi vida. —Gimió sentándose con esfuerzo y ella le ayudó. George miró hacia Hoswell tirado en el suelo. —No habrá más remedio que llamar a la policía. Diremos que pasábamos por aquí y que oímos los disparos, ¿de acuerdo?

—Sí, cielo. —Le miró bien la herida que apenas era un roce y suspiró del alivio. —Has tenido mucha suerte.

—Claro que sí, he tenido una suerte enorme de conocerte, cielo.

Sus ojos brillaron. —Te hago feliz, ¿eh? Pues esto no es nada porque pienso hacer que disfrutes de cada segundo de la vida.

—¿Lo harás?

—Por supuesto, prometí que iba a ser feliz y solo lo seré a tu lado, y para que sigas a mi lado tengo que hacerte feliz a ti.

—Nunca te dejaría.

Vio en sus ojos que hablaba muy en serio y se emocionó. —¿De veras?

—No sé cómo lo has hecho, pero te has metido en mi corazón, preciosa. Y sé que te quedarás ahí para siempre. Esas brujas y tú habéis conseguido que te ame más que a mi vida.

—Te amo, te amo…

—¿Y eres feliz?

Sonrió radiante. —Inmensamente, a tu lado soy inmensamente feliz. Y presiento que será para siempre.

Epílogo

Nia y Serine bajaron los escalones, realmente preciosas vestidas de blanco. El hall estaba lleno de flores y Charles y George estaban esperándolas para llevarlas al altar. La ceremonia se realizaría en el salón de baile donde todos sus amigos ya estaban esperando. Serine emocionada se acercó al conde que sonriendo cogió su mano. —Estás tan hermosa que quitas el aliento.

—Sí, ¿verdad? La nariz ha quedado bien.

Rio por lo bajo. —Esperar un mes para poder disfrutar de esa maravilla ha sido todo un acierto.

Charles cogió del brazo a Nia. —Realmente preciosa.

—Gaciaz, abuelo.

—¿Preparadas para casaros? —preguntó George divertido.

—Lo estamos deseando. ¿Verdad Nia?

—No ze me ezcapa. Le amo demaziado como para dejale ezcapa.

—Bien dicho.

Enfilaron el pasillo que llevaba al salón de baile y cuando entraron allí estaban todos sus seres queridos. Serine se llevó la mano libre al pecho donde llevaba el camafeo de su prima. —¿Ves, Catherine? Ahora esta es mi familia y soy realmente feliz. Gracias a ti soy feliz.

—Tiene que estar muy orgullosa de ti —dijo George.

—¿Por qué dices eso? —Empezaron a bajar los escalones que llevaban al salón de baile y caminaron por el pasillo.

—Porque no solo has logrado tu felicidad, sino que has traído dicha a toda nuestra familia. Incluso a Nia. —Royden se apartó y vio a su futuro marido que sonrió al verla provocando que se emocionara aún más. —Mírale, mira sus ojos. Has llenado su alma y eso lo has hecho tú, Serine.

Se detuvo ante su hijo y Serine miró a su suegro. —Gracias.

—No, gracias a ti. —Elevó su mano y se la besó antes de entregársela a George que la cogió acercándola a él.

—Estás muy guapo.

—Y tú estás radiante. ¿Lista para ser mi esposa?

—Llevo lista desde el primer momento en que te vi. —Sollozó y George perdió parte de la sonrisa. —No puedo evitarlo. —Sollozó de nuevo.

—Cielo, no llores.

—Son lágrimas de felicidad, de pura felicidad.

La abrazó y la besó en la frente. —Cada día a tu lado es increíble y te juro que intentaré con todas mis fuerzas que los tuyos también sean así.

—Lo sé, mi amor. Catherine no podría pedir más.

Se volvieron hacia el pastor que esperaba pacientemente.

Mary Anne miró a Ifi y sonrió. —¿Has visto, amiga?

—Nuestro mejor año. —Ifi apretó los labios. —Temía que mi nieta fuera un caso difícil y ha sido facilísimo. Carter cayó rendido a sus pies de inmediato. ¿Y tu George? ¿Quién lo iba a decir? A pesar de su reticencia inicial mírale ahora, totalmente enamorado.

Mary Anne sonrió encantada. —¿Crees que es hora de retirarnos en la cumbre de nuestra

carrera?

—¿Quién sabe? Si encontramos una debutante a la altura de nuestras chicas… Ahora soy más exigente.

Miró a Fely que sonreía a su marido acariciándose su pequeño vientre. Miró a Ingrid que encantada le guiñó un ojo antes de mirar a las futuras esposas, que escuchaban atentamente lo que decía el pastor con dos sendas sonrisas en los labios. Sí, ellas eran especiales. Las cuatro lo eran. Sería realmente difícil que otra debutante les llamara la atención. Aunque nunca se sabía…

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.